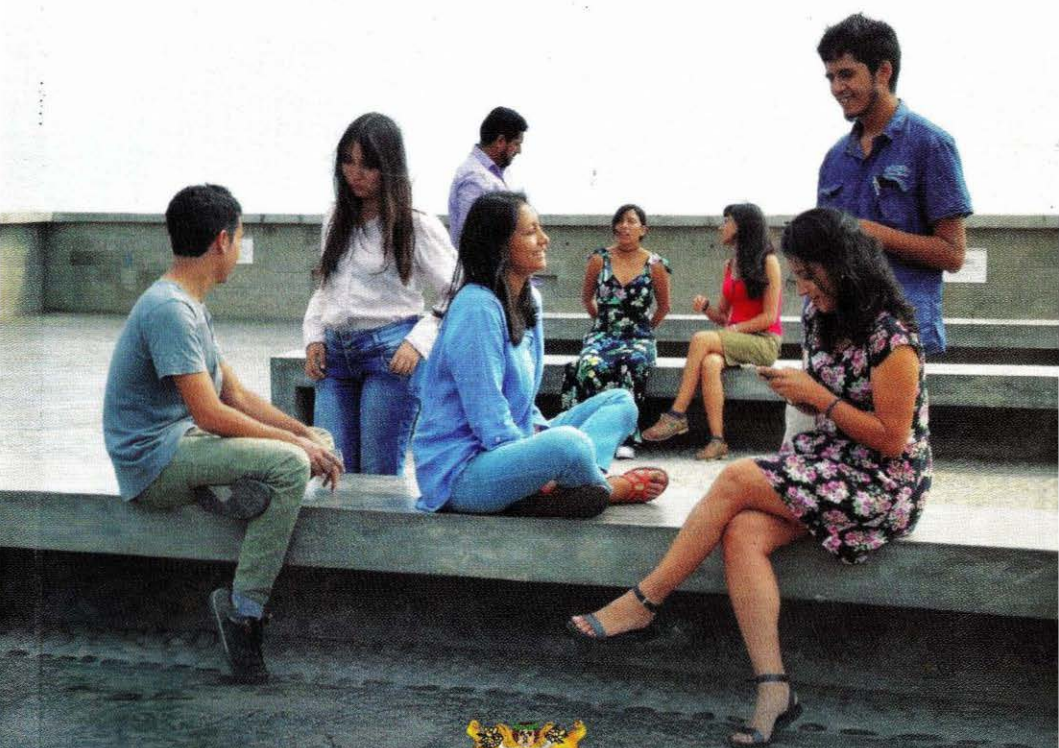


MANUEL BURGA DÍAZ
CARLOS PAREDES HERNÁNDEZ
(Editores)

HIJOS DE INMIGRANTES

EL ESTUDIANTE SANMARQUINO DE HISTORIA



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
Fondo Editorial
Facultad de Ciencias Sociales



Manuel Burga Díaz

Doctor en Historia por la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne. Licenciado en Educación y bachiller en Letras por la UNMSM. Ha sido rector de dicha institución (2001-2006). Es integrante del Consejo Nacional de Educación, profesor emérito de la UNMSM y director del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social. Es autor de diversos libros sobre historia peruana colonial y republicana.



Carlos Paredes Hernández

Bachiller en Historia por la UNMSM, donde además ha sido ayudante de cátedra de los cursos Metodología y Teoría de la Historia (2016 y 2018). Es investigador del equipo «Políticas públicas en perspectiva histórica» del grupo de investigación «Diseñando el Perú: Estado, ciudadanía, intelectuales y política» del Instituto Seminario de Historia Rural Andina.

MANUEL BURGA DÍAZ
CARLOS PAREDES HERNÁNDEZ
(Editores)

Hijos de inmigrantes

El estudiante sanmarquino de Historia



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
Fondo Editorial
Facultad de Ciencias Sociales

Burga Díaz, Manuel [y] Paredes Hernández, Carlos (eds.)
Hijos de inmigrantes. El estudiante sanmarquino de Historia / Manuel
Burga Díaz, Carlos Paredes Hernández, editores. 1.ª ed. Lima: Fondo
Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Facultad de
Ciencias Sociales, 2019.
320 pp.; 14.5 x 22.5 cm
Migración / testimonios / estudiantes / Universidad Nacional Ma-
yor de San Marcos / generaciones / sociedad peruana / siglo xx

ISBN 978-9972-46-652-6

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2019-07555

Primera edición

Lima, mayo de 2019

- © Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Fondo Editorial
Av. Germán Amézaga n.º 375, Ciudad Universitaria, Lima, Perú
(01) 619 7000, anexos 7529 y 7530
fondoedit@unmsm.edu.pe
- © Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Facultad de Ciencias Sociales
Av. Germán Amézaga n.º 375, Edificio José Carlos Mariátegui
Ciudad Universitaria, Lima, Perú
(01) 619 7000, anexo 4009
- © Manuel Burga Díaz, editor
- © Carlos Paredes Hernández, editor

Cuidado de edición

José Alfredo Hualí Acho

Diagramación de interiores y diseño de cubierta

Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Fotografía de la cubierta

Algunos de los alumnos testimoniantes de este libro.

Foto de Yamir Martín Yataco Miñan

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente edición, bajo cualquier modalidad, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Las ciencias sociales, como la economía, se diferencian de las ciencias exactas en que las convicciones afectan a la realidad: la convicción sobre cómo se comportan los átomos no afecta a cómo estos se comportan en realidad, pero las creencias acerca de cómo funciona el sistema económico afectan a la forma en que funciona realmente.

JOSEPH E. STIGLITZ,

El precio de la desigualdad (2012)



Índice

| | |
|--|-----|
| Introducción | 13 |
| «Diego, si alguien más puede hacerlo, ¿por qué tú no?» <i>Héctor Diego Aguado Álvarez</i> | 29 |
| Aprendí en la trashumancia <i>José Ángel Aldea Añamaco</i> | 41 |
| <i>Millennials</i> : «el inicio de un proceso largo» <i>Daniela Arauco Lozada</i> | 55 |
| «Toda persona tiene una historia que contar» <i>José Ricardo Junior Arévalo Castañeda</i> | 69 |
| No conocí a mis abuelos <i>Yersson Enrique Benítez Fernández</i> | 83 |
| Mi abuelo leía el futuro en las hojas de coca <i>Elliot Anderson Calderón Pérez</i> | 95 |
| «¿Qué clase de profesores son estos?» <i>Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe</i> | 109 |
| El sueño: ir a los Estados Unidos <i>Esteban Bernabé Chipana Vera</i> | 121 |
| «Yo ya no quiero pasar por lo que mis padres pasaron» <i>Brayan Faustino Choquepuma Ascanoa</i> | 133 |

| | |
|--|-----|
| El Inca Tinkuy de Oyón en Lima <i>Bécquer Condezo Olarte</i> | 145 |
| Mi bisabuela murió de tristeza al sentirse sola <i>Joel Brandon Estacio Mego</i> | 159 |
| Mi abuela migró huyendo de los problemas <i>Raiza Arlena Honorio Pantoja</i> | 169 |
| «Él consideraba que era chalaco, no trujillano» <i>César Benjamín Jaramillo Deústua</i> | 179 |
| Mi abuelo decidió retomar su apellido: Kuroki <i>Raúl Alberto Kuroki Tupayachi</i> | 187 |
| Se ha perdido la tradición de bailar kachampa <i>Jeison Raúl López Aucatínco</i> | 193 |
| «Los “camaradas” entraban a los salones, interrumpiendo las clases» <i>Luis Enrique López Lucana</i> | 205 |
| «¿De quién depende encontrar una mejor educación?» <i>Jesús Alexander Mejía Sánchez</i> | 215 |
| El legado invisible transmitido a la nieta <i>Carol Elizabeth Panana Rodríguez</i> | 227 |
| «Empuja el triciclo ambulante llamado Perú» <i>Ángel Eduardo Quispe Limaylla</i> | 241 |

| | |
|--|-----|
| «El abuelo fue uno de los fundadores del distrito de Paccarectambo» | 257 |
| <i>Sara Isabel Quispe Tacuse</i> | |
| Los hombres son más hijos de su tiempo que de sus padres | 267 |
| <i>Yoselin Jenny Rodas Alvites</i> | |
| «El que obedece a sus padres le va bien en la vida» | 279 |
| <i>María Johanna Santivañez Rojas</i> | |
| Mi madre decidió dar educación a sus hermanos | 291 |
| <i>Ángel Francisco Valle Villanueva</i> | |
| «El progreso hay que buscarlo en el mundo terrenal» | 301 |
| <i>María Inés Zonana</i> | |
| Epílogo: La movilidad intergeneracional | 307 |
| Bibliografía | 317 |



Introducción

Los veinticuatro textos incluidos en el presente libro han sido elaborados por mis estudiantes, en los años 2016 y 2017, como uno de los requisitos más importantes para aprobar los cursos Metodología de la Historia y Teoría de la Historia, en la Escuela Académico Profesional de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Todos ellos, con estilos personales, tienen un enorme valor testimonial, pues los alumnos tratan sobre la vida de sus abuelos, sus padres y sus propias situaciones. Sus realidades, mitos, angustias, esperanzas y convicciones aparecen con mucha claridad y eso da a estos documentos un interés muy especial. Acercarnos a la historia peruana contemporánea a través de los testimonios de tres generaciones, de sus palabras espontáneas, permite conocer cómo esta ha sido percibida por sus propios actores. Por ello, les pedí escritos de ocho páginas como máximo, a doble espacio, en un tipo y tamaño de letra uniformes, para así dar la misma oportunidad a todos. El resultado lo tenemos a la vista: textos sinceros, algunos dramáticos, intimistas, elaborados con la información recogida de las conversaciones con sus abuelos/abuelas, padres/madres y hermanos/hermanas. Lógicamente, muy desiguales, en dimensión y estilo; pero con un rasgo común: la sinceridad.

Les otorgué la palabra para que digan quiénes fueron los integrantes de sus generaciones pasadas, cómo los recuerdan, qué legados recibieron de ellos, qué fortalezas y debilidades existieron en estas sucesiones casi irrompibles. Además, hablan con sus silencios, sus intertextos, lo que sospechan ser; aspecto muy rico y difícil de analizar. Aunque mi intención deliberada era hacer un experimento pedagógico, de enseñanza de la Historia, desde

el inicio del proyecto entendí que conocería al estudiante sanmarquino y sus rasgos característicos: nacieron mayoritariamente en la ciudad de Lima, pero —al mismo tiempo— son hijos de inmigrantes, de abuelos y padres que dejaron sus terruños para radicar en la capital, *trayendo* sus provincias, memorias e ilusiones. Seguramente, este libro testimonial ayudará a las autoridades sanmarquinas a entender mejor a nuestros estudiantes, sus frustraciones, expectativas, realidades y lo que esperan realmente de esta universidad.

Les solicité analizar a cada una de sus tres generaciones (abuelos/abuelas, padres/madres e hijos/hijas); sin embargo, al mismo tiempo los dejé en libertad para detenerse en alguna de ellas, en ciertos parientes y temas que consideraran más importantes, sin descuidar por supuesto aquellos que habíamos diseñado de manera conjunta, como un itinerario común de trabajo. Igualmente, los invité a desarrollar unos tópicos más que otros, de acuerdo a la información que recibían de sus entrevistados, algunas veces también tías y tíos, de su cercano entorno familiar.

Nombré a este ejercicio de práctica preprofesional, con ingredientes de investigación histórica, como «ronda de generaciones», denominación tomada del libro del historiador mexicano Luis González y González (1984). La pregunta que me planteé, desde el comienzo, como todos los estudiantes han sido testigos, fue cómo articular este trabajo con el contenido de los cursos, los cuales eran un recorrido por la metodología y el pensamiento histórico, desde San Agustín (354-430) hasta Michel Foucault (1926-1984), aproximadamente, según exigían las sumillas de las asignaturas. Debido a que se tiene solamente un semestre para un curso, estos definitivamente se convierten en propuestas muy personales de cada profesor.

Considerando la interrogante previa, les pedí que, para redactar sus textos, dialoguen con sus abuelos, padres, tíos o con quienes mejor conservasen la memoria de la familia, o tengan

más disposición al diálogo, sin dejar de lado la posibilidad de consultar otras fuentes, como las escritas, memoriales, rituales o sonoras. También era válido simplemente recurrir a la observación y a la participación en fiestas populares o religiosas vinculadas a sus parientes. Luego de varias reuniones e intercambios de ideas en el aula, en conjunto logramos identificar los temas de análisis y los pusimos en el siguiente orden:

- a) Onomástica: me interesaban los nombres propios y familiares (acompañados de fechas) de los integrantes de las tres generaciones, para así dar aproximaciones a los sistemas antroponímicos de designación que utilizan cada una de ellas.
- b) Migración: las razones o sinrazones que condujeron a los miembros familiares a la migración, sean personales o generales, y —en algunos casos— qué les instó a regresar al terruño.
- c) Arraigo o desarraigo: el recuerdo o el olvido del terruño y las formas de integración en las nuevas sociabilidades urbanas.
- d) Educación: los niveles alcanzados por todos los miembros generacionales y el significado que le otorgan a la educación.
- e) Cultura/religión: lenguas originarias, costumbres, comidas, música y danzas regionales conservadas en la familia, además de las devociones religiosas y pertenencias a iglesias.
- f) Progreso: ¿cómo lo entienden, como algo material, inmaterial, económico, educativo? ¿Lo han perseguido conscientemente? Y, ¿lo han logrado en las diferentes generaciones?
- g) Legado: es decir, aquello heredado de abuelos a padres y de padres a hijos, sea bienes materiales, inmateriales, morales o culturales.

No les demandé que analizaran todos estos temas, lógicamente, sino solo los que consideraran significativos o importantes y los que fluían más espontáneamente en las conversaciones con las personas que entrevistaban. No obstante, ya que se trataba de estudiantes de dos asignaturas importantes de la escuela de Historia, les pedí que utilizaran algunos conceptos, herramientas de historiadores; por ejemplo, hecho histórico, causalidad y la idea del progreso, tomando como guía el clásico libro de Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?* (1978); vale decir que cada uno usó el material a su manera. Lo que buscaba era que se ejerciten en el empleo de estos instrumentos y definiciones, que sepan distinguirlos. Así, por *hecho histórico* nos referíamos a aquel suceso que puede ser reconocido por tener una incidencia pública, es decir, no afecta a una sola persona, sino a una colectividad; sin embargo, también es posible vivirlo como un evento que repercute en los ámbitos personales y familiares, siendo —a la vez— particular y general. Por otro lado, la *causalidad* involucra una interrogante crucial: ¿por qué se producen ciertos acontecimientos, como un magnicidio, una revolución, una dictadura, una crisis, una guerra o una migración?, en otras palabras, la pregunta incluye todo lo que forma parte de la historia de los países. Finalmente, la *idea del progreso* posee varios perfiles (subjetivos, espirituales o materiales). Casi todos los sujetos de las historias de este libro están pensando en el progreso: migrar para mejorar, estudiar para desarrollarse, enriquecerse para vivir mejor. Ahora bien, el uso de la teoría de Carr no implicaba que no pudiesen existir otras alternativas metodológicas, pero eso lo debían descubrir los mismos estudiantes.

Aclaro que no se quedaron en lo anterior, todo eso era lo instrumental, la idea era ir más allá, al uso operativo de un concepto: *generación*. Para eso, Carlos Paredes Hernández, asistente de los cursos, coeditor del presente libro y egresado de la carrera de Historia, condujo las horas de prácticas y trabajó con los alum-

nos el libro de José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo. (Esquema de las crisis)* (1984), estudio sumamente interesante que reúne doce lecciones pronunciadas por el autor en la Cátedra Valdecilla de la Universidad de Barcelona, en 1933. Me interesaba saber qué era una generación y qué la hace única, propia de su tiempo, como productora y producto de cada época. Debo advertir de inmediato que los estudiantes no han hecho una investigación sobre las generaciones de sus abuelos, padres y ellos mismos, sino que se limitaron a la definición casi genealógica de «generación», sin que lo sea totalmente, porque los incité a describir el encuentro de los individuos con los hechos históricos, de ahí que, como dice Ortega y Gasset e igualmente Julián Marías (1949), hayan descrito a los protagonistas de sus generaciones previas como pertenecientes a grupos colectivos. Ello me interesaba y en ese nivel nos quedamos, ya que trabajaba con estudiantes del quinto ciclo, a mitad de la carrera, y no podía pedirles más teoría o detalles metodológicos, sino información de calidad, segura, auténtica y recogida de sus familiares con respeto y afecto.

Sin embargo, algunos aplicaron en la elaboración de sus textos otras ideas del ya mencionado filósofo español, Ortega y Gasset (1883-1955), lúcido pensador liberal del siglo pasado, crítico de los autoritarismos de la época, intérprete y anunciador de una crisis sistémica al detectar la irrupción de las masas en la historia, y promotor de la ciencia como la nueva fe del mundo contemporáneo. Así, tomaron la perspectiva de una cronología de quince años para cada generación y el concepto de vida histórica (el cual señala que todos los sujetos actúan como herederos de generaciones anteriores y, a la vez, como constructores de una circunstancia nueva¹, cada una con su propio tiempo histórico o sistema de convicciones). Además, distinguieron las nociones

1 «La realidad no es dato, algo dado, regalado, sino que es construcción que el hombre hace con el material dado» (Ortega y Gasset, 1984, p. 16).

de coetáneo y contemporáneo dentro de la convivencia generacional. Vale añadir que Ortega y Gasset se acercó, sin buscarlo, a la historiografía francesa de la Escuela de los Annales, al proponer que el tiempo histórico, que privilegiaba el evento histórico, es la realidad donde viven los sujetos y no los hechos históricos como acontecimientos en los que estos se inmiscuían². Como indiqué, quería que usen algunos conceptos y herramientas para que intenten descifrar las circunstancias en las que cada uno de sus familiares vivieron, para lo cual debían apropiarse de convicciones que no eran las suyas, sino de todos los que integraban sus generaciones previas.

Los textos de este libro han pasado por una corrección de estilo que he supervisado cuidadosamente. He leído muchas veces los escritos de todos los alumnos e hice una selección de cincuenta, de los cuales quedaron veinticuatro. La elección la realicé a partir de dos criterios: claridad en los mensajes y redacción inteligible. El estilo de composición y escritura, luego del trabajo de revisión, seguramente ha cambiado; sin embargo, esto no ha ocurrido con las ideas y la información que ofrecen los textos, las cuales quedan como aportes personales de los estudiantes. Todos los documentos tienen títulos tomados o que se inspiran de las propias narraciones, los mismos que, de alguna manera, resumen sus contenidos y, a su vez, facilitan la lectura. Muchos de los alumnos citan las entrevistas que han tenido con sus familiares y las he conservado sin modificación alguna. Las bibliografías que incluyeron las he unificado e incluido en la parte final, de manera que allí pueden remitirse los lectores si necesitan mayor precisión sobre los libros citados y trabajados en los cursos. Asimismo, todos los alumnos han autorizado la publicación de sus escritos, algunos pidieron incluso ampliarlos ligeramente o precisarlos.

2 «El hombre es un fabricante nato de universos» (Ortega y Gasset, 1984, p. 41).

No quise presentar los textos en secciones de acuerdo a criterios geográficos, cronológicos o de otro tipo. Los he dejado en estricto orden alfabético por apellido, como estaban en la lista de asistencia de clase. Vale aclarar que algunos aún son difíciles de entender al detalle por la redacción algo confusa; pero sus mensajes resultan fáciles de aprehender al final.

Como indiqué, tuve un interés especial en la onomástica, en los nombres propios, aquellos que, como Anne-Marie Christin (2001) indica, «[...] no se eligen en un catálogo y no se transmiten; se los crea en cada ocasión. El que pone el nombre, casi siempre el padre, está en una situación comparable a la del novelista: tiene el poder de inventar, si le gusta» (p. 73). En ese sentido, el nombre propio identifica a cada uno de los portadores. Me llamó la atención que los abuelos y parte de la generación de los padres llevaran nombres que provenían del santoral católico, tomados muy probablemente del almanaque de Bristol, de mucha circulación en las regiones rurales, en la primera mitad del siglo xx. La segunda generación, por acción de los padres como inmigrantes en Lima, pasa a otro sistema antroponímico de designación, por lo que bautizan a su descendencia (la tercera generación) con nombres que provienen de lo que les impresionaba o gustaba más, como los deportes, las telenovelas o el cine norteamericano. Al comienzo entendí ello como un mecanismo que desnudaba la poca consistencia de la nación peruana, la cual, en lugar de construirse mirándose a sí misma, busca más bien parecerse a la que está enfrente, lejana, extranjera, como si quisiera convertirse en el otro por la magia de la onomástica. Sin embargo, luego de una reflexión mayor, pude comprender este hecho como una forma de liberación del sistema anterior, anclado en el santoral durante siglos, es decir, se convierte en una negación de los ascendientes cercanos, su región, su antroponimia tradicional, sus memorias familiares, los cuales probablemente traían no tan buenos recuerdos. Este tránsito a otro sistema de designación resume el pro-

ceso que muchas familias asumieron en nuestro país y posiblemente en otros, por ejemplo, el caso de Argentina³, donde pasan de la Iglesia católica a la evangélica. Dejan el sistema católico, los nombres de santos y mártires, y con ello el calendario de fiestas y varias formas de devoción de sus tierras natales.

Entonces, es posible preguntar: ¿quiénes son realmente los estudiantes de Historia de la UNMSM? ¿Los que aparecen explícitamente en estas historias familiares o los que se ocultan en la intertextualidad de los relatos? No intentaré realizar algún análisis sofisticado, me quedaré en lo que constituye mis puntos de interés y propuesta metodológica, la cual se resume en darles la palabra para que digan quiénes son o creen ser. Trataré de identificar los rasgos característicos de los estudiantes sanmarquinos de Historia, en los cuales, de alguna manera, se agolpa lo que proviene de las generaciones anteriores.

Primero, ellos conforman la tercera generación, los nacidos en Lima, es decir, son descendientes de inmigrantes que provienen de las diferentes regiones del país, sea de la costa, sierra o selva, en proporciones muy variadas. Esas procedencias, en muchos casos, por la importancia de la familia en la formación de los hijos, tienen un enorme peso en los alumnos a nivel de su rendimiento académico, hecho que se puede encontrar en su escritura, conocimiento y capacidad de análisis. Estos traslados migratorios y las *mochilas* culturales que transportan cada uno de los inmigrantes contribuirán a sentar las bases de lo que debería ser una nueva cultura nacional.

Segundo, son limeños de sectores emergentes. Además, estos últimos eran zonas de invasiones en las épocas de sus abuelos y padres. Todo eso era previsible, pero lo que llama la atención es que, en el caso específico de los veintidós estudiantes de Teoría de la Historia (ciclo 2017-II), la mayoría vive en Los Olivos

3 Como describe, en su testimonio, María Inés Zonana, estudiante argentina.

(13.64%), Ate Vitarte (9.09%), Comas (9.09%), La Victoria (9.09%) y Puente Piedra (9.09%), mientras que los demás habitan en los diferentes distritos de Lima norte, sur y este, es decir, en lugares muy distantes del campus de San Marcos⁴. Se podría concluir que un buen porcentaje reside en hogares de clase media emergente (Los Olivos); otra mayoría, en hogares funcionales, con sus padres y madres, pero con la presencia, cómoda o incómoda, de los tíos, en un 54.55% de los casos. A su vez, se trata —en gran medida— de familias extensas, por la presencia de abuelas y abuelos (13.64%)⁵. Vale resaltar que en la elaboración de estas historias, la línea materna ha tenido una relevante presencia, más que el linaje del padre. La abuela y la madre tienen destacados papeles en el mantenimiento e incluso en la supervivencia de la familia. Ellas constituyen la reserva moral, son las heroínas, los seres queridos, las que trabajan y cocinan, las que dan estabilidad y predictibilidad al futuro.

Tercero, se identifican, son producto o se confrontan con una serie de hechos históricos destacados del siglo xx. Los testimonios de los abuelos y abuelas nacidos en la década del 30 y 40 han sido muy reveladores de lo que se podría llamar un *encuentro* con la Historia, pues muchos de ellos se detienen a recordar los gobiernos de Manuel A. Odría (1948-1956), Manuel Prado (1956-1962), Fernando Belaunde Terry (1963-1968) y Juan Velasco Alvarado (1968-1975), enfocándose particularmente en este último y en la reforma agraria de 1969, la reforma educativa de 1972, la promoción de símbolos culturales andinos y los años finales del mandato, con las huelgas que crearon las condiciones para la sucesión de Francisco Morales Bermúdez (1975-1980). Por el corto espacio, no puedo resumir todo lo que se

4 Ver la figura 1, «Distritos de residencia de los estudiantes de Teoría de la Historia (2017-II)», incluida en el epílogo de este libro.

5 Ver la tabla 2, «Familiares con los que viven los estudiantes de Teoría de la Historia (2017-II)», incluida en el epílogo de este libro.

dice sobre estos eventos históricos y la importancia de alguno de ellos. En los testimonios de las madres y padres nacidos entre los años 1950 y 1960, aparece con mucha nitidez la difícil década de 1980, destacada por las dificultades de su segundo lustro (la inflación, la violencia senderista y las colas interminables); por su lado, la década de 1990 es descrita como si —a manera de confrontarse con ella— los actores revelasen sus afinidades, rechazos y explicaciones. Los recuerdos parecen diluirse después de la Marcha de los Cuatro Suyos en el año 2000 y el fin del régimen fujimorista. No se interesan mucho en la historia más contemporánea, la que empieza en 2001.

Cuarto, la mayoría de los estudiantes que han contribuido con sus historias nacieron en el decenio de 1990, particularmente, a mediados de esa década. Además, gran parte de ellos se consideran *millennials* y me parece que tienen mucha razón. Lo son, según sus planteamientos, porque viven dentro de la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación; hecho que lo sienten en su vida cotidiana, de manera consciente, y lo viven —simultáneamente— como un cautiverio, un disfrute y un fastidio, lo que los diferencia de las generaciones anteriores, con todas sus consecuencias buenas, malas, constructivas o destructivas.

Quinto, encuentran la economía de mercado por todas partes, hecho que de alguna manera explica que el 54.55% de ellos trabaje, en horarios de seis y ocho horas diarias, lo cual —seguramente— debe ser uno de sus grandes impedimentos para tener un mejor rendimiento académico.

Sexto, tal como los mismos alumnos lo indican, e incluso algunos lo hacen para llamar la atención, se sienten muy lejos de las prácticas religiosas de sus abuelos y padres, sean católicas o evangélicas. Gran parte de estos estudiantes se declaran agnósticos, escépticos de la religión, alejados de la política, pero muy cercanos a lo que podría ser un nuevo sistema de convicciones,

en trance de anclarse entre los jóvenes peruanos. Este es uno de los rasgos de mayor independencia que he encontrado en esta sorprendente generación *millennial* de San Marcos: no quieren creer en lo mismo que sus antecesores, pero tampoco confían en muchas cosas que los rodean, más bien —me parece— se entregan a sus convicciones, expectativas y metas de vida.

Un último rasgo que los caracteriza es un cierto ocultamiento de las prácticas culturales de sus abuelos y padres, sea del idioma originario, las regiones de procedencia y las familias que dejaron en los terruños. En esto se puede constatar una suerte de marca paradójica que me parece sumamente relevante, ya que, si bien las atenúan, no pueden evitar sentirse cercanos a las tradiciones culturales de sus generaciones anteriores, de sus lugares natales, de sus culturas originarias y de la solidaridad de paisanaje que vincula a los inmigrantes con las asociaciones procedentes de las mismas regiones o de otras cercanas. A pesar de que ya no participan con la misma entrega y devoción en las festividades de los lugares de origen de sus padres, miran a estas con mucho respeto, cariño y hasta devoción. Como ensayando una estrategia social que oculta sus actitudes y afectos, poseen una gran apertura y una sensibilidad para percibir aquello que une a todos los descendientes de inmigrantes que viven en los diversos distritos de Lima norte, este y sur; por ejemplo, en muchos rasgos culturales, como la música, la cual a veces es apreciada como algo propio de los herederos de migrantes.

Por último, quisiera indicar que casi en los veinticuatro testimonios es posible percibir que los abuelos y padres que migraron de las regiones a la capital lo hicieron por la aparición de nuevos mercados de trabajo en los pueblos vecinos y en las haciendas costeñas, además de las facilidades que ofrecía la apertura de los caminos y las carreteras que antes estaban prácticamente cerrados. Era el fin del antiguo régimen en nuestro país y el inicio de una modernidad que estos sujetos iban conquistando a pulso. Hasta

la década de 1920, muy pocos se atrevían a dejar sus terruños y convertirse en los tradicionales forasteros de la época colonial. Posteriormente, se lanzaron a los caminos por diversas razones, sean personales (maltrato familiar, alejamiento de padres o pareja abusivos, búsqueda de nuevos horizontes) o situaciones históricas vigentes (dificultades en sus regiones natales, nuevos mercados urbanos de trabajo y atractivas ciudades costeñas, donde podían encontrar mejores servicios educativos, sanitarios, laborales o una mayor seguridad). Los abuelos quizá fueron más sedentarios, pocos migraron y muchos que lo hicieron, regresaron al terruño. En cambio, pocos padres y madres (la segunda generación), que dejaron sus pueblos natales, volvieron, y —en muchos casos— buscaron una mejor educación, una riqueza que teóricamente dependía de ellos, de su empeño, talento y entrega.

Cuando los hijos entrevistan a sus abuelos y padres, preguntan por las razones de la migración; los segundos responden que los animó la búsqueda de mejores escuelas y de la universidad pública, donde sus hijos pudiesen convertirse en profesionales. Así, se llega al tema de la educación superior en los sujetos de la tercera generación, meta que las generaciones anteriores no habían podido alcanzar, por lo que se fue constituyendo en una suerte de mito para lograr el progreso. Aunque, como también lo sabemos, esta no fue una leyenda inventada por los abuelos campesinos, ni por los primeros inmigrantes que llegaban a Lima, sino que provenía de la ciencia económica contemporánea. El Banco Mundial y algunos premios nobeles en Economía, como Gary S. Becker, definían «[...] a la educación como un capital intangible que permite a las naciones modernizarse y a sus ciudadanos ubicarse mejor en la estructura productiva» (Huber y Lamas, 2017, p. 56). Esto se ratifica para el caso específico de nuestro país: «La educación superior, por lo tanto, constituirá una herramienta fundamental para el ascenso social de las personas y para la formación de las clases medias» (p. 57).

Los integrantes de la tercera generación, los hijos, buscan la universidad, los institutos técnicos o las escuelas superiores, espacios que no alcanzaron sus antecesores. De ese modo, pasaron a formar parte de los deseos fervientes que organizaban los programas de vida de casi todas sus familias. Ya sabemos que estamos ante estudiantes de Historia que, como ellos lo reconocen, eligieron esa carrera por vocación, por curiosidad intelectual o por alguna influencia familiar, ello contra viento y marea de aquellos que los miraban con escepticismo, y —sobre todo— porque la universidad para ellos significa alcanzar algo nuevo, superior, que sus abuelos ni siquiera soñaron, pero quizá sí imaginaron. De los veinticuatro estudiantes, únicamente cuatro tienen padres con educación superior, y en un solo caso, una abuela posee credenciales universitarias; es decir, 14% del total de las generaciones previas tienen este tipo de preparación, porcentaje verdaderamente reducido. En tal sentido, los hijos están *abriendo trocha*, desbrozando terrenos eriazos donde sus antecesores no cultivaron nada. A su vez, algunos de estos alumnos critican a la escuela, a la pobrísima educación básica regular que llevaron, y casi todos tienen mucha esperanza en San Marcos, no por las credenciales que puedan conseguir para luego ganar dinero, sino —tengo la impresión, luego de leer sus textos— por los conocimientos, competencias, entrenamiento y experiencias que pueden adquirir para entender mejor sus propias historias y la de nuestro país. Todos, sin lugar a dudas, se merecen una gran universidad pública donde puedan realizarse plenamente y contribuir así con la patria y con sus propias familias.

Permítanme, aunque sea muy rápidamente, hacer una última reflexión. No leo muchos libros de economía, como sí lo hice para mi tesis de doctorado, no tengo por qué leerlos estrictamente, pero hay dos que me han impresionado en la última década: primero, el del economista francés Thomas Piketty, *Le capital au XXI^e siècle* (2013), donde intenta responder a tres gran-

des preguntas sobre la evolución de la economía europea a largo plazo, evaluando indicadores de crecimiento, acumulación, distribución de ingresos y patrimonios desde el siglo XVIII hasta la actualidad, llegando a una conclusión nada alentadora que me impresionó. Todo parece indicar que la desigualdad, a pesar de los entusiasmos neoliberales, persiste con mucha evidencia y se vuelve pertinaz.

El otro texto es *El precio de la desigualdad* (2012), del reconocido economista Joseph E. Stiglitz, premio nobel de Economía del 2001, de grandes éxitos editoriales, el cual me llevó a repensar estos relatos generacionales, en donde los sujetos que hacen sus recuentos y memorias quieren encontrar un sentido a sus vidas y esfuerzos, de ahí que vean a la migración como una oportunidad para vivir mejor, construir una casa y un futuro para sus familias; preguntándose —asimismo— si realmente encontraron un mejor hogar, salud y educación, y felicidad. ¿Hallaron todo eso en la ciudad?, ¿valió la pena tanto esfuerzo y desarraigo? Acaso Stiglitz tiene razón cuando afirma que el 90% de los niños que nacen pobres mueren en dicho estado, por más esfuerzo o mérito que realicen; mientras que el 90% de los que nacen ricos mueren en tal posición, sin importar que hagan mérito para ello. Algunos han agregado las siguientes palabras a Stiglitz: «el mérito no tiene ningún valor». Me niego a aceptar esta afirmación, creo que el talento es descubierto por la educación, la buena educación, no para hacernos más desiguales, sino para erradicar dicha división en el camino del desarrollo humano. Por eso, utilicé una cita de Stiglitz como epígrafe de este libro, para dejar constancia de la volatilidad de las convicciones que acompañan a los procesos históricos, que antes parecían tan determinados, pero que ahora están más expuestos a la discrecionalidad o a la libertad de los hombres de cada tiempo, como decía Benedetto Croce, en el cambiante mundo actual. No permitamos que las memorias pasadas nos capturen. La mayor

recomendación que se desprende de la experiencia de estas tres generaciones es que la última, los *millennials*, quiere romper con esas viejas ataduras, pues sus sueños no forman más parte de mundos trascendentes, subjetivos, de ensoñación, sino de realidades que deben ser conquistadas con proyectos a la medida de sus posibilidades y talentos.

Quisiera, para terminar esta introducción algo larga, agradecer a todos los que posibilitaron que estos escritos, memorias de tres generaciones, puedan ser finalmente publicados. Todo empezó cuando Carlota Casalino, como coordinadora del Departamento de Historia, me invitó a desarrollar los cursos mencionados en marzo de 2016, y Cristóbal Aljovín, en el mismo cargo, me reiteró la invitación, en marzo de 2017. Sin estas invitaciones nada hubiera sido posible. A Carlos Paredes, mi ayudante de los cursos, responsable de las prácticas durante estos dos años, mi sincero agradecimiento por todos sus aportes como coeditor. Con él diseñé el programa de trabajo, seleccioné los libros sobre generaciones y me ayudó a elegir las historias que ahora se publican, a través de un diálogo permanente durante muchas tardes de los sábados. También recuerdo a Teodoro Arévalo, alumno del último año de Historia, que nos acompañó el 2016. Finalmente, a mis estudiantes, todos los que asistieron a estos cursos, como regulares o libres, les expreso mi reconocimiento por autorizar esta publicación y por haber hecho posible este trabajo experimental que permitirá comprender y conocer mejor al estudiante sanmarquino.

MANUEL BURGA DÍAZ

«Diego, si alguien más puede hacerlo, ¿por qué tú no?»

Héctor Diego Aguado Álvarez

Código: 15150174

Las generaciones no solo pueden ser vistas como simples sucesiones de grupos sociales, familiares en este caso, sino que pueden ser analizadas como conjuntos sucesivos que prolongan los anteriores, pero que, al mismo tiempo, traen cosas nuevas en respuesta a contextos diferentes. Eso dice José Ortega y Gasset en su libro *En torno a Galileo. (Esquema de las crisis)* (1984). Entonces, puedo preguntarme, ¿qué legado de la generación de mis padres y abuelos cargo conmigo? Soy producto de los dramas que ellos vivieron y las convicciones de mi tiempo, los cuales también podríamos entender como la creación de generaciones anteriores. En este trabajo pretendo mostrar los hechos que movieron sus vidas, tratando de ubicar el legado de ellos en mí. Buscaré hacer mención de todos los miembros de mi familia en cuanto a la generación de mis abuelos y mis padres; pero este relato sigue los pasos de mi línea materna, esencialmente, mi abuela y mi madre.

1. Abuelas y abuelos

Recuerdo que de niño siempre sentía emoción cuando mis papás decían que iríamos donde mis abuelos. Al igual que yo, ellos viven en Villa El Salvador, pero no siempre fue así y resulta lógico, pues ese distrito recién aparece en 1971, cuando el presidente

era Juan Velasco Alvarado. Entonces, ¿de dónde vienen ellos?, ¿estudiaron en un colegio y en una universidad al igual que yo?, ¿su cultura es muy similar a la mía? Prácticamente lo que sé de ellos es muy poco.

Desde el lado paterno, mi abuela es Dora Elena Castro Espinoza, quien nació en Lima el 12 de agosto de 1940 y que lamentablemente perdió a su madre cuando tenía cuatro años. Desde ese momento, su vida se torna difícil, pues su padre se vuelve a casar y el trato de su madrastra era muy malo. En la escuela no logró ir más allá del cuarto grado de primaria y desde muy niña tuvo que trabajar y dedicarse a cuidar a sus hermanos, quienes llegaron a estudiar hasta la secundaria. En la misma línea paterna, mi abuelo es Humberto Aguado Girado¹, quien nació en Ica el 19 de agosto de 1929 y no hizo estudios más allá de la primaria. Toda su vida adulta trabajó en el rubro de construcción civil y, en Ica, tuvo otra familia, de la cual yo supe cuando tenía once años, pues vinieron a Lima para conocernos; ello para mí fue sorprendente, nunca imaginé que mi abuelo pudiera haber dejado atrás toda una vida sin jamás retornar ni preocuparse por ellos. Esa fue la única vez que los vi.

Cambiando de escena, a la de mi lado materno, mi abuelo es Jesús Hernán Álvarez Guardia, nació en Ayacucho el 2 de enero de 1929 y llevó estudios hasta segundo de secundaria², ya que dejó su pueblo para trabajar en una mina de Huancavelica. Allí laboró por buen tiempo y mantuvo un compromiso previo al que llevó con mi abuela. De esa relación anterior tuvo cuatro

-
- 1 Resulta interesante ver que mi abuelo originalmente llevó el nombre de Lamberto Aguado Girao, tal cual aparece en su partida de nacimiento. Es con el correr de los años que fue realizando modificaciones hasta aparecer con otro nombre en su documento de identidad.
 - 2 Curioso resulta saber que en su documento de identidad figura otra fecha de nacimiento, el 18 de marzo de 1929. Este cambio se produce para evitar la leva del Ejército, siendo extraño que el cambio solo sea por unos meses, pues mi abuela menciona que, al poco tiempo, a los dieciocho años, tuvo a su primer hijo y entonces tuvo que trabajar y mantener a su familia, por lo tanto, quedaba libre de dicha leva.

hijos que quedaron huérfanos de madre, por lo que mi abuelo se quedó solo con mi tío Jesús (sus otros hermanos serán cuidados por una tía suya)³. Mi tío me contó que mientras su papá trabajaba, la mina brindaba educación a los hijos de sus trabajadores, por lo que era muy feliz; pero entonces mi abuelo se enamoró y por seguir a otra mujer abandonó todo, a pesar del ruego de mi tío para que se quede y así pueda seguir estudiando. Mi abuelo falleció el 10 de junio de 2010.

Mi abuela Rosa Gregoria Valdez Zurita, en la misma línea materna, fue quien estableció una sucesión directa que enlaza a mi madre conmigo, y parece haber tenido un deseo de superación a través de la educación. Ella nació el 28 de noviembre de 1941 en el distrito de Asillo, que es parte de la provincia de Azángaro, en Puno. Este es un pueblo pequeño que se fundó el 2 de mayo de 1854 bajo el gobierno de Ramón Castilla y que se encuentra a una altura de 3913 m s. n. m. Recuerdo que mi abuela contaba que tenía nueve hermanos y que ella era la segunda, entonces su madre (Saturnina⁴) por las noches preparaba leche batida con canela y la dejaba en la ventana hasta la mañana, momento en que estaba tan dura que parecía un adoquín. Por otro lado, la alimentación que llevaba era bastante variada, pues su familia tenía chacras y se dedicaba a la agricultura y ganadería. En su tierra nunca podía faltar trigo, quinua, papa, chuño, leche, mantequilla, queso y también las carnes de sus reses y carneros.

3 Debo decir que mi tío Jesús, quien si bien tuvo que culminar sus estudios ya siendo mayor y en una escuela nocturna, prendió en mí la pasión por la lectura. Cuando era niño me regaló algunos libros que amé y leí de corrido: *Los tres mosqueteros*, *Ivanhoe*, *Oliverio Twist*, *De la Tierra a la Luna* y otros libros más de Julio Verne. Años después, cuando nació en mí la vocación por ser historiador, me enteré, no de parte de él, sino de sus hermanos, mis tíos, que su sueño siempre fue estudiar Historia, pero que por avatares del destino nunca pudo hacerlo.

4 Mi bisabuela se llamaba Saturnina Zurita Santamaría, quien me conoció siendo bebé y a quien recuerdo cada vez que observo la única foto que tengo con ella mientras me tenía sonriendo en sus brazos. Yo siempre la tengo en mente como la *mamita* Sato. Ella falleció un 7 de julio de 1995, justo el día de mi cumpleaños número tres.

Para hablar de mi abuela es necesario hacer mención a quienes fueron sus abuelos por la vía materna. Aurelio Zurita fue gobernador de Asillo y era trilingüe, sabía hablar (también escribir) en español, aimara y quechua. Se dedicó a la labor de partero y todos los fines de semana aprovechaba en preparar chicharrones para poner en venta; era también bastante dedicado al comercio. Mientras que su abuela, Pilar Santamaría, era de origen boliviano y perteneció a una familia de arrieros que gozaba de cierta fortuna; pero ella lo dejó todo por amor⁵. Tener un abuelo que hablaba varias lenguas y era bien reconocido por su pueblo, así como una abuela que había gozado de cierta fortuna, significó mucho para mi abuela.

Mi abuela no llegó a aprender aimara, solo supo comunicarse en español y quechua. Siendo la parte de la educación la que me interesa, debo destacar que ella únicamente pudo estudiar primaria completa en su pueblo, donde había dos escuelas (una para mujeres y otra para varones). Fue su interés por educarse lo que la llevó a migrar junto con su hermana Delfi, una decisión impulsada seguramente por su sistema de convicciones, porque la educación significaba progresar y por eso se marchan en 1953, a la edad de 12 años, a Arequipa, y luego, en 1956, a la edad de 15 años, a Lima; pero en ninguno de dichos lugares pudieron culminar sus estudios. Por el contrario, mi abuela estuvo dedicada al trabajo de empleada de casa, siendo en Lima, en el distrito de San Isidro, donde conocerá al señor Del Solar, quien la acogió en su hogar para que cuide a sus hijas. Mi abuela nunca se olvida de este señor y del cariño con que la recibió y trató. Mientras vivió con ellos nunca le faltó nada e incluso en cierta medida se acostumbró a vivir al nivel de dicha familia. En 1958, a la edad de 17 años, conoce a mi

5 Mi abuela cuenta que fue en una de las mulas de su padre que su abuela huyó en busca de Aurelio para quedarse juntos en Asillo.

abuelo y se enamoran⁶. Producto de su amor es que tienen a su primera hija, mi tía Carmen, por lo que deben mudarse para vivir juntos⁷. Mi abuelo se encontraba trabajando en lo que ahora es el club deportivo Coser en la calle Brea y Pariñas, aquí, junto con mi abuela, se encargaron de ser guardianes mientras se daba una construcción. Los propietarios del club les construyeron un pequeño departamento y por esto mi abuela pudo criar cuyes, pollos, pavos, conejos, gallinas, palomas, carneros y otros animales. Pero el tiempo no pasa en vano, los hijos de los dueños fueron creciendo y eran borrachos e irrespetuosos, mi abuela fue teniendo más hijos, en total cinco, y por miedo de que les pase algo es que decidieron mudarse.

Era 1977, ya se había dado la invasión de Pamplona, para ese año dichos invasores ya estaban reubicados en lo que es el actual distrito de Villa El Salvador (VES) y mis abuelos supieron que estaban repartiendo terrenos. Mudarse a este distrito fue lo peor para mi abuela: las condiciones de vida eran totalmente diferentes. Como se sabe, al inició en VES no había nada, ni electricidad ni agua; pero, cuando ella llegó ya funcionaba el colegio República de Bolivia, interesante nombre pues le recordaba los orígenes que tenía por su abuela. También, VES es un distrito fundado por una gran mayoría de migrantes que buscaron trasplantar su religión a este nuevo paraje, es por ello que, si bien nunca regresó a su pueblo, mi abuela sí asistía a las fiestas patronales que se organizaban: Cruz de Motupe, Señor de Huanca, entre otras; no eran de Puno, pero de alguna manera le recordaban a su pue-

6 A partir de esta unión mi abuela comprende la existencia de las variantes que tiene el quechua. Cuando mi abuelo se reunía en casa con sus paisanos, ellos hablaban en quechua, la variante de Ayacucho; mi abuela no entendía nada. Su esposo siempre le decía: «Es igual que el tuyo... Solo que diferente en algunas cosas».

7 Aquí es donde siente el cambio de vida, antes estaba en San Isidro junto a la familia Del Solar. El señor Del Solar fue su padrino de bodas y cuando realizaba las compras ni tenía que fijarse en el precio y todo lo que compraba era de primera. Al mudarse con mi abuelo, el dinero con el que debía cocinar para una semana solo le duraba dos días, pues todo lo que compraba era como para el consumo en casa de su padrino.

blo. ¿Hubo progreso? Mi abuela piensa que no, al menos con ella no, pero logró que sus hijos estudien hasta secundaria y en ellos sí ve un crecimiento que se prolonga en la generación de sus nietos, pues estos empiezan a estudiar en universidades.

2. Los padres

Antes de mudarse a VES, mi abuela ya había tenido a todos sus hijos y el penúltimo de todos ellos fue mi madre. Sonia Esther Álvarez Valdez nace el 5 de febrero de 1967 en Lima y ciertamente mis abuelos nunca planearon ponerle esos nombres. Mi abuelo quiso llamarla Gloria María por una actriz de su época, pero lo olvidó al momento de registrarla. Esta peculiaridad de poner nombres de artistas es común entre los hermanos de mi madre: mi tía Luz María lleva esos nombres por una serie llamada *Tres Patines* y mi tío Marco Antonio, por la película *Cleopatra*.

Mi madre nació cuando mis abuelos todavía vivían en Monterrico, en el futuro club deportivo, y allí tuvo una niñez bastante feliz porque tuvo contacto con los animales que mi abuela criaba y también vio crecer desde semillas las plantas que sembraba (tomates, pimientos, ajíes, entre otras). Tuvo acceso a distintos deportes por existir allí canchas de frontón, tenis, fútbol y básquet. Toda una variedad de experiencias, pero sus padres nunca enseñaron quechua a ninguno de sus hijos. Allí vivió hasta los diez años y estudió en el colegio Higuiereta 6048 hasta cuarto grado de primaria; en VES estudió en la ya mencionada escuela República de Bolivia hasta quinto de secundaria⁸. Como se ve, es recién en la generación de mi madre que las mujeres logran cul-

8 Mi madre también recuerda bastante al señor Del Solar, pues cuando llegaron a VES este señor apareció de la nada, nunca le habían avisado a dónde se mudaban, pero los encontró y llegó con muchas cosas: aceite, arroz, menestras, conservas, además de otros alimentos; también les regaló las prendas que sus hijos e hijas ya habían dejado de usar.

minar el colegio, pues, en la generación de mis abuelas, ni ellas ni sus hermanas obtienen este logro.

La vida de mi madre tiene la peculiaridad de que muchos hechos cruciales se relacionan con el partido aprista y no por haber sido militante, nunca lo fue. Mediante la Casa de la Juventud del APRA es que este partido se encargó de brindar clases de secretariado, contabilidad y cosmetología, con la finalidad de captar jóvenes a su partido. Cuando mi madre concluyó el colegio, en 1984, asistió a una de estas clases y lamentablemente se vio envuelta en un pequeño atentado de Sendero Luminoso, donde la amenazaron para que desista de seguir esos cursos y por suerte nadie salió herido. Las clases continuaron, pero mi madre dejó de ir... La semana siguiente dinamitaron dicho local mientras los dirigentes se encontraban dentro. Este momento es clave para entender el miedo de mi madre y el trauma que produjo en ella el terrorismo: existe un temor muy marcado por meterse en grupos políticos, temor que incluso intentó transmitir a mí, «Ni se te ocurra meterte en esos grupos políticos», me dijo una vez que ingresé a San Marcos.

Ese mismo año, con apoyo de su hermano Jesús y de sus padres, vio la posibilidad de estudiar traducción, pues Inglés era su curso favorito en el colegio. Por ello tiene la idea de estudiar en la Escuela Normal de Monterrico⁹, en donde un requisito era conocer inglés o francés en un nivel básico. Para completar este nivel, su primera opción fue llevar clases en el instituto Británico, pero los cupos estaban llenos; mis abuelos no quisieron esperar y decidieron matricularla en la Alianza Francesa a pesar de no conocer nada de este idioma¹⁰. Mientras llevaba el curso, sus hermanas le aconsejaron que no diga que vivía en VES, para evitar

⁹ Actualmente se conoce como el Instituto Pedagógico Nacional Monterrico.

¹⁰ En este instituto conoció de vista a quien fue una descendiente del presidente Manuel Prado Ugarteche. Mi madre menciona que era una chica que no hablaba con nadie y que, para todos, era muy importante solo por su apellido.

que pudiesen molestarla; pero esos consejos no estarían presentes por mucho tiempo. Al momento de dar el examen final del primer ciclo, mi madre tenía la seguridad de que lo iba a aprobar, pero no logró pasarlo. No entendía qué había pasado y se sintió abandonada cuando sus padres no siguieron apoyándola en sus estudios. Parece no haber una lógica en esa decisión, considerando el deseo que mi abuela siempre tuvo de acceder a una mejor educación; pero ahora mi madre comprende e imagina el gran esfuerzo que sus papás debieron hacer para pagarle ese curso y la decepción que pudieron sentir, comprende que el dinero no era suficiente en su hogar y que sus otros hermanos no tuvieron esa pequeña oportunidad que ella tuvo.

El siguiente año, 1985, el APRA llegó al Gobierno con el joven candidato Alan García y así parecía que una mejor oportunidad se presentaba para mi madre. Como dije, nunca fue militante aprista, pero su hermano Francisco sí lo era¹¹. Gracias a su ayuda, mi mamá pudo entrar a trabajar en el área de Contabilidad del Ministerio de Agricultura, específicamente en el Instituto Nacional de Ampliación de la Frontera Agrícola (INAF). Aquí fue contratada y ganó bastante bien, gracias a esto pudo adquirir muchas cosas para su hogar. También, con el dinero que ganaba, se pagó estudios de Administración en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega¹²; pero el tiempo pasó y el gobierno de Alan se desestabilizó. Si al principio le alcanzaba para todo, luego dejó de ser así. Trabajar y estudiar era agotador, y mi madre enfermó de tuberculosis. Decidió dejar de estudiar para mantenerse en el trabajo hasta el segundo año del primer gobierno de Alberto Fujimori.

-
- 11 Mi tío Francisco por mucho tiempo perteneció a la directiva del APRA en Villa El Salvador.
- 12 Aquí su miedo hacia el terrorismo y la política se incrementa, debido a que un profesor le mandó a sacar copias de un libro de la biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales. En ese tiempo, la universidad y sobre todo esa facultad estaban repletas de pintas y ello generó temor en mi madre.

Ya desde 1990 empezó a salir con mi padre, en ese tiempo ambos tenían buenos trabajos. Pero luego hubo recorte de personal y mi madre salió embarazada, además, decidí ya no trabajar y sustentarse del trabajo de mi padre. Lamentable fue recibir la noticia de que por recorte de personal mi padre se había quedado sin trabajo a inicios de 1992, justo cuando yo me encontraba en el vientre de mi madre.

Antes de pasar a mi generación, quiero hacer una pequeña mención a quien es mi padre. Héctor Humberto Aguado Castro nació en Lima el 31 de mayo de 1966 y hasta sus cinco años vivió en el distrito de Miraflores, en la casa de su abuela. En 1971 se muda a lo que luego se conocerá como Villa El Salvador, siendo prácticamente uno de sus fundadores. Su nombre resulta algo simpático. Mi abuela Elena se lo puso porque cuando trabaja cortando cabello había un joven llamado Héctor y era bastante bueno y amable con las personas; el nombre de Humberto lo heredó de su padre por ser el primogénito. La infancia de mi padre fue bastante difícil, en realidad la infancia de mis padres fue bastante difícil si la comparamos con la mía, sus posibilidades para salir adelante eran muy diferentes, de alguna forma mencionan que antes uno mismo se iba haciendo camino y los padres (mis abuelos) no andaban detrás diciendo qué hacer a los hijos. Un punto central en la vida de mi papá es que su secundaria la cursó en un colegio del distrito de Santiago de Surco, Los Próceres. Aquí tuvo contacto con hijos de padres que ya habían estudiado en universidades y que tenían un distinto nivel de vida, esto le abrió el deseo de siempre tener más en su vida. Más adelante, trabajó en una empresa llamada Metinsa y consiguió un buen puesto que perdería en la época del gobierno de Alberto Fujimori. Siguió estudios superiores en los institutos CESCA (Programación de computación) y CEPEA (Análisis de sistemas). Al año siguiente que yo nací, consiguió un mejor puesto de trabajo en uno de los grifos de un tal señor Gasso, quien fue dueño de algunos grifos PECSA.

3. Los hijos

Yo, Héctor Diego Aguado Álvarez, nací el 7 de julio de 1992 en Lima. Y también llevo el mismo nombre que mi padre porque soy el primogénito; mi otro nombre a mi madre se le ocurrió al recordar a Juan Diego Cuauhtlatóatzin, quien presenció por primera vez a la Virgen de Guadalupe.

Cuando yo todavía era niño, mi papá tenía un trabajo dependiente hasta que cumplí los trece años, desde ese momento, en 2005, se dedicó al rubro de la movilidad escolar. Al inicio tenía carros de segunda mano, actualmente la mayor parte son transportes nuevos. Y ya no trabaja solo mi padre, sino que mi madre también. Mis posibilidades fueron distintas, ya que los ingresos de mis padres fueron mayores, a lo que ellos aducen que tuvieron un progreso económico; pues, si bien mi abuela, mi madre y mi padre veían a la educación como progresar, la veían asimismo como un medio para mejorar económicamente. Siempre pensaron que si hubieran estudiado en una universidad les habría ido mucho mejor. Aquí radica una diferencia que yo tengo con ellos y capaz se debe a que el drama de mi vida no se ha visto compuesto de carencias de distintos tipos. Suena hasta un poco vergonzoso, pero a mí nunca me ha faltado nada y por ello es que no veo a la educación como un progreso económico, sino como un progreso intelectual.

Otro punto que rompe con la línea de las otras generaciones es que yo no soy creyente, no soy cristiano. ¿Cómo explico esto? Durante mi secundaria, estuve en un colegio privado donde la enseñanza del curso de Religión no se impartía. Si bien en primaria estuve en un colegio católico (I. E. P. Santa Rosa de Lima), al pasar a secundaria (I. E. P. Nuestra Señora de La Merced), más allá del nombre, nada de religioso había. Muchos profesores no habían estudiado Educación, sino que eran historiadores, biólogos, matemáticos, físicos, químicos, geógrafos, egresados de

literatura, de lingüística, etc. Ellos siempre eran críticos de la religión y entonces yo mismo empecé a cuestionarla.

Lamentablemente, las costumbres de mis abuelos no fueron practicadas por mis padres y menos por mí, nunca aprendí quechua ni aimara, mas sí tuve interés en aprender inglés. Antes, mis abuelos no pensaban en dejar algo a sus hijos o no había esa preocupación, cuentan mis padres. Sienten que existió una gran brecha, pero su generación sí vive preocupada en dejar algo a sus hijos, una herencia que sea perenne. Mis padres siempre me decían que en la vida uno puede perderlo todo, pero lo que nunca se pierde es lo que se encuentra en la cabeza, por eso ellos repetían: «Lo mejor que nosotros les podemos dejar es educación»; y es lo que siempre buscaron. Mi madre sobre todo piensa eso, quizás teniendo el recuerdo de que su madre partió de su pueblo para estudiar y no lo consiguió, tal vez porque ella siempre lo añoró y no contaba con todas las posibilidades. Quizás existan muchas razones por las que mis padres se interesaron en que lleguemos a la universidad; y puede ser que ese sea un buen legado, una idea que se transmitió desde la generación de mis abuelos hasta la mía. Pero si yo rescato algo de todo este recorrido lo puedo resumir en una frase que mi madre muchas veces me repetía: «Diego, si alguien más puede hacerlo, ¿por qué tú no?». Siempre guardo esa frase conmigo cada vez que alguna situación difícil se presenta, si un legado de ellos he heredado es su fuerza para levantarse ante los problemas y creer que todo es posible.

Aprendí en la trashumancia

José Ángel Aldea Añamaco

Código: 910990

1. Abuelas y abuelos

Soy producto, como la gran mayoría de limeños, de las migraciones andinas. Empezaré presentando una breve memoria de la generación de Jacoba Tuero Mejía (Grau, Apurímac, 1912-Lima, 1984) y Ernesto Añamaco Arce (Cotabambas, Apurímac, 1916-Lima, 1968), mis abuelos maternos. También, de Luciana Suyo Torres (Paruro, 1925-Cusco, 2008) y Tomás Aldea Farfán (Paruro, 1923-Cusco, 2009), mis abuelos paternos. Haré énfasis en el aspecto cultural y el desarraigo de los protagonistas. Por ello mismo, me ubicaré en el contexto geográfico y temporal, Apurímac, Cusco y Lima, en la década de los 50 (los testimonios orales de mis familiares y parientes corresponden a este periodo) hasta los años 80. Los mejores años de la generación de mis abuelos transcurrieron en el contexto de intensas migraciones internas, de las cuales ellos fueron actores directos.

Dos grandes procesos históricos que han afectado a la sociedad peruana contemporánea son, en primer lugar, la constante migración del campo a la ciudad; y, en segundo lugar, la fatídica sucesión de periodos de crecimiento y de crisis económica. Ambos son parte de un escenario en donde la pobreza y la poca presencia del Estado afectan no solo a las comunidades campesinas, sino también a las villas y capitales provinciales. En los años 40 y 50, el ámbito rural peruano tenía poco desarrollo del

mercado interno, en especial en los Andes sureños, y esa realidad condicionó la vida de mis abuelos. Allí, la educación era casi la única alternativa de movilidad social, cosa que ellos no gozaron a plenitud (solo Ernesto y Tomás sabían leer y escribir). Mientras que don Tomás y doña Luciana se dedicaban al comercio, la pequeña siembra y la ganadería, en Paruro; don Ernesto y doña Jacoba dependían de la minería instalada en Cotabambas. Mis abuelos maternos ante la crisis minera en Cotabambas tuvieron que migrar a Lucanas en los años 50. Doña Jacoba tenía cuatro hermanas y un hermano, quienes ya habían migrado a Lima a inicios de esa misma década.

Según la historia contemporánea, la construcción de nuevas vías de transporte y las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, como la radio en la década de 1940, fueron factores importantes para los movimientos migratorios masivos, pues minaron el aislamiento en el que vivían muchos centros poblados y comunidades campesinas. Ernesto y Jacoba no eran comuneros, no estaban amarrados a sus terruños, por lo que podían trasladarse de un lugar a otro para sobrevivir. Don Ernesto se dedicó, al igual que mi bisabuelo, a trabajar en las minas (un trabajo estacional), el «enganche» había quedado en el pasado gracias al surgimiento de la inversión minera a principios del siglo xx, por lo que las migraciones andinas no se dirigieron exclusivamente hacia la costa. La generación de mis abuelos se dispersó desde sus lugares de origen a otros puntos de la sierra misma; así, la gran mayoría de mis tíos abuelos migraron a lugares alejados como Arequipa, Cusco, Puquio y Lima. Siguiendo de manera muy rápida la dispersión de los apellidos de mi madre, constaté que muy pocos portadores sobreviven en sus lugares de origen y, según consta en el directorio telefónico, hoy existen muchos apellidos de origen aimara en Cotabambas y Grau, por ejemplo.

En relación a mi ascendencia apurimeña, es notable cómo la cultura andina que los Añamaco y Tuero cargaban a costas

fue decisiva para encontrar un espacio de referencia en lugares tan distantes de sus terruños. Lo mismo sucedió con los Aldea y Suyo, esparcidos por Cusco y Lima. Todo lo que la cultura quechua ha podido impregnar en mi sensibilidad (música, cuentos, comida, creencias y usos), se lo debo no solo a mis abuelos y padres, sino también a los parientes de esas cuatro familias, ya que algo que caracterizó a este colectivo fueron los viajes a grandes distancias: los descendientes de estos cuatro apellidos se han distribuido tanto en gran parte del Perú, como en Japón, Estados Unidos, Argentina, Francia y Brasil.

Siempre recuerdo los relatos de tíos y abuelos sobre viajes a lomo de caballo, a pie o en los famosos «expresos» provinciales. En mi mente están los detalles de las despedidas, no solo de hermanos y parientes, sino de esposos e hijos que viajaban hacia lo desconocido en busca de mejores condiciones de vida, algunos para regresar pronto, otros para conquistar un nuevo hogar, sentimientos que se expresan en un huaino que ha sido el favorito de mi familia desde que tengo uso de razón: *Expreso Puquio*. Mis abuelos maternos, cuando finalmente migraron a Lima durante el gobierno de Manuel A. Odría, solo trajeron consigo su lengua, creencias, narraciones, música y culinaria, y estos elementos aún los conservamos dentro del ámbito familiar y nos sirven como marcadores de identidad a pesar del carácter alienante de la modernidad.

Este mismo proceso de desarraigo lo vivieron mis abuelos paternos, don Tomás, doña Luciana y gran parte de los hermanos de ambos, quienes dejaron Paruro para migrar a la ciudad del Cusco, en busca del ansiado progreso. El Cusco modernizante y cosmopolita de los años 60 y 70 hizo que mis abuelos paternos mitiguen la nostalgia por el terruño mediante la reproducción de sus costumbres. Para ciertos fines rituales, en el emblemático mercado de San Pedro, en la ciudad del Cusco, aún existen las tiendas de objetos rituales para los *pagapus* a la Pachamama, los

apus tutelares. Mis abuelos parureños eran asiduos concurrentes a estas tiendas místicas. También era usual verlos tomar chicha cortada con aguardiente, todas las tardes, solos o acompañados, en su pequeña tienda de abarrotes en el distrito de Santiago. Mi abuela solo hablaba quechua, pero entendía el español, y mi abuelo, que siempre vestía de saco y sombrero, era una persona muy bien informada de la realidad, solo escuchando su pequeña radio.

2. Los padres

Petronila Añamaco Tuero (Cotabambas, 1956) y Roberto Aldea Suyo (Paruro, 1951) se conocieron en Independencia, Lima, llamado ya el proceso migratorio. Mi padre dejó Paruro cuando tenía trece años, siguiendo a su hermana mayor, quien en 1957 había enrumbado a Lima (antes de cumplir la mayoría de edad). Por otro lado, mi madre se instaló en Independencia, en 1966, con mis abuelos. Mis tíos Máximo y Hugo vivían en otros puntos de Lima; mientras que Juan vivía en Bagua y Luis, en Cusco. Todos ya habían formado una familia.

Es de gran importancia resaltar que durante los últimos procesos migratorios, sobre todo en los conos y periferias de Lima, las relaciones y vínculos entre paisanos fue crucial para hacer de la gran ciudad un espacio habitable, tanto para estadías temporales como para comprar y «tomar» (eufemismo de invadir) terrenos. Durante los años 60, se acentuó el proceso de urbanización de Lima mediante la aparición de las barriadas. El panorama de carencia y falta de servicios básicos caracterizó los asentamientos humanos no solo de Independencia.

En este cuadro precario, mis padres reproducían su desarraigo cultural, pues a pesar de que ambos habían arribado a Lima durante su adolescencia nunca olvidaron el quechua; aunque la

alienación producto de la modernidad modificó su visión de la realidad, no lo hizo en ciertas prácticas culturales propias, que gracias a la interacción con la familia extensa o consanguínea se conservaron y practicaron. Recuerdo claramente que mis padres combinaban, en sus prácticas culturales, modernidad con elementos serranos, en una época caracterizada por el movimiento *hippie*, la cumbia psicodélica y la efervescencia del folclor andino promovido por el gobierno de Velasco Alvarado. Gran parte de ese arraigo en lo andino lo conservaron a través de la cocina familiar (se consumían y se siguen consumiendo muchos productos típicos de los Andes). Igualmente recuerdo que junto con mi madre solíamos ir al cementerio y dejábamos la comida preferida del finado, «para que se alimente». Entre otros rasgos culturales destaca mucho la religión católica sincrética, mezclada con elementos religiosos andinos, y que ellos aún practican: el Señor de Huanca, el Señor de Pampacucho, la Mamacha Carmen o Virgen de la Natividad. Este santoral pertenece al Cusco y con ese motivo de culto y peregrinación mi padre retorna cada año a Paruro. Mi madre se adscribió a esta devoción porque, al ser desarraigada de su terruño muy tempranamente y al no volver jamás a su lugar de origen, no desarrolló vínculos con Apurímac. Este era el sistema de convicciones de mis padres, obviamente yo y mis hermanos solo compartimos el gusto por la cocina y la música de raigambre propia.

Existen otros modos en el ámbito urbano para sobrellevar el desarraigo y son las fiestas de aniversario provinciales. Mi madre perdió los vínculos con Apurímac, a diferencia de mi padre. El aniversario de Paruro se reproduce en la capital peruana mediante un club provincial de paisanos parureños (dicho evento se lleva a cabo siempre unos días antes de celebrarlo en Paruro) y sirve para el reencuentro de parureños, quienes, dicho sea de paso, tienen una fuerte presencia en el rubro comercial de cueros en la zona de Caquetá. Al igual que mi padre, cada año muchos paru-

reños viajan a la provincia en las fiestas centrales no solo para fortalecer los vínculos con el terruño, sino, como se puede observar en casi todos los Andes, para mostrar y ostentar sus logros como emprendedores; en fin, para exhibir su progreso material.

Cabe señalar que la generación parureña de mi padre, sus parientes y sus paisanos se caracteriza por haber salido de Paruro, en los años 50, por diversas causas, pero de las que se pueden descartar la violencia, los desastres naturales y el descuido del Gobierno. Hablando con mi padre y mis tíos paternos he podido concluir que la atracción de lo moderno y un futuro mejor en la ciudad impulsaron la migración andina en esos años. Esto explica, parcialmente, por qué algunos migrantes de esta provincia se especializaron en un rubro específico (el mercado de cueros). Mi tía migró a Lima porque tuvo malas relaciones con mis abuelos, quienes habían fracasado en su pequeño negocio familiar en Paruro. Así que ella, al igual que mi padre, vio que la solución a sus problemas era alejarse, dejando atrás amistades, parientes y escuela. Lo moderno también jugó un papel determinante, la información y las comunicaciones viales estimulaban el sueño de una vida mejor, el progreso en fin. En cambio, mis abuelos migraron de Paruro al Cusco poco después de que mi padre y tía migraran a Lima. Lo que motivó esta decisión en mis abuelos fue más circunstancial que por necesidad. Ellos conservaban propiedades en Paruro y solo querían probar suerte con los negocios en la gran ciudad y terminaron quedándose. El mismo proceso histórico afectó de modo diferente a estas dos generaciones, pero debe tenerse en cuenta que mi padre y mi tía eran adolescentes y tenían una visión entusiasta del mundo, mientras que mis abuelos eran más maduros.

Mis padres se casaron el mismo año en que yo nací. Él ya trabajaba en la Municipalidad Metropolitana (puesto que consiguió con ayuda de coterráneos). Un hecho que marcó a mi padre fue el despido de la municipalidad cuando era alcalde Eduardo

Orrego, en 1982; vinieron años difíciles para mi familia. Sin embargo, en 1985, cuando gobernaba el primer alcalde socialista de Lima, Alfonso Barrantes Lingán, recuperó su puesto de trabajo gracias al apoyo del Sindicato de Trabajadores Municipales. La solidaridad provinciana fue fundamental en esta circunstancia, la que se reforzaba mediante la práctica cultural. Mi padre se rodeó de muchos colegas de origen diverso, ancashinos, ayacuchanos, huancaínos y puneños, convirtiéndose en asiduo participante de sus festividades y celebraciones en Lima, además de seguir participando de las festividades de la colonia parureña. Por lo tanto, mientras que por el lado de mi madre el referente cultural se veía impulsado exclusivamente por la familia extensa (Añamaco-Tuero), el caso de mi padre mostraba otro elemento: la solidaridad provinciana que partía del centro laboral. Hoy en día mi padre es un experto en folclor andino, como resultado de esta dinámica social.

3. Los hijos

Nací el 7 de abril de 1973, soy el mayor de seis hermanos. Crecí en una barriada, Independencia. Estudié la primaria y secundaria en colegios nacionales de mi barrio, (salvo el quinto de secundaria que lo realicé en el colegio técnico Uriel García del Cusco). Crecí en un ambiente de muy limitados recursos, pero de fuertes lazos familiares, rodeado de sonidos quechuas. Mi memoria de esos años está repleta de olores y sabores andinos: chicha de jora, cuy asado a la leña, frutos de capulí, yuyo jaucha, las sopas serranas con chuño y olluco, la mazamorra de zapallo, el ponche de habas y de maca. Las reuniones familiares organizadas por mis tíos maternos, repletas de carnavales y huainos, fueron de suma importancia para estrechar los lazos con la sierra y donde surgiría la inclinación musical que marcaría toda mi vida. Esto explica

que mis interrogantes e inquietudes sobre la cultura andina surjan a temprana edad. Era común ver el desprecio general por el folclor andino y si había algo que me sobrecogía e irritaba mucho era ver a Augusto Ferrando despreciando lo serrano y exaltando lo criollo. Me costaba comprender esa disyuntiva, lo uno o lo otro, casi la contraposición entre lo criollo y lo andino.

Tenía yo trece años de edad y el gobierno municipal del socialista Alfonso Barrantes Lingán promovía espectáculos de música folclórica andina, también, a pesar del embate senderista, era común escuchar el denominado «folclor latinoamericano» que en décadas pasadas había transmitido fuertes discursos izquierdistas. Independencia asimismo era gobernada por la Izquierda Unida (IU) y su alcaldesa, Esther Moreno, promovía espacios culturales para la población. Fue en ese periodo que presencié *Los músicos ambulantes* del grupo teatral Yuyachkani y en una presentación, durante un mitin de Javier Diez Canseco, al grupo de rock andino Del pueblo Del barrio de Piero Bustos. Mi inquietud por la música se definió ahí mismo y cuando cursaba el segundo año de secundaria inicié con la zampoña (fue un colega y ahora gran amigo quien me introdujo en la música folclórica latinoamericana, a ritmo de *Llorando se fue* y *Ojos azules* de Los Kjarkas, de Bolivia).

Estoy muy seguro de que la pobreza material, económica, de mi familia, en los años más difíciles del país, se pudo sobrellevar por la música. Muchos pueblos suelen tener un tipo de música melancólica y triste, como el huaino y el yaraví; sin embargo, considero que las grandes dificultades propias de un determinado proceso histórico son mitigadas y sobrellevadas con la música, ya sea la tristeza que produce la migración, el desarraigo, la guerra interna o la crisis económica. De este modo puedo afirmar que mi infancia fue dichosa, a pesar de la carencia y la crisis económica durante el Gobierno militar y los periodos democráticos de Fernando Belaunde Terry y Alan García, y a pesar de que

mis padres hicieron muchos esfuerzos por sus hijos, ya que mis hermanos y yo sentimos mucho la crisis económica desde muy temprana edad.

Explorando esos años, en mi adolescencia no podía comprender la existencia de dos mundos contrapuestos: la costa y la sierra, lo urbano y lo rural, lo moderno y lo tradicional, lo blanco y lo cobrizo, y lo criollo y lo andino. Cuando en aquel «presente» empecé a preguntarme cómo, la música me dio las herramientas para esa comprensión. Mis innumerables viajes como músico a la sierra peruana me adentraron a un mundo fascinante y, sin proponérmelo, fui descubriendo parte de la realidad.

Siempre cultivando la música, desde los trece años de edad, terminé mi secundaria en la ciudad del Cusco. Allí también pude notar la discriminación del campesino y cuando me adentraba a un centro poblado, como Acomayo o Sicuani, e incluso la villa donde mi padre creció, Accha (Paruro), pude notar que esa misma población andina despreciaba a los comuneros indígenas, ya que existía, entonces, en el mismo ámbito rural, la contraposición entre el *misti* y el indígena, la cual es una extensión recóndita del antagonismo entre lo urbano (modernidad-progreso) y lo rural (tradicición-atraso).

En 1990, retorné a Lima y, en 1991, ingresé a la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM, en la especialidad de Historia. La elección de esta carrera la considero consecuencia de mis lecturas de los pequeños tomos de *Historia universal* de Carl Grimberg (que la revista *Gente* publicaba en los 80) y mi pasión por la historia griega. Desistí de la carrera en plena dictadura fujimorista. Fui testigo de una crisis histórica: la arremetida neoliberal, la implantación de la «cultura combi» y la intervención militar en las universidades. Ser testigo de múltiples incidentes internos en la ciudad universitaria no fue lo que me hizo abandonar mis estudios, sino esa inquietud por querer conocer nuevos lugares, la curiosidad y la aventura que se facilitaba con la música y un grupo

musical conformado por amigos del barrio que ya habían viajado a Ecuador mientras yo estudiaba en la facultad. En 1994, comencé a viajar y solo pararía en 2011. Mi promoción de Historia, que ha dado notables investigadores como Gerardo Álvarez, Mario Meza y Samuel Villegas, logró a duras penas culminar la carrera, porque algunos se quedaron en el camino. Siendo yo joven, y siguiendo la interpretación de Ortega y Gasset (1984), viví solo para mí, creía preocuparme de lo colectivo, jugaba a crear cosas y, desconociendo los secretos de la vida humana, mi preocupación por lo colectivo era solo aparente.

De cierto modo, estando en la universidad aprendí a arreglármelas solo. A pesar de que recibía apoyo económico de mis padres, siempre procuré mantener mi independencia y conseguía mi dinero tocando y vendiendo *cassettes* de música latinoamericana en buses y restaurantes de Lima. Sin embargo, la incertidumbre del sistema logró desestimularme académicamente y me aferré a la música para viajar lejos, primero al Cusco, donde permanecí años trabajando en el circuito turístico con mi agrupación musical Ñan Quishka («camino y espina»), formada por una generación de amigos del barrio que se dedicaron de lleno a la música callejera, los cuales, mediante este arte, buscaban una vida mejor, intentando también viajar al extranjero, especialmente a Europa.

De la generación de músicos que alternó conmigo, la mayor parte se instaló en Dinamarca y Alemania, algunos regresaron para intentar desarrollarse en Uruguay, Argentina y Brasil. Si bien yo tuve la oportunidad de emigrar a Dinamarca por invitación de amigos que radicaban en Copenhague, decliné la invitación y decidí probar suerte en Uruguay. Viajé por tierra durante un mes, atravesé Bolivia, Paraguay y Argentina para llegar a Montevideo, donde me esperaba mi mejor amigo y otros tres compañeros músicos de mi barrio. Era 1999 y había dejado atrás un noviazgo, que duró dos años, con una escritora estadounidense. También desistí de viajar a los Estados Unidos.

En Montevideo encontré por primera vez respeto y orden, era una sociedad muy educada y las librerías abundaban más que las peluquerías, no como aquí en Lima. Sin embargo, sentía muy fuertemente la influencia cultural mediática argentina: televisión, revistas y música. Fue allí también donde el desarraigo del Perú se acentuó: la nostalgia familiar, la comida y los amigos. Conviví con mi segunda mujer, quien era colombiana, por algo más de un año y tal vez pude aliviar así algo de mi soledad y nostalgia, y cuando finalizamos nuestra relación sobrevino la crisis política y económica argentina en 2001, lo que afectó posteriormente la economía uruguaya. En el verano de 2002 dejé Uruguay y enrumbé a Brasil con otro grupo de amigos peruanos, porque aquellos que eran de mi barrio ya estaban muy arraigados en Montevideo e incluso tenían ya sus familias.

Estando en Montevideo solía asistir a una peña-restaurant peruano, donde se escuchaba música criolla (me di cuenta de que este género es el preferido de la diáspora peruana) y podía socializar con peruanos de diversos lugares del país: marinos mercantes, pescadores, trabajadoras del hogar (la gran mayoría del norte peruano) y, sobre todo, músicos, los había en gran cantidad, tocaban en las plazas y ferias, y muchos, entre los que me incluyo, en los buses de transporte público. La música andina era muy apreciada en Uruguay, Argentina y Brasil, lo que permitió subsistir e incluso se podía ahorrar regular cantidad de dinero si uno se lo proponía, lo que no fue mi caso.

Los peruanos que viven en el exterior se enorgullecen de nuestra riqueza cultural y pluriculturalidad. Estando fuera del país casi todos los peruanos somos iguales y lo pude comprobar cuando asistía y amenizaba tocando huainos y valeses en las celebraciones de Fiestas Patrias en Buenos Aires, Montevideo y Porto Alegre. La nación peruana brotaba de nuestros pechos, la unidad y solidaridad entre paisanos se hacía explícita no solo cuando jugaba nuestra selección de fútbol, sino en eventos trascendentales,

así ocurrió con la designación de Machu Picchu como séptima maravilla del mundo o el anuncio del premio Nobel para Mario Vargas Llosa. Pero en el trato íntimo, allá afuera, seguían los prejuicios típicos de los peruanos y no por el color de piel, sino porque la cultura y lo andino eran un ente subalterno que nació con la derrota del inca en Cajamarca.

Había entrado a la tercera década de mi vida en Brasil. El desarraigo de tantos años fuera del país me llevó a adquirir otras costumbres, hablé por años el idioma portugués en mi vida cotidiana (aún suelo confundir ciertas palabras en mi español); pero mis convicciones son las mismas de hace diez años, la realidad socioeconómica y política de aquel país determinó mucho mi visión del mundo. Continué haciendo música de manera profesional y me enriquecí cultural y espiritualmente al viajar por el Perú y diversos países durante años, pero mi experiencia en Brasil fue el punto culminante de ese trayecto. Permanecí en Porto Alegre, capital del estado de Río Grande del Sur por diez años (esta ciudad fue sede de dos eventos del Foro Social Mundial a los cuales asistí y participé como artista invitado). El estado de Río Grande del Sur tiene una vistosa tradición gaucha y una población de fuerte ascendencia portuguesa, alemana, italiana y polaca. Debo admitir que tengo especial aprecio por ese rincón de Brasil, no solo porque tengo una hija de trece años de edad que aún vive allá con su madre brasileña, sino por las vivencias mismas, el calor de la gente, la vistosidad y la pulcritud de sus ciudades con iglesias góticas y casas de estilo tirolés o piemontés, también porque la ética trabajadora de estos gauchos brasileños provenía mucho de su ascendencia europea (en este aspecto no encontraba mucha diferencia de la ética trabajadora de los andinos peruanos, ambos pueblos eran emprendedores, pero con realidades sociales diferentes).

Fui aceptado dentro de la familia luso-alemana de mi penúltima pareja sentimental. Pude explorar una cultura muy diferente a la que los peruanos estamos acostumbrados a imaginar

de los brasileños. Las continuidades culturales llevadas por los migrantes europeos al sur de Brasil en el siglo XIX daban un carácter distintivo a los gauchos brasileños. La cultura alemana se reproducía cada día con la típica *bandinha* germánica, conjunto de vientos de metal y acordeón que congregaba multitudes en los festivales de las diversas ciudades fundadas a inicios del siglo XX por colonos alemanes, que incluso provenían de Galitzia y el Volga. Lo que había observado en la sierra peruana se repetía en el sur de Brasil. La identidad, el desarraigo, la modernidad, la tradición, todos estos elementos configuraban las circunstancias de los individuos en sus trayectos vitales.

Mi labor de músico itinerante me hizo conocer muchísimas ciudades de la pampa gaucha brasileña y gran parte de ellas tenían fisonomía europea, incluso mucha gente hablaba aún el alemán y el italiano, los cuales combinaban con un dialecto portugués característico, con muchos vocablos del español y sorprendentemente también del quechua, que debieron haber sido introducido con el español argentino de la provincia de Misiones. Esa faceta del Brasil fue otro gran descubrimiento, junto con la cultura andina. Finalmente ahora que retomé la carrera de Historia y, a mis cuarenta y tres años de edad, estoy abocado a estudiar la historia cultural de lo que pude observar.

Creo que mi generación ha sido muy privilegiada al gozar de esa facilidad para movilizarse geográficamente que heredamos de nuestros abuelos, porque nuestros padres sí se asentaron en un solo lugar. Algunos retornaron al terruño, como yo, otros en cambio, se quedaron; pero en fin fuimos testigos, gracias a estos viajes, de muchos hechos trascendentales de la historia latinoamericana que demandarían mucho papel para, al menos, describirlos desde una visión de «abajo». Me gusta mi país, pero por las vivencias, no por su historia, tradición o culinaria. Soy andino como lo es un boliviano, un ecuatoriano o un tucumano; sin embargo, sueño con que algún día los peruanos tengamos una verdadera nación.

Millennials: «el inicio de un proceso largo»

Daniela Arauco Lozada

Código: 15150148

*Millennials*¹. Así es como llaman a la generación nacida entre 1981 y 2000. En esta misma propuesta (en la que participan sociólogos, antropólogos, marqueteros y financistas) también se incluyen a otras, como la generación x o los *baby boomers*. Cada una de las cuales puede estar marcada por eventos como la Guerra Fría, las crisis financieras, la aparición de nuevas tecnologías, entre otros. Además, son generaciones que aparecen a partir de la globalización y, por lo tanto, responden a una coyuntura global. Finalmente, estas son asociadas a estilos de vida y a tipos de consumo. Así, la caracterización que se hace de los *millennials* tiene que ver con el uso o, diría yo, la adicción al Internet, las *tablets* y los celulares.

Si bien es cierto que este tipo de caracterizaciones, bastante superficial, encasilla a las personas en grupos para simplificar estudios de mercado o campañas de *marketing* globales, me llama la atención la forma como se ha vulgarizado la caracterización de la generación actual, relacionándola básicamente con el consumo. Es decir, si analizamos las características que se asocian a esta generación se podría leer entre líneas que se tiene la imagen de un sujeto básicamente consumista.

1 Alguna información sobre este concepto ha sido procesada por Jorge Begazo Villanueva y Walter Fernandez Baca (2015). También hay mucha información escrita en blogs.

Antes de continuar quisiera hacer una aclaración respecto a la idea que tengo de «generación». Según José Ortega y Gasset, en su libro *En torno a Galileo* (1984), esta se trata de un grupo que comparte un rango de edad, pero también una coyuntura. Por lo tanto, es un conjunto de personas que son parte de una misma *comunidad cultural*. Así, es necesario que haya cierto grado de comunicación entre sus integrantes. De alguna manera, es a su vez un entorno con el que se comparte un *sistema de convicciones*. Por eso es que quizá me parece un poco superficial hablar de una generación global.

Dicho esto, se puede entender que la generación a la que pertenezco quizás no esté marcada solo por el consumo, aunque sí creo que está marcada por la apariencia de bienestar basada en esta práctica y el apego a las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). De ahí que se pueda aparentar comodidad: maestría, familia, carro, casa, etc., todo materializado en el consumo. Sin embargo, cuando se escarba un poco en la identidad, en los legados o en los sentidos de vida, nos encontramos totalmente descolocados. Parece que hubiera un corte o una desconexión que no solo se ha iniciado desde esta generación, sino que viene de atrás.

Para quienes hacemos el ejercicio de intentar reconstruir la memoria o reubicar las raíces, la vida realmente se convierte en un drama. El libro de Ortega y Gasset, mencionado al comienzo de estas reflexiones, resulta, en este proceso, casi como una terapia personal. La idea de desequilibrio explicado por el autor tiene un alcance que va más allá de lo intelectual, este puede ser entendido de múltiples formas: económica, política, ideológica, familiar y hasta personal. Resolver este problema devuelve la estabilización y da sentido al drama de la vida.

Este trabajo me ha permitido poner por escrito varias reflexiones que ya venía trabajando desde hace tiempo. Pero a la vez no significa la concreción de la búsqueda de esta dirección,

sino que representa el inicio de un proceso largo. Me ha resultado un poco complicado reunir a la generación de los abuelos. La complicación radica en que mi familia de parte de madre es de la Amazonía y la de padre, de los Andes. Yo vine a nacer en la costa, producto de las múltiples olas migratorias que azotaron las ciudades desde los años 50. Para simplificar esta presentación y el análisis de la misma, he tomado a Domingo Arauco Aliaga, mi abuelo paterno, como eje central de la comprensión de la generación andina de la década del 40; y a Nelly Castillo López, mi abuela materna, como centro del entendimiento de la generación amazónica de los años 60. La diferencia en edades y localidades no permite que los considere parte de la misma generación, ya que no comparten una sola comunidad cultural. A quienes sí tomaré juntos son a mis padres, los cuales sí son contemporáneos y fueron marcados por la migración, la crisis económica y la guerra interna. Desafortunadamente, ninguno de mis abuelos se encuentra hoy con vida. Parte de esta historia está construida a partir de las memorias de sus hijos, mis tíos, y algunos documentos familiares que encontré y que me fueron de mucha ayuda para la inclusión de datos concretos.

1. Domingo Arauco Aliaga: educación y cultura en el valle del Mantaro

Domingo nace en 1903, en Chupaca², en la cuna de una familia de hacendados del valle del Mantaro. Sus padres, Gregorio Arauco y Sara Aliaga, lo criaron en el campo, lo que le dio una marcada sensibilidad por la vida rural y una también marcada identificación con la cultura huanca. Sin embargo, su principal

2 San José de Iscos es un distrito ubicado a la margen derecha del río Mantaro, a 14 km de la ciudad de Huancayo y a 280 km de la ciudad de Lima.

motivación fue el conocimiento, la promoción cultural y la participación social. Así, el trabajo magisterial se convirtió, además de su principal fuente de sustento económico, en su pasión y motivo de vida.

Su infancia y adolescencia las pasó en Iscos. La secundaria la cursaría en la Gran Unidad Escolar Santa Isabel de Huancayo, donde más adelante sería maestro, y en el colegio Nuestra Señora de Guadalupe, en Lima. Se especializó en docencia en el Instituto Pedagógico Nacional de Lima, hoy Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle (UNE). Y más adelante seguiría estudios de Derecho en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), aunque no ejerció dicha carrera. Como explican José Deustua y José Luis Rénique (1984), en el Perú, entre 1902 y 1930, se dio un crecimiento exponencial de la población universitaria (aumento del 297%); y particularmente para el caso del alumnado de escuelas normales, el crecimiento es aún mayor (1200%). Para estos autores, el aumento de estudiantes y futuros maestros devino en un incremento y expansión de los sectores medios. Esto estaría explicado por el heterodoxo gobierno de Guillermo Billinghurst, la Patria Nueva de Augusto B. Leguía y los movimientos sociales y partidos políticos de la década del 20: el Partido Socialista del Perú y el APRA.

En su vida profesional, se desempeñó como profesor y director en distintas instituciones educativas en Huancayo, Huaraz, Lima, Tarma y Chupaca. Asimismo, fue director de las revistas pedagógicas *La Alborada* y *Superación*. A los sesenta años publica su primer libro titulado *Ética de la docencia. Concordada con la filosofía de la educación* (1963). En la introducción, Domingo se presenta como «Profesor de segunda enseñanza especializado en Letras i Filosofía [...] [y] Profesor de Ética Profesional i Filosofía de la Educación» (p. 3). Este libro es producto de los años en que

impartió esos cursos en la Escuela Normal Superior de Varones Teodoro Peñaloza de Chupaca.

Domingo podría haber sido considerado en la actualidad como un activista cultural; pero la historia empieza con sus hermanos³: Daniel y Óscar Arauco, los dos hermanos mayores, quienes fueron los primeros en tener un acercamiento a la vida política y cultural. Era usual que mandaran a Lima a estudiar a los hijos y que en el intercambio se vieran involucrados en el movimiento cultural y político de la época. Domingo no fue la excepción. A propósito de esto, los hijos de Domingo siempre recuerdan una anécdota sobre su tío Óscar:

En Iscos hay un lugar llamado El Terror de Leguía, junto a una zona agreste del valle. Resulta que durante una persecución que los leguístas estaban haciendo al tío Óscar se desbarrancaron por ahí. Nunca pudieron capturarlo. El lugar se recuerda hasta hoy con ese nombre⁴.

Recordado como un entusiasta promotor y defensor de la identidad andina, promovía festivales de folclor, poesía y deporte. También entrenaba equipos de vóley femenino, a los que luego llevaba a Jauja, Huancavelica, Ayacucho, etc. Sus hijos menores, Carlos y Gina, tuvieron profesor de huailas y hoy son los mejores bailarines en las pachamancas familiares. ¡Qué suerte! Precisamente este activismo cultural lo llevaría a conocer a Estela Benavides, su esposa. Como decía, Domingo trabajó durante un tiempo en Tarma, como director del colegio Ramón Castilla. Aquí se vinculó con el círculo de intelectuales de la zona. Erasmo

3 En orden de mayor a menor, los hermanos son: Daniel, Óscar, César, Asunción, Domingo, Gustavo y Luzmila. A pesar de no ser el último, Domingo fue el que postergó más la formación familiar.

4 Entrevista a Gina, L. y Carlos Arauco realizada por Daniela Arauco Lozada. 20 de octubre de 2017.

Benavides, su suegro y también profesor, solía organizar tertulias culturales en la casa de Tarma; ahí conoció a Estela.

Como expliqué al comenzar este relato, a Domingo también le gustaba mucho el espacio campestre. Cosas sencillas como cepillar a las vacas o medir el diámetro de los árboles eran actividades que realizaba con mucho cariño. Por eso, sus labores como promotor cultural se vieron también sopesadas por las actividades de emprendimiento rural. Sus hijos recuerdan dos ocasiones en las que se vieron manifestadas estas motivaciones. Una de ellas fue la compra de vacas lecheras holandesas. En una oportunidad importó seis vacas holandesas, de las cuales solo sobrevivió una. Su interés era incursionar en el negocio de los lácteos a través de la producción masiva con las vacas Holstein. El problema fue que las llevó muy rápido a Huancayo y las vacas no lograron aclimatarse al cambio de altura. Otro emprendimiento fue el bosque de eucaliptos. Quizás uno de los legados más importantes que dejó para la posteridad. Domingo tuvo como proyecto reforestar un terreno de Iscos. Sembró almácigos de eucaliptos, una planta muy presente en el valle del Mantaro, reforestando una zona que hoy es conocida como el Bosque de las Lechuzas.

Finalmente, queda reconocer la importante influencia que tuvo el indigenismo como sistema de convicciones para su vida. Ya desde su primera publicación se puede sentir claramente su tendencia regionalista. Pero es sobre todo en su segunda obra en donde se reconocen influjos de quienes él consideraba sus maestros de la corriente indigenista, de la que forma parte. Su segundo libro, publicado a los 79 años y titulado *Primeros estudios del castellano en la sierra central* (1982), es un libro de madurez. Las reflexiones que se encuentran en sus primeras páginas dan cuenta de eso. Este es un texto que busca recoger la práctica (de habla y escritura) del lenguaje castellano. A la fecha, es un importante registro sobre el uso castellano en los Andes, en general, y en el

valle del Mantaro, en particular. Actuales investigaciones⁵, aunque no siempre en la misma línea argumentativa, usan el trabajo de Domingo como referencia sobre el uso del castellano influenciado por el quechua y especialmente la cultura huanca. A través de la dedicatoria se puede ver a quienes considera sus maestros: José Jiménez Borja (lingüista, 1901-1982), Jorge Basadre (historiador, 1903-1980), Mariano Ibérico (filósofo y jurista, 1892-1974), Enrique Arnáez (educador, 1889-1951), Mercedes Indacochea (educadora, 1889-1959) y Ángel Gustavo Cornejo (jurista, 1875-1943).

2. Nelly Castillo López: comercio ilegal y violencia en la Amazonía desconocida

Sobre Nelly, a diferencia de Domingo, la historia se torna mucho más difusa. A duras penas pude calcular su fecha de nacimiento. Ella nace en la década del 30 y fallece, muy joven, en la década del 90. Toda su vida vivió en la selva, en Iquitos. Aunque viajó a Lima hacia el final de sus días para hacerse un tratamiento contra el cáncer, finalmente decide regresar a la selva donde fallece. Nelly es hija de José Castillo y Laura López, quienes en ese entonces vivían del comercio urbano.

Sus hijas recuerdan que la veían poco en casa, pues ella siempre estaba en cualquier tipo de negocio, por eso ellas se criaron principalmente con sus abuelos. Nelly tuvo seis hijos y cuatro maridos. Y aunque no estaba mucho en casa, siempre se preocupó económicamente por sostener el hogar⁶.

Nelly fue una mujer comerciante e independiente. Vendía comida, ropa, artículos de bazar o lo que pudiera darle, a ella

5 Ver: Puente-Schubeck (1989), Escobar (1992) y Cerrón-Palomino (1994 y 2003).

6 Entrevista a Carmen Lozada y R. Tejada realizada por Daniela Arauco Lozada. 23 de octubre de 2017.

y a su familia, algún tipo de sustento. Con el paso del tiempo, sus negocios fueron implicando considerables inversiones, involucrando mayor tiempo y, por su puesto, muchos riesgos y compromisos. Ante la pregunta ¿qué momento de crisis social crees que pasó la abuela Nelly? Su hija Carmen responde, un poco apenada: «El narcotráfico». No ahondaré mucho en ello en esta oportunidad, pero la historia antes contada incluye negocios ilegales, sentencias judiciales y encarcelamiento.

Loreto no es una de las regiones principales en cuanto a la producción de drogas ilegales. Y por ser un lugar de frontera, las actividades comerciales relacionadas al narcotráfico han ido cada vez en aumento. Esto se puede observar en el incremento de personas procesadas o sentenciadas por el tráfico ilícito de drogas en la región (Novak, Namihas y García, 2009).

Nelly fue una de las personas que se vio involucrada en toda esta red de comercio ilegal y violencia que imperó y continúa imperando en la selva (zona peruana que es el espacio territorial del que menos se conoce). Aproximadamente entre 1970 y 1985, Nelly estuvo presa. Para la familia, por el momento, no está muy claro qué fue lo que sucedió exactamente o cuáles fueron los delitos por los que fue acusada; pero parece que eso también es una característica de lo que ocurre en la espesa y nublada Amazonía.

Paradójicamente, creo que uno de los legados del *ala* materna es la valoración y apropiación de la libertad. Nelly no es el estereotipo de mujer tradicional de la época, es más, sobrepasó muchos de los límites de lo que se le permitía. Lamentablemente, las circunstancias nos ponen en situaciones difíciles en las que una decisión puede determinar más que nuestro destino particular.

3. Los padres: los Andes y la Amazonía en la ciudad. Crisis económica y terrorismo

Quizá lo único que tengan en común Carmen y Carlos es la generación a la que pertenecieron.

Carlos Arauco nació un 7 de junio de 1951, en Huancayo. Durante su infancia y adolescencia estudió en su tierra natal, en el colegio Santa Rosa; y apenas terminó el colegio, a los dieciocho años, viajó a Lima para seguir sus estudios universitarios. Su curiosidad por conocer cosas nuevas se mezcló con la rebeldía adolescente. Rebeldía que para los años 70 claramente significaba socialismo, revolución y la utopía cubana.

Carmen Lozada nace el 4 de setiembre de 1958, en Iquitos. Llega a Lima el mismo año que Carlos (1969), cuando tenía apenas once años. Ella llegó para vivir con su padre, quien ya tenía otra pareja y se había establecido en Lima. Su juventud la pasó entre las reuniones juveniles en la iglesia evangélica Emmanuel, sus clases y sus trabajos como secretaria.

Alrededor de los años 80, Carmen y Carlos se conocen. Carlos tenía un pequeño estudio de fotografía, en sociedad con su hermano, en Jesús María; Carmen llegó para apoyar en las actividades de recepción y secretaría. Por estas épocas comenzó a vislumbrarse la oscura etapa por la que pasó el país, por lo menos durante las siguientes dos décadas. Pero, ¿quién está pensando en lo que le ocurre al país? Antes que nada, están nuestros sueños, nuestros proyectos, nuestro quehacer cotidiano... Hasta que lo que le ocurre al país comienza a afectarnos.

Con la familia en contra, ambos se animan a compartir sus vidas. Carmen alquila un cuarto por San Miguel, mientras trabajaba sacando copias en la Universidad Nacional Agraria La Molina. Por esas épocas, también, Carmen quedó embarazada de su primera hija. Pero ella aspiraba a algo más estable. Un amigo que conoció en el estudio fotográfico, Froilán, con quien siempre

andaba buscando un lugar donde vivir, le contó: «Oye Carmen, están regalando terrenos en Canto Grande. A mí me han regalado uno. ¡Yo ya tengo terreno! Si quieres este domingo vamos a conocer mi terreno y si quieres coge tú también uno»⁷.

Como la historia de la mayoría de distritos periféricos, San Juan de Lurigancho fue construido por migrantes, estera a estera, palo a palo, calamina a calamina. También se conoce que a mediados de los años 80 comenzaron los atentados terroristas en Lima. «Una tarde, recuerdo que fuimos al mercado. Tu mamá vendía fideos a minoristas. Y cuando estamos llegando se escuchan balas. Habían ajusticiado a un dirigente. Fue ahí que ya nos dimos cuenta que el problema era serio», recuerda Carlos⁸. Carmen asimismo vivió esta terrible época:

Ahí no sabías quién era terruco. Tu vecino podía ser, como no. Recuerdo que una vez fui a recargar la batería para la tele. Me atendieron bien, todo muy amable. Al día siguiente la policía vino, tiró abajo el puesto de baterías y se llevaron al vecino. Me quedé fría. También recuerdo que en las noches marchaban por la puerta de la casa. «¡Viva el presidente Gonzalo!», decían. Yo tenía mucho miedo⁹.

Fue una decisión difícil de tomar, pero no quedó de otra: tuvieron que vender la casa que tanto esfuerzo había costado construir. Una prima les pasó la voz sobre las posibilidades en Zarumilla, Piura, y nos fuimos todos al norte a vivir. Para ese entonces ya éramos cuatro. Era cierto, en el norte no se sentía la presencia de Sendero como cuando vivíamos en Canto Grande. Pero ahí solo

7 Entrevista a Carmen Lozada realizada por Daniela Arauco Lozada. 22 de noviembre de 2017.

8 Entrevista a Carlos Arauco realizada por Daniela Arauco Lozada. 24 de noviembre de 2017.

9 Entrevista a Carmen Lozada realizada por Daniela Arauco Lozada. 22 de noviembre de 2017.

estuvimos menos de un año. Esta vez fueron los problemas familiares, desgastes de pareja, los que quitaron estabilidad e hicieron que la familia vuelva a Lima.

En Lima, luego de un tiempo, Carmen y Carlos se separaron formalmente, aunque mantienen relaciones de amistad y hasta trabajan juntos. Carlos desde entonces se dedicó de lleno a cuidar a su madre, quien ya se encontraba mayor y algo delicada de salud. Mientras tanto, Carmen pone un negocio de comida, labor a la que se dedicaría hasta la actualidad y una de las actividades que disfruta más hacer. La enfermedad y fallecimiento de Nelly, su madre, trastocó nuevamente la estabilidad. Así, nos mudamos y pasamos una época viviendo entre Surquillo y Miraflores. La venta de comida era una de las actividades que siempre podía asegurar la alimentación diaria, pero era muy difícil la subsistencia día a día.

En el lugar donde Carmen vendía comida, una feria de artesanías, le pasaron otro dato que ella no podía rechazar: la posibilidad de ir a Estados Unidos a trabajar. Ya había pasado un poco la época del terrorismo, pero aún nos encontrábamos bajo el gobierno de Fujimori, quien llevaba ya dos periodos seguidos. Y aunque los medios de comunicación, *talk shows* y prensa chicha pretendían ocultar los problemas sociales; la escasez y precariedad se vivía a diario. Fue así que Carmen pidió la visa. Contra todo pronóstico, porque, por supuesto, no tenía ni cuentas bancarias, ni estudios superiores, ni propiedades, ni ninguna de las cosas que supuestamente son indispensables, obtuvo la visa.

Carmen estuvo en Estados Unidos durante trece años. De Iquitos a Lima, de Lima a Estados Unidos. ¡Vaya periplo! Carmen, como muchos peruanos, decidió irse del país en realidad porque no le quedaban muchas opciones. Sin embargo, vivir en el país más poderoso del mundo es una experiencia incalculable que de seguro no se lo esperaba. Cuando le pregunté: ¿qué significó esa experiencia? Ella respondió:

Satisfacción, porque sentía que estaba cumpliendo una de mis metas: que ustedes estén bien, que vayan al colegio a educarse. Yo quería que ustedes estudien, porque yo no estudié y por eso todo el mundo me sacó la mierda. [También] tristeza porque no estaba con ustedes. A veces me hacían mucha falta¹⁰.

Como Carmen estuvo en Miami, el idioma no fue un problema. Más bien, encontró una amistad que le devolvió la esperanza y la posibilidad de confiar en alguien: Julia.

Julia, la amiga que Carmen conoció en Miami, tiene hoy 101 años. Ella es puertorriqueña y como tantos latinos llegó también como parte de las migraciones a Miami. Será muy difícil que Carmen pueda regresar a Estados Unidos por su situación de ilegalidad; pero sin duda espera que la vida algún día pueda volver a juntarla con ella.

Es cierto que muchas de las explicaciones que se hicieron en este trabajo son sobre los contextos sociales. Pero es también cierto que muchas explicaciones pasan por lo privado y lo personal. Por ahora, la historia se escribe a través de lo público. Por eso en este trabajo no incluyo otros aspectos personales y sentimientos que son otro tipo de causalidades y que en realidad son una explicación primaria de muchas cosas.

Epílogo

Así termina esta historia, por ahora. Con el pase del Perú al Mundial de Fútbol, luego de treinta y seis años de crisis económica, guerra interna y dictadura. Seguro con la esperanza de muchas personas de que las cosas mejoren.

10 Entrevista a Carmen Lozada realizada por Daniela Arauco Lozada. 22 de noviembre de 2017.

A partir de este trabajo, Domingo me ha dejado varias tareas. Primero, distribuir una caja de libros en bibliotecas de las facultades de humanidades y educación. Segundo, dar lectura a un diario que acabo de encontrar; y transcribir algunos textos suyos de narrativa, cuentos, ensayos, etc. Sobre todo, un trabajo de difusión que Domingo no pudo terminar.

En cuanto a Nelly, el trabajo que me deja se parece un poco más a lo que se conoce como el oficio del historiador. Queda investigar en los archivos del Poder Judicial y del INPE a fin de poder entender mejor qué fue lo que sucedió. Tratándose de un familiar, el trabajo puede enfrentar a algunas preguntas como ¿querría Nelly que nos enteremos de lo que pasó?, ¿sus hijos querrán saber?, ¿y sus nietos?



«Toda persona tiene una historia que contar»

José Ricardo Junior Arévalo Castañeda

Código: 14150002

En este trabajo expondré algunos sucesos importantes relacionados a la historia de mi familia, tomando en cuenta, principalmente, las tres últimas generaciones, conformadas por mis abuelos, mis padres y yo. Para lo cual, la fuente más importante ha sido la entrevista oral, así como la organización de mis propios recuerdos y el uso de conceptos operativos de autores como Edward H. Carr (1978) y José Ortega y Gasset (1984), principalmente.

1. Abuelos maternos

Presentaré a mis abuelos maternos. Mi abuela se llama Dionicia Chamana Villegas, nació el 17 de enero de 1938 y actualmente tiene 79 años de edad, profesa la religión católica al igual que mi abuelo, el cual se llamó Ruperto Castañeda Flores, quien nació el 26 de marzo de 1924 y falleció a los 86 años de edad, el 19 de mayo del 2010, en su natal Pacapausa, pueblo que queda en la provincia de Parinacochas, en Ayacucho, de la cual ambos son naturales. La diferencia de edad que existe entre ellos los posiciona en la misma generación, puesto que solo hay 14 años de diferencia entre sus nacimientos. Sin embargo, ese lapso entre uno y otro no les impidió que formaran una familia juntos y que se dedicaran a lo que más le gustaba hacer: la agricultura local. Esta actividad les resultaba útil y provechosa, puesto que aparte

de obtener algunos ingresos en el comercio local, les servía de autoconsumo para su subsistencia. Por otro lado, con respecto al nivel de instrucción que tienen mis abuelos maternos, solo mi abuelo Ruperto consiguió aprender a leer y escribir, mientras que mi abuela no tuvo esa oportunidad. Al respecto, mi madre me cuenta que fue debido a que su abuelo, o sea mi bisabuelo materno, tenía un pensamiento machista: «La mujer solo debe servir en la casa y no era necesario que vaya al colegio»¹. No la envié al colegio nunca porque no vio que fuera necesario. Sin embargo, todos consideramos que mi abuela se habría defendido mejor si hubiera aprendido a leer y escribir.

Antes de empezar con los hechos más resaltantes de mis abuelos maternos, debo mencionar que en la línea ascendente de mi abuelo se encuentra un reconocido héroe local del distrito de Pacapausa y de los pueblos de los alrededores: el coronel José María Castañeda Zegarra. Según relata el libro de Mariano Pacheco Álvarez (2005) sobre la historia del distrito de Anizo, pueblo vecino de Pacapausa en donde el coronel Castañeda pasó parte de su vida, este intervino en el proceso de independencia del Perú, asumiendo la causa independentista que traía consigo el general Guillermo Miller (enviado por don José de San Martín) a la región Ayacucho, en 1822, con el fin de ganar partidarios a favor de la causa libertaria. Además, colaboró con la revolución de Ramón Castilla en 1854 y se levantó en armas con sus montoneras tras el entreguista Tratado Vivanco-Pareja de 1865, otorgado por el presidente Juan Antonio Pezet. Fallece en Lima el 24 de abril de 1868, víctima de la fiebre amarilla que contrajo al viajar a la capital y es enterrado en el cementerio general. Mi madre me cuenta que no sabe exactamente a qué generación correspondería la familia del coronel Castañeda, pero que vendría

1 Entrevista a Rosa Vilma Castañeda Chamana realizada por José Ricardo Junior Arévalo Castañeda. Lima, 2017.

a ser el tatarabuelo de ella y de mis tíos. En mi caso, se me hace aun más difícil establecer una clara relación filial.

Volviendo a mis abuelos maternos, ellos llevaban una vida tranquila, en donde las actividades que realizaban les eran suficientes para subsistir. Un primer momento importante en sus vidas vendría a ser el impacto que generó la reforma agraria de Juan Velasco Alvarado, en 1969. Si bien en otros lugares relativamente cercanos la reforma sí afectó drásticamente, en Pacapausa no fue así. Las propiedades agrarias que poseían en ese momento no les fueron arrebatadas. De hecho, hoy en día aún mi abuela mantiene posesión sobre esas propiedades, aunque ya algunas han sido recortadas porque se vendieron, cedieron o perdieron. Si bien mis abuelos no fueron los típicos señores hacendados poderosos, sí poseían una extensión de tierras nada despreciable que les sirvió para subsistir y obtener ingresos en sus vidas.

Llegada la década de los 80, mis abuelos sintieron que sus vidas tomaban un rumbo algo distinto debido a la presencia de Sendero Luminoso en los Andes. Hasta antes de la incursión senderista en Ayacucho y otros departamentos de la sierra del Perú, mis abuelos no habían tenido mayor problema en vivir ahí; sin embargo, luego de que el miedo se apoderó de todos en esta parte del Perú, ellos decidieron trasladarse a Lima con sus cinco hijos, porque ahora la crítica coyuntura lo exigía. Antes que para cuidarse ellos mismos o cuidar lo que tenían, lo hacían por el bienestar de mis tíos y mi madre, porque el miedo era tal que querían evitar que en alguna intervención senderista se llevaran a algunos de sus hijos varones; incluso un hermano de mi abuela le decía que si no quería que se los lleven, debían irse a Lima. De aquí se puede ver que la causalidad de esta migración forzosa fue la presencia de los grupos subversivos en los Andes y que, además, la migración se hizo por prevención más que por otra cosa, porque ciertamente los terroristas nunca llegaron a Pacapausa, afortunadamente.

Para ese entonces, las edades de mis tíos (y de mi madre) oscilaban entre los 20 y 25 años, y la migración determinó el destino que cada uno de ellos tomaría: Jorge, Reynaldo y Rosa (mi madre) se quedaron permanentemente en Lima, pues cada uno conoció a sus parejas y conformó una familia. Lo mismo sucedió con mis otras dos tías. Mi tía Gaby conoció a su esposo aquí en Lima, pero como este era ayacuchano (de Huamanga) tiempo después se trasladó hacia esa ciudad para residir ahí permanentemente (hasta el día de hoy sigue viviendo mi tía allí). Mi otra tía, Ana, pasó por un caso similar, pues conoció a su hoy esposo que era arequipeño y este, como laboraba en su ciudad natal, se la llevó a vivir a Arequipa (aún siguen viviendo ahí).

Mi madre me comentaba que al principio les era difícil a mis tías radicar lejos de los abuelos, pero que todo era parte de un proceso totalmente normal. Como se ve, la migración condicionó por completo el estilo de vida que cada uno de los hijos de mis abuelos llevaban hasta antes del brote del accionar terrorista en los Andes, ya que cada uno tomó un rumbo distinto a partir de ese cambio de residencia.

En principio, la migración debió ser permanente como consecuencia de la crisis histórica que se vivía; sin embargo, cuando resonaba menos en las mentes de las personas el peligro de este grupo subversivo es que mis abuelos deciden regresar a Pacapausa para empezar otra vez, desde cero («volver a la naturaleza»), y retomar el estilo de vida que tenían hasta antes de la abrupta interrupción ochentera. Para ellos, la idea de progreso era el haberse establecido tranquilamente en su pueblo natal y así tener los medios necesarios para subsistir. Me decía mi abuela que vivían tranquilos en Pacapausa, que no necesitaban nada más y que consideraban la migración forzosa, como algo que interrumpió esa situación.

En otras palabras, el haberse ido a Lima fue una interrupción de su progreso, es más, a mi abuela siempre la he escuchado que-

jarse, cuando estaba largo tiempo en Lima, las veces que venía a visitarnos, de que acá no estaba contenta del todo, que se aburre, que prefiere estar en su chacra, en su huerto, con sus vacas, idea que crece también por el hecho de que mi abuelo Ruperto ya había fallecido hace siete años. Además, mi madre me dice que este siempre decía: «Mucho carro en Lima, mucho tráfico, qué feo, nunca había visto tanta gente junta...», y también: «Los precios son muy caros, prefiero los alimentos que bota la tierra allá, son mejores»². Aunque reconocen algo, si bien para ellos la migración significó una deriva en su vida, para mis tíos su estadía temporal en Lima fue aparentemente todo lo contrario, ya que cada uno tuvo la oportunidad de desarrollar sus vidas por sí solos y formar sus propias familias y que, a fin de cuentas, esa migración les permitió salir adelante cada uno por su lado y superarse, que era algo que mis abuelos deseaban.

La década que estuvieron en Lima vivieron durante los gobiernos de Fernando Belaunde Terry, de quien mi abuelo se volvió simpatizante (Acción Popular) y del primer gobierno de Alan García Pérez. Especialmente entre 1985 y 1990, me cuenta mi madre, mis abuelos y mis tíos tuvieron que hacer las largas colas para comprar un producto. Mi madre me dice que mis abuelos los llevaban a todos (mis cinco tíos) para que les den más raciones, porque repartían equitativamente los productos (nadie podía llevar de más). Aunque también me refiere que Tatito (mi abuelo) decía que hay algo que Alan le enseñó: soportar las grandes colas (por ejemplo, cuando en vida cobraba su pensión en la ONP).

Mis abuelos habían partido ya a Pacapausa en 1991 y, como mencioné, sus hijos se quedaron en Lima a hacer cada uno sus vidas, uno de ellos es mi tío Jorge, quien se encontraba laborando

2 Entrevista a Rosa Vilma Castañeda Chamana realizada por José Ricardo Junior Arévalo Castañeda. Lima, 2017.

como obrero en la Tabacalera Nacional. Me cuenta mi madre que, en 1993, Alberto Fujimori dio un decreto que daba libertad a las empresas para administrar sus fondos destinados a los sueldos, lo que ocasionó que estas contrataran a, por ejemplo, diez trabajadores con el sueldo de uno. En esa coyuntura crítica, mi tío se vio afectado al ser despedido por los motivos mencionados. Al respecto, me cuenta mi madre que mis abuelos pensaban al inicio que Fujimori haría las cosas bien con su «honradez, tecnología y trabajo»; sin embargo, uno de sus hijos terminó siendo afectado por su dictadura. Desde ese hecho, mi tío no volvió a conseguir un empleo estable y actualmente labora como taxista. Muy probablemente esto haya significado una traba para el progreso de su vida, lo cual es lamentable.

Finalmente, luego mis abuelos continuaron viviendo en Pacapausa. Nunca volvieron a residir de manera permanente en Lima. Solo un año entero (2010) mi abuela se fue a Arequipa junto con mi tía Ana, ella la acompañó para que no esté sola en casa, ya que había recientemente fallecido mi abuelo Ruperto. Como dicen «el lugar llama» y las veces que he escuchado a mi abuela Dionicia hablar sobre Pacapausa y su deseo de seguir viviendo ahí, es que quiere estar acompañado de su Rupertito y no estar lejos cuando le toque el momento de partir. Actualmente, y desde 2010, mi abuelo Ruperto está enterrado en el cementerio municipal de Pacapausa.

2. Abuelos paternos

Mi abuela se llama Angélica Manuela Gonzales Sayán, nació el 25 de diciembre de 1950 en el distrito de Pachas, provincia de Dos de Mayo, en Huánuco; su segundo nombre se lo pusieron porque nació en Navidad y en forma de honrar al Niño Manuelito. Por otro lado, mi abuelo se llamó Luis Rodolfo Arévalo Loredo y

nació el 28 de julio de 1919 en Huacho, provincia de Huaura, en el departamento de Lima, y falleció a los 79 años, el 24 de mayo de 1999. Ambos se conocieron en Lima en 1965, el mismo año del nacimiento de su primogénito, y llegaron a tener en total tres hijos: José Ricardo (mi padre), Patricia Margarita y Peter Sebastián. Luego, mis abuelos se separaron y los hijos perdieron el rastro de su padre (prácticamente los abandonó), sabiendo solamente de él cuando falleció en 1999.

Como se ve en la diferencia de sus edades, ambos abuelos no pertenecían a la misma generación. Esos 31 años de diferencia entre sus nacimientos los hace ser contemporáneos solamente, porque rebasan el tope propuesto por Ortega y Gasset. Además, es casi seguro de que esa misma diferencia de edades provocó que cada uno tenga distintas convicciones y metas en la vida, pero que de una manera u otra se vieron alterados (principalmente mi abuela) por factores externos, como mi bisabuela (su madre), a la que, al respecto, mencionaré ahora.

Me cuenta mi abuela que vivió su niñez y juventud en Huánuco, hasta aproximadamente los 14 años, siendo criada por su abuela (bisabuela de mi padre), recién a los 23 años de edad volvió a ver a su madre. Mi padre me dice que desde que tiene uso de razón, mi abuela siempre ha trabajado para mantener a sus tres hijos, ya sea como lavandera de ropa de otras personas, ayudando a una señora en un trabajo de preparación de *buffet*, entre otras actividades. Inclusive me cuenta que llegó al extremo de trabajar hasta altas horas de la noche con el toque de queda que había en el primer gobierno de Alan García, exponiéndose a ser arrestada. Como se sabe, en este periodo de crisis eran muy delicados estos temas y exponerse a ser detenida era algo que mi padre recuerda con mucha pena y, en parte, orgullo por la valentía de mi abuela.

Mi padre me cuenta, además, que cuando él nació, en 1965, una persona lejana (hermana o prima de su abuelo, no recuerda

bien) se ofreció a cuidarlo, en otras palabras, le pidió a mi abuela que se lo entregase para cuidarlo, ya que en ese entonces mi abuela tenía 15 años de edad. Sin embargo, ella no accedió al pedido y se mantuvo a cargo de su hijo y fue una decisión sabia y responsable (según me dice mi padre).

Por otro lado, mi papá resalta además que, cierta noche, él llegó de jugar pelota casi a la medianoche. Entonces una vecina le dijo a mi abuela: «¡Angélica, huélele la boca a tu hijo, quién sabe dónde habrá estado!». Lo que mi abuela respondió fue: «No tengo por qué olerle la boca a mi hijo, porque yo confío en él». Mi padre dijo que eso lo marcó profundamente y aún lo sigue recordando con orgullo.

Mi abuela me dice que no han pasado hechos trascendentales en su vida y que tampoco ha tenido un encuentro directo con la historia, si es que así se puede decir. Sin embargo, considero que toda persona tiene una historia que contar y que es única, porque es una forma de rescatarla de nuestros ascendientes. Aun así, considero que mi abuela pudo lograr salir adelante sola con sus tres hijos, sin la ayuda de mi abuelo, su esposo. También sospecho que para ella no ha sido una agradable experiencia, no le es grato recordar. Actualmente mi abuela vive en Surquillo, junto con una de sus nietas.

3. Madre y padre

Mi madre se llama Rosa Vilma Castañeda Chamana y nació el 15 de mayo de 1967, en el Hospital Nacional Daniel Alcides Carrión, en Bellavista, Callao. Mi padre se llama José Ricardo Arévalo Gonzales y nació el 23 de enero de 1965, en la Maternidad de Lima (hoy Instituto Nacional Materno Perinatal), en Barrios Altos, Cercado de Lima. Su diferencia de edades, como se ve, es de solo dos años, por lo que ambos pertenecen a la misma gene-

ración (son coetáneos). En el caso de mi madre, le pusieron ese nombre debido a una prima, que falleció algunos años antes que naciera mi madre, y que se llamaba Rosa; en el caso de mi padre, el nombre de Ricardo se lo pusieron por su abuelo Ricardo Arévalo (papá de mi abuelo Luis), a modo de homenaje por su fallecimiento un poco antes de que mi padre naciera. Mi madre pasó su niñez en Ayacucho, junto con mis abuelos, aunque ocasionalmente venía a Lima con ellos. Ambos se conocieron cuando laboraban a finales de la década de los 80. Mi madre trabajaba en una fábrica textil y mi padre en una fábrica/tienda de repuestos automotrices, cuyos locales eran contiguos (se ubicaban en la Av. Paseo de la República, cruce con la Av. 28 de Julio). En ese tiempo, mi madre residía en la casita de mis abuelos que se ubicaba en Miraflores, mientras que mi padre vivía en el Rímac.

Mi madre luego de culminar la secundaria cursó brevemente estudios técnicos textiles; mi padre no estudió propiamente una carrera luego de terminar la secundaria, sino que como su colegio era una Gran Unidad Escolar (el Melitón Carvajal de Lince) tenían talleres de trabajo dentro del colegio, los cuales otorgaban certificados en conocimientos técnicos que valían para trabajar. Por eso, mi padre tiene una admiración por Manuel A. Odría, por ser este presidente el gestor de centros educativos de este tipo que, según me dice, fueron el aporte más importante en educación que hizo un presidente durante el siglo xx.

Antes de vivir junto con mi padre, mi madre vivía en Miraflores y el grupo terrorista Sendero Luminoso realizó el atentado en Tarata, en 1992. La casa de mis abuelos en Miraflores quedaba como a quince minutos de dicho lugar, a unas veinte cuadras aproximadamente (de referencia, la Av. Santa Cruz). Mi madre me cuenta que era ya de noche, que estaba viendo televisión y que, de pronto, la puerta y las ventanas retumbaron como si hubiera sido un fuerte temblor y los vecinos de la quinta salieron asustados. Nadie podía aún dar una explicación de lo

sucedido, hasta que mi madre se enteró recién por televisión que había sido un atentado terrorista perpetrado muy cerca de donde vivían.

Otro hecho también relacionado a las acciones terroristas ocurrió cerca a nuestra segunda vivienda, yo ya había nacido. Cuando mis padres se casaron y yo nací, vivimos un pequeño tiempo en la casa de Miraflores y luego nos mudamos a una casa en la cuadra 32 de la Av. Perú, en San Martín de Porres (esto a partir de 1996). Entonces, según me cuentan mis padres, en 1997, hubo un ataque terrorista a una agencia de pagos de Edelnor que en ese entonces se encontraba a una cuadra del cruce de las avenidas Perú y Universitaria, en la cuadra 30 de la Av. Perú, donde se ubicaba el local. Mi madre se encontraba sola en casa conmigo (yo tenía un año de edad) y las ventanas retumbaron fuerte. En ese tiempo mi padre trabajaba en una empresa de transporte público como conductor y llegó rápidamente a la casa diciendo: «Le han metido bomba a Edelnor...», algo asustado y preocupado. Yo tengo un recuerdo del local cerrado y abandonado, años después de haberlo visto. Hoy en día es una cevichería.

Como mencioné, yo nací en 1995 y para entonces mi padre ya había comprado un terreno en el distrito de San Martín de Porres, en la zona denominada exhacienda Naranjal. En estos años, esta zona tenía aún un ambiente de campiña, de chacras, un ambiente rural, de vegetación y campos de cultivo, pues, como dije, eran los restos de una antigua hacienda. Incluso me cuenta mi padre que las casas que existían eran poquísimas, no había muchas y el cerro que está a unos metros de distancia de nuestra casa no estaba tan invadido como lo está hoy. Eran los primeros años de esta zona que luego pasaría a popularizarse como Cerro Candela³. Mi padre empezaría a construir la casa en 1996, pero

3 Cerro Candela es el nombre del cerro principal, pero que sirve de referencia para todas las zonas aledañas en su base. Sin embargo, el asentamiento humano que alberga se llama Vista Alegre.

la dejó solo semicercada hasta el año 2001, que fue cuando decidieron mudarse permanentemente allí para terminar de construir la casa. Me cuenta mi padre que durante la primera noche que pasamos aquí, él tuvo que dormir casi en la intemperie, pues aún no teníamos techo ni puerta y las cosas que habían traído tenían que ser cuidadas por miedo a los ladrones. Luego, pasado el tiempo, fuimos instalándonos. Para ambos, la llegada a este nuevo espacio significó un progreso definitivo, por el hecho de que ahora viviríamos en una casa propia que se iría construyendo poco a poco. Esa meta y la convicción que se pusieron ambos sigue aún en proceso, con algunos cambios que ha sufrido nuestra casita a lo largo de estos dieciséis años desde que nos instalamos definitivamente, y sé que hay aún mucho por avanzar.

Ese mismo año, en julio, hubo un incendio al lado de mi casa, pero que nos afectó de igual forma. La casa quedó parcialmente dañada; incluso, mi padre tuvo un pequeño accidente tratando de mover los cartones que hacían de techo para evitar que el fuego se propagara ahí, él cayó al piso desde arriba. Afortunadamente no sufrió daños mayores.

Mis padres continuaron con sus vidas tranquilos, solo siendo el terremoto de Pisco del 2007 (que se sintió fuerte aquí) uno de los sucesos que remecieron a la familia en la primera década del 2000. Con la llegada de ese año, mi padre empezaría a trabajar en una importadora de repuestos automotrices en La Victoria, en la cual sigue laborando actualmente. Por el lado de mi madre, ella trabaja desde 2012 cuidando a un niño (que actualmente tiene cinco años), en Comas.

4. El hijo

La última generación la conformo solamente yo, José Ricardo Junior Arévalo Castañeda. Nací el 11 de agosto de 1995, en el

Instituto Peruano de Seguridad Social (IPSS) de Angamos (hoy hospital de EsSalud Angamos), en Miraflores, Lima. Tengo el mismo nombre que mi padre debido a que a este le era de su agrado colocar, por tercera vez en la familia (aunque no de manera consecutiva), el nombre Ricardo, pues su abuelo por parte de madre (papá de mi abuela Angélica) se llamaba así. Por lo tanto, yo vendría a ser «Ricardo III» y el «Junior» porque tengo el nombre de mi padre. Como mencioné antes, vivimos en la Av. Perú y, luego, en 2001, nos mudamos a la zona de Naranjal, cuando yo estaba cursando ya el primer grado de primaria. La transición no me chocó tanto, pues antes de mudarnos yo ya estudiaba en el colegio 2028 que estaba en la falda del cerro y hacía un largo viaje para llegar allí, así que se me hacía más fácil ir hasta este nuevo lugar.

Mis padres son católicos, por lo tanto, yo fui bautizado en esta fe. Actualmente no practico a cabalidad dicha religión, pero si me preguntan cómo me considero, me siento parte de esta, a pesar de no ser un feligrés «activo». En los últimos meses, el gran interés que tengo por la historia del arte (especialmente la arquitectura limeña) me ha llevado a replantear qué tanto he estado alejado de lo católico, considerando que en la ciudad en la que vivimos abundan innumerables construcciones coloniales y republicanas de este tipo: iglesias, conventos, hospicios, capillas, etc.

Volviendo a 2001, en ese año hubo un incendio al lado de mi casa que afectó un poco la infraestructura de esta. Recuerdo que el día del incendio (en la madrugada) yo fui el que avisó a mis padres para que despertaran. Recuerdo muy bien esa imagen hasta ahora, el abrir los ojos y ver cómo algunos pequeños hilos rojos y amarillos intentaban entrar por encima de la pared y entre la calamina y el cartón. Fue traumático. Recuerdo que grité algo como «¡Se está rompiendo la calamina!» (no supe identificar aún que era fuego) y mi padre vino corriendo rápidamente y nos sacó a todos, mientras unos vecinos tocaban la puerta con desespera-

ción. Recuerdo claramente además el tornado de fuego regular que se formó entre las dos casas afectadas. Cuando menciono que fue traumático es porque, en los días y los meses luego del incendio, yo tenía pesadillas recurrentes en las noches (no recuerdo exactamente sobre qué, pero despertaba asustado). Entonces mi madre recurrió a una curandera local que conocía del mercado para que me «pasara el cuy» y, según me cuenta ella, la señora le dijo que el cuy se murió.

Mi primaria no tuvo mayores contratiempos, al igual que mi secundaria. Recuerdo que en el terremoto de 2007 yo estaba descansando y al momento de empezar el movimiento vi cómo una canica que estaba en mi mesa empezó a rodar hacia el piso y salí *disparado* hacia la calle. Los postes se movían de un lado a otro y esas extrañas luces en el cielo aparecieron cinco veces. Esa noche no dormimos en la casa, sino en el carrito que mi padre ya tenía en ese tiempo (en el patio de la casa).

Mi secundaria la terminé en 2011. Confieso que era un inconsciente total en cuanto a qué estudiar luego de acabar el colegio y consideré bastante el hecho de estudiar ingeniería de sistemas, solo porque me gustan las computadoras, cosa que estaba mal. No tenía clara aún una meta por la cual luchar. Entonces, luego de dos años en la academia, logré ingresar en setiembre de 2013 a San Marcos, a la carrera de Historia. Esto es algo que considero como el logro más importante de mi vida hasta ahora. Definitivamente es un progreso. Yo tomaba a la ligera el hecho de qué estudiar y cómo hacerlo. Ya desde mediados de 2012 tenía decidido estudiar Historia y en San Marcos. Y ese progreso que menciono ha ido aumentando con el pasar de los años y los ciclos. En el caso de mis padres es igual, mi padre siempre me dice que considera un logro que yo haya ingresado a San Marcos, me dice que es algo que no pudo hacer él y que sí lo considera un progreso familiar, no solo mío, ya que muchos jóvenes actualmente anhelan ingresar a la universidad (es como el espíritu de la

época) y no muchos lo logran, y que yo era afortunado de estar en donde estoy y que no debo desaprovecharlo.

Además, considera que hemos progresado también en cuanto a la calidad de vida que tenemos, ya que en cuanto a la infraestructura de la casa, en 2012, ampliamos y techamos, reemplazando los cartones, maderas y calaminas que eran el techo de la casa, así como la fachada de estera y madera por una de material noble y fierro. Aunque, en realidad, el progreso es algo que todavía no hemos alcanzado. Tenemos aún muchas cosas que conseguir, metas que lograr, porque el progreso es un avance constante y yo lo considero así, al igual que mis padres y abuelos, que cada día siguen buscando salir adelante. Actualmente, me encuentro trabajando en el Archivo de la Dirección General de Inversión Pública del Ministerio de Economía y Finanzas (centro de Lima), lo que representa mis prácticas preprofesionales, además de seguir un curso del octavo ciclo de la carrera y pretendo realizar una tesis sobre alguna iglesia colonial limeña (San Francisco parece ser la elegida) y esta será la próxima meta a alcanzar, la cual solo será comparable al hecho de ingresar a la universidad.

No conocí a mis abuelos

Yersson Enrique Benítez Fernández

Código: 14150005

A través de la memoria oral de mis parientes describiré los principales aspectos de la vida de las tres generaciones de mi familia; entre esos, la cotidianidad y las impresiones que cada uno tiene sobre hechos históricos en los que han participado o visto de cerca. Sin embargo, cabe mencionar que en el caso de mis abuelos no tengo mucha información, puesto que ya han fallecido, por eso serán importantes los testimonios de mis padres. En ese sentido, este trabajo girará en torno a los testimonios que pueda obtener de ellos sobre temas como educación, progreso, costumbres y legado. Respecto a los principales hechos históricos en los que estuvieron inmersos, destacaré el lugar al que pertenece mi familia y aspectos de la reforma agraria, la incursión de Sendero Luminoso y la migración.

Entonces, en primera instancia, cabe presentar a los integrantes de mi familia, empezando por mis abuelos maternos, quienes en vida fueron Manuel Jesús Fernández Castañeda y Julia Eleodora Santi Chimpay; y, por parte paterna, Enrique Benítez Montoya y Marta de la Cruz Escobar. Mis padres son Nory Cristina Fernández Santi y Rubén Augusto Benítez de la Cruz, todos procedentes de la región Ayacucho, provincia de Parinacochas y distrito de Chumpi, localidad que se caracteriza por tener una población mayormente rural, cuyas ocupaciones son la agricultura y la ganadería, en donde los servicios como electricidad, Internet, cable, etc., son precarios o inexistentes

hasta la actualidad. En cuanto al oficio de cada miembro, cabe mencionar que mis abuelos se dedicaron principalmente a la agricultura; en el caso de mis padres, se ocuparon al comercio ganadero, labores que son muy frecuentes en la localidad, puesto que el distrito está alejado de las zonas más pobladas de la región Ayacucho.

En lo que respecta a la onomástica de los integrantes de mi familia, en el caso de la generación de mis abuelos, los nombres provienen de los almanaques o del santoral cristiano. En el caso de estos calendarios, se ponían los nombres que aparecían en las fechas en las cuales uno nacía. Con mis padres esto cambia, dado que los nombres de su generación no necesariamente provenían de los almanaques, sino que se escogían otros, por ejemplo, de visitantes o de paisanos que regresaban de las ciudades con hijos, cuyos nombres la gente solía copiar; sin embargo, no se dejan de usar los de los almanaques porque se utilizaban como segundo nombre. Los nombres de mi generación provienen mayormente de la televisión; en el caso de mi hermano y mi persona, los primeros nombres provienen de dos futbolistas y los segundos son de familiares, el mío es de mi padre y el de mi hermano es de mi abuelo.

1. Los abuelos

En cuanto a mis abuelos paternos, Enrique Benítez Montoya y Marta de la Cruz Escobar, el primero nació en la provincia arequipeña de Caravelí, en 1925, y falleció en 1970, según mi padre, quien si bien no lo conoció personalmente, solo a través de lo que ha escuchado de sus tíos, señala que aquel, a los 20 años, había migrado con toda su familia a la provincia de Parinacochas, puesto que era funcionario del distrito de Chumpi. Mi abuelo cursó secundaria completa y tenía como lengua materna el que-

chua; sin embargo, hablaba muy bien el español. En el caso de mi abuela, ella nació en 1930 y falleció en 2007, era originaria del distrito de Chumpi, provincia de Parinacochas. Según mi padre, ella pertenecía a una familia que tenía tierras y ganados, hablaba quechua y español, pero solo había estudiado primaria. Al casarse, mis abuelos se dedicaron mayormente al campo, tuvieron diez hijos, lo cual, según indica mi padre, era común en la generación de mis abuelos.

Respecto a mis abuelos maternos, Manuel Jesús Fernández Castañeda y Julia Eleodora Santi Chimpay, según mi madre, mi abuelo nació en 1932 y falleció en 2007, era originario del distrito de Chumpi, solo tenía primaria completa y, en 1952, fue reclutado por el Ejército de manera obligatoria, puesto que en ese tiempo eran comunes las famosas levas. Estuvo en esta institución tres años y dirigió un escuadrón en Arequipa; salió con el título de sargento segundo. Sin embargo, esta corta carrera militar no le sirvió de nada, dado que al llegar al pueblo se dedicó mayormente al campo y trabajó en una hacienda como *camayo*¹. Al realizar un buen trabajo en dicha hacienda, el hacendado, que tenía familiares en haciendas en Canta, lo recomendó y por eso tuvo la oportunidad de venir a trabajar con toda su familia. Pero luego de un año, tras surgir un problema con uno de sus hijos, tuvo que regresar a Ayacucho, donde retornó a la condición de *camayo*. En el caso de mi abuela, según mi madre, nació en 1936 y falleció en 2015, era originaria del distrito de Chumpi, tenía la primaria incompleta dado que en esos años solo estudiaban los varones. Al casarse con mi abuelo, tuvo que acompañarlo a las haciendas como cocinera o como trabajadora al cuidado de los hijos de hacendados y maestros del pueblo, hasta que tuvo un accidente en el que quedó inválida y se dedicó a los quehaceres

1 Término utilizado para denominar a aquel trabajador de hacienda de tiempo completo. Significa «cama adentro».

de la casa. Tuvieron doce hijos, de los cuales sobrevivieron nueve, la mayoría de ellos se dedicaron al campo y algunos migraron, jóvenes, a la ciudad, para poder apoyar a mi abuelo.

En cuanto al hecho histórico en el cual mis abuelos han estado involucrados o han sido testigos y que significó un cambio sustancial en el distrito, este es la reforma agraria de 1969. En una entrevista que tuve con mi padre², respecto a este hecho en particular, señala que el proceso de la reforma agraria llegó a la zona en 1973, hecho que se inició a partir de un conflicto entre un *camayo* y un hacendado, puesto que muchos de los hacendados solían despedir a sus trabajadores sin pagarles, ante esto algunos de estos trabajadores decidieron organizarse y denunciarlos, y es en ese contexto cuando se enteran de la ley de reforma agraria; entonces, con el conocimiento de esta ley, estos trabajadores y algunos pobladores decidieron tomar las tierras de los hacendados. Esta toma se caracterizó por ser pacífica y, en algunos casos, tuvieron que saldar sus deudas con sus bienes, ya sea con cabezas de ganado o tierras. En las tomas de tierras de manera violenta, estas implicaron no solo luchas con los hacendados, sino entre los *camayos* y los pobladores.

Según mis padres, las consecuencias de este proceso fueron, en primer lugar, la destrucción de las relaciones de producción, donde los hacendados eran dueños de la mayor extensión de tierras, la población dependía de las haciendas, puesto que, en la jerarquía económica y social, ellos estaban a la *cabeza*, debajo estaban los *huatapeones*³, quienes eran los encargados de administrar las haciendas, debajo de estos estaban los *camayos*, los cuales eran trabajadores permanentes de las haciendas, y debajo de estos estaban los *gañanes*⁴, que eran trabajadores temporales. Muchos

2 Entrevista a Rubén Augusto Benítez de la Cruz realizada por Yersson Enrique Benítez Fernández. 2017.

3 Trabajador de hacienda por un año, término compuesto por una palabra quechua *huata*, que significa «un año», y peón, que era el trabajador instruido.

4 Trabajador experto en la producción agrícola, ya sea en el arado, regadío o cosecha.

de estos eran explotados y, por ello, cuando se inició el proceso de toma de tierras, algunos de estos fueron muy violentos y, por ende, a los hacendados no les quedó más que escapar del pueblo y dejar sus propiedades abandonadas; sin embargo, en este proceso solo tomaron posesión de los ganados y las tierras de cultivo y no de las grandes viviendas que tenían estos hacendados en el pueblo. Como segunda consecuencia del proceso de reforma agraria, según mi padre, es que ante el desorden producido por la posesión de las tierras se creó la Comunidad Campesina Santa Cruz de Chumpi. Esta organización de pobladores tomó posesión de las propiedades del mayor hacendado de la zona, que tenía en su poder grandes extensiones de tierra, gran cantidad de ganado ovino, vacuno y caprino, además de ganado bravo; cabe añadir que esta organización perdura hasta la actualidad. Y como tercera y última consecuencia, según mi padre, es que después de este proceso, la mayoría de la población tenía sus tierras y ganados, y gracias a eso tuvieron acceso a mejores condiciones de vida y además muchos de estos tenían posibilidades de educar a sus hijos. Según mis padres, la reforma agraria no favoreció a mis abuelos, dado que no fueron beneficiados con extensiones de tierras.

Respecto a la educación en la generación de mis abuelos, a partir de lo que mi padre conoce, refiere que en el distrito no existían ni escuelas ni colegios y para estudiar tenían que movilizarse a las capitales de provincias y los que podían educarse eran solo los que tenían posibilidades económicas, por ello muchos de los coetáneos de mis abuelos son analfabetos, puesto que, como señala mi padre, los hijos de los trabajadores de hacienda nacían para ser explotados junto con sus padres, dado que los *camayos* trabajaban con todos los miembros de su familia. Sin embargo, todo esto cambió cuando se dio el proceso de reforma agraria que en párrafos anteriores he señalado, puesto que este proceso permitió que la generación de mi padre ya tenga más posibilidades

para poder educarse; además, cabe mencionar que para ellos el distrito ya tendría su propia escuela y, posteriormente, su colegio.

En el plano cultural, según mis padres, mis abuelos eran activos participantes en las costumbres del pueblo, prácticas que implicaban concursos de comida, danzas y fiestas religiosas, respecto a esto último, cabe señalar que, según mi padre, la generación de mis abuelos era muy religiosa. Esto último se puede explicar porque el control ideológico lo tenían las iglesias, las cuales también tenían propiedades que no fueron tocadas por el proceso de reforma agraria. Según mi madre, mi abuelo tenía el deseo de que todos sus hijos se educaran, para él la educación era el único medio de progreso, dado que dedicarse al campo no era suficiente para tener una mejor calidad de vida. Quedarse en el campo era sinónimo de conformismo, por ello mandó a la mayoría de sus hijos mayores a provincias y, a otros, a la capital, en donde tuvieron oportunidades de trabajo y estudio.

2. Los padres: migrar por temor

En cuanto a mis padres, Rubén Augusto Benítez de la Cruz y Nory Cristina Fernández Santi, ambos nacieron en el distrito de Chumpi. En el caso de mi papá, este nació en 1970, él señala que no conoció a su padre, puesto que había fallecido antes de que naciera, por ello, desde niño, junto con sus hermanos, tuvo que dedicarse al campo; a los diez años ya realizaba trabajos de adulto. Esto era común, porque muchos de sus coetáneos también lo hacían. Labores que consistían principalmente en faenas comunales que implicaban limpiar acequias en donde se trabajaba todo el día; también hacía faenas mensuales en su escuela, las mismas que realizaban principalmente los padres. Por otro lado, en el aspecto educativo, me indica que estudió su primaria en una escuela solo para varones y antes de ingresar a la secundaria se cambió a un colegio mixto. Me indica

que la construcción de escuelas y colegios para los años 80 en el distrito trajo mayor movilidad geográfica, puesto que muchos niños se trasladaron desde los anexos y caseríos al distrito para poder estudiar. En el caso de mi padre, este me señala que él vivía en el campo y para poder llegar a la escuela tenía que salir a las cinco de la mañana. En el caso de mi madre, ella nació en 1973, tiene secundaria incompleta puesto que al accidentarse mi abuela tuvo que retirarse del colegio y viajar a la capital para cuidar de ella y trabajar para ayudar en los gastos del tratamiento de su salud. Mi madre me indica que no se acostumbró a la ciudad y, por ello, después de un año, regresó junto con mi abuela a Chumpi.

En cuanto a la educación en la generación de mis padres, mi papá refiere que la mayoría tuvo acceso a la educación, donde la enseñanza en los colegios era de dos turnos; además, me indica que la mayoría no terminaba el colegio y los que terminaban, como él, se dedicaban mayormente al campo. Por eso mi padre, al terminar sus estudios secundarios, se dedicó al campo, a ayudar a los ganaderos de la zona en la compra de ganados y a juntar para que ellos pudieran traer a la capital a mi hermano. Mis padres se dedicaron al comercio ganadero, dado que mi padre ya conocía ese oficio, además ya tenía su capital y también me indica que mis abuelos, tanto de línea materna como paterna, lo apoyaron con pequeñas hectáreas de tierra, tanto para el pastoreo como para la agricultura; a partir de ello alterna el trabajo en la agricultura con la compra y venta de ganado. Mis padres coinciden en que el primer gobierno de Alberto Fujimori fue bastante favorable para las zonas más pobres del país, dado que, según ellos, sus políticas públicas fueron de mucha ayuda para el pueblo de Chumpi; por ende, para ambos, estas políticas que se traducían en programas sociales les permitían solventar los gastos y poder ahorrar pensando en el futuro de sus hijos.

En ese sentido, mis padres señalan que el primer gobierno de Fujimori brindó una cierta estabilidad en los precios, lo que

permitió que ellos ahorrasen; por eso, al terminar mi hermano mayor sus estudios secundarios, ya tenían los recursos para ayudarlo en su preparación preuniversitaria y solventar los gastos que pudiera tener en la capital. Esta iniciativa de mandar a mi hermano a este lugar para que estudiase surge de la idea de progreso que tenían, puesto que, para ellos, en un primer momento, este era acumular capital mediante su trabajo; pero, después, al terminar mi hermano el colegio, empezaron a cambiar esa idea y empezaron a considerar a la educación como medio para el progreso, por eso decidieron que mi hermano siguiera estudios superiores.

En cuanto al hecho histórico en el que estuvieron inmersos mis padres, este fue la incursión de Sendero Luminoso (SL) por esas zonas. Según mi padre, entre 1988 y 1992, los militantes de este grupo pasaban por el distrito pidiendo provisiones a las tiendas y hubo algunas ocasiones en que se dieron episodios de violencia, como ajusticiamientos. Según mi madre, en esos años, en la mayoría de poblados, no existían autoridades, puesto que muchas de ellas salieron de sus respectivos poblados a causa del miedo que tenían. En el caso de Chumpi, según refiere mi madre, este grupo organizaba asambleas en la plaza, en las que toda la población debía participar y, a diferencia de los militares, no utilizaban la fuerza para sacar a la gente de sus viviendas. En dichas reuniones se realizaban juicios a partir de una lista en la cual se encontraban anotados los nombres de aquellos pobladores que habían cometido robos, adulterio y otros delitos, y en dichas asambleas en ocasiones se realizaban ajusticiamientos; por ejemplo, en una de estas mataron a dos pobladores por abigeos, este fue el único episodio en el que este grupo *chocó* con la población, dado que aparecieron los militares, las otras veces solo pasaban por la zona, además no hubo enfrentamientos con los miembros del Ejército. Estos últimos, al llegar al pueblo, entre 1993 y 1994, según mi padre, en lugar de crear un ambiente de tranquilidad en la población, originaron desesperación, dado

que empezaron a entrar a las casas y a sacar a todas las familias a la plaza del pueblo, en donde interrogaban a todos los pobladores, les preguntaban si habían visto a terroristas y les exigían que delatasen a los que habían apoyado a los terroristas.

En este contexto, según mis padres, existía mucha incertidumbre y temor de que estos dos grupos se enfrentaran en el pueblo; sin embargo, en la opinión de ellos, la zona que habitaban no contaba con recursos necesarios para que los senderistas la tomaran como base de sus incursiones en esas zonas. No obstante, su paso, aunque breve por allí, trajo como consecuencia la migración forzada de pobladores por temor a los senderistas y al Ejército, dado que después de la incursión de estos dos grupos en el pueblo solo había población mayor, puesto que los pobladores jóvenes que estaban en la lista de los grupos subversivos habían escapado a la ciudad. También, por miedo a las levas que realizaban de improviso los militares, estos jóvenes decidieron huir del pueblo, y muchos de los que se quedaron se escondían y dormían en las chacras o en los corrales de los animales y otros se casaban para no ser llevados por el Ejército; esto ocurrió hasta el 2000.

En cuanto a las costumbres que practican mis padres, cabe señalar que, a diferencia de mis abuelos, mis padres ya no participan activamente en las festividades religiosas, en el sentido de que no forman parte, por ejemplo, de los grupos de danza que festejan todos los años en honor a los santos. En una entrevista a mi padre⁵, este me señaló que la caída en la participación de los jóvenes de su generación en los grupos de danza se debió a que la mayoría se dedicaba a otras cosas que no se vinculaban con las costumbres y que los que mantenían estas costumbres eran gente mayor. Además, me señala que hubo una caída en la devoción por los santos, los jóvenes de su generación ya no

5 Entrevista a Rubén Augusto Benítez de la Cruz realizada por Yersson Enrique Benítez Fernández. 2017.

tenían esa religiosidad que sus padres practicaban; sin embargo, esta no desapareció en su totalidad, dado que el pueblo tuvo un alto grado de dicha práctica.

3. Los hijos: primeros migrantes

En cuanto a la generación de los hijos, esta está integrada por mi persona y por mi hermano Yordy Rubén Benítez Fernández, nacido en 1992 en el distrito de Chumpi, estudió su primaria y secundaria en dicho distrito. Aparte de estudiar, mi hermano solía ayudar a mi padre en los quehaceres del campo al igual que yo, tiene como lengua materna al español, además de hablar el quechua. Quería estudiar en una universidad y escogió postular a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM); sin embargo, no logró ingresar, por tal motivo decidió postular a la Universidad Nacional del Callao (UNAC), en donde sí ingresó. En la actualidad está cursando el cuarto año de la carrera de Economía. En mi caso, nací en 1994, junto con mi hermano somos la primera generación de migrantes de mi familia, estudié mi primaria y secundaria en el distrito donde nací, Chumpi. Al igual que mi hermano, hablo español y quechua, este último no lo hablamos con regularidad dado que solo lo hacemos cuando vamos a la sierra o cuando vienen mis padres a la capital.

Respecto a las costumbres con las cuales hemos crecido en la sierra, las seguimos manteniendo, dado que solemos ir a los locales donde se reúnen todos los años los chumpinos para celebrar algunas festividades, pese a que vivimos en la zona norte de Lima Metropolitana y estas actividades se realizan en la zona sur, por Villa María del Triunfo, San Juan de Miraflores y Villa El Salvador, distritos en donde está la mayoría de migrantes de la provincia de Parinacochas. En estas zonas se realizan festividades en las que todos los chumpinos se juntan para participar. Aparte

de ello, también viajamos cada año a las fiestas patronales de Chumpi, donde las celebraciones duran una semana, a las cuales además viajan la mayoría de chumpinos residentes en Lima. En cuanto a la religiosidad relacionada con las festividades, está claro que hay un cambio, dado que tanto mi hermano como yo ya no tenemos la inclinación religiosa que tenían mis abuelos, puesto que desde el colegio la mayoría de miembros de nuestra generación, al aprender otras ideas transmitidas por el curso de Filosofía, el cual, pese a no estar en la malla curricular, era enseñado por algunos profesores, perdimos esa religiosidad que conservaban los adultos mayores del pueblo.

Respecto a la idea de progreso, cabe señalar que coincidimos con mi hermano, puesto que desde el colegio teníamos claro que la educación era clave para progresar. Nosotros veíamos que la mayoría de promociones que salían del colegio solían quedarse en el pueblo y se dedicaban al campo o a trabajar en las minas, por eso, para ambos, al igual que para mis padres y abuelos, la educación era un medio de progreso, por esta razón decidimos, junto con ellos, que al terminar mi hermano su secundaria se viniese a la capital. Con el apoyo de mis padres yo también tenía que venir, lo cual en nuestra generación se está dando con mayor persistencia, puesto que muchos de nuestros coetáneos del colegio están estudiando en institutos y universidades; por ejemplo, en la UNMSM, aparte de mí, están estudiando dos chumpinos más, que han terminado sus estudios secundarios en la sierra.

Entonces, a partir de los dramas que le tocó vivir a cada generación, se desprende que, en todo este intrincado camino, el legado de los abuelos a los padres fue principalmente material, también espiritual y cultural. Lo que los padres dejaron a sus hijos se refleja, en primer plano, en la educación y, en segundo plano, en lo material, dado que el trasfondo de todo esto inicia con los abuelos, pues sin aquellos los padres no habrían conseguido lo que hasta el momento están logrando: educar a los

hijos. Por tanto, en última instancia, el principal legado familiar que va desde abuelos a padres y de estos a hijos es material, y, en segundo lugar, espiritual y cultural, puesto que la prioridad es que lo heredado les sirva y les dé condiciones para vivir y para que puedan tener un mejor futuro.

Mi abuelo leía el futuro en las hojas de coca

Elliot Anderson Calderón Pérez

Código: 13150127

De mis bisabuelos no tengo ninguna mención directa. Mis padres poco pudieron conocer a sus abuelos y lo que me cuentan son recuerdos difusos sobre ellos, lo que sí sé es que vivieron en sus respectivos pueblos y que poseían un considerable ganado. En cambio, de mis abuelos sí tengo un mayor conocimiento, si bien pude tratarlos por poco tiempo y solo conocí a tres, mis padres siempre me han hablado de ellos.

Mis abuelos paternos fueron don Eliseo Calderón Hernández y doña Florencia Suárez Cabanillas, quienes vivieron casi toda su vida en el pueblo de Chepén (La Libertad) o en algún pueblo de la región Cajamarca. Ambos fueron contemporáneos en fecha de nacimiento, nacieron en 1912. Debido a relaciones extramatrimoniales, mi abuelo tuvo varios hijos, siete en total; pero siempre se preocupaba de ayudarlos a todos ellos. De mi abuela sé poco debido a que falleció cuando mi padre tenía tan solo cinco años de edad, por lo que mis tías se hicieron cargo de mi papá. Aun así, tanto mi abuela como mi abuelo fueron de la generación de los años 40 y, en líneas generales, vivieron como la mayoría de personas de zona rural: tuvieron ganado y una chacra para llevar adelante su vida diaria.

Mis abuelos por parte de madre fueron don Agapito Pérez Reyes y doña Clara Huiza Mendoza. Él nació en 1922, y ella, en 1924, por lo que podrían ser de la generación de los años 50. En su juventud, mi abuelo trabajaba para un hacendado de Corongo

(Áncash), pero debido a un problema con el jefe de la hacienda en torno a la pérdida de un toro, cosa que fue un malentendido, tuvo que dejar este lugar y así perdió todo su ganado. Luego fue al pueblo de Yánac, donde conoció a mi abuela y tuvieron seis hijos. Desde entonces mis abuelos vivieron en aquella localidad, aunque él siempre viajaba a Lima por cuestiones de comercio; sin embargo, finalmente, en su vejez, ambos radicarían en la capital peruana.

En cuanto a mis padres, Orlando Calderón Suárez nació en Chepén, el 1 de diciembre de 1953, y Juana Pérez Huiza, en Yánac, el 16 de mayo de 1954; ambos pasaron su niñez y casi toda su adolescencia en sus respectivos pueblos, participando de las costumbres y fiestas locales, y ayudando en lo concerniente a las labores que les delegaban mis abuelos. Salieron de su lugar de origen aproximadamente a los 15 años, con destino a Lima, ciudad que, desde 1946, durante el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, se convirtió en un centro de atracción de migrantes de diversas provincias, que veían en ella una esperanza de mejoría y de mayor ciudadanía.

Decidieron —junto con algunos de sus hermanos; los demás lo harían años después, con la ayuda de algunos de sus tíos, primos u otros familiares— migrar a la capital, a principios de 1970. En el caso de mi madre, ella empezó a trabajar como empleada doméstica en San Isidro, aunque aún no había terminado su secundaria; gracias a las facilidades, respecto a la educación, dadas durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado, pudo concluir sus estudios a la vez que trabajaba. Mi padre, por el contrario, llegó con estudios completos, laboró en diversos empleos y gracias a su esfuerzo consiguió estudiar y convertirse en técnico de máquinas de imprenta, trabajando de manera estable en la empresa Stansa durante un largo periodo y posteriormente de manera independiente. Mis padres se conocieron debido a la cercanía de los lugares donde trabajaban, posteriormente se enamoraron, se casaron, formaron una familia y tuvieron cuatro hijos. Yo soy el menor

de ellos. Pasaron de vivir transitoriamente en una habitación en Mirones a residir de manera definitiva en una casa propia, en la parte alta de la zona del cercado de Villa María del Triunfo, que en ese entonces era uno de los distritos jóvenes emergentes del cono sur. Esto fue hace, aproximadamente, unos 35 años.

Mis padres tuvieron cuatro hijos, incluyéndome. El mayor, Ricardo, tiene 36 años; el segundo, Edwin, 34; el tercero, Alexander, 32; y yo, el último, Elliot, tengo 22. Por estas diferencias de edades entre hermanos, si bien somos hijos de ambos padres, tenemos una evidente diferencia generacional, con el mayor de casi 15 años, y esto se manifiesta claramente en las diversas maneras de pensar y en las visiones que se tiene del mundo. Esto quizá explica por qué soy el primero de la familia en estar en una universidad.

1. Arraigo/desarraigo

Mis abuelos, que en su vejez se instalaron en Lima de manera definitiva, mantenían las costumbres o conductas propias de su mundo y también de su generación, en ellos casi no hay un desarraigo cultural, tal vez porque son migrantes de una edad avanzada. En cambio, en el caso de mis padres, sí hay un notorio desarraigo de costumbres y actitudes, ya que vinieron a una edad media, 15 años; así, pasaron su juventud y adultez en medio de una capital que se veía envuelta en un proceso de modernización. Por ejemplo, mi padre se dedicó a ser técnico de máquinas *offset* de imprenta, lo cual le demandó un aprendizaje sobre tecnología y maquinaria, todo esto nuevo para él. Mi madre, durante su juventud, fue empleada del hogar de familias de opulencia en San Isidro; así, tuvo contacto con otra forma de vida, con personas cuya cosmovisión capitalina la influenció en ciertos rasgos, como en la forma de comer o de vestir. Así, mis padres mantuvieron

algunas creencias y comportamientos, y dejaron otros, el imaginario sobrenatural se mantuvo, aunque luego se encontrarían con el evangelio, algo que explicaré más adelante. La llegada de los celulares demandó un nuevo aprendizaje para ellos y también marcó un límite al respecto, ya que al vivir la tecnología a una edad mediana y tardía, esto no les permite una fácil comprensión de ciertos elementos, como la computadora y artefactos similares.

Por otra parte, en Lima, mis padres se encontrarían con la criollada y la viveza. Al llegar a la capital, mi padre sufriría una estafa similar a la del cuento «El niño de junto al cielo», que pertenece a la obra *Lima, hora cero* (1954), de Enrique Congrains, por lo que ambos tuvieron que aprender de esa viveza para poder continuar y seguir adelante sin volver a ser presa de ello. A mi madre le gusta escuchar la música de su pueblo y constantemente me pide escucharla. En el caso de mi padre, él disfruta de la música mexicana, las rancheras. Según me cuenta, de niño las oía siempre en la radio, porque entonces estaban de moda personajes como Pedro Infante o Luis Aguilar. La vestimenta también cambió en ellos, si bien ya no se visten como lo hacían en su pueblo, sí conservan algunas prendas afines y mi madre continúa cosiendo a mano como lo hacía en su tierra. Haciendo un balance, no es mucho lo que mis padres conservan de su terruño, lo fundamental quizá es la música y algunos platos típicos, en el caso de mi madre, aunque su cosmovisión ha variado bastante.

Mis hermanos y yo mantenemos un poco de ese mundo de nuestros padres, si bien cada hermano ha construido su mundo de manera independiente y diferente al otro, todos tenemos algo de los padres presente. Nacidos en la capital, nosotros tenemos una concepción muy diferente de lo que nos rodea, tal vez de manera más marcada en mi caso, ya que hay una brecha de 14, 12 y 10 años de diferencia con cada uno de mis hermanos. Si bien una generación dista de otra por 15 años, pienso que el estar en la universidad crea una distancia aún mayor. Aunque no

se puede negar la herencia cultural que siempre dejan los padres a sus hijos, el estar en un mundo de tecnología y modernidad, de flashes y deudas, de apresuramiento y estrés, que dista grandemente de la vida menos agitada y más plena de la sierra, ha afectado a mis padres, a mis hermanos y a mí, por lo que corremos a una velocidad diferente, con patrones de conducta y creencias también distintos, porque una vez que crecen los hijos y empiezan a «volar con sus propias alas», aquel mundo en común que era el hogar se queda en el recuerdo y tal vez en una que otra acción o pensamiento de nostalgia.

2. La región/la nación

Mis padres, en los temas de región, nación o comunidad, tienen la idea de que el lugar donde nacieron pertenece a un territorio aún mayor llamado *Perú* y que a la par hay un sinfín de otros pueblos que lo integran, aunque también me manifiestan que siempre hay pueblos alrededor del suyo que son malos, ya que las personas que los habitan son envidiosas y egoístas. Por otro lado, piensan que una unidad nacional es casi imposible porque las personas siempre buscan su conveniencia y que la corrupción es un mal que todos padecemos, no solo como víctimas, sino también como victimarios, cuando se llega al poder. Mis hermanos, en este aspecto, creen similarmente.

De manera personal, al leer parte del libro de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (2006), donde define a la nación como una «comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana» (p. 23), pienso que la nación es un constructo que va más allá de nosotros, como una totalidad, donde no conocemos a todos los otros, pero los sentimos homogéneos, en el sentido de compartir una comunidad cuya legitimidad re-

side en que sus miembros viven en un territorio limitado, constituyen una condición apasionante al punto de que las personas pueden dar su vida en nombre de dicha comunidad. La nación es real en cuanto es imaginada. Si bien es cierto que al estar en un país donde reside una gran cantidad de culturas, con cosmovisiones diferentes, y que la patria es considerada como única o la que debe prevalecer, el construir una casa en común no es una tarea fácil; no obstante, la heterogeneidad nos enriquece, pero no es fácil tener una sola bandera, un solo país al que amar, debemos ser solo uno. Así como nos juntamos cuando juega la selección peruana de fútbol o la de vóley, también debemos juntarnos como miembros de colectivos menores, como ciudadanos, como hermanos, para hacer de nuestro hogar en común un lugar mejor para convivir más pacíficamente.

3. Migración/inmigración

Mis abuelos, al ser criados de manera tradicional, con mano dura, disciplina y obediencia al mayor, a la autoridad, siempre estuvieron atentos a cuidar el ganado, sembrar, regar y cosechar en la chacra. Sus vidas estuvieron ligadas a su tierra y con ello a formar una familia y vivir allí. Mis padres y tíos nacieron en dichos lugares, Chepén (La Libertad) y Yáncash (Áncash), pero tuvieron la oportunidad de venir a Lima en busca de una vida mejor. Si bien es cierto que mis abuelos en un principio no querían migrar, esta situación cambió después de las primeras migraciones, como señala José Matos Mar, en su obra *Desborde popular y crisis del Estado* (1984), las migraciones cobraron mayor fuerza a partir de 1961, cuando la población de la sierra pasa a ser el 53% de la población nacional, mientras que, en 1940, representaba un 65%. Esto debido al atractivo de las ciudades costeñas y a la crisis que afectaba al agro de entonces.

Así, una de las causas de que mis padres y tíos vinieran a Lima, dejando su tierra natal, fue que deseaban no solo ser independientes, sino que buscaban una vida diferente, mejor, y con ello no quiero desmerecer el lugar donde vivieron durante su infancia y parte de su adolescencia, sino que anhelaban estar en un mundo diferente. Según me comentan, la falta de hospitales, de seguridad o de una adecuada educación fueron motivos importantes para lo anterior, ya que querían vivir en un lugar con mejores condiciones y una economía más estable. Así como en este caso particular, muchas otras migraciones se deben a estos factores que son propiciados por el centralismo del Gobierno en Lima, que descuida a las provincias.

4. Religión

Como beneficiarios de una herencia colonial, del sincretismo entre lo hispano y lo andino, mis abuelos, tíos y padres han crecido con la creencia de que Dios está presente y comparte escenario con los seres humanos. Igualmente, las divinidades están en el imaginario de los Andes, a través de los santos y las fiestas patronales o costumbristas que se dan constantemente en sus pueblos. Así, mis padres me han comentado en muchas ocasiones acerca de estos eventos de índole religiosa que para todo el pueblo tienen gran significado e importancia.

Mi abuelo materno sabía *leer* el futuro de las personas por medio de las hojas de coca, no he sido testigo directo de ello, pero mis hermanos mayores, mi madre y mis tíos me han confirmado eso. Mi abuelo materno era bueno, por lo que oí, ya que en varias ocasiones artistas folclóricos fueron a pedirle que les *lea* las hojas de coca. A pesar de ello, él no se dedicaba a eso, solo lo hacía de manera esporádica o por tratarse de un motivo o una persona especial y uno de esos momentos fue cuando él mismo

predijo su muerte a través de esta *lectura*, tal vez sea por eso que no sufrió a la hora de dejar de existir. Mis padres y mis tíos una vez instalados en Lima experimentaron la lejanía del terruño y la nostalgia los llevó a la reproducción de sus costumbres y fiestas, aunque esto se produjo, dicen ellos, porque encontraron espacios donde las pudieron desarrollar y con ello mantener su religiosidad tradicional.

Al respecto, Manuel Marzal, en su libro *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la gran Lima. El caso de El Agustino* (1988), propone que las personas que migraron de los Andes hacia Lima, para mantener sus devociones religiosas, optaron por tres vías: (a) la iglesia cultural, donde se recrea la herencia religiosa campesina; (b) la iglesia popular, donde el campesino forma parte de las comunidades de base de su parroquia, promovida por el concilio Vaticano II y la conferencia de Medellín; y (c) las nuevas iglesias, donde los inmigrantes siguen los cultos de las diferentes sectas (evangélicas, pentecostales y escatológicas). Así, los migrantes mantendrían su religiosidad aun estando muy distantes de sus pueblos.

De las tres vías mencionadas, mis padres y mis tíos por un tiempo fueron parte de la iglesia cultural, pero luego pasarían a ser parte de las llamadas «nuevas iglesias», principalmente de las de corte evangélico. Aunque esto no quiere decir que haya un distanciamiento o desapego total de sus creencias, que claramente difieren de la doctrina evangélica, tal es el caso de la creencia en lo referido a la magia, la hechicería o la nigromancia. Un anécdota de esto es que cuando mi primo, hijo del hermano de mi mamá, era niño, de 10 años aproximadamente, cayó enfermo gravemente y los médicos a los que acudieron no daban con la razón del mal, su madre, mi tía, decidió llevarlo a un «brujo» para que pueda detectar cuál era el motivo de su enfermedad. Este le dijo a mi tía que mi primo se encontraba terriblemente mal producto de un «daño» que le habían hecho por medio de

otro «brujo». Entonces, aquel le pidió que lo dejase a solas con el niño para hacerle una «limpia», finalizada la sesión le dijo que se llevase al niño y que lo abrigue. Pasados los días, mi primo se encontraba nuevamente bien, entonces mi tía fue en búsqueda del «brujo» para agradecerle por haberlo sanado, pero al buscarlo se dio con la noticia de que había fallecido recientemente, por lo que mi tía cree que este decidió quedarse con el mal de mi primo a sabiendas de que le podía costar la vida.

Por otro lado, regresando a las iglesias evangélicas, la más comprometida con una es mi madre. Ella fue bautizada en la Iglesia Cristiana Pentecostés Movimiento Misionero Mundial, que en Villa María del Triunfo aparece en 1982, a donde asiste constantemente desde hace ya varios años. Junto con ella, también iba yo hasta hace un tiempo. Fue por mi mamá que conocí la «palabra de Dios» y durante toda mi niñez, pubertad y adolescencia estuve inmerso en el mundo religioso. Además, en los últimos 4 años de mi primaria tuve un profesor adventista que me invitaba constantemente a su iglesia, a la cual yo iba con gusto, y, por otro lado, también mantenía conversaciones con los Testigos de Jehová. Si bien es cierto que gran parte de mi formación como persona proviene del ámbito religioso, uno llega a una edad más madura en la que aparecen nuevas preguntas que la Biblia no alcanza a responder y, ante la necesidad de encontrar respuestas, se mira hacia otros lados. Poco a poco uno encuentra ciertos vacíos o inconvenientes en la llamada «palabra de Dios» cuando pone a prueba su aplicación en las distintas culturas y, a través del tiempo, en las sociedades. Así, paulatinamente, me he ido alejando de la religiosidad como tal, aunque no puedo negar que creo en Dios, pero no en el mismo Dios hebreo, sino que lo concibo como un ser trascendente y que todos los dioses de las distintas culturas a lo largo del tiempo son tan válidos como sus respectivos escritos sagrados. No ahondo más en este punto porque necesitaría explayarme.

La vida universitaria también hace que el panorama de la cosmovisión se agrande, destruyendo mitos y creencias, y —en cierta forma— dejando la brecha para el surgimiento de otros conocimientos, experiencias; aunque, claro está, la razón es el principal mandamiento. Para finalizar, la religiosidad en la familia ha sufrido un cambio notorio desde la generación de mis abuelos hasta la mía, siendo mi madre la única perteneciente a una congregación, siendo practicante en el sentido más estricto de la palabra. El espíritu religioso del mundo de mis abuelos maternos se mantiene con mi madre y, el de ella, conmigo.

5. Ideas y convicciones. Hechos históricos

Mi abuelo paterno no puso freno u obstáculo para que mi padre y mis tíos estudien, de tal manera que puedan mejorar su situación económica, es decir, aunque venía de una tradición conservadora, de antaño, no fue del todo *cerrado*, esto es, no concebía que los hijos deben seguir el legado de los padres; por el contrario, les permitió la búsqueda del progreso que deseaban, una mejor calidad de vida fuera del lugar donde nacieron, motivo por lo cual la generación de mis tíos y mi padre tiene otra visión del mundo.

Mi abuelo materno era muy conservador y prefería que mi madre y mis tíos se dedicasen a ayudar en las labores del hogar, el ganado y las chacras, en lugar de estudiar de manera adecuada, motivo por el cual ellos no concluyeron sus estudios en dicho lugar, aunque posteriormente lo lograrían en la ciudad de Lima. Estas ideas no eran compartidas por mi abuela, quien era más comprensiva y deseaba que sus hijos sobresalieran y tengan una vida mejor. Posteriormente, mi abuelo desistió de su conservadurismo y permitió que sus hijos migren y realicen su vida de una mejor manera, ya que también él, en cierta forma, la buscaba en sus repetidas visitas comerciales a la capital.

Mis padres creen en el progreso y en que el único medio para lograrlo es una buena educación, aunque su visión está orientada a carreras profesionales o técnicas que sean muy bien remuneradas, por lo cual hubo un leve conflicto cuando escogí la carrera de Historia hace unos años, aunque luego comprendieron que progresar no es solo tener mejores ingresos o más lujos, sino también ser un buen profesional en la profesión que uno desee, aunque aparentemente no tenga mucha demanda o reconocimiento, por lo cual apoyaron mi decisión. Esto demuestra la diferente visión en cuanto a sus padres, mis abuelos, ya que si bien creen que el progreso se mide con buenos ingresos económicos, ahora son más permisivos en cuanto a decisiones diferentes a sus pensamientos, como fue la mía.

Por mi parte, creo que el progreso es contradictorio, lo concibo como mejora o avance de algo, pero no de una totalidad porque la realidad muestra que mientras por un lado se avanza, por otro, se retrocede. Ejemplo de ello son los varios tratados de paz y las declaraciones de derechos, ya sea a nivel internacional o nacional; sin embargo, los casos de guerras y violencia son pan de cada día. Guerras en el Medio Oriente, narcotraficantes todopoderosos y delincuencia por todas partes. Si progreso significa avance tecnológico y medicinal, también es ambivalente, porque el primero es empleado con fines políticos, egoístas; y el segundo, para lucrar. Me pregunto, si desde hace ya varios años, ¿no existirá ya la cura para el cáncer o el sida?, ¿es preferible mantener a las personas siempre enfermas y nunca sanas del todo para que sigan consumiendo los medicamentos y tratamientos, y, con ello, las empresas farmacéuticas y las clínicas sigan ganando más y más dinero? Si esto es llamado progreso, no quiero ni imaginarme cuál podría ser el final.

En cuanto a estar involucrados en hechos históricos, mis abuelos, padres o tíos no han estado directamente en alguno, solo respondieron a las coyunturas, como lo fueron las migracio-

nes, o sufrieron las consecuencias de algún acto terrorista, como la detonación de torres de electricidad en los cerros que bordean mi casa; pero fuera de ello han llevado una vida común, como la mayoría de peruanos.

6. La generación

José Ortega y Gasset, en su obra *En torno a Galileo. (Esquema de las crisis)* (1984), plantea que el hombre vive en un mundo de convicciones, lo que denomina el «espíritu de su tiempo», donde todos vivimos involucrados o sumergidos, sin siquiera percibirlo. Pero, ese espacio donde el hombre nace cambia con cada generación, ya que cada una de estas modifica, aunque sea en una pequeña medida, el mundo que ha recibido. El individuo perteneciente a una generación recibe una herencia específica del pasado y pone su grano de arena en ella para los que siguen. Por ello, las generaciones están inmersas en un «espíritu de su tiempo», formando parte de una urdimbre de la historia, la que las condiciona, les abre horizontes, les brinda posibilidades. Por eso, este concepto puede servir como un método para la investigación histórica, como la que he presentado en estas páginas.

La generación es una especie de «resumen» del pasado, pero que a su vez le añade su sello distintivo en cada época. En mi caso particular, mi generación, en la que también se sitúan mis hermanos, a pesar de la regular diferencia de edad, recoge algunas cosas de nuestros padres, a las cuales hemos aportado nuestras modificaciones y, a veces, hemos roto con muchas de ellas, y la razón es simple: nosotros nacimos en un mundo capitalino, donde el ajetreo diario hace que en una sola generación pueda haber más de un cambio. En la actualidad, las cosas van y vienen a tal velocidad que estar a la vanguardia es vital para poder sobrevivir, es como si la selección natural se hubiera transformado en una

de índole artificial, tecnológica. Por mi parte, trato de amalgamar todo lo que me rodea, lo que he heredado y lo que descubro, con el fin de poder comprender el mundo de la mejor manera. El día que tenga una familia, a mis hijos les contaré sobre los fantasmas del pasado, por así decirlo, los cuales siempre estarán en el presente, susurrando sus vivencias sobre el «espíritu de su tiempo». Al fin y al cabo, no se trata solo de romper con lo anterior, sino de ver qué parte de ello puede servir para, junto con lo que podemos aportar, formar un nuevo espíritu, espíritu que sea rico y sirva como legado para las futuras generaciones; ya que, finalmente, la cadena en el juego de dominó la sabemos: la caída de la ficha delantera siempre dependerá de la ficha que la precede.

«¿Qué clase de profesores son estos?»

Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe

Código: 14150160

En este ensayo escribiré acerca de los miembros de mi familia, sus vidas, sus experiencias, las lecciones que me dejaron y algunos hechos externos que afectaron mi personalidad por el resto de mi vida. Este tipo de investigación la hago con el propósito de encontrar, por medio de la historia vivida, los patrones que puedan existir en cada una de las generaciones del estudio. Para lograrlo, analizaré de acuerdo a la teoría de las generaciones del libro de José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo. (Esquema de las crisis)* (1984), en el cual he encontrado dos conceptos importantes para esta indagación: *contemporaneidad* y *coetaneidad*. En el texto de Ortega y Gasset, se puede ver que estos dos términos determinan —en parte— cómo se agrupan las diferentes generaciones, lo cual es importante para este trabajo.

En las entrevistas hechas a mi familia, desde mis abuelos hasta mis hermanos, he logrado encontrar diferencias en aspectos que influyen mi perspectiva y carácter, al igual que mis valores y convicciones. Desde la educación hasta el legado dejado por mis padres, desde mis amigos hasta mis diferentes periplos, cada uno de estos elementos me fueron marcando y, al profundizar en los mismos, se encuentran las convicciones generales de mi periodo. Para el caso de la *coetaneidad*, dividiré esta historia en tres partes: la generación de mis abuelos, la de mis padres y la de mis hermanos. Dividiendo el trabajo genealógicamente espero que sea más simple poder entender la agrupación de las generaciones y los sistemas de convicciones que las definen.

Para el caso de la *contemporaneidad*, haré una explicación al final que muestre las similitudes y diferencias entre las generaciones ya mencionadas, además, analizaré el impacto de las coyunturas históricas en las diferentes generaciones. Así, tocaré casos como la reforma agraria del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, el *shock* económico del primer gobierno de Alan García y el terrorismo de Sendero Luminoso y el MRTA durante las décadas de 1980 y 1990. También, dividiré cada generación en tres temas: vida social, educación y onomástica.

1. Mis abuelos

Para esta generación usaré las entrevistas que logré hacer a mis abuelos maternos. La información que obtuve del lado paterno es menos importante porque mi abuelo por parte de padre falleció hace un año y mi abuela, por esta misma línea, no ha estado disponible para la entrevista.

1.1. *Vida social*

Mis abuelos vivieron el Ochenio de Manuel A. Odría (1948-1956) y participaron en la migración que hubo hacia Lima durante esos años. Mi abuelo materno (Jorge Luis Fashe Vivar) nació en Cerro de Pasco, en 1934, y migró a Lima cuando terminó sus estudios de secundaria, tal como me lo indicó:

Salí porque vi que en mi lugar de nacimiento no había futuro, porque era un lugar muy pobre, no había empresas, no se practicaba la agricultura excepto para alimentarse y para vender de a poquitos y así se sentían contentos y yo dije: «Para mí esto no es»¹.

1 Entrevista a Jorge Luis Fashe Vivar realizada por Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe. 25 de setiembre de 2017.

Mi abuelo migró hacia Lima terminada su secundaria, en 1950-1951, lo cual lo diferencia de mis otros abuelos; pues mi abuela materna (Yolanda Ernestina Vargas Avellaneda) nació en 1933 y fue criada en el distrito de Barranco, en Lima, y mi abuela paterna (María Antonia Molla Oyarzu) nació y vivió toda su vida en el Callao, hasta muy recientemente.

De mis abuelos, todos me aseguran que fueron formados por sus padres en los principios familiares de la época, dentro de los cuales uno tenía que mantenerse siempre obediente a un padre y a una madre, además de mantenerse ocupado y siempre listo para ayudar en la casa por iniciativa propia. Esta es una actitud que pasó a mi abuela Yolanda, y también se encuentra en mis otros abuelos. Asimismo, debo mencionar que la actitud que comparten es un ligero sentimiento de prejuicio para los que vienen de la sierra. No es uno muy fuerte en sí, pero sí es uno que hace voltear la cabeza cuando se cuentan anécdotas del pasado. El sistema de convicciones no veía ningún problema en insultar o denigrar a andinos o gente de la sierra.

1.2. Educación

En el caso de la educación, todos mis abuelos cursaron la primaria y secundaria, mas ahí hay diferencias. Mi abuelo materno me contó que tuvo una muy buena experiencia escolar, debido principalmente a sus profesores y compañeros, quienes eran respetuosos, atentos e interesados en aprender. Da mención especial a Felipe Hinojosa, a quien él considera uno de los mejores profesores que tuvo. Mis dos abuelas recibieron una enseñanza estricta y no sobresale ningún profesor, solo recuerdan que la educación fue firme, que si había algún error en el comportamiento se golpeaba la mano con la regla, y que siempre se debía de tratar con respeto a los profesores. Lo interesante es que todos pudieron obtener empleo, pues como me relató mi abuelo:

Por el año 1955, los centros superiores de estudio estaban exclusivamente a cargo del Estado, pertenecían al sector público, con excepción de la Universidad Católica no habían otros centros superiores de carácter privado. San Marcos, la UNI, la Agraria, etc. Entonces, en aquella ocasión había un fácil acceso para aquellos que habían cursado secundaria. Había necesidad de profesionales, pero muy poca cantidad de ellos. El hecho que había terminado la secundaria me ponía delante de la mayoría².

Aquí en Lima solo mi abuelo Jorge y mi abuela María Antonia mantuvieron su trabajo. Mi abuela Yolanda fue profesora de primaria y dejó de trabajar cuando se casó con mi abuelo, quien fue administrador de agencias bancarias del Banco de la Nación, para mantener el hogar y criar a sus hijos. Mi abuela María Antonia trabajó de enfermera y tuvo que seguir laborando para mantener a sus hijos, pues mi abuelo paterno la había abandonado por otra mujer. Después obtuvo una nueva posición como dama de compañía para una señora inglesa que residía en San Isidro.

1.3. Onomástica

De mis abuelos, ninguno de ellos sabe por qué les dieron los nombres que tienen. En todos los casos, a ninguno se le ocurrió preguntar el porqué.

2. Mis padres

Para esta generación usaré las entrevistas que logré hacer a mi madre, a quien también tuve que preguntar sobre mi padre, pues él no se encuentra disponible desde su divorcio.

2 Entrevista a Jorge Luis Fashe Vivar realizada por Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe. 25 de setiembre de 2017.

2.1. *Vida social*

Mi madre (Vivian Giovana Fashe Vargas) y mi padre (Guillermo Carlos Castañeda Molla) nacieron en Lima y en el Callao, respectivamente. Vivieron la dictadura de Juan Velasco Alvarado, la reforma agraria y el terrorismo de los años 80. Ella nació el 16 de agosto de 1960, y él, el 31 de octubre de 1961. En este periodo se encontraba un apoyo más grande hacia los campesinos y los partidos izquierdistas. Esto lo noté cuando mi mamá me hablaba de sus compañeros y cómo muchos de ellos debatían sobre los puntos políticos de ciertos partidos de izquierda, tanto del APRA, Patria Roja o del mismo Partido Comunista.

A mi padre no le pasó nada durante este periodo; sin embargo, mi madre tiene un par de anécdotas. La primera que me contó trata sobre un encuentro que tuvo y el resultado de ello:

Estuve en una marcha que tuvo el SUTEP y todas las centrales también³. Fue una protesta, no recuerdo si fue en 1977 o 1978. Esa fue una de las más grandes. Dada la edad que yo tenía [17 años] y en esa etapa como que tus sentimientos son algo izquierdistas. Yo fui a dejar una carta para tu abuelo y como había una plazuelita en el Correo de Lima me detuve a ver. Subidos en una banca estaban Genaro Ledesma, Hugo Blanco y no me acuerdo quién era el otro, y había un montón de gente escuchándolos. Estaba una amiga y yo me quedé a ver. Se acerca un hombre y le habla a Ledesma, entonces este se baja y les habla a los otros dos y había un carro y se meten y boom, se van volando y nosotros estamos ahí cuando de repente aparece la policía. Empiezan a lanzar bombas lacrimógenas. Así que todos corrimos, muchos fueron llevados presos y mi amiga y yo corrimos hacia el correo, pero las bombas lacrimógenas no nos dejaban respirar. De no haber sido

3 Se trata del paro nacional de 1977 contra el gobierno de Francisco Morales Bermúdez.

por tres turistas que nos ayudaron y nos llevaron a un restaurante por el paseo Chabuca Granda, hubiéramos sido arrestadas mi amiga y yo. Ahí cambié mi forma de ver a esos dirigentes que dicen que se preocupan por el pueblo y realmente no es así. Pase de izquierda a centro. Digamos que salieron las vendas de mis ojos⁴.

La segunda tiene que ver con el tema del terrorismo:

Yo estaba encargada de la Gerencia de Planificación y Presupuesto en Cordelima y teníamos oficinas de presupuestos, planes y de las microrregiones, y había una de racionalización. En la oficina de microrregiones había un grupo de profesionales que trabajaban y siempre había uno que se me acercaba para hablarme de los problemas de las microrregiones y conversábamos sobre los problemas de los campesinos, ya que nosotros hacíamos proyectos para mejorar el nivel de vida de ellos (colegios, postas de salud, etc.), y un día me dice: «Vivian, te quiero invitar, no sé si puedas asistir, a una reunión donde somos un grupo de amigos que tenemos preocupaciones de estos problemas que estamos conversando y a lo mejor tú podrías apoyarnos al respecto». Me lo dijo bien serio. Lo miro y le digo: «¿En dónde es?». «No, pero primero dime si vas a asistir». Yo lo quedo mirando y digo: «Bueno, sabes qué, me traes la dirección e iré, siempre y cuando no vaya a ser de Sendero, ah». Lo dije riéndome y todo, y él me mira serio y me dice: «No», pero cortante. «Ya pues, dame la dirección», le digo. «Ya luego te la doy», me dijo y se fue. Al siguiente día no fue a trabajar, al otro día tampoco y el tercer día sale por la televisión que había sido capturado junto con Martha Huatay. Había sido gente de Sendero. Me quedé [hace una mueca de asombro]⁵.

4 Entrevista a Vivian Giovana Fashe Vargas realizada por Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe. 14 de octubre de 2017.

5 Entrevista a Vivian Giovana Fashe Vargas realizada por Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe. 14 de octubre de 2017.

Ambos eventos dejaron su marca en mi madre: por un lado, dejó de apoyar la ideología izquierdista, pasándose más a una política de centro; y, por el otro, dejó de involucrarse en asuntos políticos. Ambos eventos hicieron que mi madre dejara de lado la política (con la excepción de ir a votar) y se enfocara en su trabajo y su carrera.

2.2. Educación

Ambos padres terminaron la primaria, secundaria e ingresaron a la Universidad Nacional del Callao. Allí fue donde se conocieron. Mi madre fue la que resultó más afectada, pues ella tuvo que estudiar en medio de la reforma educativa (1972) de Velasco Alvarado, pasando de un colegio para mujeres a uno mixto:

Luego, de acuerdo a la reforma, pasabas a la Escuela Superior de Educación Profesional (ESEP), la cual era mixta y el primer año eran estudios generales y los otros dos, de especialización. Era un símil con el *college* de Estados Unidos. Ahí brindaban cursos de contabilidad, secretariado, dibujo técnico, topografía, electrónica, electricidad, mecánica y salud oral. Era un ambiente de tipo universidad, pero pequeño. Era mixto, los cursos eran en diferentes sitios, cambiaban los profesores. Me gustaba [...] te exigían bastante en los cursos, así que era más responsabilidad para el estudiante. En los cursos de Historia nos decían cómo vivía el campesino y cómo el país debe mejorar para elevar no solo la vida del campesino, sino la vida de todos. Con mis amigos formamos un grupo en la ESEP, donde aún nos reunimos hoy en día. Nunca hubo mal trato, siempre dentro de las normas. Siempre había uno que era más bromista, otro más serio, pero nunca hubo un *falta-miento* de respeto. Y si en alguna ocasión ocurría, siempre se le ponía un *muro* y ya no se le conversaba. Tuvimos contacto con

nuestros profesores (algunos de ellos van a nuestras reuniones), pero otros han fallecido⁶.

Al igual que en la generación de mis abuelos, mi madre y mi padre no fueron a colegios mixtos, sino separados por sexo y se mantenía el decoro y la formalidad entre todos, sin la necesidad de castigo corporal. Mi madre fue a un colegio público en primaria y secundaria, mi padre fue a un colegio privado para primaria y secundaria, él no fue afectado por la reforma educativa.

Tanto mi padre como mi madre obtuvieron trabajo, mi madre como economista, mi padre como contador. Ninguno dejó de trabajar, a diferencia de mi abuela Yolanda, pero esto fue porque el ingreso no alcanzaba para sus necesidades.

2.3. Onomástica

A mi madre la llamaron Vivian Giovana Fashe Vargas. Vivian por la actriz Vivien Leigh que actuó en la película *Lo que el viento se llevó* (1939), pero no sabe por qué le llamaron Giovana. Mi padre se llamaba Guillermo Carlos Castañeda Molla. Guillermo por su padre y Carlos por el padre de su madre, o sea, su abuelo materno.

3. Los hijos

Para esta generación usaré las entrevistas que logré hacer a mi hermana, también usaré algo de información personal para complementar el periodo de tiempo.

6 Entrevista a Vivian Giovana Fashe Vargas realizada por Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe. 22 de octubre de 2017.

3.1. *Vida social*

Mi hermana, Carla Constance Calderón Fashe, nació el 23 de mayo de 1998 en Lima, donde ha permanecido hasta hoy. Ha vivido la caída del régimen fujimorista, la presidencia de Alejandro Toledo, el segundo gobierno de Alan García y las presidencias de Ollanta Humala y Pedro Pablo Kuczynski.

Carla ha actuado como siempre durante estos periodos y aunque pasó por una fase de aislamiento y soledad, eso se debió más que nada a la actitud de sus compañeros del colegio al que ella asistió:

En segundo grado me empezaron a fastidiar [los alumnos] porque mi profesora (*miss* Berta) sabía lo que pasaba y llamaba la atención a los niños que fastidiaban, pero eso no ayudaba, porque los niños te odian por abrir la boca, así que después de ella, los profesores de tercero a sexto no ayudaban, porque era lo típico para ellos, así que no les importaba. Cuando empezaban a fastidiar, recuerdo que me enojé mucho y pensé: «Si van a atacarme, yo voy a atacarlos». Empecé una fase violenta y ahora lo que pienso es cómo es que ningún profesor se dio cuenta, si una niña pelea con boca y con mano, cómo es que no te das cuenta⁷.

Durante secundaria, la actitud solitaria de Carla continuó, pero también se enfocó en sus estudios, no queriendo tener nada que ver con los otros alumnos con los que tenía que interactuar. En realidad, fueron el colegio y los estudiantes los elementos que terminaron afectándole más que cualquier otro evento.

7 Entrevista a Carla Constance Calderón Fashe realizada por Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe. 23 de octubre de 2017.

3.2. Educación

Carla estudió primaria y secundaria en un colegio privado de Salamanca de Monterrico, en donde, como he mencionado anteriormente, su experiencia con los alumnos y los profesores fue horrible. A diferencia de mis abuelos y de mis padres, en el colegio no existía mucho respeto para los profesores y había muy poco decoro entre los estudiantes:

Tenía un profesor de Razonamiento Verbal que no sabía nada. El salón hacía tanta bulla, éramos veintitrés y su personalidad [la del docente] no me gustaba. El profesor debía de poner orden, pero era muy pasivo y no hacía nada, también el salón tenía una tutora⁸ y ella también decía: «Chicos, cállense». Y luego se ponía a coquetear con el profesor frente a la clase y yo me preguntaba: «¿Qué clase de profesores son estos?, ¿por qué no enseñan nada?». Los alumnos también eran muy *movidos* o tal vez yo era muy *cerrada*, porque hablaba normal con ellos, pero no encajaba con su pensamiento. Una amiga me hablaba sobre un chico con el que estaba y yo pensaba que era muy pronto, pero hablaba con ella de todas formas [...] En segundo de secundaria me *cerré* aun más, porque entraron tres chicos nuevos y solo me agradó uno, los otros dos me *llegaron*. De los veinte se redujeron a dieciocho, dieciséis, porque algunos se fueron. Lo que siempre se me quedó es que una vez que entraron esos [tres chicos], se hizo más bullicioso. Uno de ellos hablaba solo de sexo y me *llegaba*, pues era tan estúpido y actuaba como una mierda. Y no les pasaba nada porque se hacían amigos del maestro, lo trataban con halagos y entonces no les pasaba nada⁹.

8 Profesora que observa los salones del colegio durante todas las horas de estudio.

9 Entrevista a Carla Constance Calderón Fashe realizada por Guillermo Jorge Andrés Castañeda Fashe. 23 de octubre de 2017.

Carla aún está en la universidad y aunque ha logrado *abrirse* gracias a estar en un ambiente donde los alumnos deben de estudiar y no simplemente hablar y hacer bulla, también menciona que le tomó mucho tiempo el poder *abrirse* y mucho más el poder hacer amigos.

3.3. *Onomástica*

Mi hermana se llama Carla Constance Calderón Fashe y, según ella, nuestra madre la llamó así porque era el nombre de una reina de Francia. Carla me dice que en su opinión eso suena algo ridículo, pues estaría bien si viviéramos en Francia, pero no aquí en el Perú.

4. Legado familiar

Mi familia puede considerarse como una generación continua, vista desde el concepto de Ortega y Gasset, quien la describe como aquella que está integrada por los miembros que comparten las mismas coyunturas históricas, los mismos valores y convicciones, y que se mantienen en contacto directo entre sí. Mi familia no fue afectada por las coyunturas históricas. Los valores y convicciones, como se pudo ver, pasaron de abuelo a padre y de padre a hijo, gracias en parte a no verse afectados por las coyunturas. No hubo ningún quebrantamiento entre padres e hijos, por lo cual el contacto directo se mantuvo dentro de la familia de esta manera.

Entonces, en las tres generaciones de mi familia puedo ver un patrón de conducta que se ha logrado pasar de una a otra, empezando con mis abuelos maternos: trabajar y estudiar duro todos los días es una práctica que ha pasado exitosamente hacia mi madre, quien, además de practicarla hasta hoy en día, la pasó

a mi hermana. Esta conducta ha ayudado a todos los miembros de mi familia materna a mantenerse firmes en sus estudios y en su moral, además de crear una actitud de no temer realizar cualquier tipo de trabajo.

El sueño: ir a los Estados Unidos

Esteban Bernabé Chipana Vera

Código: 09150089

La principal fuente oral de este trabajo fue mi abuela Angélica Grecia Zegarra Valdivia, quien a sus 88 años tuvo la gentileza de apoyarme, hablándome sobre su generación y sobre el desarraigo que experimentó al trasladarse de una pequeña ciudad del sur del Perú a la desordenada capital, para al final acostumbrarse a esta última.

Durante la década de 1920, en Caravelí, localidad ubicada a orillas del río que lleva el mismo nombre, en el norte de la región Arequipa, nace Angélica Zegarra, mi abuela de línea materna. Los años 30 y 40 los vivirá en esa ciudad, sin la compañía de su madre, Zoila Valdivia, o su padre, Miguel Zegarra, debido al fallecimiento de ambos. La primera muere cuando Angélica tenía unos seis meses, la causa del deceso fue la ingesta de algo malo. El padre trabajaba en el campo criando animales, falleció de viejo dejando a Angélica a los dos años de edad. Su nombre Angélica, según ella, fue tomado del calendario, por la fecha correspondiente a su nacimiento, como era la tradición del momento. Su tía abuela Natalia se encargó de su crianza. Sus primeros años, su niñez y adolescencia los pasó en el campo, criando animales como gallinas, patos, cabras, cerdos, cuyes y caballos, en una chacra que era de relativa extensión, la cual alimentaba a toda la familia y alcanzaba para vender algo en el mercado.

En Caravelí convivían el trabajo en el campo, las artesanías y el transporte en mula y a caballo en una pequeña ciudad. El agua

se traía de los puquios, como uno que se desprendía del cerro de Anchaqui —describe Angélica— a unos 30 minutos caminando, de donde salía agua pura, apreciada por la población local y empleada para alimentarse, cocinar y asearse. De estos puquios se formaban pequeñas lagunas que tenían abundantes sapos y plantas de berros. Los 100 m s. n. m. del valle de Caravelí lo ubican en la región natural de la yunga, donde el sol sale casi todo el año, las lluvias son esporádicas y es notable el paisaje de quebradas y los valles cálidos, lo que era propicio para la agricultura, exactamente, la producción frutícola, de la cual se obtenían tunas, manzanas, uvas, chirimoyas, lúcumas y otros.

La fiesta patronal de la Virgen del Buen Paso se celebra cada febrero y es la principal festividad de la provincia, la sede es Caravelí, en esas fechas *bajan* los pueblos de las partes más altas del valle y de las quebradas, tales como Chala, Cahuacho, Cháparra y Quicacha, por mencionar algunos; las personas traen toros, vacas y «a sus santos, los cuales los traen adornados de manzanas, tuna, naranja...»¹. La fiesta solía durar una semana, abundaba el vino y la comida.

Otro aspecto destacable de la vida en Caravelí era que Angélica y su tía abuela Natalia estaban acostumbradas a subir la quebrada hacia los poblados de Cháparra, Quicacha y Chala para traer chuño, carne seca de carnero, quinua, cebada, etc. Estos productos eran adquiridos con la moneda de cambio, que en ese entonces era el sol de oro, también se hacía uso de la libra esterlina. La subida en mula podía llegar hasta Coracora, llamada en los años 40 la «Nueva Atenas». Sobre la educación, en los años 30 había colegios para ambos sexos, pero aún existía mucha resistencia de la sociedad a incluir a las niñas en este sector, tanto así que la tía abuela que criaba a Angélica le llegó a quemar los

1 Entrevista a Angélica Grecia Zegarra Valdivia realizada por Esteban Bernabé Chipana Vera.

pies para que no vaya. Eran escuelas públicas, de poco alcance, para llegar había que pasar por una acequia; de allí, cerca, se encontraba un convento, donde una monja llegó a dar algunas clases a mi abuela.

1. Los abuelos

Sobre el origen étnico de la familia se puede decir, por la versión de doña Angélica, que su padre, Miguel Zegarrá, era mulato (o como ella dice: «medio morenito») y su madre, Zoila Valdivia, era de tez clara, de cabello rojizo y —según menciona— tenía antepasados escoceses, lo que no es extraño en Caravelí, ya que se sabe que buena parte de su población era blanca, así como los *characatos* de Arequipa; además, llegaban mestizos e indios en periodo de festividades, con ellos se hablaba solo en quechua. Numerosos eran los habitantes de Caravelí que practicaban elpreciado idioma incaico. Angélica y su esposo hablaban el castellano y el quechua, y eran católicos. La forma de vestir era similar a la de la costa, Angélica se molesta si le preguntan si alguna vez usó polleras, explica que no lo hacía, no era habitual en esa ciudad.

A temprana edad (a los 15 tuvo su primer hijo), Angélica inicia una relación sentimental con Amadeo Manuel Vera Navarro, quien era mayor que ella por 14 años, además, era primo suyo de segundo grado. Amadeo también trabajaba en la chacra y, así como Angélica, tampoco sabía leer ni escribir. Amadeo tenía un compromiso anterior con tres hijos, él trabajaba en la mina en un cerro del cual se extraía oro. Mi abuelo Amadeo nació en 1914, siempre estuve orgulloso de tener un pariente que vivió (a mucha distancia) el momento de las guerras mundiales; de alguna manera me hacía sentir conectado a hechos importantes. Mi abuelo era católico. Mi abuela también fue simpatizante aprista,

solía repetir en conversaciones cuando se hablaba de política: «El APRA nunca muere», también recordaba con rencor a los gringos que «se llevaban toda la plata de los países pobres», como solía mencionar de vez en cuando.

Angélica y Amadeo vienen a Lima en los años 40, donde fueron acogidos por un tío de Amadeo que vivía en Chacra Colorada, estuvieron unos meses ahí hasta que se mudaron a Barranco. Angélica narra que en un mercado de Breña, a pocos días de haber llegado, cuando fue a comprar, tuvo que hacer largas colas para acceder a los productos que en ese tiempo subsidiaba el Gobierno. La primera vez que fue a hacer una cola, vio que la gente dejaba piedras en los sitios, ella al no entender se fue adelante y una mujer afrodescendiente (ella dijo que fue «una negra») le increpó por haberse adelantado en la cola con fuertes adjetivos discriminatorios (Angélica usaba trenzas), por lo que ella reaccionó y se *fueron a las manos*. Ambas tuvieron que ir a la comisaría. Seguramente muchas veces ha pasado por momentos así, pero prefiere no mencionarlos, para que no se le llenen los ojos de lágrimas, ya que la vida al inicio en la capital fue muy dura.

Los familiares que les daban techo a Amadeo, Angélica y sus hijos, le consiguieron trabajo a ella como empleada del hogar. En este trabajo fue acusada por la señora de la casa donde trabajaba de robar un reloj costoso; sin embargo, el hurto lo había cometido uno de los hijos de la dueña. Angélica fue llevada a la comisaría acusada de haber robado, sintió una vergüenza muy grande, no conocía las malas mañas de la ciudad, no conocía que en Lima los familiares son capaces de robarse entre sí. Ella menciona que tuvo que pasar momentos muy difíciles y que le costó mucho adaptarse.

Amadeo, ya con cuatro hijos, trabajaba con un tío como albañil, aún sin casa, sin trabajo estable, pero con el deseo de crecer, de dar una mejor vida a sus hijos, de darles educación. Angélica llegó a Barranco a trabajar vendiendo verduras, luego

pasó a alquilar un puesto y finalmente a pagarlo por partes. Un buen día en el periódico vio un anuncio donde se informaba que el Estado estaba vendiendo terrenos a precios cómodos y por partes, los cuales se ubicaban en las Pampas de Ciudad de Dios. Al fin el sueño de una casa propia se podía cumplir, se afiliaron a la lista de destinatarios, pero un mal arreglo de los directivos dejó fuera de lista a la pareja. Amadeo se enfadó y decepcionó. Sintióse timado y con los problemas socioeconómicos encima, se disponía a volver a su tierra, ya hacía planes de retorno, ya que en la gran ciudad todo era difícil: acusaciones, robos, falta de solidaridad, estafas, entre otras cosas que iban desanimando a los dos.

Sin embargo, llegaron noticias de terrenos en las Pampas de San Juan y de nuevo se inscribieron, esta vez sí fue legítimo y tuvieron acceso a estos. Eran tierras sumamente arenosas, donde los pies se hundían por completo. El matrimonio era un requisito fundamental para poder obtener la inscripción para el terreno. Ya para este tiempo tenían ocho hijos: Juan, Emma, Zoila, Eduviges, Lourdes, Irma, Estela y Julia. El trabajo era duro, para la construcción de la casa había que traer arena y piedras de un cerro cercano, con el apoyo de dos sobrinos que también eran albañiles se abastecían de mano de obra para la construcción, uno de estos tenía un volquete y podían traer fierros, cemento, arena y piedras. La Junta Nacional de Vivienda les otorgó dinero para la construcción de la casa. El trabajo de Angélica de vender verduras en un mercado en Barranco tenía que completarse con los viajes a La Parada, la atención de los hijos, cocinar, lavar la ropa y ayudar a construir.

En total tuvieron doce hijos, luego llegaron Jorge Baltazar, Hernán, Edgar y Héctor, que nacieron cuando la familia ya vivía en San Juan de Miraflores. Algo que reconoce doña Angélica y que toma como un gran progreso es que todos sus hijos saben leer y escribir, y fueron al colegio. Las grandes unidades escolares del go-

bierno de Manuel A. Odría (que ella recuerda con mucha nostalgia por el apoyo que dio dicho presidente a los primeros ciudadanos de San Juan de Miraflores, el asistencialismo de la esposa de Odría, María Delgado, y el derecho al voto general de la mujer en 1956) permitieron el acceso de los hijos de los obreros, clase media y migrantes a la educación, se trató de una inversión significativa que tuvo muchos efectos positivos en ese periodo. Los hijos fueron a estudiar al colegio Alfonso Ugarte de San Isidro y al Ricardo Palma de Surquillo, las hijas llevaron estudios en el Juana Alarco de Dammert. Es este el gran progreso de la generación de Angélica: el darle educación a los hijos, cosa que ni ella ni Amadeo pudieron disfrutar en Caravelí, por sus necesidades y la misma idiosincrasia.

Angélica volvió a Caravelí después de tres décadas; pero cada año, en febrero, siempre celebraba la fiesta patronal de la Virgen del Buen Paso, donde se reunían, en el distrito de San Juan de Miraflores, los migrantes de Caravelí junto con sus hijos; familias como los Vera, Valdivia, Navarro, Zegarra, entre otras, se congregan para revivir viejos y bellos momentos y, tal vez, también los duros y difíciles. De Caravelí no hay recuerdo de juegos, de *hobbies* o de pasatiempos, lo único que recuerda Angélica es que siempre tuvo que trabajar, desde la niñez hasta la vejez, y que la llegada a Lima fue difícil, pero le dio posibilidades de educar a todos sus hijos.

Podría decirse que el legado de mis abuelos, por lo que denoto en la exposición de mi principal fuente, fue dejar un lugar donde vivir a sus hijos y la educación. Para Angélica, el hecho de que sus hijos sepan leer y escribir era muy importante y trascendental, también la cercana relación con la fiesta de la Virgen del Buen Paso, que sigue transmitiendo a los nietos. Puedo rescatar de mis abuelos maternos unos valores legados a sus descendientes, como la unión familiar, la que se puede apreciar en el cumpleaños de la abuela, el Día de la Madre, el Día del Padre o la Navidad, en donde siempre están reunidos la mayoría de sus

hijos (a excepción de los que radican fuera), sobrinos, primos, nietos y bisnietos. Esto se repite en la familia de mi madre, entre mis hermanos de línea materna, mi hermano menor y yo.

Mis abuelos paternos fueron Cipriano Chipana y Simona Enríquez, ambos nacieron en Puno, mi abuelo Cipriano me conoció cuando tenía dos años. A partir de lo que pude recoger de mi padre y de otros familiares, sé que mi abuelo llegó a Arequipa a fines de los años 20 y simpatizaba con Luis Miguel Sánchez Cerro. Todos sus hijos los tuvo con mi abuela Simona en la ciudad de Arequipa. Trabajó en la fábrica de chocolates La Ibérica, los cuales para mis tíos eran muy deliciosos, porque ellos también trabajaron ahí desde su adolescencia. En Arequipa, mi abuelo tuvo tres terrenos, uno de ellos fue vendido por él para cubrir los pagos para postular a la escuela de policías de uno de mis primos mayores. Sus hijos fueron carpinteros, los cuatro varones que tuvo: Jorge, Roberto (mi padre), Percy y Enrique. El abuelo se interesaba en que aprendan oficios que les sean rentables, que puedan cubrir sus necesidades; no obstante, nunca les impidió el estudio. El legado de mis abuelos paternos pasa por dos etapas: con sus hijos fue el dejarles un oficio; con los nietos fue promover la importancia de los estudios superiores. Mi abuelo falleció en 2011, con quince hijos, más de cuarenta nietos, bisnietos y dos tataranietos; mi abuela sigue trabajando, cocina en su casa, en donde vive con varios de sus hijos y sus respectivas familias, ocasionalmente prepara tamales, todos son vendidos de inmediato entre los vecinos y la familia. Ella ha viajado dos veces a EE. UU. con sus hijos mayores y en pocos días volverá a realizar otra visita.

2. Los padres

Mis padres son Roberto Víctor Chipana Enríquez y Julia Angélica Vera Zegarra. Ambos hablan el castellano solamente, fueron ca-

tólicos, pues cambiaron de religión en la adultez. Me aseguran que sus nombres provienen del calendario, el nombre Angélica fue por mi abuela.

Mi padre nació en 1950 en Arequipa, era el tercer hijo de Simona y Cipriano. Recientemente se sembró la duda de si verdaderamente había nacido el 2 de noviembre. Él menciona que en una ocasión su mamá le dejó entrever que había nacido el 1 de noviembre, pero por ser este el Día de los Muertos fue firmado el 2 del penúltimo mes, el día 3 de noviembre le corresponde a San Roberto Meyer, santo que quizá figuró en el calendario de Bristol de mis abuelos en aquel entonces. Mi padre de niño solía ayudar al suyo en la fábrica La Ibérica, al mismo tiempo que estudiaba en el colegio. Él recuerda las clases de Historia en el colegio, cuando su profesor les narraba la vida y obra de Alejandro Magno, Nerón, Marco Polo, Cristóbal Colón y otros, así terminó la secundaria. Aprendió la carpintería apoyando como ayudante en un taller, luego *jaló* a sus hermanos a la misma actividad, casi todos ellos siguen haciendo esto. Los hermanos son: Jorge —el mayor—, Roberto —mi padre—, Rebeca, Percy y Enrique. En sus planes estaba el realizar estudios superiores, pero como él mismo menciona: «Cuando agarré dinero, me gustó y no le di mucha importancia al estudiar»².

Mi padre, de Arequipa, se fue a trabajar a Ilo a los 20 años, tuvo un primer compromiso y dos hijos: Roberto y Aldrin. La onomástica de Roberto es por mi padre y el nombre Aldrin fue tomado del astronauta de la NASA, Buzz Aldrin, ya que mi padre siempre se interesó por la Historia. Además, en su proyecto de vida se barajó la idea de ser abogado por su inclinación a la lectura. Cuando su primera relación terminó, decidió venir a Lima, cuando tenía 27 años. Fue el primero de los hermanos en llegar a

2 Entrevista a Roberto Víctor Chipana Enríquez realizada por Esteban Bernabé Chipana Vera.

la capital, luego poco a poco los demás llegaron. Aquí es que su fe religiosa cambia, se bautizó en una iglesia evangélica de San Juan de Miraflores y desde ahí es un integrante regularmente activo. En Lima conoció a Julia, mi madre. Ella fue la octava hija de mi abuela, ya que antes habían nacido Juan, Emma, Zoila, Eduviges, Irma, Lourdes y Estela; todos sus nombres fueron tomados del calendario, sin excepción. Los hermanos menores fueron Jorge Baltazar, Hernán, Edgar y Héctor. Julia estudiaba en San Juan de Miraflores en un colegio que en aquel entonces era solo para mujeres, I. E. Naciones Unidas. Nunca le halló sentido a estudiar debido a que sus intereses estaban en ayudar a su madre en el mercado de Barranco y porque no recibía una motivación de parte de sus hermanos mayores, las mujeres ya eran madres y se dedicaban a sus hogares. Mi abuela veía en mi madre la imagen de su suegra, mi bisabuela. Julia, quién nació el 19 de junio de 1961, recibió una formación en su hogar, donde se imponía el respeto a los padres con castigo físico y llamadas de atención fuertes; al abuelo no le gustaba que se rían en la mesa a la hora de comer, ni que conversen, de lo contrario les gritaba y los mandaba a comer a la parte posterior de la casa, con los pollos.

Todos mis tíos crecieron en San Juan de Miraflores, en la casa de la calle Manuel Jaramillo, solían subir un cerro cercano y bajar con una tabla (al estilo del *sandboarding*), algo curioso de esta casa es el árbol de higo que sembró el abuelo, tardó muchos años en dar frutos y particularmente siempre me encantó, cada febrero habían abundantes frutos de higo que aprendí a comer desde pequeño, desgraciadamente el árbol fue cortado para *mejorar la imagen*. Mi madre de niña creció viendo al Tío Johnny y Topo Gigio por televisión. Sus recuerdos de niñez están en el marco del Gobierno militar de los años 70, los toques de queda y los uniformes. Julia dejó la secundaria para iniciar una familia, con un compromiso previo al que tuvo con mi padre, así nació Jorge Chávez (cuyo nombre se tomó de su padre, pareja en ese

momento de Julia) y July Chávez (que es «Julia» en inglés). Eso de traducir nombres lo he visto repetirse en varias madres e hijas.

En los años 80, varios de los hermanos de mi madre migraron en búsqueda de mejores condiciones económicas: su hermana Eduviges inicia el éxodo hacia EE.UU., le siguió Zoila, Estela con su esposo a Japón y un medio hermano a Venezuela. Estando separada de la familia por buen tiempo, Julia también estaba cerca de emprender el viaje a tierras lejanas; pero conoció a Roberto, mi padre, y nos concibieron a mi hermano y a mí. Ella tomó el mismo credo religioso que mi padre porque tuvo un *encuentro* cercano con Dios, desde fines de los años 80 es evangélica y miembro de la Iglesia Asambleas de Dios. Mi madre nunca viajó a Caravelí, a la tierra de sus padres; por otro lado, mi padre ha vuelto a viajar a Arequipa numerosas veces, debido a que él nació ahí, conoció bien la sociedad y porque en los últimos años se encuentra litigando la herencia del inmueble familiar. El legado que ellos han dejado son los valores cristianos, de los que no todos compartimos, la parte costumbrista de los abuelos maternos se cortó cuando mi madre acogió la religión protestante, la fiesta de la Virgen del Buen Paso nunca estuvo presente en mis memorias.

3. Generación del hijo

Mi generación es la de los años 90, nací en 1989, pero toda mi niñez tiene recuerdos de esa década. Nosotros crecimos viendo por televisión *Dragon Ball*, *Los caballeros del Zodiaco* y *Pokémon*, tuvimos que adaptarnos a los problemas socioeconómicos, no tengo recuerdos de la época del terrorismo, pero sí de la recesión económica, las familias ajustadas. El sueño de los adultos que yo conocí de niño era ir a trabajar de lo que sea a EE. UU. y con eso crecimos, particularmente eso fue lo que se me transmitió, que lo mejor era ir a trabajar a cualquier otro país porque en el Perú

no había futuro, ello a diferencia de la generación que nació a partir del 2000, que no ve esos problemas económicos y para la cual trabajar en el exterior no es una necesidad para progresar. El Internet era la nueva fuente de información y vimos el surgimiento de las aplicaciones móviles, mi generación ha presenciado un solo modelo económico —el neoliberal— y está claramente influenciada por el gobierno de Alberto Fujimori, del que mis padres tienen mucho aprecio. Hasta la fecha no he podido desviar sus preferencias políticas del fujimorismo a otra alternativa.

Mis padres vivieron en San Juan de Miraflores hasta cuando tuve ocho años y luego en Santiago de Surco. Esteban Bernabé Chipana Vera es mi nombre completo, la onomástica de mis nombres de pila tiene una connotación religiosa que no se debe al calendario. El nombre Esteban fue colocado por el diácono bíblico que fue apedreado y Bernabé por el discípulo del apóstol Pablo, además porque significa «hijo de la profecía» o «hijo de consolación», ya que mi madre había pasado por años muy difíciles antes de que yo naciera. Cabe resaltar que dentro de las familias evangélicas los nombres bíblicos son recurrentes entre las nuevas generaciones; por ejemplo, mi hermana July llamó a sus hijos Abel, Abigail y Josías. Siempre me consideré de un origen económico pobre, por vivir en medio de grandes edificios alrededor de la casa que mis padres rentaban.

Los estudios los realicé en un colegio público y coincido con miles de peruanos que se formaron en los años 90 en que la educación era deplorable: docentes que no asistían a clases, no tenían preparación o estudios superiores, no les interesaba transferir conocimientos y la pasaban agrupando a los estudiantes para exponer, por lo que al terminar el colegio tuve que prepararme en una academia y postular a la universidad. Como muchos otros de mi generación, miles quizás, esta parte me marcaría, porque lo que no había aprendido en el colegio, lo aprendí en la academia, y me interesé por la Historia como carrera universitaria, aunque

ya desde el colegio me parecía atractiva. Ingresé a la Decana de América a los 18 años, luego de postular dos veces a la carrera de Historia. Fui el primer sanmarquino en toda mi familia, incluyendo ambas líneas (de padre y de madre). Desde que ingresé, trabajé en una academia preuniversitaria muy conocida en el medio. A continuación, seré tradicional para explicar los últimos años de mi vida.

A los 20 años conocí el amor y fruto de ello es que nacen mis hijos. En 2010 nace mi primer hijo, al que llamé Mateo Booz, nombre bíblico, ya que en ese entonces era aún creyente religioso; el nombre lo coloqué en acuerdo mutuo con mi pareja, porque nos pareció agradable. En 2014, nace mi hija Carmen Camila, cuyo nombre se debe a la cercanía con la fecha del fallecimiento de mi suegra, quien se llamaba Carmen y quería que la bebé se llame Camila. Abandoné los estudios cuando estaba en el tercer año y me dediqué a dictar clases en colegios particulares, en donde me ha ido bien en muchos aspectos, hace dos años decidí retomar los estudios a la par del trabajo, ahora valoro más mi tiempo, porque es lo que menos tengo. No me considero pobre, tampoco rico, me identifico con la clase que cubre sus necesidades y tiene comodidades, pero que no se da suntuosidades.

Me interesa retomar las costumbres que dejaron mis padres, como la fiesta de la Virgen del Buen Paso; pero no porque yo crea en ello, sino por mantener una tradición que me conecte con mi pasado. El legado de mi generación y, específicamente, el mío hacia mis hijos será sentenciado por ellos mismos, si me preguntan cuál quisiera que sea ese legado, sería el de seguir tus sueños, valorar lo que tienes en cuanto a lo material como lo inmaterial, entiéndase la familia, las costumbres, los valores, el civismo, no perseguir el dinero y, sobre todo, luchar para alcanzar lo que queremos de nosotros mismos.

«Yo ya no quiero pasar por lo que mis padres pasaron»

Brayan Faustino Choquepuma Ascanoa

Código: 13150002

He recogido información de fuentes orales, de mis padres, tíos y primos, en tres extensas sesiones. Aproveché las reuniones familiares de cada fin de semana para conversar con ellos y explicarles en qué consistía el trabajo que me demandaban en la universidad. Algunos datos históricos que me daba mi familia (Gobiernos, presidentes, programas sociales) tuve que corroborarlos con libros para precisar las fechas. No encontré ninguna dificultad para recolectar la información, la disposición era casi inmediata, considerando que hoy en día no todos se sientan a conversar con sus familiares y tratar estos temas. En este trabajo relato la historia de mis abuelos maternos, debido que a los paternos nunca los conocí, ya que fallecieron cuando mi papá solo tenía 13 años, aproximadamente, siendo el segundo hijo el que asumió el rol de hermano mayor, ya que el primero falleció.

1. Abuelos maternos

Mi abuelo Dionisio Ascanoa nació en 1942, en el pueblo de Chipa, ciudad de Cerro de Pasco. Al igual que todos mis abuelos no terminó la secundaria, ya que desde muy niño empezó a trabajar; tuvo cuatro hermanos. Desde muy pequeño se dedicó al comercio, junto con sus padres. Cuando ellos murieron, él

se dedicó completamente a viajar para hacer comercio, era un comerciante ambulante, como muchos en su época. Es así que decide trasladarse a Huancayo, Junín, ciudad en donde vive hasta el día de hoy.

Mi abuelo ha trabajado como chofer de transporte durante casi 30 años. Hace 10 años le quitaron el breveté por problemas de la vista. El negocio siempre fue lo suyo, desde la edad de 12 años. También trabajó de manera independiente como ambulante, él me comenta que desde muy temprano su opinión era: «No me gusta trabajar para otros, no me gusta ser mandado por otros»¹. Estaba convencido de que trabajar de manera independiente era mejor. A la edad de 8 años fue bautizado católico. Así asumió dicha religión, que luego traslada a mi madre. Él combina la religión católica con la cultura andina, toda esa cosmovisión sincrética que le llegó de sus padres, como el pago a la tierra, el culto a la mamacha coca y el *jubeo*² con el cuy y el huevo; además, tiene mucha creencia en sus sueños, entre otros aspectos. La lengua que maneja es el castellano, no habla quechua, pero me dice que lo entiende; es una frase que a menudo escucho entre migrantes de la sierra en Lima.

Mi abuelo Dionisio empieza a tomar conciencia de la sociedad a la edad de 25 años, confirmando lo que señala José Ortega y Gasset (1984), ya en la madurez. En 1968 inicia el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, con el general Juan Velasco Alvarado a la cabeza. Me cuenta que este Gobierno fue visto con ilusión por muchos peruanos, ya que se presentaba como una transformación del país en favor de la mayoría, del pueblo y porque además revaloraba la cultura andina. Me cuenta con mucho entusiasmo ese periodo de la historia peruana, en

1 Entrevista a Dionisio Ascano realizada por Brayan Faustino Choquepuma Ascano.

2 El *jubeo* es un procedimiento de diagnóstico, pronóstico y curación de enfermedades, que se realiza frotando con un cuy todo el cuerpo del paciente para localizar la dolencia.

su relato usa constantemente el término «revolucionario» para referirse a este Gobierno.

La edad donde ya afirma sus ideas es a los 45 años, cuando empieza a tener una interpretación de la realidad nacional, y aún más siendo comerciante, pues conoce varios lugares e interactúa con diversas personas. Como señala Ortega y Gasset (1984), fue la edad en la que consolida sus ideas y tiene que dedicarse a defenderlas de la otra generación que viene detrás. En un periodo anterior encontramos los gobiernos de Fernando Belaunde Terry (1980-1985) y Alan García (1985-1990), a los que describe como parte de una década de caos, desastre, inflación, sueldos volátiles, terrorismo, etc. Se vivió una completa inestabilidad, solo era cuestión de tiempo para que se desate una guerra civil. Mi abuelita Fortunata Espinoza Huaricaccha nació en 1943, en el pueblo de Ninacaca, Pasco. No completó la primaria. Fue una mujer que se dedicó completamente a los quehaceres de la casa.

Mi abuelita recibió una educación tradicional, donde las mujeres deben quedarse en casa. No pudo relatarme otros hechos históricos, solo reafirmó lo que contó mi abuelo. Pero debo decir que trabajaba practicando la cosmovisión andina, como el *jubeo*. Ella, al igual que su esposo, radicó en Huancayo. Al comienzo les resultó difícil, ya que se sentían lejos de los pueblos donde nacieron, sentían ese desarraigo, pero pronto se acostumbraron al lugar y adoptaron las nuevas costumbres, claro, agregando un poco de las suyas, como las fiestas patronales o la famosa Fiesta de Santiago, donde participaban activamente.

Mis abuelos paternos fueron Hipólito Choquepuma Luque, quién nació en 1956, en el pueblo de Izcuchaca (La Convención, Cusco). Mi abuelita Victoria Huamán Condori nació en 1958, en Limatambo (Cusco). Lo que sé de ellos es muy poco, debido a que murieron ambos cuando mi papá era muy pequeño y los familiares no están en Lima, por lo que es muy difícil contactarse con ellos (debido a que no tienen celular). Pero eso no significa

que nunca podré contactarlos, ya que mi papá me dice que debe existir alguna información en la parroquia de Izcuchaca —eran muy religiosos—, además, tiene hermanos en diversos caseríos de la provincia de La Convención, pero por problemas económicos se separaron.

Lo que sí sé de ellos es que fueron quechuahablantes bautizados. Mi abuelo trabajaba en la mina y mi «mamita» en el campo. Aunque no conozco las tradiciones que practicaban mis abuelos, mi papá me cuenta algunas anécdotas, como que lo amarraban a una mula, a la edad de 6 años, para trasladarlo de un lugar a otro y usaba zapatos y mochilas caseras para ir a la escuela.

2. Padre y madre

Mi papá, Faustino Choquepuma Huamán, nació en 1970, en Santa Teresa (Quillabamba, Cusco). Terminó la primaria, pero se quedó a medio camino de la instrucción secundaria (tercer año). La educación que recibió en la sierra se regía por la regla «El niño tiene que aprender a ser hombre antes que niño». Una educación netamente para el trabajo. Mi papá, que vivió en la sierra, ha sido educado con esa cosmovisión andina. Gran parte de eso quiso transmitirme. Tras la muerte de mi abuela, cuando mi papá tenía 14 años, no encontró motivos para aferrarse más a su tierra y por eso quizá sus estudios quedaron inconclusos. Él me comenta que tuvo que hablar con sus tíos seriamente, quienes eran entonces sus apoderados, sobre su destino, y les dijo: «Yo ya no quiero pasar por lo que mis padres pasaron y deseo ir a Lima, me han comentado que ahí es más fácil salir adelante»³. Convenciendo así a sus tíos, y a esa temprana edad, vino a Lima.

3 Entrevista a Faustino Choquepuma Huamán realizada por Brayan Faustino Choquepuma Ascanao.

Mi papá es muy religioso, pero posee una cosmovisión andina del mundo; cree mucho que sus sueños le hablan. Es quechua-hablante. Ahora tiene un trabajo formal, es pintor de autos, al inicio quiso ser muchas cosas, pero no pudo. Lo que ha conseguido le ha costado muchísimo y creo que por eso valora lo logrado. Sobre los hechos históricos ocurridos en la generación de mis padres, puedo mencionar cómo ellos vivieron los años 80, época de Sendero Luminoso, y luego los años 90, del famoso gobierno de Alberto Fujimori.

Mi papá sirvió en el Ejército peruano en la década de los 80, como muchos cumplió su servicio militar obligatorio, pero como pocos volvió a casa sano y salvo. Mi padre me cuenta cómo comenzó todo. Era 1985, estaba terminando la secundaria y tuvo algunas malas juntas —claro, estudiaba en La Victoria—. Estaba bajo la tutela de sus tíos y tenía que cumplir las normas que le imponían. Ellos, al ver las malas juntas, lo mandaron sin dudar al Ejército. Allí lo prepararon durante cerca de seis meses para luego mandarlo al combate contra los subversivos, sucedía que entonces había muchas bajas dentro del Ejército y necesitaban más soldados, no importaban qué tan preparados estuviesen, solo tenían que ir al frente. Con seis meses de preparación y con la posibilidad de no regresar vivo, mi papá fue con miedo al *combate en la sierra*. Y sucedió lo que más temía, se encontró cara a cara con los subversivos. Mientras descansaba en un pueblo —el nombre mi papá no lo recuerda, debido a que las operaciones eran secretas—, se acercó un grupo de senderistas y lo despertaron diciéndole: «Oye, ¿tú eres un soldado, qué haces acá?». Mi papá trató de negarlo; pero fácilmente lo identificaron por su corte de pelo y por no tener familiares en la zona. Mi padre juró que era la última vez que conversaría con alguien, debido a que estaba al descubierto por los enemigos; pero se llevó una gran sorpresa cuando ellos le entablaron una conversación por largos minutos. Las conclusiones que me da mi papá de aquell

conversación son: «Eran jóvenes estudiantes que no desean un país como en el que vivían, que la guerra no era contra el pueblo, sino contra el Estado»⁴. Para él fueron declaraciones muy serias que lo marcaron de por vida.

De la década de los 90, específicamente del gobierno de Fujimori, lo recuerda cómo si fuera uno de salvación para el país, ya que sin Fujimori —me dice— el país habría acabado en una matanza generalizada. Muchos de sus paisanos, él se incluye, se posesionaron de terrenos en la capital y fue gracias a Fujimori que les dieron los títulos de propiedad de esas tierras. Agradecido está también porque el Chino, como lo menciona, se acordó de los más pobres y empezó hacer colegios por todo Lima, fue de esa forma como yo logré entrar al colegio, me lo cuenta como si no hubiera otra opción, y por eso le debe estar agradecido. Los programas sociales que impulsó Fujimori fueron directo al pueblo y me señala algunos: Wawa Wasi, comedores populares, Vaso de Leche, entre otros.

Se desprende que estos hechos muestran cómo el asistencialismo de Fujimori puede decirse que copó todo el territorio nacional. Llevó programas a los lugares menos pensados, habitados por población de bajos recursos, que ahora ha progresado y está muy agradecida. Hizo lo que los demás gobernantes no hicieron. Así lo recuerda mi padre.

Mi mamá, Judith Ascanoa Espinoza, nació en 1976, en Ninacaca, Pasco. La educación que recibió fue la tradicional, una formación donde la disciplina y el castigo eran indispensables para adquirir el conocimiento. Gracias a ella puedo tener una idea de cómo fue la época de los 80 con respecto al sector educación, los castigos brutales a los que eran sometidos los alumnos, tanto por profesores como por los padres, además de los insultos:

4 Entrevista a Faustino Choquepuma Huamán realizada por Brayan Faustino Choquepuma Ascanoa.



Foto 1. Familia Choquepuma, en 1998.
Fuente: Archivo familiar Choquepuma Ascanoa.

«Eres un bruto de mierda», «No sirves para nada», «Si no estudias te llevaré a pastear animales», entre otros. Me dice que ella prefirió dejar el colegio en lugar de recibir los duros castigos.

Mi mamá vino a Lima a los 14 años a trabajar como empleada de limpieza en una casa, en la modalidad «cama adentro». Porque era joven, Lima le era completamente otro mundo. A los 16 años me tuvo a mí, así que se podría decir que su juventud fue corta, casi inexistente. Tuvo que aprender a ser madre a una edad muy temprana. A eso agreguemos que ella vino a Lima a trabajar para de esa manera enviar plata a sus padres que se encontraban en Huancayo. Se sintió extraña al inicio, pero pronto se acostumbró y se sintió como si estuviera en su casa.

Una vez que se conocieron mis padres, participaron de una invasión en Ate Vitarte. Allí lo curioso fue que la mayoría de la población era provinciana, de distintas partes del Perú. Eso con el tiempo llevó a que se formara una identidad producto de la

conurrencia de culturas diversas. Sus primeras amistades, tanto las de mi papá como las de mi mamá, fueron aquellas que venían del mismo pueblo o departamento, porque eran paisanos. Así, empezaron a multiplicarse los paisanos en la capital y se produjo una interacción con otros pobladores que se habían establecido allí, procedentes de otras regiones. Pronto, el asentamiento se convirtió en una especie de país multidiverso —tal como la Universidad de San Marcos—, de donde surgió la patrona del asentamiento, el santo patrón de Ate. Es en el aniversario de la invasión cuando concurre mucha gente, se mezclan tradiciones y costumbres: toda una fiesta. A esa generación pertenezco yo. Muchos de los jóvenes, hoy en día, no vieron eso y por tal razón no logran entenderlo.

3. Generación del hijo

Mi nombre es Brayan Faustino Choquepuma Ascanoa, soy el mayor de dos hermanos. Nací en 1993 y tomé conciencia de la sociedad peruana cuando terminé la secundaria. Debo mencionar que mi formación —los once años en la educación básica— fue enteramente pública, hasta el día de hoy reconozco que todo lo que digo, pienso y hago se debe a esos años formativos, además de lo que mis padres me han enseñado.

Comenzaré señalando que lo que más nos enorgullece dentro de nuestra familia es la educación. Esto debido a que ninguno de mis padres terminó su formación básica, sabían que estudiar implicaba un costo —no solo por el esfuerzo académico, sino por lo económico, pues alguien debía sostener esa educación—. Agregaré que somos cuatro los que en la familia hemos alcanzado la instrucción superior, asistiendo a institutos y universidades, y considerando que tengo trece tíos, cada uno con un promedio de tres hijos, mi logro adquiere mayor relevancia.

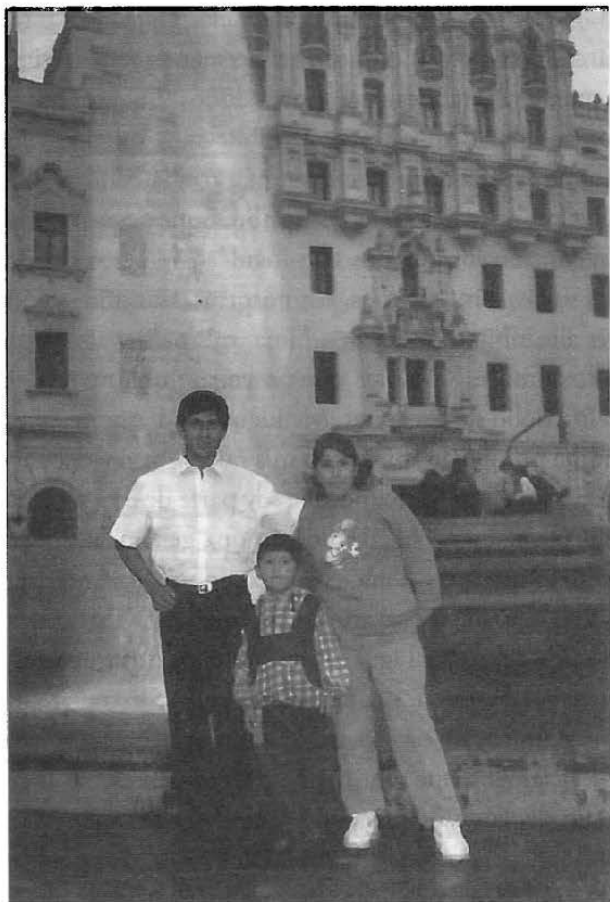


Foto 2. Yo, de niño, con mi papá Faustino y mi mamá Judith.

Fuente: Archivo familiar Choquepuma Ascano.

La estabilidad laboral alcanzada es considerada por los miembros de mi familia como un progreso, debido a que antes no tenían ningún oficio, ni un trabajo seguro, como ahora lo tienen, un trabajo digno y seguro. Contamos con una casa propia y eso nos brinda una gran satisfacción, es decir, contamos con un

techo bajo el cual vivir. Tenemos muy claro que cada integrante de la familia, comenzando por mis hermanos y mis primos, tenemos que ir superándonos y apoyándonos. Lo que sucedió con nuestros antepasados —abuelos y abuelas— quedó atrás. Y la única forma de ascender socialmente es con la educación.

Los valores, tradiciones y costumbres, que poseemos mis hermanos y yo, son los que nos han inculcado nuestros padres y, a ellos, los suyos; a mí me toca, o a nosotros, transmitir principios y valores a mis hijos. Yo nací en Lima, mis padres son de provincia, las costumbres y valores que poseo son una mezcla entre la sierra y lo criollo de la capital. Me identifico bastante con la cultura andina porque de ahí vienen mis raíces. Yo me encuentro en este lugar, Lima, arraigado, porque soy parte de esta sociedad con todos sus problemas. He crecido con una generación de jóvenes pos-conflicto interno y hemos nacido con muchas interrogantes: ¿qué es lo que pasó en esos años? Creo que voy a extrañar al Perú cuando salga del país, al igual como muchos otros que rememoran su tierra, la comida, sus familiares, etc. Yo extrañaré los problemas casi únicos de esta sociedad, tanto limeña como peruana, ya que seguramente me sentiré desarraigado en ese momento.

Yo aún dependo de mis padres, me falta terminar la carrera. Ellos me han criado bajo los principios de la reciprocidad y la redistribución. Soy consciente de que más tarde yo tendré que devolver a ellos todo lo que me han dado. Mi papá siempre me dijo: «Puedes dudar de todos menos de la familia, pero tienes que saber quiénes son tu verdadera familia». Me habla bastante de la solidaridad, de que «un plato de comida no se le niega a nadie». Según Eduardo Galeano, los *nadie* son el pueblo. Por ahí mi papá me ha formado para no solo retribuirles a ellos, sino también al pueblo, que es tantas veces golpeado por las injusticias y la corrupción.

Mis padres me han transmitido casi todo, lo que no han podido transmitirme ha sido su religión. Considero, al igual que

Karl Marx, que la religión es el opio del pueblo. Más aun cuando constato que la religión sirve como una resignación ante la vida o para poder responder las interrogantes de la misma. Me niego a aceptar eso. Los hechos importantes que he percibido y donde he sido actor histórico —acontecimientos que podré comentar a mis hijos—, y que, supongo, más adelante la historia les dará el peso que les corresponde son: las protestas por la reforma universitaria que condujeron a la promulgación de la Ley Universitaria 30220, la reforma de la Ley de Régimen Laboral Juvenil, conocida como la Ley Pulpín, entre otros.



El Inca Tinkuy de Oyón en Lima

Bécquer Condezo Olarte

Código: 14150007

En el presente texto describiré la historia de tres generaciones de mi familia, y utilizaré algunos conceptos y herramientas que son requeridos para su elaboración. Dichas generaciones están conformadas, la primera, por mis abuelos paternos y maternos; la segunda, por mis padres; y la tercera, por mí. Por último, antes de comenzar, es importante resaltar que la información recabada, al momento de redactar el presente texto, se ha obtenido, en su gran mayoría, utilizando fuentes orales, ya que la información escrita, como libretas o diarios, lamentablemente, se ha perdido en la familia.

1. Abuelos paternos

Los actores principales de esta primera generación, como lo he mencionado, serán mis abuelos paternos: Pedro Condezo Valdez, quien nació en la provincia de Ambo, en la región Huánuco, el 29 de junio¹ de 1932. Residió gran parte de su vida en Lima, donde falleció, el 13 de agosto de 2010. Por otra parte, su es-

I Es importante señalar, dentro del aspecto de la onomástica, que el nombre «Pedro» de mi abuelo se debió a su fecha de nacimiento, 29 de junio, en la que, según el calendario católico, se celebra el Día de San Pedro y San Pablo, quienes habrían sufrido martirio en Roma.

posa, Edeliza² Cajachaua Encarnación (mi abuela), nació en la provincia de Oyón³, el 20 de noviembre de 1935, en el seno de una familia muy numerosa, siendo la menor de siete hermanos. En la actualidad, reside en Lima, en el distrito de Independencia, con su hijo, nietos y nuera.

Tanto mi abuela como mi abuelo pertenecen a la misma generación, es decir, tal como menciona José Ortega y Gasset (1984), son coetáneos y, por lo tanto, tienen un sistema de creencias muy similares; aunque, en el caso de mi abuelo, por haber pasado gran parte de su juventud en Lima, cambió muchas de sus creencias, algo que repercutió en su vida y en sus encuentros con la historia. Después de conocer algunos aspectos importantes, relacionados con su origen y onomástica, es necesario agregar que ambos tuvieron una formación católica. Sin embargo, como mencioné líneas arriba, en el caso de mi abuelo paterno, Pedro Condezo, hubo un suceso que cambió su vida y que repercutió mucho en sus creencias. Esto fue la pérdida de sus padres a muy temprana edad⁴. A los ocho años, él quedó huérfano; en ese sentido, en 1940, fue llevado a Lima, donde fue criado y formado por sus tíos paternos, quienes ya, desde hace un tiempo, vivían en la capital. Como se ve, el alejamiento de su tierra y costumbres, propias de su pueblo, obedece a circunstancias fortuitas; a diferencia de su esposa, Edeliza, quien salió de su tierra natal siendo mayor de edad, motivada por la idea de progreso que se relacionaba a las oportunidades y mejoras que brindaba la capi-

2 En el caso de mi abuela, su nombre se da a partir de una tradición familiar (del lado Cajachaua), en donde a la primera de las hijas se le coloca uno de los nombres de la abuela, en el caso de Edeliza Cajachaua, por ser la única mujer de siete hermanos, se le puso uno de los nombres de su abuela Edeliza Julia. Cabe mencionar que esta tradición aún la continúa mi tía, es decir, la hija de mi abuela, pudiéndose considerar una especie de legado familiar.

3 En 1985, Oyón dejó de ser parte de la provincia de Cajatambo, adquiriendo el título de provincia de Lima por la ley N.º 24330.

4 Según refiere mi padre, mi abuelo perdió a su madre a muy temprana edad, y su padre, con el cual vivía, falleció cuando él era muy niño. Cabe mencionar que dentro de su familia nuclear él era el único hijo.

tal, ya que, según las propias palabras de mi abuela: «No se podía avanzar en un lugar donde no encontrabas nada»⁵. Como se observa, el desarraigo cultural, en el caso de mis abuelos paternos, obedece a circunstancias diferentes, la *causación* es distinta en tanto que los hechos y las experiencias que les tocó vivir fueron diferentes.

Mi abuelo, Pedro Condezo, vivió con sus tíos⁶ en el populoso distrito de La Victoria. Recibió educación y cursó estudios en el colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Posteriormente, se dedicó a trabajar en una de las tantas fábricas que existían en la Lima de aquella época. Ahora bien, la formación que recibió en casa, por parte de sus tíos, según me cuenta mi padre, fue muy política. Esto influyó mucho en mi abuelo, desde muy joven. Digo esto, ya que, si en un principio mi abuelo había sido inculcado bajo las creencias del catolicismo, esto cambiaría, puesto que, de joven, él se declaró no creyente. Al igual que sus tíos, él también fue muy activo en la cuestión política. Aquí es preciso mencionar que un hecho histórico que le tocó vivir fue el golpe de Estado, en 1948, a José Luis Bustamante y Rivero, a quien, según él mismo recordaba, sus tíos apoyaron intensamente en su campaña⁷. Él también recordaba, hasta el fin de sus días, cómo el APRA boicoteó dicho Gobierno, esto siempre lo tenía presente y veía a dicho partido con mucha enemistad.

5 Entrevista a Edeliza Cajachau Encarnación realizada por Bécquer Condezo Ollarte. Mi abuela indica esto en referencia a la poca presencia del Estado, pues la educación y los servicios básicos, en aquella época, eran prácticamente inexistentes. Cabe señalar dos cosas: primero, ella, en su pueblo natal, solo cursó el nivel primario y tuvo que irse por temporadas a otro pueblo cercano para realizar sus estudios secundarios; segundo, según ella, perdió a su padre por la falta de personal médico en aquel pueblito donde vivía. Él murió en el camino hacia Lima.

6 Sus tíos, según cuenta mi padre, tenían profesiones técnicas en las fábricas de aquella época; además, eran sindicalistas muy activos.

7 Cabe mencionar que Bustamante y Rivero llega al poder por la coalición de diversos partidos que se articulaban en el Frente Democrático Nacional. No he podido establecer a cuál de estos partidos eran afines los tíos de Pedro Condezo.

Sin embargo, su militancia política no quedaría ahí y claro, esto se relacionaría con uno de los hechos más significativos de la historia republicana. Era 1968, el 3 de octubre, iniciaba el Gobierno Revolucionario de la Fuerzas Armadas que lideraba el general Juan Velasco Alvarado. Mi abuelo lo apoyó intensamente por su programa nacionalista y reivindicativo. Sin embargo, cuando se produjo la muerte del general y asumió Francisco Morales Bermúdez, en 1975, se opuso rotundamente. Siempre se refería a este como un personaje traidor de la «revolución». Una anécdota que él comentaba fue que por oponerse y protestar tuvo que viajar (huir) a su tierra natal, ya que, según refería, tenía orden de captura, algo que fue corroborado por el testimonio de su hijo y esposa.

Los hechos históricos, en el ámbito político, marcaron su vida, ya que después del gobierno de Velasco Alvarado entró en una especie de apatía y pesimismo en cuanto al destino del país por la acción de otra clase política. La idea de progreso, en su conjunto, la veía en la transformación de la patria, y si esta se había frustrado, el progreso se había «estancado». Por otro lado, fue un crítico de las generaciones subsiguientes, ya que, tal como refería, las actuales habían perdido la actitud crítica y eso equivaldría a una deriva del país. Por último, es importante mencionar que el desarraigo de mi abuelo con respecto a su lugar de origen, a partir del fallecimiento de sus padres, fue un hecho muy determinante. Pocas veces fue a visitar a algún pariente, tampoco participaba en las fiestas o costumbres de su lugar de origen. Como bien mencioné líneas arriba, el hecho de criarse, educarse en Lima influyó mucho en él.

En cuanto a mi abuela, Edeliza, no puedo dejar de lado algunos aspectos importantes. Primero, ella pasó gran parte de su vida en su pueblo natal, dedicándose a labores agrícolas, y no estuvo, hasta el momento en que conoce a mi abuelo y decide venir a la capital, convencida, como ya mencioné, de que la única

manera de progresar, a su parecer, era buscando mejores condiciones de vida. Esa idea la llevó, conjuntamente con su esposo, a ser protagonista de uno de los capítulos en la evolución urbana de la ciudad de Lima, me refiero a la toma de tierras o invasiones por parte de los sectores provincianos⁸. Ella menciona que si bien en un inicio vivió con su esposo en un cuarto alquilado, no podía aceptar que su familia no tenga un techo propio. En mi opinión, mi abuela fue, en gran medida, el catalizador que empujó a mi abuelo a luchar por conseguir muchas de las cosas para desarrollar una vida en la capital. Fue ella la de la iniciativa de tomar, en 1957, tierras, en lo que hoy es el distrito de Independencia. Además, según refieren mi padre y mis tíos, fue ella la que se mostró más reacia a abandonar o claudicar en su lucha por conseguir un terreno propio, ante la arremetida de los policías que trataban de desalojarlos con los famosos «rochabuses»

Como se ve, en mi abuela no se encuentra el papel de la mujer sumisa que viene del campo a probar suerte, sino el de alguien con ideas muy claras sobre lo que significaba progresar y para ella, eso pasaba si tenías una casa propia. Su determinación, creo yo, es algo muy importante de rescatar y, obviamente, ella no fue la única. Muchos hombres y mujeres de su generación abrieron el largo y difícil camino para el establecimiento de los provincianos en Lima. Por último, a pesar de las diferencias con mi abuelo, dentro de lo que es la fe y la creencia, ella mantuvo sus principios y formación católica, esto la llevó, además, a no romper definitivamente sus vínculos culturales, ya que, casi todos los 30 de agosto⁹, viajaba y se reunía con sus familiares. Por otro lado, a pesar de establecerse en la capital, nunca, hasta el día de hoy, ha dejado de ser bilingüe, hablando quechua además del español.

8 José Matos Mar (2012), en su libro *Perú: Estado desbordado y sociedad nacional emergente*, menciona cómo se dio este proceso, el cual se inicia en los años 40 con los primeros asentamientos del barrio de Leticia, San Cosme.

9 El 30 de agosto se celebra el Día de Santa Rosa de Lima, quien es la patrona de su pueblo.

2. Abuelos maternos

La historia de mis abuelos maternos difiere en gran medida de la de los paternos, aunque por ahí existen algunos puntos en común. Pero, comenzaré por presentar a los actores principales: Alejandrina Gallardo Alejos, mi abuela. Ella nació en la provincia de Oyón, en el pueblo de San Cristóbal de Rapaz, el 15 de septiembre de 1937, y fallece trágicamente el 20 de marzo de 2009, en su pueblo natal. Su nombre fue consecuencia de la fecha de su nacimiento, ya que su padre tomó como referencia el nombre que figuraba en el calendario. Por otro lado, está quien fue o es mi abuelo, Facundo Olarte de la Vega. Aquí quiero hacer un breve paréntesis para acotar algunas cosas muy importantes y que creo conveniente señalar dentro de la elaboración del presente trabajo. Con respecto a mi abuelo materno, cabe mencionar que no me ha podido brindar mucha información por la siguiente razón: Facundo Olarte conoció a Alejandrina Gallardo cuando era cocinero de una empresa minera que operaba cerca al pueblo donde ella vivía. Después de estar juntos un par de años y embarazarla, viaja a Lima y nunca más se supo de él, hasta la actualidad. Por lo tanto, no se puede establecer ni fecha de nacimiento, de muerte, ni mucho menos alguna memoria sobre su vida, ya que Alejandrina Gallardo no brindó mucha información al respecto mientras estaba viva, y su hija, Elvira Felipa Olarte Gallardo, tampoco; por lo que solo se sabe de él lo dicho anteriormente, además de que era natural de Nazca.

Dicho esto, continuaré con mi abuela Alejandrina. Su vida, según comentaba ella, fue muy dura. Católica devota, perdió a su madre siendo aún muy niña y se crió con su padre, con el cual no tuvo una muy buena relación. Se dedicó a labores de campo, crianza de animales y a la agricultura, lo cual le impidió terminar sus estudios. Ella, como muchos niños del campo de su generación, no llegó a terminar sus estudios primarios por las responsa-

bilidades que se le asignaban. Para un padre, en aquella época, de los años 40, era más útil que sus hijos ayudaran en los quehaceres del campo, que enviarlos a estudiar. Como bien mencioné, la relación con su padre no fue del todo buena y esto la llevaría, por las *circunstancias*¹⁰ que le tocó vivir, a migrar. Pero, ¿qué fue lo que la llevó a tomar tal decisión? Justamente, el sistema de creencias conservadoras que aún guardaba su padre. Ella, Alejandrina, había sido entregada en matrimonio a un hombre, al cual no conocía, por ser de un pueblo vecino. Su padre, como se pensaba en antaño, creía que podía disponer de su hija y elegir cuándo y con quién casarla. Suena increíble, pero fue así. Sin embargo, como mencioné, ella no aceptó, rechazando ese sistema de creencias tan machistas de generaciones anteriores. Así, decidió abandonar su casa y venir a Lima a trabajar y esperar que las cosas cambiaran.

Siendo una muchacha de 15 años y sabiendo apenas leer, se dedicó a trabajar en labores de casa en Magdalena Vieja. Sin embargo, ella no veía un futuro en la Lima de los años 50, ya que, según comentaba, sufría mucha discriminación y maltrato por su condición de mujer del campo. Para ella, el estar alejada de su pueblo, sus costumbres, sus creencias o su cultura fue muy chocante. Nunca se acostumbró a vivir en Lima y, mientras estuvo en la capital, siempre pensó en volver a su lugar de origen¹¹. Preguntándole, entonces, a su hija: ¿cuál pudo haber sido su idea de progreso? Ella responde que su madre, Alejandrina Gallardo, si bien veía el progreso en el mejoramiento de las condiciones de vida, eso no significaba, necesariamente, salir de su pueblo, sino mejorar, como decía ella, «lo que había que mejorar». Esto se verá con más detalle más adelante en este relato. De esta manera, solo se quedaría en la capital tres años, aunque luego volvió, puesto

10 Según Ortega y Gasset (1984), «circunstancia» vendría a ser todo aquello con lo que nos encontramos al existir, es decir, sería aquello que no controlamos de nuestra vida porque son elementos externos que dificultan, en cierta forma, nuestra libertad individual.

11 Algo recurrente en sus palabras era: «Lima no era mi tierra».

que se había enterado de que su padre se hallaba muy enfermo. En su pueblo, ella se estableció definitivamente; unos años más tarde, su padre fallece. Siendo ya comunera, trabajó arduamente por el bien de la comunidad como integrante de la junta directiva de su pueblo, que se encargaba de gestionar, de parte del Estado, algunos servicios que necesitaba la comunidad. Además, se preocupó en desarrollar la actividad ganadera ovina: vendía la carne y la lana, lo que le generaba dinero para invertir en comprar productos, así como en otros tipos de ganado, los cuales pudieran generarle más ganancia; de esa manera, sustentaba su economía.

Dicho esto, puedo corroborar lo mencionado por su hija, mi abuela veía el progreso como el mejoramiento de sus condiciones de vida, pero dentro de su comunidad y no saliendo de ella. Sin embargo, el encuentro con un hecho histórico le afectó en algo. Ya en los años 80, nuestro país se encontraba inmerso en el conflicto armado interno y los subversivos llegaron a San Cristóbal de Rapaz. Reunieron a todos los comuneros en la plaza y repartieron el ganado de la comunidad en partes iguales. Esto afectó a mi abuela, ya que, según comentaba ella, muchos tenían poco porque no trabajaban tanto y si ella tenía más, era porque se había esforzado. Además de eso, se llevaron el dinero de la comunidad, lo cual la perjudicó bastante. Así fue su encuentro con la historia de ese periodo. Cabe mencionar que el hecho de residir en su lugar de origen le permitió preservar su cultura, sus costumbres, algo que transmitió a su hija y que se verá luego con mucho más detalle.

3. Los padres

Esta segunda generación está compuesta por mis padres, Nicolás Condezo Cajachaua y Elvira Felipa Olarte Gallardo. Mi padre,

Nicolás Condezo, nace en Lima, el 16 de diciembre de 1955, y mi madre, Felipa Olarte, el 23 de agosto de 1959, en la provincia de Oyón¹². Los nombres que se les dan están en función a la tradición de colocar nombres que figuraban en los calendarios. Cabe mencionar que esta tradición no continuó en la tercera generación. Mi padre, estando en Lima, recibió educación primaria y secundaria en el colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Mi madre también recibió educación completa gracias a los esfuerzos de mi abuela por instruirla. Por parte de mi padre, él se declara agnóstico, se podría decir que esto se debe en gran parte a la influencia de mi abuelo, y esto ha continuado, ya que mi hermano y yo también nos hemos formado en una cultura sin devociones religiosas¹³.

En cuanto a mi madre, ella sí es creyente y fue bautizada en la religión católica. Si hablamos de migración tendríamos que señalar a mi madre dentro de este fenómeno social. La causa de la salida de su lugar original se debe, según ella refiere, a dos aspectos. Primero, motivada por su idea de progreso y por buscar mejores oportunidades; y segundo, por los problemas que tenía con mi abuela, los cuales prefería evitar. Mi madre refiere que si bien ella está muy apegada a sus costumbres y creencias, eso no quiere decir que no pueda buscar un lugar mejor. Como se ve, la idea de progreso entre madre e hija no es la misma. Por otra parte, cabe mencionar cómo fueron sus encuentros con algún hecho histórico. Pero, antes de proseguir, es preciso caracterizar que la generación de mi madre, como la de mi padre, fue una muy sensible a las cuestiones políticas y «romántica», pues buscaba un mundo mejor a través de una transformación social. Sin embargo, mi madre, desde un inicio, trató de mantenerse al margen de

12 Tanto mis dos abuelas como mi madre son de la misma provincia. Mi padre conoció a mi madre en un viaje a la tierra de la mamá de este.

13 Esto por influencia de mi padre; podría considerarse quizás como parte de un legado heredado desde el abuelo.

dicha corriente propia de su tiempo, se dedicó a labores técnicas de corte y confección para generar ingresos en su economía y pensaba que las cuestiones políticas no eran necesarias y que no le afectarían; no obstante, —y he aquí su encuentro con la historia— no fue del todo así, ya que eran los años 80, en el primer Gobierno aprista, este fue un periodo donde ella sentiría cómo la política penetraba en su vida, dada la crisis generada por la hiperinflación.

Cuenta ella que en dicho contexto tuvo que adquirir un carnet de simpatizante aprista para poder acceder a muchos de los alimentos que escaseaban y a trabajos temporales a través del PAIT¹⁴. Pero no fue solo en el partido de la estrella que pasaría vicisitudes, sino que, en el gobierno de Alberto Fujimori, después del *fujishock*, tuvo que meterse a un comedor popular, siendo ella testigo de cómo se les amenazaba a las socias de que si no apoyaban a Fujimori para las elecciones de 1995 se les iba a recortar las raciones. Esos fueron sus encuentros con los hechos históricos que marcaron las últimas décadas del siglo pasado.

Por otro lado, mi padre también tuvo sus encuentros con la historia. Por ejemplo, fue partícipe de un paro nacional contra Francisco Morales Bermúdez¹⁵, siendo detenido y llevado a una comisaría. Sin embargo, uno de los policías, que era un amigo del colegio, lo ayudó, fue así que logró librarse de aquel suceso. El gobierno de Fujimori también golpearía a mi padre. Para ese entonces trabajaba en el SENATI. Él fue despedido intempestivamente, violando sus derechos laborales.

Por último, si se habla acerca del aspecto cultural, mi padre, por haberse criado en Lima, no se mostró tan cercano a las costumbres de su madre. Sin embargo, en relación a mi madre,

14 El Programa de Apoyo al Ingreso Temporal (PAIT) fue parte de las medidas económicas adoptadas por el APRA para absorber a la mano de obra que se encontraba desempleada.

15 Este evento está relacionado con el paro nacional de 1977, en donde diversas organizaciones sociales se mostraron en contra del Gobierno militar.

Elvira Felipa Olarte, sí. Esta mantuvo cierta relación con su lugar de origen estando en Lima, por lo cual buscó relacionarse con muchos paisanos suyos, para así formar una asociación, la cual tenía como objetivo principal reunir a los migrantes paisanos para juntarse a celebrar en Lima sus fiestas patronales, costumbres, bailes, y preparar y degustar sus comidas típicas. Una de sus celebraciones, que importó desde su tierra, fue el Inca Tinkuy. Dicha representación se realiza el 30 de agosto, fecha central de su patrona Santa Rosa. En el Inca Tinkuy se hace alusión el encuentro entre Huáscar y Atahualpa. Antes de entrar en batalla, los dos hermanos se entrevistan. Esta escena va acompañada de danzas y muchos acompañantes que van con sus respectivos señores. Preparan chicha de jora y su comida típica, el *pari*, el cual consiste en un picante de papas con chincho y charqui. Así, una fiesta propia de un pueblo de la sierra, como el suyo, Oyón, es ahora representada en la capital. Esto demuestra cómo el arraigo cultural y el amor por lo suyo son muy fuertes. El hecho de que físicamente no se encuentren en su lugar de origen no implicó, para ellos, olvidarse de su identidad.

4. Los hijos

Aquí se encuentra mi hermano, Alex Daniel Condezo Olarte, nacido en Lima, el 24 de abril de 1980, y yo, Bécquer Condezo Olarte, también nací en Lima, el 9 de febrero de 1987. En relación a nuestros nombres, puedo decir que el de mi hermano, Daniel, se lo puso mi padre porque era el mismo que el de uno de sus abuelos. Con respecto al origen del mío, mi padre me lo puso porque lo escuchó en una radionovela y le gustó, de ahí Bécquer. Cabe indicar algo un poco curioso, mi madre me iba a llamar Raúl Enrique, esto porque, según ella, uno de los doctores que la atendió en el parto se llamaba así y le gustó su

nombre; sin embargo, mi padre «se salió con la suya» y me puso Bécquer. Ambos tenemos educación completa, en el mismo colegio, Imperio del Tahuantinsuyo, donde cursamos la primaria y secundaria. Además, mi hermano tiene estudios técnicos en programación en el IPAL y yo, desde 2014, curso estudios superiores en la UNMSM, en la carrera de Historia.

Como bien había mencionado, dentro de nuestra crianza, la influencia de nuestro padre es muy fuerte y no poseemos religión alguna, por lo que nos consideramos agnósticos. En nuestro caso, no hemos migrado fuera de Lima, al menos yo no tengo aún planes para hacerlo. Actualmente me dedico a trabajar en el Archivo Histórico Municipal de Lima y mi hermano es trabajador independiente, puesto que tiene su negocio. Dicho esto, hablaré un poco más del sistema de creencias de nuestra generación. Por lo que yo he visto y notado, la generación que pertenece a la década de los 80 es más pragmática, más alejada de cuestiones políticas, lo que marca una diferencia, por así decirlo, con las pasadas, donde los jóvenes eran más activos en la vida política de la realidad nacional. Por ejemplo, la década que le tocó vivir a mi hermano, Alex, fue un periodo de cambios en la historia del mundo: la caída del Muro de Berlín, la desintegración de la URSS, la crisis de paradigmas, la globalización y la adopción del modelo económico neoliberal en los países latinoamericanos. Los hechos históricos actúan como causación que repercute sobre una generación y hace que varíe un sistema de convicciones. En cuanto a mis coetáneos, veo que también tienen una actitud pragmática; sin embargo, las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) ha repercutido mucho en nuestras vidas, en la forma de pensar y ver el mundo.

Dentro de nuestro encuentro con la historia, creo que está la Marcha de los Cuatro Suyos muy presente en mi memoria; aunque, en el caso de mi hermano, este fue víctima de las maniobras fujimoristas por boicotear dicha marcha, ya que estando

en provincia quiso venir a Lima y su bus fue detenido por los efectivos militares. Por último, al momento de hablar sobre la idea de progreso, tenemos conceptos diferentes. Por el lado de mi hermano, el progreso consiste en hacerse independiente, ya que, según refiere, no puede haber progreso si uno trabaja para otros, por lo tanto, uno debe trabajar para sí mismo. Esto quiere decir que él apuesta por el pensamiento del emprendedor. Se observa, claramente, cómo la generación que él representa es muy distinta, ya que refiere a otra realidad. Representa así un nuevo sistema de convicciones.

En cuanto a mí, creo que el progreso, visto en cómo mejorar tus condiciones de vida, también debe ir direccionado a servir a la sociedad, es decir, no hay que verlo de forma netamente individual, como si fuera un mundo aislado. Si bien nosotros mismos hacemos nuestra vida y, como dice Ortega y Gasset (1984), nosotros mismos vivimos nuestra vida solos y no hay quién la pueda vivir, somos mundos que nos relacionamos con otros mundos y juntos hacemos la historia; por lo tanto, el progreso no debe ser de uno, sino de todos.



Mi bisabuela murió de tristeza al sentirse sola

Joel Brandon Estacio Mego

Código: 14150129

1. Abuelas y abuelos

Mis abuelos por parte de mi madre son Irene García Velásquez y Leonardo Mego Chávez. Mi abuela Irene nació en el pueblo de Yagén, distrito de Cortegana, provincia de Celendín, región Cajamarca. En este pueblo había escuelas, pero sólo hasta el nivel primario, por ello, los estudios de mi abuela concluyeron ahí. Ella vivió en Yagén hasta los 35 años, pues a esta edad decidió viajar a Lima en busca de nuevas y mayores oportunidades laborales, aunque la causa principal por la que viajó fue porque se había alejado de mi abuelo, Leonardo Mego, porque no se sentía cómoda en Cortegana. Los hijos de ambos quedaron bajo responsabilidad de mi bisabuela, su madre. Una vez instalada en Lima, fue trayendo a sus hijos para volver a reunir a su familia. En este lugar tuvo un trabajo independiente, se desempeñaba como comerciante (costurera y vendedora de ropa). Encontró mayor demanda que en su pueblo y logró sentirse mejor al tener un trabajo estable e independiente.

Ella fue inicialmente católica, pero luego se convirtió en adventista. La conversión fue debido a que gran parte de la familia era adventista y la incentivaron a unirse a la Iglesia Adventista. Iba a la iglesia tres días a la semana: martes, viernes y sábado. Su lengua nativa es el castellano. Entre las costumbres que hay en Cajamarca, se encuentran la festividad de los carnavales, la fiesta

de Las Cruces de Porcón, el Corpus Christi, la Semana Santa, la festividad de San Juan Bautista, la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, etc. Sin embargo, debido a que pertenece a la Iglesia Adventista, la cual no venera santos, ella no celebra gran parte de aquellas festividades. Solo festeja los carnavales y la Semana Santa. En las celebraciones encontramos música tradicional, como el huaino, y comidas típicas, como el picante y la mazamorra, ambos hechos con trigo.

Mi abuelo Leonardo Mego Chávez nació en Yagén. Tuvo educación primaria y secundaria. Para completar esta última, los pobladores de Yagén tenían que acudir a Celendín, es aquí donde tuvo que ir para concluir sus estudios. Él pasó su vida en Cajamarca, trabajando como agricultor. Tenía tierras propias, las usaba para la agricultura y la ganadería, con lo cual, junto con su bodega, le iba bien en los negocios, teniendo así una vida estable. Era católico, así que celebraba todas las actividades que se realizaban en su pueblo, ya que, al contrario de mi abuela, no había nada que le impidiera participar en las festividades. Además, era común para los católicos asistir a la iglesia todos los domingos. Su lengua originaria fue el castellano.

Según mis abuelos por parte de mi madre, sí hubo progreso en sus vidas. Mi abuela, al viajar a Lima y encontrar mayores oportunidades laborales, tuvo una existencia más estable que en Yagén. Además, en este lugar rehízo su vida, pues consiguió una nueva pareja con la cual tuvo un hogar, es decir, en la capital pudo tener mejores condiciones que en Cajamarca. Por otro lado, mi abuelo también considera que sí logró progresar. Esto debido a que nunca la pasó mal económicamente y vivió en comodidad gracias al funcionamiento y desarrollo de sus negocios.

Se puede indicar que en el caso del abuelo existía un gran arraigo al tipo de vivencia en un lugar pequeño, eso se constata porque él se quedó en su pueblo durante toda su vida. No tuvo que adaptarse a otros medios. Mientras que mi abuela, al viajar

a Lima, se puede decir que abandonó su mundo cultural anterior. Es cierto que había muchas festividades en Cajamarca, pero como era adventista, ella no participaba en estas. En Lima, siguió participando en la Semana Santa y al mismo tiempo en la Iglesia Adventista; pero el tránsito de un mundo rural a uno urbano le cambió la vida.

Mis abuelos, por parte de mi padre, son Juan Estacio Rivas y Agustina Soto Llanqui. Mi abuela nació en Chalhuanca, provincia de Aymaraes, departamento de Apurímac. Ella no tuvo estudios porque se dedicó a apoyar a su familia en las tierras que tenían. Era común, en esos tiempos y en aquellos lugares, que no todos tuvieran la oportunidad de estudiar. Dada su cercanía a las chacras, se desenvolvió como agricultora y ama de casa a la vez. Se encargaba de apoyar en el trabajo de las tierras y en la labor doméstica de su familia y, posteriormente, tuvo las mismas funciones que su esposo. Era creyente católica. La asistencia a la iglesia no era muy seguida, tan solo una vez a la semana. Ella vivió la mayor parte de su vida en Chalhuanca, viajó a Lima ya entrada en la tercera edad, debido a que no se encontraba bien de salud y en Chalhuanca no había quién la cuide. En Lima, la cuidaron sus tres hijos. Su lengua nativa era el quechua. Entre las festividades de su tierra se encuentran la fiesta de la Virgen de la Candelaria, de San Juan, de San Pedro, del Señor de las Ánimas, del Señor de la Exaltación de Pincahuacho, etc. En estas festividades hay platos típicos, como el chicharrón, la sopa de mote, el cuy chactado, el picante de cuy, etc.; en bailes típicos se encuentra la danza de las tijeras; en música hay huainos interpretados principalmente con arpa y violín.

Mi abuelo, José Estacio Rivas, nació en Chalhuanca, donde pasó la mayor parte de su vida. Solo tuvo educación primaria, ya que no había colegio secundario donde vivió. A la edad de 15 años viajó a Lima en busca de nuevas oportunidades laborales y para reunirse con sus hermanos. Sin embargo, alrededor de los 18

años regresa a Chalhuanca para cuidar a su padre (mi bisabuelo), quien no se encontraba bien de salud en ese momento, y se quedó allí hasta el día de su fallecimiento. Continuando con el trabajo de su padre, se desempeñó como agricultor, ya que además no tenía más opciones laborales. Fue católico, acudía a la iglesia no de forma regular. Participó en todas las festividades practicadas en la región. En lo cultural, se puede constatar su creencia en las aguas termales como medicina tradicional. Las de Pincahuacho servían para sanar las heridas y a ellas acudían mayormente gente de la tercera edad. Su lengua nativa fue el quechua.

Según mi padre, mis abuelos no alcanzaron lo que se llama «progreso». Mi abuela siguió con el mismo estilo de vida que sus padres, limitándose al trabajo de las chacras; sin embargo, resalta que tuvo una vida tranquila, lo cual puede ser más importante. Mi abuelo cree que pudo haber mejorado si se hubiese quedado en Lima, porque allí tenía mayores oportunidades laborales; pero permaneció en Chalhuanca como agricultor, igual que su padre, por ello, considera que no progresó.

En lo social, sí hubo un arraigo, pues su estilo de vida regional los distinguía. En mi abuela, al vivir generalmente en Chalhuanca, quedaron arraigadas las prácticas y formas de vida de la región. Por ejemplo, al viajar a Lima, ella se comunicaba a través del quechua. Mi abuelo no se adaptó al mundo limeño, ya que su estadía en Lima fue corta. Vivió mucho tiempo en Chalhuanca, quedando arraigado a las expresiones culturales de la región.

Para entender la forma de pensar de las personas en una determinada época, utilizaré lo señalado por José Ortega y Gasset (1984) sobre el espíritu del tiempo. Las personas al nacer se encuentran dentro de un mundo vigente, un sistema de convicciones que es el espíritu del tiempo: «el mundo vigente [...] se nos impone [...] el hombre se encuentra [...] con las ideas de su tiempo y en ellas y con ellas [...] tiene que vivir» (p. 56). Pero

ese mundo vigente es el elemento variable de la vida humana, es decir, cambia y esto lo hace con cada generación y, al modificar, la estructura de la vida también transforma el sistema de convicciones. Los hombres están adscritos a su generación y como estos son una parte esencial del tiempo histórico son, por lo tanto, sustancialmente históricos. Cada generación humana lleva en sí todas las anteriores, es decir, el pasado ha sido la trayectoria humana hasta el presente.

Manejando la noción anterior, puedo pasar a explicar las formas de pensar de mis abuelos, las cuales son comunes. En sus tiempos, los hijos por lo general seguían el mismo estilo de vida que los padres, lo cual sucedió con la vida de mis abuelos. Aunque es cierto que en esa época ya existían las migraciones a Lima. Mi abuelo Leonardo Mego siguió el ejemplo de su padre y trabajó como agricultor. Lo mismo sucedió con mi abuelo Juan Estacio, pero este casi tuvo la oportunidad de vivir en Lima y cambiar su vida. En el caso de mi abuela Irene García, ella no siguió con la vida tradicional de su región, su viaje a Lima fue por el divorcio con su marido, una situación excepcional. Mi abuela Agustina Soto sí continuó las tradiciones de Chalhuanca, ayudando en las tareas domésticas y el trabajo en la tierra.

Un hecho histórico vivido en esa época fue la reforma agraria de Juan Velasco Alvarado, con la que culminó un largo periodo en el que las haciendas tradicionales organizaban la sociedad y las economías provincianas en gran parte del país. La reforma agraria, que buscaba crear una distribución más equitativa de la tierra, afectó sobre todo en la costa, región de modernas y grandes haciendas, pero también a la sierra del país, cuando se trataba de regiones con mayor población rural y mayores áreas de uso agropecuario. Todos los latifundios fueron expropiados, dejando a la clase terrateniente casi liquidada social y económicamente, permitiendo así a numerosos pobres del campo tener acceso directo a la propiedad de esas tierras. Las exhaciendas dieron vida

a empresas asociativas: cooperativa agraria de producción (CAP) y sociedades agrícolas de interés social (SAIS). Sin embargo, más tarde, estas empresas asociativas fracasaron, «sucumbieron asimismo al mal manejo empresarial y el asedio campesino, tanto interno como externo, para diluirse en las comunidades campesinas circundantes y también en parcelas familiares» (Eguren, 2006, p. 13). Pero esta medida —la reforma agraria— no tuvo efectos directos en la vida de mis abuelos. Esto debido a que las tierras donde trabajaban eran propiedades suyas y nunca fueron afectadas por el Estado.

2. Los padres

Mis padres son Eulogio Estacio Soto y Catalina Mego García. Mi madre, Catalina Mego García, nació en Yagén. Ella tiene estudios a nivel primario y secundario. Vivió en Yagén hasta la edad de 12 años, luego se trasladó a Lima, junto con su hermana, para vivir con su madre, quien la hizo viajar a este lugar por razones sentimentales, porque sentía la necesidad de tenerla cerca para criarla ella misma. Además, mi abuela creía que no era buena idea que mi bisabuela, quien cuidaba a mi madre y su hermana, tome la responsabilidad de criarlas estando ya en la tercera edad. De esta forma, mi bisabuela se quedó en Yagén y al pasar un año muere debido a la tristeza de sentirse sola. Mi madre es ama de casa y realiza labores domésticas en otros hogares. Es adventista. Su lengua nativa es el castellano.

Mi padre, Eulogio Estacio Soto, nació en Chalhuanca. Vivió allí hasta los 13 años. A esa edad se traslada a Lima para vivir en casa de un tío, junto con sus hermanos que ya habían viajado antes que él. La causa por la cual viajó fue que buscaba una mejor vida y creía que en Lima la encontraría. Los estudios que tuvo fueron de nivel primario y secundario. Tuvo diversos trabajos en

Lima: en limpieza, ayudante en construcción, obrero en una fábrica de vidrios y transportista. Es católico. Su lengua nativa es el quechua, pero al vivir en Lima aprendió el castellano.

En cuanto al progreso, mis padres creen que sí lo tuvieron. Mi madre probablemente no creía en este, ya que —señala— tenía una vida establecida en Yagén, aunque este deseo de vivir allí se debe al apego que tuvo con mi bisabuela. En fin, sí cree que hubo progreso, porque estando en Lima tuvo mayores oportunidades laborales que en Cajamarca y al conocer a mi padre llevó una vida estable y sin preocupaciones. Mi padre cree que sí progresó en Lima con respecto a Chalhuanca. Por ejemplo, era conveniente que se encuentre en la capital porque en su tierra natal para ir a estudiar al colegio recorría algunos kilómetros, lo cual tomaba mucho tiempo, además en la capital la enseñanza era más eficaz. En Lima, consiguió diversos trabajos hasta encontrar uno estable, con el cual pudo construir su propia casa y vivir cómodamente allí.

En lo social, sí se observa un arraigo en la vida regional que tuvieron. Mi madre, siguiendo la costumbre de su familia, cumplió con lo indicado por la Iglesia Adventista. Lo mismo sucedió con los carnavales, al festejarlos del mismo modo que en Cajamarca. Mi padre, junto con muchos paisanos suyos residentes en Lima, celebra cada año en Chorrillos la fiesta del Señor de la Exaltación de Pincahuacho. Además, tienen un complejo deportivo llamado Fedichal, en Tablada de Lurín. Se debe considerar que estas prácticas son una adaptación de las que tenían en su región; pues, una de las consecuencias de residir en Lima es que hay menos comunicación con los pobladores de su mismo origen, contrario a como es la vida en sus regiones.

Utilizando la noción del mundo vigente (sistema de convicciones), se puede entender que la mentalidad de mis padres es distinta a la de mis abuelos. Mientras que estos últimos seguían el modelo de sus progenitores, mis padres buscaron mejorar las

condiciones de sus vidas. Mi padre, al igual que sus hermanos, pensaba en tener una vida mejor por lo que buscó viajar, lo cual fue facilitado por la ayuda de un tío. Mi madre aunque no haya querido viajar, estando en Lima, buscó la manera de vivir más cómodamente que en Cajamarca.

Un hecho histórico que se puede mencionar en estos tiempos es el terrorismo de Sendero Luminoso. Las acciones senderistas se iniciaron el 18 de mayo de 1980 y su presencia en el escenario nacional fue creciente, llegando a convertirse, hacia 1991, en el problema principal del país. En la confrontación entre Sendero Luminoso y el Estado, las organizaciones sociales campesinas se convirtieron en «terreno de disputa». El proyecto senderista inicialmente usó un discurso que anunciaba un mundo nuevo con igualdad y justicia social, pero luego «optó por una salida autoritaria; abandonando progresivamente la persuasión pasó al uso intensivo del terror como método para someter a la población» (Coral, 1994, p. 6). En consecuencia, se produjeron migraciones alentadas por el miedo, el terror y la inseguridad. Las poblaciones estaban en «búsqueda de refugio que permita el ejercicio de derechos elementales como el derecho a la vida» (p. 9). Este hecho histórico tuvo relativa influencia en la vida de mis padres. En el caso de mi padre, los terroristas pasaron por el centro poblado de Chalhuanca, pero no hubo consecuencias. Solo fueron en busca de provisiones pidiendo alimentos. En el caso de mi madre, sí le afectó. Era peligroso salir de los hogares en la noche porque podías ser intervenido por los ronderos. Aunque, ambos parecen reconocer que su migración a Lima no estuvo relacionada al terrorismo.

3. Generación del hijo

Mi nombre es Joel Brandon Estacio Mego, nací en Jesús María, Lima. Mis estudios a nivel primario y secundario los realicé en el

colegio Mariscal Ramón Castilla, el cual se encuentra muy cerca de mi hogar, en San Juan de Miraflores. Actualmente curso el sexto ciclo, en San Marcos, de la carrera de Historia. No trabajo actualmente, solo lo hago en las vacaciones para comprar mi propia ropa, es decir, soy dependiente de mis padres. Soy agnóstico, aunque he sido bautizado siguiendo las creencias religiosas de ellos. Mi lengua nativa es el castellano.

De las costumbres de mi familia, solo he seguido las de mi padre. He acudido y participado en la fiesta del Señor de la Exaltación de Pincahuacho, que se realiza en Chorrillos. Y también, regularmente, he acudido al complejo deportivo Fedichal, en Tablada de Lurín, relacionándome con mis parientes.

La mentalidad que tengo es diferente a la de mis padres y abuelos. El contexto en el que vivo actualmente es muy distinto al que vivieron ellos. La diferencia es que yo tengo la posibilidad de cursar estudios superiores en la universidad. Pienso progresar en mayor medida que mis padres.

Mi abuela migró huyendo de los problemas

Raiza Arlena Honorio Pantoja

Código: 14150009

La idea de generación está ligada a que en todo momento el hombre vive en un sistema de convicciones, las cuales influyen en su vida y las comparte con la mayoría de las personas de su época. A esta situación se le llama *conciencia histórica*. De esta manera, se explica que todo individuo esté adscrito a su generación y, a su vez, en ella se asimilan o están incluidas las otras que la precedieron. Por ello, para entender la forma en la que actúan los individuos es necesario conocer los sistemas de convicciones en los que actúan.

1. Abuelos y abuelas

Como ya mencioné, la presencia de un largo pasado histórico en la conciencia del hombre actual evidencia que, si bien cada individuo, como hombre sustancialmente histórico, está adscrito a su generación, el hombre como sujeto histórico (Marías, 1949) también es depositario del legado de las generaciones que le precedieron. Es así que una de mis generaciones predecesoras, a pesar de los cambios ocurridos en el tiempo, aún se conserva en el presente a través de ciertas convicciones. Me refiero a la generación de mis abuelos y abuelas, por el lado materno como por el paterno. Los primeros son Máximo Saúl Pantoja Sánchez (18 de noviembre de 1930), natural de Pisco, y Nelly Antonieta

Ochoa Ampuero (23 de setiembre de 1932), natural de Lima. Pertenecieron a la denominada generación de los años 50, la cual vivió, en lo político, en el contexto del Ochenio del general Manuel A. Odría (1948-1956), un periodo en el que se intensifica el movimiento migratorio del campo a la ciudad, lo que da origen a la formación de barriadas, pueblos jóvenes y la aparición de sujetos marginales y desplazados socialmente. Ello conlleva a que el sistema de convicciones de entonces sea una consecuencia del desarrollo urbano y la experiencia de los migrantes andinos en Lima.

Al pertenecer a una generación con determinadas características, de acuerdo a las fuentes orales y familiares (madre y tíos) consultadas, las generaciones posteriores, en cierta forma, son afectadas por las anteriores. En el caso de Máximo Pantoja, él era miembro de la Guardia Civil, la cual con la reforma del 5 de enero de 1944 se había fusionado al Cuerpo de Seguridad, con lo cual a los efectivos encargados de prestar los servicios en las poblaciones se les llamó Guardia Civil Urbana, y a los que lo hacían en los campos, Guardia Civil Rural. El trabajo en condición dependiente que realizaba lo mantenía siempre en constantes viajes. Un dato peculiar, la Guardia Civil por Decreto Supremo n.º 38 del 30 de agosto de 1957, con un artículo único, proclamó a Santa Rosa de Lima como patrona de las Fuerzas Policiales del Perú. Esto, de una manera bastante directa, influenció en las creencias religiosas de la familia.

De otro lado, Máximo Pantoja tuvo un accidente que lo obligó a retirarse y pasar a un campo laboral independiente, desempeñándose como albañil y luego como taxista, instalándose definitivamente en Lima. De ello se desprende un caso de progreso, según Edward H. Carr (1978), que implicaría constantes cambios, pero no referidos a un proceso lineal, sino a los que se observan en el personaje, quien siempre se mantuvo activo, tuvo sus avances y retrocesos, pero con la misma meta de lograr una

mejora para su familia. A su vez, se puede analizar la causalidad en la historia, la cual es compleja y busca jerarquizar e identificar las causas de los hechos ocurridos desde lo más racional; por ejemplo, por qué el abuelo se trasladó a Lima con su familia, en 1959. En primer lugar, esto puede explicarse por las oleadas de migrantes en la coyuntura histórica; en segundo lugar, estaba el trabajo, que lo mantenía en constantes viajes y los hubiese realizado sin importar el contexto; y, finalmente, está el accidente que lo llevó a cambiar de rumbo y buscar instalarse en otros lugares para subsistir. Por su lado, Nelly Ochoa, a pesar de que no era natural de Pisco, adoptó las costumbres del lugar, como las celebraciones de la fiesta de Bajada de Reyes, en enero, y la Semana Santa, en abril. Ambos abuelos son católicos y devotos de la Virgen del Carmen y de Santa Rosa de Lima, cuya celebración y homenaje aún se mantienen en la familia.'

En el caso de mis abuelos paternos, Bulmaro Honorio Castañeda (1940) y Teresa Sánchez Mendoza (9 de noviembre de 1938), ambos naturales de Cajamarca y solo con estudios de primaria, pertenecieron a la generación del 60, inmersa en un fuerte ambiente de tensión y cambios ideológicos, sociales y políticos, como los movimientos guerrilleros y los golpes de Estado de los generales Ricardo Pérez Godoy (1963) y Juan Velasco Alvarado (1968), este último instaura un Gobierno militar con una fuerte tendencia revolucionaria popular (Jaquette y Lowenthal, 1986).

Bulmaro Honorio nació en el pueblo El Azufre, en la provincia de San Marcos, distrito de Pedro Gálvez, región Cajamarca. Dicho distrito recién desde el 16 de abril de 1906 contó con un alcalde (el primero de la ciudad): el ciudadano David Valera. La familia Honorio mantuvo una relación de amistad con los Valera, que aún sigue vigente. De otro lado, Bulmaro Honorio se mantuvo en su lugar de origen y poseía chacras en más de la mitad del pueblo El Azufre, como parte de su herencia paterna, la cual recibió cuando era niño. Sin embargo, su progenitora las

vendió en su beneficio, dejándolo desprovisto de sus propiedades. Años después, se dedicó al comercio y la fabricación de bisutería; pero se mantuvo en una misma categoría y conformismo, ya que añoraba sus propiedades del pasado. La causalidad histórica del hecho se puede explicar en que el añorar su pasado no le permitió mejorar; además, realizaba sus labores, pero con cierta limitación; otra causa puede estar ligada al contexto en el cual se desempeñó (en el lugar que residía existían deficiencias para generar puestos de trabajo); y, finalmente, el hecho de tener el vicio del alcoholismo.

Teresa Sánchez migró a Lima en 1977, a los 39 años, con sus cinco hijos, huyendo de problemas familiares y en busca de una mejora económica y educativa para ellos (ideal del progreso). Esta situación era consecuencia de los problemas que generaban las migraciones internas que ocurrían en el país:

En el Censo de población del año 1972 [...] [la] movilidad interna se elevó al 18% de la población peruana, eran momentos de reforma agraria, proceso que no logró afianzar a la población principalmente rural en su territorio, dada la crisis agraria que la reforma no logró superar, generándose por el contrario, parcelación de tierras, pérdida de capacidades productivas e incluso abandono de miles de hectáreas, antes productivas (Sánchez Aguilar, 2015, p. 24).

Como iniciativa, Teresa Sánchez se instaló en la capital y se dedicó a vender prendas de vestir en el mercado; pero se mantuvo así por años y no logró sus fines. Este resultado puede encontrar su causación en el hecho de no contar con un apoyo económico, además, los pocos ingresos que generaba con su trabajo los invertía en alimentos y vestimenta.

Respecto a lo religioso y cultural, ambos son católicos; y Teresa Sánchez mantuvo las costumbres y tradiciones propias de

su lugar de origen al trasladarse a Lima (arraigo cultural). En gastronomía, se preserva el caldo verde, el picante de papa con cuy frito, etc.; en danzas, se mantiene en la familia el carnaval cajamarquino, los chunchos, las pallas, cada año viajan a celebrarlos o se organizan en un club campestre para hacerlo. Se tocan instrumentos hechos de lana, cuero, cabuya, y algunos participantes hablan quechua. De esta manera, a pesar de las circunstancias de cambios, se mantiene el sentimiento por la tierra natal. El espíritu del tiempo son las convicciones comunes a todos los hombres que conviven en una época, y estas convicciones son impuestas —quíerase o no— como ingrediente primordial de la circunstancia, por ello, estas se comparten y se transmiten en menor o igual intensidad a las generaciones posteriores (Ortega y Gasset, 1984). De tal modo se explica la vigencia de las costumbres y tradiciones en mi familia (identidad).

2. Los padres

La segunda generación es la de mis padres, Carlos David Honorio Sánchez (14 de enero de 1966), natural de Cajamarca, y Olga María Pantoja Ochoa (11 de octubre de 1960), natural de Lima. Ambos se instalaron en esta ciudad luego de las migraciones internas que tuvieron que realizar sus padres por la situación de crisis. Se podría decir que pertenecen a la generación de los años 90, década en la cual el 70% de la población peruana habitaba en las áreas urbanas¹ y el país ingresó al proceso de globalización, por el cual, el Perú pasó a formar parte de esa aldea global conectada a través del satélite, el Internet y los medios masivos de comunicación. El sistema de convicciones presente reflejaba la realidad

1 Ver: Comité de los Derechos del Niño (25 de marzo de 1998). *Examen de los informes presentados por los Estados partes con arreglo del artículo 44 de la convención.*

compleja, caótica y fragmentada de la sociedad peruana, sobre todo de la sociedad limeña, dándose una marcada diferenciación entre los pobladores rurales y urbanos.

Olga Pantoja realizó estudios superiores de Secretariado Ejecutivo en el Instituto Lingüístico Comercial Enrique López Albújar, en 1981, y se desempeñó en ese rubro, trabajó en empresas inmobiliarias y luego se independizó con su negocio propio. El hecho de haber logrado una mejora económica, meta que se trazó, refiere a cómo el hombre es capaz de sacar provecho y de acumular ciertos aspectos para lograr mejoría en su vida, tanto a nivel de bienes materiales como en la capacidad de dominar, transformar y utilizar el mundo circundante, considerándose con la libertad y la igualdad que todos buscan ante la sociedad. El personaje en cuestión logró ver el mundo de manera más optimista y saludable, como lo refiere Edward H. Carr (1978). De esta manera, estaría presente la existencia de un progreso en dicha historia.

De otro lado, en la época de los 80, mi madre fue testigo de la situación de inestabilidad y crisis económica del país (deuda externa), por lo que tuvo que realizar largas colas para obtener los alimentos básicos. En su testimonio argumenta que, por ejemplo, en el caso del azúcar, tenía que comprar una cierta cantidad de otros alimentos como condición para poder obtenerla y que por persona se vendía solo medio kilo de ese producto. Además, fue testigo de la época del terrorismo en el país, señala que en las calles ya no se podía transitar después de las ocho de la noche y que por mandato del Gobierno circulaban tanquetas militares, con el fin de vigilar las vías. En la época se daban constantes cortes de electricidad y, finalmente, presencié el envío de un coche bomba al canal 2.

En el caso de David Honorio, él realizó estudios secundarios, aprendió el oficio de la imprenta gracias a sus hermanos y primos, desempeñándose en este rubro hasta la actualidad, es decir,

se mantuvo en un trabajo independiente. De esta manera, según el ideal de progreso que señala la acumulación de aspectos científicos y tecnológicos como productores de mejorías en el hombre, en el mencionado personaje se mantendría constante el estilo de vida. Esto no quiere decir que dejó de optar por medidas necesarias para mantenerse en tal estado, hizo lo contrario, lo que podría entenderse como un progreso (Carr, 1978).

En el aspecto social, en ambos hay evidencia de una vigencia de sus costumbres familiares. En el caso de Olga Pantoja, son —en específico— las religiosas, ya que aún mantiene la devoción católica al igual que sus padres; y David Honorio mantiene las costumbres culturales de su familia, en el aspecto de las danzas, la gastronomía y la continuación de celebraciones típicas de su lugar de origen.

3. Mi generación

Pedro Laín Entralgo (1945) sostiene lo siguiente: «es usada la palabra “generación” con un propósito claramente alusivo al curso histórico de la sociedad y, por lo tanto, de la vida humana» (p. 208). Es así que «generación» es un concepto muy interesante de la historia, porque vive inmerso dentro de lo que Ortega y Gasset (1984) denomina el espíritu el tiempo. De esta manera, en mi persona se concentran dos generaciones anteriores, la de mis abuelos y la de mis padres. La fecha de mi nacimiento es el 3 de agosto de 1994, nací en Lima.

Mis convicciones pertenecen o están inscritas en una época caracterizada por una sociedad democrática, en la que prevalece el Estado de derecho y en la que todos los habitantes tienen una mejor calidad de vida e iguales oportunidades para desarrollar su máximo potencial como seres humanos. El país favorece la inversión privada y la innovación, e invierte en educación y tec-

nología para aprovechar competitivamente las oportunidades de la economía mundial. De esta manera, la difusión de los conocimientos, en su mayoría, es de manera electrónica, además, hay una influencia de las redes sociales. El fenómeno de la educación promueve una mayor difusión de oportunidades, reflejadas, por ejemplo, en la ampliación de la cantidad de universidades existentes en el país.

De otro lado, la influencia y la enseñanza que dejan en mi persona las dos generaciones anteriores se reflejan en los distintos aspectos de mi vida, como el caso del ideal de progreso. De manera constante, mis padres me han inculcado la idea de buscar mejorar económicamente, esto acompañado de una educación superior. De manera que logré ingresar a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 2014, con este propósito. Este hecho puede encontrar su causalidad, en primer lugar, en la influencia de mis padres, quienes, con el fin de lograr una «mejor vida» para mí, como ellos mismos sostienen, querían que realice estudios superiores. En segundo lugar, puede explicarse por la novedad del sistema de educación, la ola de innovación para promover estudios superiores en los jóvenes, en la que se les propone distintas alternativas de desempeño laboral. Y, finalmente, por el hecho de querer destacar entre mis primos y primas que se quedaron, en su mayoría, en estudios secundarios.

Otra influencia está en el legado de las costumbres. Junto con mis primos, aún mantenemos las costumbres tradicionales de nuestros abuelos, paternos en específico, como las danzas, gastronomía y celebraciones típicas del lugar de origen de estos; pero en cierta forma, estas prácticas van perdiendo fuerza e importancia con el pasar de los años. En el aspecto religioso, mis padres y abuelos son católicos, por lo que me educaron bajo estas creencias. Sin embargo, el sistema de convicciones presente ha conllevado a que deje de lado estas creencias y busque mis propias iniciativas.

En suma, la ronda de las tres generaciones de mi familia expresa esencialmente su historia. Al conocer las convicciones de cada una de las generaciones que la componen y analizarlas se esclarece cómo se desarrolló una historia familiar sucedida en distintas épocas, cada una de las cuales contiene determinadas características que influenciaron en mis parientes pertenecientes a estas. Es así que, con este método de indagación e investigación familiar, concluyo que la ronda de las tres generaciones está constituida por la misma historia que va construyendo la realidad del pasado.

«Él consideraba que era chalaco, no trujillano»

César Benjamín Jaramillo Deústua

Código: 15150159

1. Los abuelos

César Deústua Matheus, mi abuelo por parte materna, el único que conocí, nació el 8 de enero de 1917, en Lima; sin embargo, por un error en su partida de nacimiento figura que nació el 18 de enero de 1917. César Deústua vivió toda su niñez en Barrios Altos, en el Cercado de Lima. A él siempre le gustaba recordar las historias de su niñez allí: negocios, fondas y pulperías que conoció, la historia también de las casonas, callejones y primeros cinemas que se instalaron en su barrio. A veces, le gustaba conversar sobre fútbol, recordando el juego de los «Tres Gatitos», «Tito», «Vides» y «Caricho», el mediocampo del Club Centro Deportivo Municipal de los años 40, del cual era simpatizante. Además, le gustaba hacer adivinanzas como esta: «Una señora bien aseñorada con siete mil remiendos y sin ninguna puntada, ¿qué cosa es? Respuesta: la piña».

Mi abuelo César fue un asiduo lector, le agradaba conversar sobre las obras de Alejandro Dumas, Víctor Hugo, León Tolstói y Fiódor Dostoyevski, las cuales atesoraba en una pequeña biblioteca que lamentablemente con el paso de tiempo se fue perdiendo. También, le gustaba recitar poemas de Vallejo o de Neruda, además, le gustaba mucho escuchar y cantar tango: «Verás que todo es mentira / Verás que nada es amor / Que al mundo nada

le importa / Yira, yira»¹. Pero sus temas preferidos de conversación eran, sin duda, los temas de Historia, es por eso que él es el culpable de mi vocación por la carrera y de heredar el nombre que tengo.

Mi abuelo se crió con su medio hermano menor, Alfredo, su madre Luzmila y su padrastro. No le gustaba que le pregunten por su padre, lo único que sabía de él es lo que su madre un día le contó cuando mi abuelo César era muy niño: su padre fue a visitarlo con un juguete en una mano y con una foto suya en la otra, al verlo, mi abuelo se interesó más por el juguete que por la foto, como es lógico en un niño de esa edad. Esa era la única historia que tenía de su padre, de quien lo único que decía era que nunca había querido saber nada.

Mi abuelo trabajó toda su vida de electricista y en ocasiones tuvo que trabajar fuera de Lima, como en la obra de la Central Hidroeléctrica del Mantaro o en los astilleros de la empresa Servicios Industriales de la Marina (SIMA). En 1940, César Deústua Matheus conoció y se enamoró de Julia Narváez Correa, mi abuela, gracias a que su amigo Juan, «el Negro», compañero de trabajo y hermano mayor de Julia, los presentó.

Julia, mi abuela, nació en Huancayo, el 14 de junio de 1914, y vino a Lima a estudiar enfermería, comenzó trabajando en el hospital Víctor Larco Herrera y luego, hasta el último día de su vida, en el hospital Arzobispo Loayza. Cuenta mi madre que mi abuelo se oponía a que mi abuela trabajara: «Tu abuelo era muy celoso y como tu abuela por su trabajo a veces lo hacía de amanecida en el Loayza, él no quería, quería que ella deje de trabajar»².

Ambos se casaron en 1941 y tuvieron cuatro hijos: Miguel, Mercedes, Rosa —mi madre— y Carlos, los cuatro termina-

1 Tango *Yira, yira*, compuesto por Enrique Santos Discépolo, en 1929, e interpretado por Carlos Gardel.

2 Entrevista a Rosa Luzmila Deústua Narváez realizada por César Benjamín Jaramillo Deústua.

ron sus estudios superiores, todos en la Universidad Nacional Federico Villarreal. Cuenta mi tía Mercedes sobre mi abuela: «Era bien fregada, no le gustaba que sus hijos salieran a jugar sin antes haber hecho la tarea del colegio, revisaba siempre los cuadernos y pobre del que no la hacía». Al preguntarle por mi abuelo, me dice: «Tu abuelo ha cambiado bastante, él también era bien fregado, no le gustaba encontrarnos en la calle jugando, cuando lo veíamos venir del trabajo *volábamos* a la casa. Cuando tú lo conociste ya no era así»³.

En los primeros años de casados, mis abuelos César y Julia vivieron en un cuarto alquilado en un callejón en el Rímac, recuerdo que mi abuelo me contó que un día les tocó la suerte de ganarse un huachito de la lotería, con el que pudieron mudarse y alquilar un pequeño departamento en el distrito de Breña, donde fueron criando a sus cuatro hijos. A mediados de los años 50, animados por unos amigos y familiares de mi abuela Julia, mis abuelos se mudaron a los terrenos de lo que hoy se conoce como el barrio de Carmen de La Legua-Reynoso, en el Callao⁴. Recuerda mi madre:

Nos mudamos un 15 de diciembre de 1953, yo tenía diez años y a todos mis hermanos nos gustó mucho ir allá, lo tomábamos como una aventura. En un comienzo tu abuelo no quería, decía que era pura piedra, pero luego pensó que como estaba en un sitio alejado del trabajo de mi mamá conseguiría que ella deje de trabajar y aceptó mudarnos allá⁵.

3 Entrevista a Mercedes Deústua Narvéz realizada por César Benjamín Jaramillo Deústua.

4 Durante el gobierno de Augusto B. Leguía se había canalizado el cauce del río Rímac, ya que se temía que su irregular caudal llegue a afectar la línea del tren que corría paralela a este. Esto dejó una franja de terreno entre el río y la línea del tren, la cual de manera progresiva comenzó a ser poblada y con el tiempo dio existencia al distrito chalaco de Carmen de La Legua-Reynoso.

5 Entrevista a Rosa Luzmila Deústua Narvéz realizada por César Benjamín Jaramillo Deústua.

Por parte paterna, mis abuelos fueron José Benjamín Jaramillo Castro y Zoila Encarnación Solórzano Mantilla, ambos tuvieron cinco hijos: Carlos, Miguel, Víctor —mi padre—, Luz y Teresa. La familia Jaramillo Solórzano se formó en Trujillo, pero en 1940 decidió migrar al Callao para instalarse en un comienzo en el barrio del Obelisco y luego instalarse definitivamente en lo que sería el distrito de Carmen de La Legua-Reynoso. Mi abuelo José trabajó en múltiples oficios: carpintero, albañil, pintor, comerciante, etc.; fue un «mil oficios». Mi tía Teresa, su hija, lo recuerda así:

Tu abuelo José era terrible, siempre le gustaba andar bien vestido y bien perfumado, bien a la moda, a veces traía a sus amigos a la casa y se ponía a beber y a jugar casino, mientras, tu pobre abuela estaba en la cocina preparando comida para los invitados. ¡Tu abuelo era un loco!⁶

Al preguntarle a mi madre, ella recuerda:

A tu abuelo José le gustaba meterse en todo, era muy conocido en el barrio, fue dirigente vecinal y construyó la primera casa de Nuevo Callao, porque en ese entonces así se le conocía al barrio que tenía luz a base de un motor a gasolina y como tu abuelo era bien sabido, muy pronto comenzó a vender luz a las casas aledañas, cobraba por un foco y una radio de seis de la tarde a once de la noche, ya que en esos tiempos en las noches nos alumbrábamos con lamparones de querosene y eso era un poco peligroso. También se compró un burro y lo alquilaba para traer carga, en invierno, cuando no llovía en la sierra, los pozos de agua de la comunidad que se alimentaban del río Rímac se secaban y tu abuelo usaba el burro para traer agua de las fábricas de la avenida Argentina⁷.

6 Entrevista a Teresa Jaramillo Solórzano realizada por César Benjamín Jaramillo Deústua.

7 Entrevista a Rosa Luzmila Deústua Narváez realizada por César Benjamín Jaramillo Deústua.

Al indagar sobre mi abuela por parte paterna, mi madre recuerda:

Tu abuela era una mujer bien trabajadora, nunca conocí [a] una mujer así, se levantaba muy temprano y se iba a La Parada a comprar su verdura y sus frutas. Ella tenía una tienda, una de las primeras del barrio y había de todo ahí, como todos en el barrio criábamos animales, la señora Zoila vendía comida para los patos y los pollos. Una vez, el loco de tu abuelo se encontró a un niño de la calle y lo llevó a vivir con su familia y como tu abuela era muy caritativa no se hicieron problemas y lo criaron como si fuera su hijo, ese es tu tío Fernando Sánchez Albocco⁸.

2. Los padres

Víctor Alberto Jaramillo Solórzano, mi padre, nació el 15 de noviembre de 1939, en la ciudad de Trujillo. A los nueve meses de edad, junto con sus padres y hermanos mayores, viajó de Trujillo al Callao. Siempre que le preguntaba por Trujillo, me contestaba que no tenía recuerdos, que él consideraba que era chalaco, no trujillano; pero eso sí, me dijo que si una vez me preguntaban por mi apellido, que recuerde que viene de Trujillo y no de Ecuador.

Pero si había algo que lo unía a Trujillo era la militancia aprista. Solía contar historias de persecución de mi abuelo José, decía que mi abuelo había participado en la rebelión aprista de 1948, en el intento de toma del Real Felipe del Callao, recordaba que después de ese incidente su padre tuvo que ausentarse un buen tiempo del hogar y que se comunicaba con cartas que traían amigos. Nunca entablamos un debate sobre política, porque para

8 Entrevista a Rosa Luzmila Deústua Narváez realizada por César Benjamín Jaramillo Deústua.

él ser aprista era algo que había heredado de su padre y que no estaba en discusión.

Además, Víctor Alberto se jactaba de haber aprendido carpintería y albañilería, ya que desde muy corta edad ayudaba a mi abuelo José en el trabajo y tal vez por esa razón es que mi padre, al igual que todos sus hermanos, nunca hizo estudios superiores. Mi padre trabajó, desde muy joven, en la pesca. Vivió la época del boom pesquero, a mediados de los años 60, donde alternaba su vida trabajando en los puertos de Chimbote y del Callao. Cuando recordaba esa parte de su vida, se lamentaba de no haber aprovechado la plata que ganó en la pesca, decía que la plata la despilfarraba porque pensó que lo que ganaba le iba a durar toda la vida, lo que no pasó.

A mi padre le gustaba mucho el fútbol, lo practicó de manera *amateur* en un club de barrio, siempre me decía que conocía a algunos jugadores profesionales porque habían jugado junto con él. Yo solía no creerle, pero cuando preguntaba a mis tíos y tías, de ambos lados de la familia, reconocían que fue un buen jugador de fútbol, que varios equipos del barrio lo buscaban para jugar. Su afición a este deporte se completaba con su fanatismo por el club Sport Boys Association, vivió siempre pendiente de su club, seguía todos sus partidos en la radio y en la televisión. Uno de los recuerdos que más guardo de él es haberlo visto llorar junto a su radio cuando en diciembre de 1984 el club rosado ganó su último campeonato de primera división, yo no entendía muy bien lo que pasaba, tenía en ese entonces cuatro años de edad.

Rosa Luzmila Deústua Narváez, mi madre, debe su primer nombre a la fecha de su nacimiento, el 30 de agosto de 1943, y su segundo nombre se lo debe a mi bisabuela materna, la madre de mi abuelo César. Rosa vivió en el barrio de Carmen de La Legua-Reynoso en el Callao, estudió Administración de Empresas en la Universidad Nacional Federico Villarreal y trabajó en el área de

ventas de una empresa minera hasta obtener su jubilación anticipada producto del cierre de esta empresa durante los años 90.

Mi madre conoció a mi padre porque eran vecinos, ya que vivían en la misma cuadra del barrio. Cuando se enamoraron mis padres, mi abuela materna se opuso a la relación, no aceptó que su hija profesional se comprometiera con un pescador. Mi tía Mercedes, hermana mayor de mi mamá, me contaba que mi abuela no podía ver a mi padre, ella hubiera querido que su hija se case con un hombre profesional y eso era todo: nunca aceptó la relación. Tuvo que fallecer mi abuela para que mi padre pida la mano de mi madre a mi abuelo y se pudiesen casar.

Antes de casarse, mi madre le pidió a mi padre que busque una casa donde vivir. En esos tiempos, durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado, se había construido la urbanización Ciudad del Pescador, un proyecto habitacional que beneficiaba a los pescadores mediante sorteo público. Mi padre tuvo la suerte de salir sorteado y adquirir una casa para la familia Jaramillo Deústua.

3. Los hijos

Yo, César Benjamín Jaramillo Deústua, nací el 19 de marzo de 1980, en Lima, debo, como dije antes, mi primer nombre a mi abuelo materno, y el segundo nombre se lo debo al segundo nombre de mi abuelo paterno. Estudié en un colegio católico privado la primaria y la secundaria. Y lo más importante que me dio ese colegio fue un cuestionamiento a la fe católica y el primer paso para convertirme en ateo.

Al término del colegio, estudié una carrera técnica y trabajé en el sector público como técnico administrativo. En esos tiempos, no estaba en mis planes seguir estudios superiores; pero, animado por compañeros de trabajo, decidí prepararme y postular

a la universidad. Fue en esas clases de preparación, en una academia del centro de Lima, que revivió mi interés por la historia. Sin embargo, sentí que no encajaba con el ámbito laboral en el que me desarrollaba, así que decidí postular e ingresé a la carrera de Administración en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).

Cuando solía asistir a clases de Administración y pasaba por la Facultad de Ciencias Sociales, recordaba esa vocación por la carrera de Historia, a la cual parecía que me había resignado a renunciar. Hasta que un día, me decidí a postular a Historia y, siendo sincero, a esta altura de mi vida, considero que el legado más importante de mis padres es hacer todo lo contrario a lo que ellos me decían que debía hacer.

Mi abuelo decidió retomar su apellido: Kuroki

Raúl Alberto Kuroki Tupayachi

Código: 14150011

En el presente texto mostraré, gracias a una serie de entrevistas y conversaciones, algunos aspectos relacionados con las generaciones de mis abuelos y padres. En el caso de estas dos, insistiré en la relación que sus integrantes tuvieron con las respectivas coyunturas políticas y económicas que les tocó vivir. A la de mis abuelos la ubicaré en un periodo que va desde la década del 30 hasta fines de los años 50, y a la de mis padres, desde la década de los 50 hasta los 90. Por último, intentaré hacer un análisis de las principales características de la generación a la que pertenezco.

1. Abuelas y abuelos

Mi abuelo paterno, Luis Alberto Kuroki Martínez, nació en Ica, en 1939. Su padre fue un inmigrante japonés, Torao Kuroki, que llegó al Perú pocos años antes de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Su madre fue Albertina Martínez, nacida también en Ica, descendiente de inmigrantes chilenos. Al nacer mi abuelo, su madre Albertina decidió firmarlo con otro apellido, Curotto, probablemente tomado de algún descendiente italiano de la zona, adelantándose a las futuras persecuciones contra la población nipona en el Perú, ordenadas por el gobierno de Manuel Prado Ugarteche, como consecuencia de las alianzas y acuerdos establecidos durante la Segunda Guerra Mundial. Otra

razón importante, de naturaleza diferente, por la cual mi abuelo no fue firmado con el apellido Kuroki fue porque sus padres, por razones que desconozco, no mantuvieron una relación de pareja duradera.

Pasada la Segunda Guerra Mundial, debido a problemas internos en la reducida familia Kuroki en Ica¹, mi abuelo no quiso volver a retomar el apellido Kuroki por varios años. Es recién a inicios de la década de los 90, años en los cuales el Perú de nuevo tuvo grandes oleadas migratorias, que mi abuelo decide «corregir» su apellido. Esto se debe a que algunos de sus hijos deciden viajar al Japón por motivos laborales y les era importante demostrar que tenían ascendencia japonesa para obtener la visa rápidamente. Mi abuelo falleció en 2009, en Ica.

Mi abuela paterna, Carmen García Chonta, nació en la ciudad de Puquio, en el departamento de Ayacucho, en 1943. Fue hija de Fernando García, quien se dedicaba a la agricultura y al comercio, lo que lo llevó a desarrollar vínculos comerciales con negociantes iqueños debido a la cercanía geográfica. Es así que mi abuela se traslada a Ica por motivos económicos y sociales. En esta ciudad es donde conoció a mi abuelo, Alberto Kuroki, y en donde contraerían matrimonio. Ella se dedicaría al cuidado del hogar y de sus hijos, tradición que aún estaba muy arraigada en provincias. Viviría desde entonces en Ica con viajes esporádicos a su tierra natal.

Habiendo mostrado los datos principales de la vida de mis abuelos paternos, se pueden deducir algunas cosas: en primer lugar, que existieron migrantes japoneses en Ica; en segundo lugar, que el estallido de la Segunda Guerra Mundial conllevó al ocultamiento del apellido Kuroki en esta ciudad; y, finalmente, que la cercanía geográfica entre los departamentos de Ayacucho e

1 Hay algunos que llevan el apellido Kuroki en el norte del país, más exactamente en la ciudad de Trujillo, probablemente descendientes de familiares directos de mi bisabuelo, Torao Kuroki, quienes llegaron a trabajar en haciendas azucareras.

Ica permitió una fluida migración de Ayacucho a Ica, del campo a la ciudad.

Mi abuelo materno, Edgar Raúl Tupayachi Borda, nació en la ciudad del Cusco, en 1930. Su padre, Porfirio Tupayachi, fue un comerciante cusqueño². Su madre, Cecilia Borda Cotardo, quien era descendiente de italianos instalados en el Cusco, fue ama de casa, como se acostumbraba en aquellos tiempos. Con respecto al apellido, se sabe que tiene su origen en el Alto Perú, además, muy posiblemente el apellido sea de la lengua quechua³. Toda su etapa escolar la cursó en el Cusco. Decidió estudiar Odontología en el extranjero, por lo cual viaja a Argentina, pero por problemas en el visado no le permitieron estudiar en la Universidad de Buenos Aires. Regresa al Perú para postular a la Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco, donde ingresa, pero debido a que en la UNSAAC no existía la mencionada especialidad, se traslada a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, para seguir Odontología. En la ciudad de Lima conoce a mi abuela, Clara Díaz, y contraen matrimonio. Se traslada a Pisco en la década de los 60 y se une a la masonería. Vive allí hasta la actualidad.

Mi abuela materna, Clara Berta Humildad Díaz Espinoza, nació en la ciudad de Pisco, en 1932. Su infancia transcurrió en este lugar. Perdió a temprana edad a su padre, Samuel Díaz, a causa de ello, sus hermanos mayores tuvieron que trabajar para mantener a la familia. Aquí se inició la relación entre la familia Díaz con el partido aprista peruano. Esto también refleja la poderosa influencia que mantenía el APRA en las clases medias y bajas en la década de los 40. No obstante, mi abuela no fue una militante visible del partido de la estrella. Decidió, más tarde, seguir estudios superiores y para esto decide viajar a la ciudad de

2 También existe relación familiar entre mi abuelo y Rubén Tupayachi Solórzano, líder guerrillero del Frente Pachacútec del MIR, en la década de los 60. Sin embargo, mi abuelo nunca se inclinó hacia la izquierda política.

3 Existen personas que afirman que el apellido Tupayachi no es quechua, sino que podría ser de origen puquina.

Lima para postular a la Universidad de San Marcos, ya que en el departamento de Ica aún no existía universidad⁴. Logra ingresar a esta casa de estudios, graduándose de profesora en la especialidad de Educación Física. Es en la ciudad de Lima en donde se casa, para luego volver al terruño, Pisco. Falleció en 2007, poco tiempo antes del terremoto.

Al aproximarnos a la historia de mis abuelos maternos, se pueden notar algunas cosas, como la importante presencia del partido aprista peruano durante su generación y la progresiva descentralización de la educación superior.

2. Mis padres

Mi madre, María Cecilia Tupayachi Díaz, nació en la ciudad de Pisco, en 1963, siendo la segunda hija del matrimonio de Clara Díaz y Raúl Tupayachi. Toda su etapa escolar la realizó en Pisco, en un colegio nacional. Al terminar su secundaria, decide estudiar Educación. Para ello ingresa a la Universidad Nacional San Luis Gonzaga de Ica, en la cual existía una fuerte presencia política izquierdista. Esta inclinación política quizá es consecuencia de la cercanía geográfica entre Ayacucho e Ica⁵. Es allí donde conoce a mi padre. Se casaría con él en 1992, para luego migrar a Lima, en 2007.

Mi padre, César Augusto Kuroki García, nace en Ica, en 1962. Fue el segundo de nueve hermanos. Estudió toda su etapa escolar en esta ciudad, recibió una educación marcada por el modelo educativo del régimen militar velasquista. Realizó estudios superiores en Docencia y Medicina, especializándose en

4 La Universidad Nacional San Luis Gonzaga de Ica fue fundada recién en 1955.

5 Varios alumnos de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, quizá para cumplir trabajos de captación política de alumnos, se trasladan a la Universidad Nacional San Luis Gonzaga de Ica.

Rehabilitación, en la Universidad Nacional San Luis Gonzaga de Ica. Él relata cómo durante su estadía en dicha universidad se percibió una tranquilidad gracias a las políticas del régimen fujimorista. Realizó sus prácticas preprofesionales en la ciudad de Chincha. Durante esta etapa de su formación profesional, contrae matrimonio y se muda, junto con su esposa, a Pisco. Fue transferido a Lima, al Instituto Nacional de Rehabilitación Dra. Adriana Rebaza Flores, y a causa de esto se traslada a la capital, junto con su esposa e hijos, en 2007.

Se puede ver cómo esta segunda generación estuvo marcada por la reforma educativa de 1972 del Gobierno del general Juan Velasco Alvarado, por el futuro surgimiento del conflicto armado interno y por el Gobierno fujimorista.

3. Los hijos

Nací en la ciudad de Pisco, en 1996. Me bautizaron con los nombres de Raúl Alberto, en homenaje a mis abuelos. Soy el segundo de cuatro hermanos. Mi infancia la viví en el distrito de San Andrés, en la casa de mis abuelos. Mis primeros años escolares los hice en Pisco, en el colegio particular René García Castellano, casa de estudios de la FAP. Recuerdo que era una época en la que se percibía cierta tranquilidad política. Me trasladé junto con mi familia a Lima en 2007, unos meses antes del terremoto. Vivo actualmente en el distrito de Jesús María. Terminé mis estudios escolares en Lima, en 2012, en el colegio Saco Oliveros, e ingresé a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), en 2014.

Finalmente quisiera indicar que ahora, a los inicios de un nuevo siglo, el XXI, la población tiene la percepción de que los colegios particulares son mejores que los públicos, quizá como consecuencia de las políticas neoliberales aplicadas en los 90, que

han priorizado lo privado, o como resultado de lo que realmente sucede en la educación peruana. Finalmente, se ve cómo, aún hoy día, se mantienen muy activas las migraciones de provincias a la capital, como fácilmente se puede constatar por el crecimiento de Lima y de sus problemas.

Se ha perdido la tradición de bailar kachampa

Jeison Raúl López Aucatínco

Código: 15150006

El presente trabajo, basado en la memoria familiar, es una aproximación desde el método histórico que plantea José Ortega y Gasset, en su libro *En torno a Galileo* (1984): el método de las generaciones, para lo cual he recurrido a la participación tanto de abuelos como de padres y de mí mismo. Trataré de ver cómo determinados hechos históricos han repercutido en la vida de estas tres generaciones, cada una de ellas marcada por una circunstancia determinada que supuso un viraje en sus modos de pensar, sus formas de laborar y en las nuevas relaciones que mantendrían con sus congéneres. También me apoyaré en los conceptos teóricos que proporciona Edward H. Carr, en su libro *¿Qué es la historia?* (1978), como *hecho histórico*, *causalidad* y *la idea del progreso*.

Pretendo ahondar un poco más en la generación de los abuelos por el hecho de que ella pertenece a otro contexto, muy distinto al mío. Comparto la idea de que la ciencia y la tecnología han cambiado sustancialmente la vida de las personas. Hace 50 años, quién hubiese imaginado que se podría mantener comunicación simultánea con personas al otro lado del mundo. Nuevas redes de comunicación posibilitaron todo este complejo evento, muy normal en nuestro tiempo, utópico quizás para nuestros abuelos. Quiero empezar hablando acerca de esta generación, además de seguir el orden familiar, que contiene la peculiaridad de ser parte de dos circunstancias tan diferentes y complementarias a la vez, ya que no se podría hablar de lo que es el hoy sin

dejar de mencionar lo que fue el ayer, en donde se gestó gran parte de nuestro contexto actual.

El Perú de la década de los 50 está marcado por el segundo gobierno de Manuel Prado Ugarteche, que va de 1956 a 1962, y el primer gobierno de Fernando Belaunde Terry, este último régimen iría de 1963 a 1968, en el cual encontramos la presencia de las primeras guerrillas subversivas, como el MIR, liderada por Luis de la Puente Uceda, también se implementó la gratuidad de la educación en todos los niveles, a la vez que se daba el fomento y la construcción de viviendas, represas y carreteras, entre las que destaca la Marginal de la Selva, que hoy por hoy lleva el nombre Fernando Belaunde Terry. La región sur andina no fue ajena a estos eventos. «Fue por esa época que mi papá estaba trabajando para COPESCO, así como él, muchos de sus compadres trabajaban construyendo carreteras, ¿te acuerdas de la pista que está en el Ñusta? Tu abuelo trabajó ahí pues»¹.

1. Los abuelos

De esta forma quiero dar inicio a la generación de mis abuelos por línea materna. Gumersindo Auccatinco Becerra nació el 13 de enero de 1945, en el distrito de Pisac, uno de los ocho que conforman la provincia de Calca, ubicada al noroeste de la capital del Cusco, que lleva ese mismo nombre. La información referente a su niñez y adolescencia es casi nula, la memoria falla al querer recordar parte de esta etapa de su vida, lo que sí puede afirmarse, por otro lado, es que vivió toda su vida en este distrito, además de haber logrado concluir solo la primaria, aunque se desconoce las razones por las cuales no siguió estudiando, ya que

1 Entrevista a Ronald Auccatinco Villares realizada por Jeison Raúl López Auccatinco. 2 de noviembre de 2017.

era hijo único. A modo de hipótesis podría decirse que el nivel secundario no existía en el pueblo o que tenía limitaciones económicas que no le permitieron seguir estudiando; aunque, opto por la primera explicación, ya que, según relatos de la generación de los padres, el abuelo de Gumersindo se había hecho con grandes extensiones de chacra y un lote cercano a la plaza central, por lo cual su infancia habría transcurrido en labores agrícolas y crianza de animales, muy probablemente.

Respecto a su tan peculiar nombre, este se debió al Día de San Gumersindo, fecha misma de su nacimiento. Su compañera de toda la vida, por otro lado, Sebastiana Villares Choque, nació el 25 de febrero de 1952, en Acomayo, ubicada al sureste de Cusco, y desde entonces su vida transcurriría en una constante lucha por sobrevivir: su madre había fallecido al concebirla y su padre, en un momento de desesperación, cuenta la propia Sebastiana, la dio a otras personas y estas a otras más, hasta que llegó —ya niña— a trabajar en una hacienda y de esta a otra, y así constantemente. Esto quizá sea algo muy cercano a lo que menciona Ortega y Gasset respecto a que la vida es drama, la vida es una radical inseguridad, por lo cual siempre se trata de hacer lo que sea con tal de asegurar nuestra vida; interpretar el mundo, como diría él, interpretar nuestra circunstancia para poder vivir. «No tenía nada más que hacer, ¿a quién pedía [podía pedir] ayuda? A cada hacienda que iba tenía que trabajar nomás, pero tampoco es que haya sido feo todo, por ser niña también me tenían consideración y comida no faltaba felizmente»².

Producto del constante trabajo llegó a establecerse con una tía en Pisac, hacia 1965, ahí siguió dedicándose a las labores domésticas en las haciendas y también en la chacra. Fue producto del arduo trabajo que se inhabilitó de poder estudiar siquiera la

2 Entrevista a Sebastiana Villares Choque realizada por Jeison Raúl López Aucatincó. 29 de octubre de 2017.

primaria; pero eso no impidió que aprendiera el castellano, ya que lo aprendió precisamente en las haciendas donde laboraba. El origen de su nombre es desconocido, ni ella misma recuerda, por lo que sobre la onomástica no puedo agregar nada más. Como era común en aquellos tiempos, al parecer, las parejas se formaban de un varón adulto y una mujer muy joven. Tanto Gumersindo como Sebastiana fueron testigos de esos procesos, él tenía 22 años cuando se casó con ella, quien tenía 15, y de manera muy distinta a la idea tradicional, en la que el varón trabaja y la mujer cuida a los hijos, ambos contribuían para el hogar. Gumersindo, quien había sido parte del ejército, trabajaba por esos años para COPESCO en la construcción de carreteras, mientras que Sebastiana empezaba su típico negocio de venta de panes y chicha de jora por el puente que se levantaba sobre el río Wilcamayu, en el Valle Sagrado de los Incas.

Con el paso del tiempo llegaron a tener cinco hijos, de los cuales uno falleció siendo bebé. Quisiera detenerme en este punto para explorar más en la onomástica de los hijos o lo que también podría mencionarse como la generación de los padres. El primero de ellos fue Celso —iré mencionado a cada uno en forma cronológica—, nacido el 28 de julio de 1969, sus hermanos coinciden en que su nombre está influenciado por el calendario y, aún más que eso, debido a la figura de un tal Celso Ureña, un vecino de Pisac de aquel tiempo, de quien se decía era un caballero intachable. Lourdes nació el 16 de agosto de 1971, los orígenes de su nombre se desconocen. Armando nació el 19 de enero de 1973, tal parece que su padre tenía simpatía por Armando Villanueva del Campo, líder del APRA, de quien tomó el nombre. Ronald nació el 5 de diciembre de 1975, respecto a su nombre no se sabe mucho, más bien se da la peculiaridad de que Gumersindo lo llamaba más como Lato, jugador de la selección de fútbol de Polonia por las décadas del 70 y 80.

Sobre la línea materna hay algo sobre lo que pondré énfasis y es el asalto a la comisaría de Pisac, en abril de 1989, perpetrado por huestes de Sendero Luminoso, debido a que en la Pisac de aquellos años, el fenómeno subversivo había pasado desapercibido y lo mucho que se sabía, según Sebastiana Villares, era por los relatos y cartas de personas migrantes en la capital que enviaban a Pisac. Precisamente, fueron Sebastiana Villares y Gumersindo Auccatinco testigos cercanos de este hecho, quienes, así como otras personas, tenían un negocio en las afueras de la comisaria que colindaba con el puente que unía la carretera Pisac-Cusco. Ellos guardan una interpretación diferente a la de los demás: «La gente decía que los terrucos habían venido por el policía recién trasladado, que había venido de Abancay y al final lo terminaron matando»³.

Tanto Ronald como Armando, niños en ese entonces, habían oído al parecer que el objetivo había sido el robo de armas, una forma de abastecerse de los terroristas para proseguir con su ruta a quién sabe dónde. Queda demostrado con ello que probablemente unos exageraron más que otros, mientras que otros habrán tratado de dar una explicación totalmente fiel a lo que pasó. En este sentido, y siguiendo lo dicho por Edward H. Carr (1978), los hechos históricos, como este, proceden en buena medida de testimonios personales, los mismos que sufren una reinvención al pasar a través de la subjetividad del testigo o transmisor original, quien para este caso es Hugo Calderón, policía en retiro, que quedó herido permanentemente en el brazo tras saltar del segundo piso de la comisaría para proteger su vida, y de quien procede lo dicho por Ronald y Armando.

Tras tal acontecimiento, se vivió un ambiente de desconfianza en el pueblo, la preocupación de que se suscitara otro hecho

3 Entrevista a Sebastiana Villares Choque realizada por Jeison Raúl López Auccatinco. 29 de octubre de 2017.

como este ponía los pelos de punta, sobre todo a los mayordomos de la festividad de la Virgen del Carmen, fiesta que estaba muy próxima a realizarse, entre el 15 y el 18 de julio; pero, con todo ello, esta se llevó a cabo, y como era costumbre dentro de la familia que había formado Gumersindo y Sebastiana, tal vez debido a su catolicismo, toda la generación de los padres, sin excepción, danzaron kachampa, danza guerrera a la cual se le guarda gran estima dentro de esta familia. Cabe decir que cuando muchos de la generación de los padres, por línea materna, emigraron a Lima, no perdieron sus costumbres y, así como en Pisac, bailaron en la capital cada quincena de julio en las fiestas patronales que se organizaban en el local Qoylluriti de la avenida Tacna.

Dando paso a la línea paterna, la generación de los abuelos viene dada por Federico López Acrecio, nacido el 12 de junio de 1945, en Santa Rosa, Melgar, provincia de Puno, y por Aurelia Sulca, nacida el 13 de noviembre de 1947, en la zona de Cotobamba, Cuyo Chico, en la que muchos años después se establecería junto con Federico, en 1967. Como puede verse, estos nombres no suelen ser muy comunes hoy en día, de igual forma que Gumersindo y Sebastiana. No es imposible hallar nombres así en estos tiempos, es solo porque las tendencias por las cuales se nombraban así a las personas ya no son tan influyentes. Respecto al porqué de sus nombres, no se sabe con exactitud, dado que la memoria falla al tratar de recordar. Dejando de lado ello, pasaré a explicar de qué forma se llevaba a cabo esta pareja. Este caso del cual voy a pasar a explicar muestra un poco la típica idea que se tiene respecto a las relaciones en pareja que se manifiestan en los lugares más recónditos de nuestra sierra andina, aquella que muestra un alto grado de machismo y de violencia doméstica. Aunque primero que nada quisiera explicar las razones tras lo que he venido mencionando. Federico era algo parecido a una víctima y victimario de aquel sistema de relaciones altamente machista. Desde muy joven, en su natal Puno,

había sido víctima de constantes abusos por parte de su padre, las constantes golpizas motivaron una posible huida de su hogar, el abuso cometido a sus hermanas y a su madre lo alentaron cada vez más. Raúl López Sulca, perteneciente a la generación de los padres, explica:

Tu abuelo me contaba cómo a veces lo trataba su papá, ese era un hombre de carácter fuerte, terco, muy intimidante con la mirada, y cuando se ponía ebrio era peor, más que tu abuelo. Mi abuelito tenía grandes extensiones de tierra baja en Santa Rosa, para criar vacas, ovejas, ganado de todo tipo y tenía un caballo que lo usaba para corretear a mi papá cada vez que se enfurecía⁴.

Tanto habrá sido el descontento que, sin pensarlo dos veces, mi abuelo logró escapar de su casa y de las comodidades que esta le ofrecía. Es así que emprende un largo viaje, a los 16 años, según cuenta mi padre, pasando por Paucartambo, Cusco, hasta llegar a Pisac, tras un par de años de largas caminatas. En todo ese recorrido se había alimentado con la ayuda de los tantos campesinos que conoció. Cuenta que muchas noches durmió en cuevas a la intemperie y expuesto al peligro que presentaban los animales salvajes. Fue en 1962 que llegó a Pisac, ahí tenía una hermana que lo ayudó con lo que podía. Las condiciones en las que llegó, sin nada de dinero y con poco apoyo familiar, le limitaban la posibilidad de quedarse en Pisac, por lo cual se estableció en Cuyo Chico, tras comprar unos terrenos en la zona conocida como Masca, lugar donde conocería a Aurelia, pasando a formar una familia numerosa de pocos hijos varones, ya que en su mayoría eran mujeres, siendo nueve en total.

4 Entrevista a Raúl López Sulca realizada por Jeison Raúl López Aucacatino. 30 de octubre de 2017.

Mencionaba que Federico fue víctima y victimario de tales relaciones sociales debido a que, cuando formó su propia familia, parecía volver a producirse lo mismo que en Santa Rosa, el machismo y los abusos domésticos no eran propios de él, muchos de sus compadres exhibían exactamente el mismo comportamiento: el respeto a la figura paterna lo era todo, contradecir tan solo en algo suponía ganarse una paliza o permanecer hambriento durante el día, es así que se desarrollaban las relaciones familiares, teniendo como base el miedo.

2. Los padres

La generación de los padres, siguiendo la línea materna, ya muestra ciertas diferencias respecto a la generación de los abuelos⁵, en gran parte debido al contacto con un nuevo espacio como lo es Lima, el cual los llevó a modificar parte de sus creencias religiosas, tanto así que algunos llegaron a considerarse ateos, como el caso de Ronald, producto de una mayor aproximación a la ciencia durante su estancia en la universidad, la cual no concluyó debido al poco financiamiento económico. A pesar de ello, tanto Lourdes como Armando y Ronald, si bien era larga la distancia que los separaba de Pisac, no se alejaron nunca de sus tradiciones; en ello influyó quizá mucho Celso, quien mantenía la idea de que no había excusa para salir adelante si eso involucraba olvidarse de dónde venía uno, es decir, sintiéndose avergonzado por la condición de provinciano.

De los cuatro hermanos solo he podido conversar con tres debido a que Celso falleció, los demás (Lourdes, Armando y

5 El proceso de migración en esta familia se había dado a finales de los 80 y durante gran parte de la década de los 90. Lo que impulsó tal proceso fue lo que comúnmente suele mencionarse: mejorar las condiciones de vida, la esperanza de establecerse y conseguir una vivienda en Lima, en otras palabras, buscar el progreso.

Ronald) mantienen una idea similar respecto al progreso, quizá debido a que no pudieron consolidarse del todo cuando llegaron a Lima. El progreso en sus formas de pensar está muy asociado a la idea de que sus hijos alcancen el nivel universitario, puesto que este ofrece más ofertas y mejores condiciones laborales que a un trabajador independiente, que es como siempre ellos se han realizado; además, porque era la forma como se piensa en algunas regiones de los Andes: el modo de acceso a un mejor *status* social es por medio de la educación.

Pasando a otro punto, quiero hablar acerca de los otros tipos de relaciones que se contemplaban entre los habitantes de Pisac y Cuyo Chico, a inicios de la década de los 80, de las cuales fue testigo Raúl López Sulca, perteneciente a la generación de los padres siguiendo la línea paterna, durante su adolescencia. Pisac concentra una gran cantidad de personas, debido a que esta se mantiene como zona turística, siendo las ruinas de Intihuatana entre sus mayores exponentes, el pueblo mismo resulta atractivo dado que celebraciones, como la festividad de la Virgen del Carmen, atraen más y más turistas. Puede decirse que Pisac mantiene un ritmo creciente respecto a su economía y a la tecnología, muy a diferencia de otros pueblos que no gozan de las mismas características que este. Cuyo Chico es una prueba de ello y no es que no tenga nada que ofrecer a los extranjeros, puesto que lo tiene, sino que el mayor flujo comercial y las actividades comerciales más rentables se hallan en Pisac. Su padre, Federico, como jefe de familia, trabajaba parte de su ganado y cosechas para venderlas en las ferias que se daban en Pisac, como cualquier otro campesino de su entorno. Lo acompañaba siempre Raúl, ya que era el hijo mayor, ya en las ferias él podía percibir cómo había gente que desdénaba y hablaba a espaldas de los que venían de Cuyo Chico, tratándolos despectivamente. Fue precisamente el hecho de que se lo mencionara como recién *bajadito*, cholito, lo que causó cierta confusión, dado que muchos de los que lo lla-

maban así era gente que conocía y que no difería mucho de él, lo único diferente eran unos pantalones jean y zapatillas deportivas, expresión de la alienación, como comenta Raúl López Sulca.

Un ambiente así, cargado de un peculiar racismo, constantes palizas y abusos del padre, exigió que la historia se vuelva a repetir. Tal como su padre, Raúl —hijo mayor de Federico, nacido el 11 de noviembre de 1973, cuyo nombre tiene un origen que él mismo desconoce— partió para Lima en 1988, junto con un hombre que le prometió trabajar en artesanía y educación, pero que pasado el tiempo nunca cumplió y en vez de ello se establecieron relaciones de explotación. Había llegado a los 15 años con altas expectativas sobre Lima, sus calles relucientes, su bella plaza de Armas y una catedral que hacía sonar una campana cada determinado tiempo; pero las expectativas se derrumbaron cuando llegó al distrito de San Martín de Porres, todo desordenado y con montones de basura apilados en las calles a la vista de todo el mundo. Su llegada fue parte del proceso de invasiones que se daba por la zona comprendida entre las avenidas Tomás Valle y Angélica Gamarra, terrenos que hacía no mucho formaban grandes extensiones de chacra, según cuenta él. A pesar de ello, era preferible amoldarse a esta nueva circunstancia que seguir viviendo una realidad demasiado agobiante.

3. Los hijos

Termino por hablar de la última generación, a la cual pertenezco. Nací un 12 de julio de 1995, llevo por nombre Jaison, que obviamente no guarda relación alguna con los nombres de mis generaciones anteriores, no hubo influencia de un calendario ni mucho menos llevo el nombre de mis abuelos, a excepción de Raúl, nombre de mi padre, quien se relacionó con Lourdes Aucatinco Villares. Las circunstancias en las que me encuentro son muy

distintas a las que vivieron la generación de los abuelos y, en parte, la de los padres. Vivo en un contexto de mayor tolerancia y aceptación respecto a modas, música, relaciones amorosas; además, hay nuevas formas de comunicación entre padres e hijos, el acceso a las tecnologías de la información y la comunicación ha puesto mucha información al alcance de las manos de distintos grupos sociales y poblaciones, hasta las más lejanas, como Cuyo Chico y otras.

Las condiciones económicas son distintas a las del ayer y eso libra de la preocupación por generar dinero y contribuir al hogar para dar paso a preocupaciones ahora más importantes, como es el labrar una carrera universitaria. Podría decir que si existe algún legado es precisamente ello, la preocupación por tener una vida mejor gracias a los estudios superiores, mientras que si hay algún legado que se ha perdido, este es la tradición de bailar kachampa, la generación de los abuelos y, más aún, la de los padres por línea materna han pasado por aquella experiencia en más de una ocasión, mientras que en mi caso, aquello no ha sucedido ni una sola vez, dado que asuntos familiares más urgentes provocaron el alejamiento de las festividades de la Virgen del Carmen por más de una década. Por otro lado, a diferencia de las generaciones anteriores, el catolicismo en mí ya no está tan arraigado como en las dos generaciones anteriores, la concurrencia a las iglesias hoy por hoy es nula y la única explicación para ello es el acercamiento a libros, las sesiones académicas en la universidad y los avances en la ciencia. Sencillamente, el mundo del ayer no es el de hoy, las circunstancias han cambiado y el modo de afrontarlas, también.

«Los “camaradas” entraban a los salones, interrumpiendo las clases»

Luis Enrique López Lucana

Código: 15150018

El objetivo del presente trabajo es realizar una breve narración sobre mi historia familiar analizando tres generaciones contemporáneas, la de los abuelos, los padres y los hijos. Se seleccionarán aquellos hechos de carácter histórico que hayan repercutido en mayor medida en la vida de estas generaciones y el impacto directo o indirecto que pudiesen haber tenido en las mismas. Este trabajo se realizó a partir de diversas entrevistas, donde cada entrevistado fue consultado para que muestre su percepción, interpretación y valoración de cada uno de los diferentes momentos que vivieron, relacionados a un hecho histórico trascendente.

Como apoyo para el presente trabajo, se consultaron diversas obras históricas y metodológicas. Primero, se tomó como referencia las concepciones de Edward H. Carr, en su libro *¿Qué es la historia?* (1978), sobre la idea de progreso, los hechos históricos y la causalidad en la historia; a su vez, los aportes de José Ortega y Gasset (1984) sobre el esquema de las crisis; y la ideas del intelectual español Julián Marías (1949) sobre las generaciones y su legado. Finalmente, se consultó el libro de Tzvetan Todorov, *La experiencia totalitaria* (2010), para comprender mejor el papel de la memoria y su relación con los procesos históricos. Por último, se tomaron como base todas las pautas y recomendaciones presentadas por el profesor a lo largo de las sesiones del curso Teoría de la Historia.

1. Los abuelos

El abuelo paterno es Andrés López Flores, quien proviene del distrito de Paclas, Amazonas. Nacido el 25 de noviembre de 1939, se dedicó desde muy pequeño, junto con sus hermanos, a trabajar en la chacra que poseía su padre José López Oxolón y su madre Anaclata Flores Villatiza. Su grado de instrucción es de primaria completa. La muerte de su padre a la temprana edad de 50 años, el abandono de su madre y otros factores motivaron que Andrés decida buscar un mejor futuro en Lima, por lo que migró a la capital en la década del 50. La razón por la que emprendió este viaje fue, según sus propias palabras: «No había manera de progresar en mi tierra»¹. Terminó asentándose en la zona de Zarumilla, San Martín de Porres.

La abuela es Clementina Vásquez Bocanegra, natural del centro poblado Chaupi, ubicado en el distrito de Bolognesi, provincia de Pallasca, en la región Áncash. Nació el 21 de noviembre de 1944 y sus padres fueron Joaquín Vásquez Castañeda e Inés Bocanegra Izaguirre. Su grado de instrucción es de primaria incompleta, debido a que en 1956, a la edad de 12 años, fue traída por sus hermanos Lorenzo y Francisco Vásquez a la capital, al distrito de San Martín de Porres, para que se encargue de labores domésticas, mientras ellos trabajaban como comerciantes en el mercado mayorista de La Parada. Decide establecerse en Lima totalmente al encontrar un trabajo de empleada y cocinera en una vivienda y gozar de un buen sueldo. Andrés y Clementina tuvieron cinco hijos: Carlos Andrés, Nancy, Magdalena (fallecida), Enrique Aldo y Jorge Luis.

Andrés López y Clementina Vásquez se conocieron en el distrito de San Martín de Porres. Inicialmente la negativa de los hermanos Lorenzo y Francisco Vásquez impidió que ambos

1 Entrevista a Andrés López Flores realizada por Luis Enrique López Lucana.

podieran estar juntos, pues no querían que su hermana menor abandonara la tarea para la cual había llegado a Lima en primer lugar, recurriendo a la violencia incluso. Al parecer, la mentalidad de los hombres de aquella época parece no diferir mucho de lo que algunos hacen actualmente.

Luego de un prudente tiempo de convivencia, contraen matrimonio civil, en 1964. Se establecieron en un cuarto alquilado cerca al puente Dueñas, en la Av. Perú. En 1968, Clementina se encontraba pagando mensualmente a una cooperativa de terrenos para adquirir una propiedad en la zona de Puente Nuevo. La causa principal de que no adquiriera dicho terreno, y se asentase en el distrito de Comas, fue la falta de colegios, pues su hijo mayor, Carlos Andrés, estaba en edad escolar. Llegan a Comas en la oleada de invasión de 1970, al pueblo joven Año Nuevo, llamado así porque se fundó oficialmente en la víspera del 1 de enero de 1969, y es donde residen hasta el día de hoy.

El matrimonio López Vásquez recuerda haberse establecido ya en Año Nuevo cuando sucedió el golpe militar encabezado por Juan Velasco Alvarado al gobierno de Fernando Belaunde Terry. Clementina manifiesta que tanto ella como la población en general estuvieron de acuerdo con la medida de las Fuerzas Armadas, debido a que el Gobierno era desastroso y no poseía autoridad para lidiar con los problemas del país. Por su parte, Andrés refiere que la reforma agraria era necesaria para solucionar la situación del campesinado y que los hacendados y terratenientes se merecían el despojo de sus tierras por los abusos que cometían. Un detalle que mencionaron es que el SINAMOS fue quien contribuyó en el proceso de lotización en Año Nuevo, por lo tanto, los pobladores entusiasmados y en honor al presidente nombraron a la avenida principal Juan Velasco Alvarado.

El trabajo de Andrés estaba repartido entre sus horas en la empresa Brown Boveri Industrial Canepa Tabini (BBICT), donde era pintor y además líder sindical, ocupando el cargo de secreta-

rio general. También tenía el oficio de carpintero, en el cual lo asistía únicamente su hijo Enrique. Andrés estuvo presente en el Gran Paro Nacional del 19 de julio de 1977, con la movilización que partió desde Lima norte hacia el centro de la capital. Aquella jornada acabó con la muerte de tres manifestantes.

Al ser consultados acerca del primer gobierno de Alan García Pérez, ambos concuerdan en que sus vidas pasaron de una situación estable y tranquila a una situación crítica. Además de la hiperinflación, las largas colas por el desabastecimiento de alimentos, etc., hubo un problema que afectó totalmente a la familia López Vásquez y que la dejó en una situación lamentable. El intento de la estatización de la banca en 1987 y el congelamiento de las cuentas en dólares los afectó, pues tenían una cuenta de ahorros con diez mil dólares en el Banco de Lima, que habían reunido con muchos años de trabajo. Según el testimonio de Clementina, aquel dinero se perdió en su mayoría². A pesar de que muchos estudiosos señalan que el intento de la estatización de la banca no tuvo efectos tan nocivos para el Perú, hubo pequeñas familias —como en este caso— que se vieron seriamente afectadas. La situación que vivió la familia a partir de ese momento fue terrible y pasaron muchas penurias debido a que la situación del país era desoladora.

La familia logró salir adelante a pesar de estas dificultades. Andrés y Clementina trabajaron para que sus hijos pudieran salir adelante a través de la educación. Su hijo mayor, Carlos, y el menor, Jorge Luis, culminaron estudios superiores en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) y en la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), respectivamente. Tras la conversación con Andrés y Clementina, y tras hacer memoria

2 Según Clementina, la tasa de cambio para ese momento era aproximadamente de un dólar por 27 intis. Por disposición del Gobierno y la devaluación de la moneda, la devolución se realizó con una tasa de un dólar por tres intis, significando una pérdida inmensa.

sobre momentos determinados en la vida familiar, comprendí que la manera en que ambos conciben la idea del progreso es en relación con la educación, como único camino para el éxito y la superación personal. Aunque ambos no pudieron educarse, ven a la familia como su máximo logro y desean que todos sus miembros puedan superar lo que ellos hicieron. Aunque no lograron que todos sus hijos sean profesionales por distintas circunstancias, sienten que su proyecto se consolidará con la tercera generación, la de sus nietos.

Se estaría hablando de un proceso de progreso colectivo o familiar, donde los miembros más antiguos se sienten realizados al poder observar que su descendencia pudo lograr aquello que ellos no pudieron hacer por falta de medios o distintas circunstancias.

2. Los padres

Enrique Aldo López Vásquez nació el 20 de febrero de 1973, en el distrito de Comas, Lima. Su grado de instrucción es de estudios superiores incompletos, ya que estudió la carrera de Educación Física en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos hasta el cuarto ciclo. Sus estudios primarios y secundarios los cursó en los colegios Fe y Alegría n.º 8 y n.º 10, respectivamente. Luego de abandonar la carrera de Educación Física por una lesión en la espalda mientras hacía una prueba de gimnasia, y otras circunstancias, se dedicó a trabajar, entrando a laborar en la empresa de pinturas Industrias Vencedor S. A., donde desempeñó el trabajo de matizador y ocupó el cargo de secretario general del sindicato de la empresa por varios años. Enrique sufrió los estragos que afectaron a su familia en su adolescencia durante el primer gobierno de Alan García, puesto que en él recaía la responsabilidad de hacer las grandes colas para conseguir alimentos y productos básicos de primera necesidad.

Durante su paso por la UNMSM, Sendero Luminoso rondaba por las aulas con total libertad. Según su experiencia, los «camaradas» entraban a los salones, interrumpiendo las clases, y hablaban a los alumnos nuevos o cachimbos, como él, tratando de adoctrinarlos o invitándolos a reuniones. Cuenta también que los senderistas habían tomado control completo de la vivienda universitaria y vivían a sus anchas en dicho espacio. Para Enrique, la ocupación de San Marcos por los militares fue positiva, pues significó la expulsión de los terroristas de la Ciudad Universitaria. Pero su acercamiento a Sendero no solo se limitó al campus universitario, sino que ocurrió en su mismo barrio, Año Nuevo.

Para Enrique, el gobierno de Alberto Fujimori fue beneficioso para el país, porque a su parecer logró mejorar la situación en la que se encontraba tras el fracaso del gobierno de Alan García, y elevó las condiciones de vida de los peruanos. Él es defensor del gobierno de Fujimori y lo considera un presidente correcto hasta su segundo periodo. Recibió muy decepcionado y triste la noticia de los vladivideos y los descubrimientos sobre la gran corrupción por la cual pasó el país en este periodo de gobierno, pero aun así admira la obra de Fujimori, porque a su parecer considera que este «arregló al país».

Su esposa, Marianela Lucana Olivar, nació en Moyobamba, San Martín, el 15 de julio de 1973. Su grado de instrucción es de estudios superiores incompletos, pues estudió por un año la carrera de Educación en el Instituto Generalísimo José de San Martín, de Moyobamba, y se retiró por motivos de salud. Marianela tuvo una niñez y adolescencia bastante difíciles, pues tuvo que lidiar con la temprana muerte de su padre. La crisis llegó hasta Moyobamba, durante la hiperinflación del primer gobierno de García, pues el desabastecimiento de productos hizo que la tienda que su familia administraba tuviera que cerrar. La familia

terminó usando los productos de la tienda que tenía guardados y las donaciones que repartía en la ciudad para poder vivir.

Los problemas parecían no acabar cuando un sismo sacudió la ciudad de Moyobamba, en 1990, haciendo que la mitad del techo de la casa cayera. Como si no fuera poco, un terremoto en 1991 volvió a suceder en Moyobamba, causando que la vida de la familia Lucana Olivar se complique más. Es en este contexto donde Marianela abandona, en el primer año, la carrera de Educación que seguía en el instituto José de San Martín y llega a Lima a vivir junto con su hermana María Elena, para tratarse de una enfermedad que la aquejaba.

Antes de que Marianela se establezca en Lima, en 1992, ella tuvo una experiencia que implicó a otro grupo terrorista: el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Estos entraban a los salones del instituto a exponer sus ideas, con el permiso de los profesores, e intentaban reclutar alumnos. Ya en Lima y luego de haberse recuperado de su enfermedad, Marianela conoce a Enrique en una fiesta organizada en una casa vecina. A partir de este encuentro, ambos se vuelven amigos y con el tiempo forman una relación y se comprometen. Se casan en 1994, en setiembre, por la vía civil, y, por religioso, en noviembre, en la parroquia de la localidad, Cristo Liberador. Se asientan en la casa de Enrique y es en donde viven hasta el día de hoy.

En el matrimonio López Lucana se abordó también la pregunta sobre el concepto de progreso que poseen. Similar a lo respondido por la anterior generación, este para ellos significa mejorar y alcanzar el éxito por medio de la educación. Ambos padres, con estudios trunco, desean que sus hijos no pasen por lo mismo y procuran darles las facilidades para que puedan realizar su educación sin dificultades. Marianela señala que una forma de demostrar que uno ha progresado es salir del lugar de donde uno vive, es decir, tener una casa propia y no vivir en la de alguien más. Este ha sido un anhelo de Marianela por

muchos años, pero por distintas razones y circunstancias no se ha podido cumplir.

3. Los hijos

La última generación está compuesta por los hermanos Luis Enrique y Diego Alonso López Lucana. Quien escribe nació en 1996, en el distrito de Cercado de Lima, el 25 de abril. Por su parte, Diego nació en el distrito de Comas, el 18 de julio de 2004. Ambos realizamos estudios de primaria y secundaria en los mismos colegios que nuestro padre, Fe y Alegría n.º 8 y n.º 10, donde Diego cursa actualmente el segundo grado de secundaria.

En el transcurso de una década y un poco más desde que la democracia regresó al país, la situación social y política se volvió relativamente más calmada si se la compara con la turbulenta realidad del siglo pasado. A pesar de eso, es imposible afirmar que hemos sido ajenos a los hechos que transcurrieron en nuestro país en este nuevo milenio. Situaciones como huelgas de maestros, acontecimientos deportivos como la Copa América 2004 o las distintas medidas del Gobierno sobre la educación, terminan afectando, de una u otra manera, la vida diaria de todos los contemporáneos de nuestra sociedad, sin excluir a esta última generación.

En general, la tercera generación de la familia López Lucana ha seguido el camino trazado por las dos primeras. Considerando que desde la segunda existen profesionales universitarios, la tercera ha continuado dicha tradición. Juan López, Fiorella Barbarán López, Luis López y Jessica López son estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Se observa que la idea de progreso predicada desde la primera generación se ha mantenido y que la educación profesional universitaria ha sido

la ruta que se ha escogido para poder consolidarse como persona y salir adelante.

4. El legado

Dentro de la familia López, las tradiciones son importantes, en la medida que estas se han mantenido a lo largo de las tres generaciones, por enseñanza de los miembros de la primera. En primer lugar, la importancia de la educación como medio para el progreso fue una idea que fecundó en la segunda y dio frutos en la tercera. Es por eso que hasta la fecha han pasado por las aulas de las universidades nacionales siete miembros de la familia. La primera generación ha logrado mantener viva dicha tradición, no solo motivando a sus nietos para que sigan por este duro camino, sino también económicamente, en casos especiales, cuando la adversidad u otras circunstancias desfavorables ocurrían debido al difícil proceso que es el ingresar a una universidad pública.

Otro aspecto importante que ha estado presente en la familia es la actividad política. Andrés López ha sido dirigente sindical y su esposa, Clementina Vásquez, ha sido dirigente de una institución llamada Centro de Mujeres Organizadas de Año Nuevo (CDMOAN). Por su parte, sus hijos han desempeñado cargos similares: Carlos es la mano derecha del director de la escuela donde trabaja, Nancy es dirigente vecinal y logró el asfaltado de la zona donde vive, y Enrique ocupó el mismo cargo que su padre, secretario general en la empresa donde laboraba. Se espera pues que dicha tradición no se pierda y que la última generación pueda continuarla con esfuerzo y dedicación.



«¿De quién depende encontrar una mejor educación?»

Jesús Alexander Mejía Sánchez

Código: 12150163

1. Mis abuelos

Víctor Manuel Sánchez Almeyda (1938) y Aurora Muñante García (1942), mis abuelos maternos, son naturales de la región Ica. Ambos solo cuentan con estudios de primaria, todas sus vidas las han dedicado al trabajo del campo, desde la agricultura de diversos productos hasta la venta de los mismos en el mercado de la ciudad de Chíncha. Llevan más de 50 años de casados (se casaron en 1958), fruto de ello tienen 11 hijos y afortunadamente viví 16 años junto con ellos, por lo que siempre me sentí el número 12.

Comentaré algunas cosas que ellos me han hecho conocer de sus vidas y el espíritu de su tiempo, como diría José Ortega y Gasset (1984), luego anotaré algunas cosas que yo he compartido con ellos o de las que he sido testigo, haciendo lo mismo en el caso de mi madre Doris Orlinda Sánchez Muñante, para luego reflexionar sobre el hecho de que soy el primero en la familia en llegar a San Marcos y lo que ello representa para quien será el primer egresado de una universidad, en el seno de la familia Sánchez Muñante.

Tengo conocimiento de la migración a la capital de la mayoría de los 11 hermanos Sánchez Muñante, entre ellos mis tíos, realizada con la idea de buscar mejores horizontes. Como ha ocu-

rrido con muchas familias de mi tierra: unos lo vienen haciendo y otros aún están a la espera de su turno. Me interesa reflexionar sobre cuán ligada a la educación se encuentra la migración, la cual muchos provincianos buscamos, lo que en muchos casos es motivo para dejar el terruño.

Mi abuelita me cuenta que cuando era niña existían colegios que solo funcionaban en casas de algún vecino por algún tiempo, también había colegios privados y profesores que enseñaban en su propia casa como preceptores; pero, no era tan masiva la asistencia a dichos colegios, ya que la mayoría de familias tenía una vida cotidiana más ligada al trabajo del campo, y solo las familias que tenían más ingresos eran las que mandaban a sus hijos a estudiar, pero lo más frecuente era que estos apoyaran como mano de obra en los trabajos rurales.

Mis abuelos se casan muy jóvenes, él con 20 y ella con 16 años de edad. Formaron una familia nuclear para apoyarse en el trabajo en las chacras del padre de mi abuelo, cultivando uva, algodón, papa, camote, yuca, pallar, entre otros productos, de acuerdo a la época agrícola. El abuelo era el encargado del trabajo fuerte en el campo, coordinando con los peones y apoyándose también en sus hijos (hombres y mujeres que saliendo de la escuela cumplían turnos para apoyar en la chacra todos los días, rutina de la cual yo mismo fui parte en algún momento). Mi abuela se encargaba de la casa y de la venta de productos al menudeo y a compradores mayoristas.

Como me dicen ellos:

A nosotros no nos gustó mucho el estudio porque tuvimos que enfrentar al mundo desde muy temprano para sacar adelante nuestras familias, pero quisimos que por lo menos los hijos estudiaran secundaria y luego poder apoyarlos si ellos querían ir a la universidad, aunque si *sacaban* familia entonces que se las arreglen por sí mismos.

Los abuelos se sienten satisfechos de que por lo menos los 11 terminaron la secundaria, aunque no todos siguieron estudios superiores, pero gozan de buena salud y siempre los veo con una sonrisa en sus rostros, desde el tío que sigue la línea del abuelo en el trabajo del campo, hasta la tía que viste de sastre todos los días en una oficina pública o el militar que está alerta al llamado de sus superiores. Aunque confieso que dicha sonrisa la siento más en armonía con quien se quedó en el terruño y no llegó a la gran ciudad.

Dos tíos siguieron la carrera militar en la Marina de Guerra del Perú, otro estudió en el SENATI, dos en La Cantuta (quienes no concluyeron sus estudios debido al conflicto interno que azotó al país hace unas décadas), dos son futbolistas reconocidos en la provincia y ahora son maestros de obra en construcción civil, una es secretaria, dos se dedican al campo y mi madre tiene estudios inconclusos en enfermería, por mi culpa (como ella suele decir). En la actualidad, seis radican en Lima y cinco se han quedado en Chincha.

Mi madre se dedicó siempre a trabajar, desde que el sol sale hasta que anochece, para darnos el sustento a mi hermana y a mí. Recuerdo que cuando despertaba para ir al colegio, ella ya estaba saliendo a trabajar o simplemente ya no estaba. E igualmente en la noche, cuando ya estaba por dormirme, la sentía recién llegar. Mis días transcurrieron en la escuela, ayudando en la chacra, en mis ratos libres jugando con un balón de fútbol o escribiendo alguna historia. Los fines de semana vendiendo algún postre o cebiche que mi mamá preparaba para completar los ingresos necesarios.

En el caso de mis abuelos paternos, mi abuelo tuvo una experiencia muy rica al emprender su viaje a EE. UU., el lugar soñado para construir un mejor futuro para él y su familia. Nació en Cajamarca, luego a los 19 años viene a Lima, en donde empieza a trabajar como obrero en distintas empresas. Más tarde, por

su carácter humanitario y solidario, decide apoyar a sus compañeros, iniciándose en el sindicalismo, considerando que todos eran explotados, llegando a ser candidato para la Asamblea Constituyente de 1978, la que finalmente fue presidida por Víctor Raúl Haya de la Torre. Mi abuelo fue adversario político de tan ilustre intelectual peruano, pero desafortunadamente no tuvo suerte. Llegada la época del conflicto interno en nuestro país, la aparición del terrorismo, sus cuatro hijos (dos varones y dos mujeres) entraron a las fuerzas policiales. Luego, en los años 90, se inician los despidos masivos en las empresas, sobre todo cuando se trataba de obreros sindicalistas. Así, se queda sin trabajo y las cosas comenzaron a presentarse muy difíciles. Es en estas circunstancias que él toma una gran decisión: con sus escasos ahorros, organiza su viaje a la «tierra de los dólares», como él llama a los EE. UU.

Pero los viajes aéreos eran muy caros, más difícil aun era obtener la visa. Estas circunstancias lo llevan a planear o imaginar un viaje por tierra, cruzando las fronteras de diversos países. Y así emprende su viaje en octubre de 1985, en medio de la terrible década de los años 80, sin pensar en cuánto duraría el viaje, un mes y medio calculaba, pero finalmente resultó ser un viaje de casi un año y medio. Su familia no compartía la idea de su aventura hacia la tierra soñada, de bonanza económica y dólares. Pero él estaba decidido. Pues, por casualidades de la vida, llega a su casa una amiga de la familia, una madre soltera, con los mismos problemas económicos, que decide compartir el mismo sueño de mi abuelo: llegar a los EE. UU. para hacer dinero y ayudar a la familia que se quedaba en Lima, para más tarde —en el mejor de los casos— llevárselos con ellos, ya que nuestro país ingresaba en un conflicto interno cada vez más visible.

Es así como emprenden su viaje por tierra, juntos, el 20 de octubre de 1985, en un bus que los llevó a Chiclayo, luego a Tumbes, hasta llegar a Ecuador. Les fue muy complicado ir a

tierras desconocidas sin tener familiares en esos lugares, era una aventura, mucho más difícil fue establecerse en ciudades fronterizas donde las cosas son caras y donde reina la corrupción por parte de los policías y funcionarios que controlaban los trámites de migración, incluyendo embajadas y consulados. Atravesaron Ecuador, Colombia, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala y México, para por fin llegar a su destino, EE. UU., luego de un viaje de año y medio.

En dicho viaje fueron víctimas directas de la corrupción de policías y funcionarios de aduanas, también de la indiferencia de muchas personas en algunas ciudades, que desconfiaban de los extranjeros, y sufrieron las artimañas de algunos al saber que eran desconocidos por las zonas donde pasaban. Pero no todo fue lamentable, también encontraron peruanos muy acogedores que les brindaron apoyo; a diferencia de sus amigos chilenos en las mismas circunstancias, quienes no recibieron ningún apoyo de sus propios compatriotas. Esto lo sabe mi abuelo pues se hizo amigo y compañero de aventuras de dos migrantes chilenos.

En Panamá vivieron cerca de cinco meses, donde recibieron el apoyo de un compatriota llamado Braulio, que era del distrito de Comas, quien les consiguió trabajo y los hospedó en su casa, en esta ciudad se separaron de los amigos chilenos. Luego se dirigieron a Costa Rica, lugar en donde mi abuelo estuvo a punto de perder la vida, inmediatamente pasaron a Nicaragua, cuando estaba bajo el Gobierno sandinista comunista y donde tuvieron que vivir terribles eventos, casi pierde la vida y así vio la precariedad de la vida cotidiana de los habitantes de este país, quienes —según él— cocinaban con leña, no existían taxis, ni agencias de viaje. Esta experiencia le hizo repudiar a Gobiernos de este tipo, distintos al capitalismo. Él, como sindicalista, había soñado con ese tipo de sistemas, pero al verlo de cerca, vivir en esa situación, se sintió decepcionado de ello.

Debido a su experiencia en la Nicaragua sandinista, conoció que la sociedad ideal sin ricos ni pobres era una quimera, no existe, y cómo el miedo a los espías norteamericanos hacía que los militantes del Gobierno sean desconfiados con cualquier desconocido, como ellos, más aún en una situación en la que la gente sufría por escasez de recursos básicos; todo era muy confuso y difícil. Había bases rusas que apoyaban en los puestos de frontera, ubicados en el límite con Honduras, incluso los hospedajes eran administrados por los militares, y todos los encargados de instituciones hacían la revolución sandinista. Pudo ver haciendas convertidas en cooperativas. Incluso mi abuelo se reunió con ellos, los trabajadores, cuando lo interrogaron, y recurrió al discurso sindicalista que había aprendido en Perú.

Al cruzar la frontera e ingresar a Honduras, lo primero que encontraron fueron las bases norteamericanas, eso les hizo sentir una suerte de alivio y tranquilidad, situación muy diferente a la que experimentaron en Nicaragua, donde todos los militares estaban en las calles mirando qué haces y qué dices. Ahora, ya en Honduras, pudieron conocer más dicho país. Luego pasaron a Guatemala, donde también sufrieron experiencias trágicas, su compañera y él, con la policía de migraciones de México. Les negaron el ingreso a este país con mil excusas para exigir las coimas y, al salir de la oficina de migraciones, les robaron todo su dinero, lo cual los obligó a quedarse más tiempo en Guatemala para trabajar y ahorrar, hasta que después de unos meses de mucho trabajo lograron pasar a México, por supuesto pagando las coimas del caso.

Luego siguieron un buen tiempo en México, como ilegales, cuando se les venció la visa que habían pagado a los policías. Después, tuvieron que bautizarse en la Iglesia de los llamados mormones, para que los ayudasen como miembros de la Iglesia, incluso con algunos malos miembros de esta Iglesia tuvieron problemas, ya que estuvieron a punto de ser deportados. Luego

vivieron buen tiempo en Tijuana, donde trabajaron, y, en un primer intento por cruzar a los EE.UU. con un «coyote», fueron estafados. Luego, volvieron a juntar dinero y en una segunda vez lo intentó solo, sin su compañera, hasta que lo logró por fin, y con ayuda de un buen hombre llamado Juan, mi abuelo llegó a Los Ángeles, donde recibió ayuda y hospedaje del buen Juan y también de la Iglesia mormona, hasta estabilizarse —aunque ilegal— en dicha ciudad, donde comenzó a trabajar y hacer dinero para luego llevar a su compañera que se había quedado en Tijuana.

Luego, logró llevar a su compañera, después de trabajar duro y hacer dinero, hasta que por fin, muchos años después, en los Estados Unidos, llega a ser legal y obtener la doble nacionalidad. Actualmente radica en Nueva York y es ya jubilado del Estado norteamericano. Sufrió mucho para cumplir su sueño de conocer y vivir en el país de los dólares. Vivió y conoció un Gobierno comunista y se decepcionó de ello. Luego de una extensa y sufrida travesía, llegó a la tierra prometida y el Gobierno de EE. UU. lo recompensó, y ahora se identifica mucho con ese país. Siempre que viene y conversamos está con un polo y gorra que dice «New York» o «EE. UU.». Solo habla maravillas de ese país y comenta a sus familiares que si quieren progresar vayan allá y hagan dinero. Ha ayudado a varios a viajar a EE. UU. y, cuando converso con él, me parece que se siente más norteamericano que peruano.

2. Mis padres

Respecto a mi querida madre, ella nace el 27 de octubre de 1970, en Chíncha, en su propio hogar, con ayuda de una partera que asistió a la abuelita Aurora. Mi madre, al terminar secundaria, decide venir a Lima para estudiar la carrera que siempre la apasionó, Enfermería. Vivió en casa de su hermana mayor, que estaba casada con un policía (mi tío José Mejía Vega, hermano de

mi padre), empieza sus estudios, pero se enamora del hermano del esposo de su hermana, quien también era policía. A mitad de carrera, sale embarazada; pero —como ocurre— él tenía otra pareja en el Cusco, a quien había embarazado dos meses antes de regresar a su destacamento. La familia cusqueña presionó para que se case y mis abuelos de Chincha, ante esta situación, se dirigieron a Lima para llevarse a mi mamá de regreso. Pero mi madre quería terminar sus estudios y regresa a Lima cuando yo nazca, pero por las dificultades económicas tuvo que volver a Chincha. Ya en Chincha, otra vez mi madre, una vez yo nacido, tuvo que trabajar día y noche, como madre soltera, ya que mi «padre» jamás la ayudó, solo su hermano José siempre la apoyó con lo poco que pudo. Pero la familia materna fue lo suficientemente solidaria como fuente de amor filial, por lo que pudo criar a un niño, sin el padre biológico, pero tenía al abuelo y tíos que la hacían sentir feliz.

Con amor, humildad, en un ambiente rural, crecí apoyando a mi madre, quien, luego de tres años, se casó con un marinero, con quien tuvo a mis hermanas; pero ese amor, después de unos diez años, se acabó por una infidelidad y maltratos físicos de parte del marinero. Así, nos fuimos formando y apoyando, siempre con mi madre y hermana, buscando sobrevivir como mil oficios, pero felices con la vida en el campo y con una extensa familia materna y generosa como la que tenemos. En la actualidad, mi madre trabaja en el campo, en cualquier trabajo eventual, tiene ahora una nueva pareja y ya han pasado ocho años de una relación muy fructífera.

El caso de mi padre lo mencionaré brevemente debido a la escasa relación que tenemos. Él nació en Lima, luego sirvió en el Ejército y después se unió a las filas de la PNP, llegando a alcanzar el grado de comandante, pero como la mayoría de los que tienen esta profesión exhibía una postura machista y, además, es fujimorista. Tiene varios hijos dentro y fuera de su matrimonio

con la señora cusqueña. A mí me pasó pensión desde los diez años gracias a un juicio ganado por mi madre, de lo contrario, jamás lo hubiera hecho. En 2008, es capturado en una operación policial, formando parte de una banda vinculada al lavado de activos, pero luego fue absuelto. Dos años más tarde lo vuelven a coger en flagrancia y es condenado a quince años de prisión efectiva en el penal Sarita Colonia. Es allí donde recapacita y pide que vaya a verlo para conversar por primera vez (así lo hice y tuvimos una larga conversación, en 2011), pero jamás tuve una figura paterna y ese encuentro no me afectó. Luego me enteré que movió influencias en la Policía y en el Poder Judicial, por el rango que tenía, para lograr finalmente reducir a cinco años su condena, sentencia que fue pagada con la venta de propiedades. En la cárcel quiso acercarse a sus hijos, se volvió cristiano y salió en 2014. Algún tiempo después, por razones que desconozco, reingresa a la vida policial y después de unos meses es pasado al retiro. En la actualidad trabaja en cachuelos eventuales y recibe una pensión de la PNP. Una vida nada edificante para los hijos.

3. Mi generación de cambio de siglo

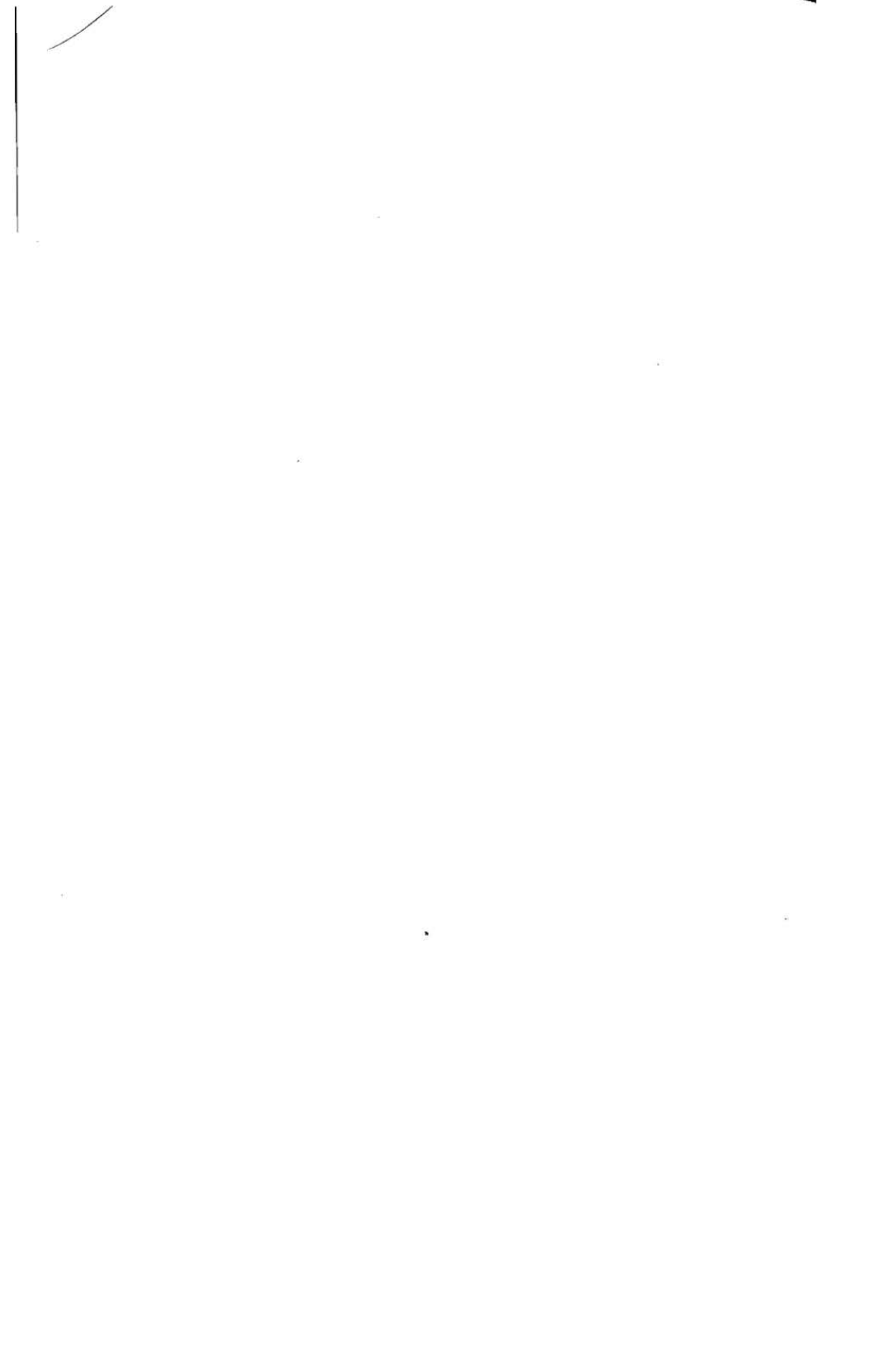
El hermano de mi padre, al terminar mis estudios, me invitó a venir a Lima para postular a la Escuela de Oficiales de la PNP. Aprobé el examen, pero sin alcanzar puesto de ingreso. Luego tuve un paso por la Marina de Guerra del Perú, donde se incrementó mi sentimiento nacionalista. Para poder llegar a la EO-PNP, tenía que mejorar mi nivel académico, que era muy precario luego de egresar de secundaria, debido a la pésima educación que se impartía en el colegio estatal donde estudié, un lugar donde los profesores leían el periódico mientras los alumnos jugaban o estaban en lo suyo (mi caso era jugar fútbol, desfilar, pintar o escribir cada cosa que pasaba por mi cabeza). Tuve que ir a

una academia preuniversitaria, donde escuché por primera vez de San Marcos, de la que no dejo de enamorarme cada día más. La primera vez no ingresé, pero sí llegué a aprender más de lo que había aprendido en once años escolares. A pesar de ello, por falta de dinero, tuve que volver a Chíncha solo por unas semanas y tuve la suerte de ganar, a través de un examen, una beca en una academia para prepararme bien, como nunca, e ingresar en mi segunda oportunidad.

Me presento, seguramente como todos los historiadores, preguntando: ¿por qué sucedió todo lo que he relatado? Uno de los proverbios que he escuchado, a veces a manera de consejo, regaño también, es el siguiente: «Si estudias podrás progresar o salir adelante». A veces de parte de mis abuelos o de los tíos que migraron a Lima y ahora ganan más dinero o trabajan menos que en campo, con estudios que les dan más probabilidades de tener un buen trabajo fijo o no. Ese ritmo de vida que tuve, la suerte de vivir, conocer y disfrutar en el mundo rural, ahora ha cambiado en la urbe, en el mundo académico y viviendo en barrios donde hay migrantes de provincias, quienes llegaron a la capital en busca de un sueño, donde todos piensan en una mejor educación para sus hijos y, si pueden, se alejan de los colegios del Estado porque, en su mayoría, son precarios. Ya que una buena educación es la antesala de un «buen futuro».

Quiero hacer unas reflexiones sobre la idea de progreso y sobre la educación como una gran herramienta para lograrlo. ¿Existe realmente ese progreso? ¿En realidad una mejor educación tiene como fin enriquecer de manera económica y no espiritualmente? ¿Acaso solo las escuelas te educan para ser un buen ciudadano? Y la familia, ¿qué papel cumple? ¿De quién depende encontrar una mejor educación? ¿Acaso Lima, la capital, es el único lugar donde se puede encontrar una buena educación y por qué no es posible encontrarla en las regiones, en las provincias, en los distritos?

Este trabajo me ha permitido conocer más a mi familia, mis ascendientes, establecer nexos, explicar por qué tengo algunos caracteres que quizá vienen de mis generaciones pasadas. También me ha permitido conocer y entender cómo han vivido mis parientes, hasta dónde han llegado y en el caso de mis padres, ambos menores de cincuenta años, ver en qué momento se encuentran. Creo en la política y en la educación. No creo en un progreso universal y mecánico, sin sentido, material, pero sí creo en que cada uno de los seres humanos puede entender cómo se siente el progreso, cada uno de una manera propia. Lo que podría permitir sentirse bien con uno mismo.



El legado invisible transmitido a la nieta

Carol Elizabeth Panana Rodríguez

Código: 10160342

En el presente texto trataré de narrar algunos de los hechos más relevantes (históricos) relacionados con la familia Panana Rodríguez, utilizando el concepto de generación propuesto por José Ortega y Gasset (1984). Para tratar de interpretar algunas características generales de la generación de los abuelos, las únicas fuentes a las que he recurrido son orales y pertenecen a la generación de mis padres, ya que todos los abuelos se encuentran difuntos y uno de los padres, en ausencia temporal. Por esta razón, me limitaré a los hechos más relevantes, confiando en la sinceridad de los entrevistados, la tradición familiar y la buena memoria de algunos integrantes de la familia.

A continuación, resumiré brevemente algunos aspectos que analizaré en este relato. Empezaré por la migración de los Panana y los Rodríguez a la capital y las situaciones en las que ambas familias se encontraban, antes y después de esta partida, en particular. Luego, describiré brevemente lo que corresponde a cada generación y la influencia que tuvieron los hechos más importantes del acontecer peruano sobre cada una de ellas, y cómo estos eventos influyeron directa o indirectamente en ambas familias. Del mismo modo, analizaré, en lo posible, las características primordiales de estas familias. Finalmente, a modo de conclusión, reflexionaré sobre las convicciones que pesaron sobre cada generación y cómo ese espíritu de cada tiempo, que corresponde a

cada una de ellas, aún se mantiene o, en todo caso, subsiste hasta la de los hijos.

Un dato muy importante que me gustaría resaltar desde ahora es el hecho de que me centraré en dos ideas que me parecen importantes: la migración y las creencias tradicionales (como denomino a lo que luego explicaré). Esto debido a que la primera generación de los Rodríguez inculcó, y aún preserva, la importancia del significado de la migración y de las creencias tradicionales, algo misteriosas, pero en realidad parte central de las convicciones que han pesado sobre las generaciones de los abuelos y padres, y que ahora solo se encuentran en una de las generaciones de los hijos.

1. Los abuelos

Partiré, antes de explicar el entorno de la generación de los abuelos, del hecho de que Lima fue afectada, en los años 50 y 60, por grandes migraciones, ocasionadas muy probablemente por la gran centralización en la capital y por las dificultades para encontrar buenas condiciones de existencia en las provincias o regiones del interior. «Para el caso del Perú baste recordar que en cincuenta años la población citadina subió del 35.4% al 69.9% [...] transformándose así, drásticamente, el carácter mismo de la nación» (Cornejo Polar, 1996, p. 837).

En este periodo, los grandes flujos migratorios provenían mayormente de las provincias ubicadas en la zona central del Perú, aunque también llegaban de la costa y selva, pero en menor medida, me parece. Este proceso de migración no solo afectó demográficamente a la capital, sino que también tuvo consecuencias culturales, ya que parece dar origen al imaginario provinciano en la capital, que luego pasó a las generaciones siguientes, promoviendo lo que se entiende como identidad del nuevo peruano.

Pero no solo fue un imaginario o una cultura que pertenecía a los recién llegados, sino que también era algo que comenzó a transmitirse al conjunto de la población en Lima, como un resultado de la concurrencia de los diversos tipos de migrantes. Así, se encuentra un nuevo imaginario que emerge en los barrios pobres o periféricos de Lima como resultado del encuentro de todas las culturas que llegan a Lima, transportadas por los migrantes.

[...] los contenidos de multiplicidad, inestabilidad y desplazamiento que lleva implícitos, y su referencia inexcusable a una dispersa variedad de espacios socio-culturales que tanto se desparraman cuanto se articulan a través de la propia migración, la hacen especialmente apropiada para el estudio de la intensa heterogeneidad [...] (p. 838).

Somos conscientes, a partir de este proceso, de nuestra heterogeneidad y son los nuevos limeños quienes se percatan de ello en primer lugar. Es así cómo reconocemos que no solo los migrantes de una comunidad o región se relacionaron entre sí, sino que irán más allá, buscando nuevas relaciones que les permitan acceder a nuevos circuitos económicos y lograr la mejoría que estaban buscando, ya que el Estado no podía hacer mucho por ellos, ni crear buenas condiciones de sobrevivencia para los migrantes que se instalaban en la capital. Estos coetáneos forjarán una nueva idea de nación en la multiplicidad, precisamente por la gran diferencia entre ellos y la necesidad de entenderse. Proceso que no solo afectó a la primera generación, sino también a las siguientes, lo que contribuyó a preservar algunas costumbres y formas de pensar y de involucrarse en lo nuevo.

Es importante subrayar que desde muy antiguo y hasta hoy existe algo así como una retórica de la migración que pone énfasis en sentimientos de desgarramiento y nostalgia y que normalmente

comprende el punto de llegada —la ciudad— como un espacio hostil, aunque de algún modo fascinante o simplemente necesario, a la vez que sitúa en el origen campesino una positividad casi sin fisuras, con frecuencia vinculada a una naturaleza que es señal de plenitud y signo de identidades primordiales (p. 839).

En este tema se pueden encontrar las más diversas interpretaciones, además de los más antiguos prejuicios de los limeños sobre la primera generación «oficial» de provincianos migrantes (a gran escala) que llegaron a Lima, empujados por las necesidades en sus tierras de origen.

De otro lado, es inexacto imaginar que la migración opera como fuerza imbatible y todopoderosa que reconstruye desde sus raíces la identidad del migrante campesino [...] porque el migrante tiende a repetir en la ciudad modos de producción y de relaciones sociales —como la reciprocidad, la operatividad económica de la familia ampliada o el simple padrinazgo— que difícilmente se incorporan a las normas del capitalismo moderno (p. 840).

Esta es la razón por la cual concederé una mayor atención al tema de las migraciones: por los legados culturales que dejaron a las generaciones siguientes y cómo los encontramos en los padres y los hijos, y las diferentes maneras de transmisión o recepción (algunos se transmiten tal cual, no cambian, otras veces se modifican al pasar a la generación más reciente).

Recuérdese un poco más el aspecto histórico. En este periodo, años 50, según los testimonios orales, se percibe la presencia de una notable expansión económica, desarrollo de la infraestructura y también de los servicios que ofrecía el Estado, satisfaciendo así demandas sociales nunca antes atendidas. Sin embargo, durante estos años no existía la requerida inversión como para generar suficientes puestos de trabajo, debido a la escasez

fiscal para solventar los gastos del Estado peruano. La unión de ambas familias se debe a que don José Luis Panana Holgado y doña Bárbara Rodríguez Flores, ambos ya adultos (de 38 y 31 años, respectivamente), deciden casarse y conformar una nueva familia. De esta manera, dos experiencias se juntaron para dar origen a una situación de complementariedad o de conflicto entre los diferentes sistemas de convicciones de cada familia.

De mis abuelos tengo poca información. En primer lugar, don Bernardino Panana Córdova vino de Huacho, provincia de Lima. Llegó adolescente, acompañando a su padre, ya que su madre aún se encontraba en Huacho con sus demás hermanos, a los cuales, en años posteriores, les perdieron el rastro cuando se mudaron a la provincia natal de su madre. No estoy segura de la fidelidad del relato, ya que la información proviene de los hijos de don Bernardino. No tengo información de la bisabuela. El abuelo se estableció en Lima, sin terminar sus estudios primarios, solo con el oficio de albañil, que heredó de su padre. Rápidamente se insertó en una ciudad que se abría paso en un amplio proceso de urbanización forzada, sin planificación, trabajando así desde los años 40 hasta su retiro en los años 90. Fue un maestro de obra, respetado en su distrito, San Juan de Miraflores, participando activamente en la urbanización de la zona central de este distrito.

A su vez, doña Victoria Holgado Pacheco, limeña de nacimiento, hija de cusqueños, solo con primaria completa y sin profesión alguna, se abrió paso también como miembro activo del comité de organización de la misma zona, llamada Pamplona Baja, del distrito mencionado. Estaba convencida de que la educación llevaría lejos a sus hijos. Ella misma estudió diversos oficios, contribuyendo de manera notable a solucionar problemas familiares y comunitarios, siendo recordada por eso por las generaciones siguientes.

Tuvieron nueve hijos, del mayor al menor son los siguientes: Miguel José, José Luis (mi padre), Elizabeth Clotilde, Mary Hilaria, Enrique Antonio, Beatriz Victoria, Raúl Bernardino, Héctor Alberto y Jenny Isabel. Casi todos aprendieron una profesión, se podría decir, obligados por doña Victoria, quien, con un carácter fuerte y una determinada manera de pensar, direccionó a la familia a partir de la concepción de que la educación era prioritaria, sobre todo el aprendizaje de un oficio, criticando a quienes no contaban con oficio conocido, incluso llegó a menospreciar a los hijos que no optaron por el camino que ella señalaba.

Don Bernardino falleció en 2007, antes se había separado de doña Victoria, dejándole la carga familiar de los hijos, aún jóvenes, ya que nunca quiso asumir las responsabilidades familiares. Doña Victoria, por su parte, siempre lo calificó de inmoral y transmitió a sus hijos la importancia del estudio, educándolos en el cálculo y la ganancia. Falleció en febrero de 2016.

En el caso de los abuelos maternos, cuento con más información que en el de los abuelos paternos. Don Justiniano Rodríguez Severino nació en Motupe, ciudad de Lambayeque. Nunca dudó de hacer una vida en su pueblo natal, hasta que conoció a doña Trinidad. Había tenido otras relaciones formales antes de conocer a doña Trinidad y producto de ello nació una niña. En esta región, por esta época, se tenía la costumbre de «robar» a la señorita que a uno le gustaba (aún se dice que se conserva esa tradición, motivo por el cual se les prohíbe a las jóvenes andar solas por el campo), es así como «convenció» a doña Trinidad. Don Justiniano era propietario de una finca grande, perteneciente a los Rodríguez, familia —al parecer— importante en la región. Se dice que era una antigua finca que había pertenecido a una familia de españoles, pero eso no lo tengo confirmado aún. Se casó con doña Trinidad, aun en contra de la voluntad de su familia, ya que ella era hija de una familia de condición económica más bien humilde.

Doña Trinidad Flores López, originaria de Botija, caserío perteneciente a la sierra de Motupe, trabajaba en el campo desde muy joven, junto con su madre, a quien se le atribuía ser la mejor partera y curandera de Motupe. De tez canela, fue discriminada en su propia familia por no ser blanca y rubia como su madre y hermanas. Comentaba ella que su abuela fue violada por un sacerdote que permaneció poco tiempo en esta localidad y de ese suceso había nacido su madre.

Es así como se constituye esta joven familia de don Justiniano y doña Trinidad, quienes tuvieron tres hijos que desgraciadamente fallecieron antes de cumplir dos años. Por eso quizá decidieron migrar a Lima, buscando romper una «maldición» hecha por gente que los quería lastimar o, en todo caso, que se oponía a la unión de ambos, al considerar a doña Trinidad como indigna, por haber tenido una relación previa y una hija con un hombre que posteriormente la abandonó. «En una palabra: las experiencias religiosas privilegiadas, cuando se comunican por medio de una escenografía fantástica e impresionante, logran imponer a toda la comunidad modelos o fuentes de inspiración» (Eliade, 1991, p. 70).

El personaje de doña Trinidad es muy interesante y por eso quisiera explicarlo mejor. Al ser hija de una curandera y partera, llegó a conocer los mejores remedios naturales y las mejores prácticas tradicionales y ritos para realizar curaciones casi milagrosas, a las cuales así me atrevo a llamar. Doña Trinidad tenía un buen conocimiento y un gran respeto por las prácticas tradicionales y las combinaba muy bien con su formación católica. La fusión entre las prácticas tradicionales de curanderismo y la fe en Dios la convirtieron en un personaje muy importante hasta dentro de la generación de los hijos.

De buen o mal grado se acabó por «cristianizar» a las figuras divinas y a los mitos «paganos» que no se dejaban extirpar. Un gran número de dioses o de héroes matadores de dragones se convir-

tieron en San Jorge; los dioses de la tormenta se transformaron en San Elías; las innumerables diosas de la fertilidad se asimilaron a la Virgen o a las santas. Incluso podría decirse que parte de la religión popular de la Europa precristiana ha sobrevivido, disfrazada o transformada, en las fiestas del calendario o en el culto de los santos (p. 81).

Los curanderos cristianos de esta región eran devotos de la Virgen del Carmen, virgen poderosa y patrona del norte, que realizaba algunas curaciones físicas y espirituales. Del mismo modo, también estimaban a la Santísima Cruz de Motupe, primera de las cuatro cruces dejadas por un sacerdote secular a lo largo de varios pueblos aledaños. Era muy venerada y mucha gente acudía a celebrarla, en una peregrinación muy conocida, para encontrar sanación o alguna solución a sus problemas.

Se cuenta a continuación el origen de las enfermedades (pues, como hemos visto anteriormente, «si no se cuenta el origen del medicamento, no se debe utilizar»), por qué medios se propagó de una generación a otra y, finalmente, la lucha entre los demonios y el chamán (p. 16).

Pero se tiene que indicar que existían también algunas prácticas ocultas que no eran utilizadas para curar, sino para lastimar o perjudicar. Es aquí donde doña Trinidad, mortificada por perder tres niños recién nacidos, se atrevió a consultar y a averiguar, reafirmando así su creencia, porque mientras estuvo en su pueblo natal nunca pudo tener un niño vivo de don Justiniano.

La creencia en la brujería y hechizos es muy frecuente en la actualidad en las provincias norteñas del país. Es un sistema de convicciones que se encuentra en los abuelos, producto de estas prácticas y creencias tradicionales que son de sanación y a veces para hacer el mal, a tal punto que algunos pueden temer ser víc-

timas de estos hechizos por envidia u odio. Por ejemplo, se podía recurrir a estos curanderos para lograr buenas cosechas de arroz, así como para desearles malas cosechas a otros. Todo esto parece haber jugado en contra de ellos y por eso decidieron migrar, como pareja joven, para buscar una mejor fortuna.

Al llegar a Lima, ubicaron familiares para que les presten ayuda y trabajo para constituir aquí la tan anhelada familia. Don Justiniano, con solo secundaria, consiguió un puesto de técnico, así, ahorró y alcanzó una autonomía rápida en tan solo pocos años, ya que con cinco niños a cuestas, además de media docena de hijos adoptivos, creyendo realmente que un «hechizo» pesaba sobre su familia, la situación familiar era complicada. Por otra parte, doña Trinidad, analfabeta, se encargaba plenamente del hogar, de cuidar a los niños empleando mucho rigor, aun crueldad, para que todos sigan lo que ella consideraba el camino correcto.

En esta parte, la actitud emprendedora se vuelve evidente y el tradicional patriarcado cada vez pesa más sobre la familia, con todos los niños al cuidado de las tres mujeres y doña Trinidad que se encargaba plenamente de cuidar a todos los hombres de esa familia. Al no contar con muchos ingresos y al no tener un trabajo técnico y único, don Justiniano cae en el vicio del alcoholismo. Don Justiniano fallece en 1981 por problemas de alcoholismo y cáncer al hígado, dejando una familia organizada de manera patriarcal, práctica que los hijos continúan. La responsabilidad de mantener este patriarcado fue de doña Trinidad, quien mantuvo el hogar, en los planos económico, moral y social, hasta su deceso, en 2014. Doña Trinidad fue una mujer que nunca, a pesar de las dificultades para mantener a una familia numerosa, dejó de lado a nadie, fuera o no su hijo, a todos los abrigaba en su hogar, el cual sigue siendo un verdadero hogar, aun después de su deceso.

2. Los padres

Mi padre, don José Luis Panana Holgado, nació en la Maternidad de Lima el 5 de abril de 1946, es hijo de mis abuelos, Victoria y Bernardino. En su infancia, según él recuerda, cuando todavía no nacían sus hermanos, solo eran tres y solían vivir en diferentes lugares y distritos, como inquilinos, donde a mis abuelos no les costara mucho, en Vitarte, Santa Clara, Miraflores, Surquillo y finalmente en Ciudad de Dios, en San Juan de Miraflores, este último lugar fue una gran barriada, ahora es un gran distrito en Lima sur.

Sus dos primeros años de primaria los hizo en Santa Clara, distrito de Ate. Luego estudió en Surquillo, Miraflores y Ciudad de Dios (cuarto y quinto de primaria, en 1958 y 1959, respectivamente), lugares que en ese entonces eran escuelas fiscales públicas. Luego, viviendo en Ciudad de Dios, postuló a la G. U. E. Ricardo Palma de Surquillo e ingresó a estudiar secundaria industrial, en la especialidad de Electricidad (INIE n.º 24). Al término de sus estudios secundarios, empezó a practicar en pequeños talleres donde le pagaban muy poco. Angustiado por ganar un poco más y sin metas futuras, además, preocupado porque los abuelos necesitaban ayuda económica, ya que eran seis hermanos, mi abuelo no tenía trabajo fijo y mi abuela solo se dedicaba al cuidado de mis tíos, entonces mi padre decidió ayudar a mi abuelo, trabajando con él en construcción civil, que es lo que mi abuelo conocía ampliamente. Aquellas actividades duraron entre dos y cuatro años, y todo lo que él ganaba era para ayudar en casa. Es difícil entender el hecho de querer continuar una tradición familiar, el oficio del padre, ya que don Bernardino exigía que su hijo continuara su legado, en condiciones muy precarias.

Cuenta mi padre que él quería conocer Lima y Callao, por lo que muchas veces iba «gorreando» tranvías. Mis abuelos ni se

imaginaban que él gorreaba tranvías. Así, conoció la UNI y, como a él siempre le gustaron las matemáticas (física, química, geometría y trigonometría), postuló a esa universidad, a la que ingresó en 1968, en el puesto 111, a Ingeniería Mecánica y Eléctrica, carrera que terminó en 1977, demorando porque la universidad había sido recesada por casi dos años.

Luego, fue contratado por varias empresas exportadoras de materias primas. Posteriormente, en el primer Gobierno aprista, cuando hubo una gran inflación, pasó a ser desempleado, para luego desempeñarse como profesor contratado en diversos CEO y colegios particulares. Después, ingresó a la compañía Minera Raura S. A. (sierra de Huánuco, a 4300 m s. n. m.), como supervisor de mantenimiento, allí permaneció hasta 1991. Finalmente, renuncia a esa compañía minera por motivos de salud y regresa a Lima para trabajar como docente en educación superior tecnológica en el IESTP Julio César Tello de Villa El Salvador. En 1999, es contratado en el IESTP José Pardo de La Victoria, jubilándose el 5 de abril de 2016, a los 70 años.

Mi madre, doña Bárbara Rodríguez Flores, nació el 31 de enero de 1953, en la Maternidad de Lima. Fue la segunda de los seis hijos que tuvieron don Justiniano y doña Trinidad: Justiniano, Bárbara (mi madre), José María, Marcelino, Trinidad y Abelardo. Estudió primaria en Magdalena, en un colegio público, continuó sus estudios en el C. E. Roque Sáenz Peña, en San Miguel. Fue muy consentida y amada por su padre, era la responsable directa del bienestar de sus hermanos menores, soportando, al menor descuido de alguno de ellos, algunos castigos físicos por parte de su madre Trinidad. Entrando en esta etapa, los hermanos de doña Bárbara continuaron con la tradición machista de asignar las responsabilidades domésticas y familiares a las mujeres de la familia. Ella era inclusive más machista que el propio padre. Fue doña Trinidad quien exigía fidelidad plena de las mujeres a sus

esposos, inculcando que los hombres no siempre debían tener estos valores con sus esposas. Un trato evidentemente desigual.

Propiamente hijos de don Justiniano y doña Trinidad hay cinco, pero entre ahijados e hijos fuera del matrimonio hay seis hijos más. Doña Bárbara crece a la sombra de doña Trinidad, reproduciendo todos sus rasgos, prejuicios y creencias, tan aferrada al catolicismo, y aun guardando ciertas creencias tradicionales, crece con estas convicciones. Sin embargo, ella rompió con la tradición familiar de ignorancia y machismo (en ciertos aspectos), ya que es la única de entre todos los hermanos que realizó estudios en la Universidad Nacional de Educación (La Cantuta). Si bien antes ella quiso incorporarse a la Iglesia católica como monja, su padre la convenció de que por favor no lo hiciera, ya que no la podría ver más y quería que fuese madre, como doña Trinidad. Decidió seguir fielmente los dogmas cristianos de la Iglesia católica (casarse y luego formar familia) y es así como se aparta mucho de las creencias tradicionales de su madre. Decide terminar sus estudios en La Cantuta, con su primer hijo en brazos, para demostrar que sí podía romper paradigmas tradicionales de madre soltera en la familia Rodríguez.

Decide mudarse al nuevo distrito Villa El Salvador, en plena época del terrorismo. Al poco tiempo queda sola al cuidado de su niño, porque su esposo se fue a trabajar en una mina y es ahí cuando se convierte en trabajadora de su comunidad, en la casa de sus padres, en San Juan de Miraflores, Pamplona Alta, zona pobre y de gran afluencia migratoria de provincianos de la sierra del Perú. Abre su colegio para todos aquellos niños de padres de bajos recursos, tratando de dar todo de sí para brindar oportunidades de estudio, sin importar la condición económica. Actualmente sigue en este trabajo, su colegio ha cumplido 21 años de existencia y ella 32 años de profesora.

3. Los hijos: Fernando y Carol

La idea de considerar a la educación como la clave del futuro, aunada a los valores católicos y al machismo, sobrevive hasta la actualidad en la familia, pero en menor intensidad. Como consecuencia de ello, doña Bárbara se casó con aprobación de toda su familia, pero fue la única entre todos los hermanos que logró construir su propia empresa, ayudando a su esposo, don José, a culminar sus estudios superiores.

La generación de los hijos solo está conformada por dos personas: Fernando y yo, quienes seguimos con las ideas machistas, pero menos marcadas (la mujer ayuda en el hogar), pero también se nos han inculcado nuevos valores y a la vez hemos adquirido otros. Nosotros, los hijos, dado que nuestros padres trabajaban, hemos sido criados por una de las abuelas, doña Trinidad. Cuando mi hermano mayor se volvió adulto, la abuela se encargaba de mí, es decir, se rompe aquí la idea de transmitir las convicciones y creencias de padres a hijos. Se cree que los padres educan y dejan su legado a los hijos, pero los padres, al ser ambos trabajadores profesionales activos, dejan de lado la vida familiar y es la abuela, doña Trinidad, quien fue casi mi madre, educándome en todos los valores y creencias, creyendo que había heredado los «poderes mágicos» de la abuela y también de la mamá.

Por otro lado, Fernando, ya adulto, se alejó por completo de la familia, se opuso a las tradiciones, rompió con las convenciones y se constituyó como una persona independiente, solo conservando la relación conmigo. Actualmente vive fuera de Lima, en la ciudad de Trujillo, como diseñador publicitario y recusa el machismo, las creencias tradicionales, el curanderismo, el misticismo, la magia, el patriarcado, incluso la importancia prioritaria de la educación y otras tendencias que provienen de dos generaciones anteriores. Yo continúo guardando algunos elementos de aquellos sistemas de convicciones.

A modo de conclusión, este ensayo solo es una narración de hechos relevantes, creencias y mitos propios de estas tres generaciones (abuelos, padres e hijos), tratando de encajarlos en la idea que da Ortega y Gasset (1984) sobre las generaciones. Si bien este autor manifiesta que entre cada generación hay una ruptura por la emergencia de nuevos sistemas de convicciones, se puede rescatar que no todos ellos se borran, algunos se modifican y otros se conservan. Un ejemplo de ello es que aún en la generación de los hijos se conservan las creencias tradicionales, curanderismo y ritual, dejadas por la matriarca de los Rodríguez, doña Trinidad. Así también parece conservarse la tradición de visitar siquiera una vez al año a la Santísima Cruz de Motupe, ya que según las dos primeras generaciones, yo, una niña enfermiza desde el día en que nació, fue curada por los rituales motupanos y el poder de la Cruz de Motupe.

«Empuja el triciclo ambulante llamado Perú»

Ángel Eduardo Quispe Limaylla

Código: 14150137

En esta primera parte del trabajo, buscaré describir la dinámica social de una generación que vivió en la primera mitad del siglo xx, a través del análisis de un grupo de personas de clase baja. Pese a que sus vidas se inician en distintas regiones del Perú, todas ellas son parte de una misma generación porque comparten los valores culturales, morales, convicciones y metas de desarrollo de una época. Para poder comprender un periodo del pasado no podemos analizar las convicciones de estas personas como si fueran las mismas que existen actualmente, ya que cometeríamos un anacronismo. Según José Ortega y Gasset (1984), las convicciones de una determinada generación pertenecen y están en relación con la coyuntura de su época, con sus posibilidades y limitaciones espaciotemporales. Es importante recordar que las condiciones y relaciones sociales fueron distintas a las actuales, la realidad nacional ha ido evolucionando, los cambios políticos, económicos y sociales han influido en gran medida en los ideales de esta generación. En el siglo xx, una centuria de tensión, no solo nacional sino también internacional, los paradigmas, socialistas y liberales, que buscaban explicar la sociedad se confrontaban a nivel mundial por alcanzar el dominio de uno sobre el otro. Asimismo, el país vivió periodos de transición muy violentos, políticas antipopulares, una reforma agraria e incluso el conflicto interno conducido por grupos insurgentes.

1. Los abuelos

Encontrándonos ahora en un periodo de mayor estabilidad, no por ello sin contradicciones, debemos esforzarnos por analizar la vida de estas personas dentro de sus contextos, sus condiciones de trabajo, sociabilidad, sus costumbres, su conciencia colectiva, etc. Iniciaré el análisis con la señora Angélica Villegas, ella vivió en el pueblo de Vitama, provincia de Páucar del Sara Sara, región Ayacucho, junto con su hijo Saturnino Quispe Villegas y su esposo Jacinto Quispe, y se dedicaba al pastoreo de ganado; sin embargo, era víctima de violencia familiar, siendo golpeada por su esposo. La pobreza y el abuso probablemente alentaron su deseo de progreso, era una mujer trabajadora, pese a ser analfabeta y quechuahablante, por lo que prefirió migrar a Lima, en 1967, junto con su hijo, para vivir y trabajar en paz. Una situación que comparten las personas de esta generación es la convicción de que proletariándose podían mejorar sus condiciones materiales de existencia, además era la única forma que tenían de ganarse la vida. Sin conocer de ideologías o tener mucho interés en la política, buscaron dar a sus hijos lo que ellos no recibieron: la educación; sin embargo, no les exigieron en gran medida a sus hijos terminar los estudios que emprendían.

Es curioso notar cómo Ortega y Gasset (1984) tenía razón al hablar de un cambio de convicciones entre generaciones; por ejemplo, los hijos de esta generación sí exigirán a sus hijos (los nietos) terminar la educación. Para los abuelos, la educación era una obligación, mas no una forma de ascenso social que considerasen tanto, por ello no exigían a sus hijos estudiar, sino que preferían verlos trabajar y esforzarse por mejorar a través del trabajo. Sin embargo, la generación de los padres deseaba, más bien, que sus hijos (nietos) se eduquen y asciendan socialmente. La educación como medio de movilidad social no era valorada por la generación de abuelos, pero sí por la de sus hijos (padres); la

idea de progreso entre ambas generaciones se transforma. Ello debido también a que la generación de los padres ingresa a un nuevo milenio (siglo XXI), un periodo más estable para el país, en el que la tecnología y el acceso a la información se van haciendo más fáciles, necesarios y universales a la vez.

Entendiendo esta diferencia generacional, continuaré con el relato de la vida de la señora Angélica Villegas. Ella salió de Vitama a los 43 años, acompañada de su hijo Saturnino, de 6 años. Llegó a la capital, Lima, y —como muchos provincianos— se instaló con sus familiares. Una vez en Lima, sin poseer las tierras o animales que dejó en la sierra y sin más recursos de subsistencia que sus propios brazos, salió a las calles y se dedicó al comercio ambulatorio. Doña Angélica vendía comidas ayacuchanas y de ese modo mandó a su hijo al colegio; sin embargo, Saturnino se quedó en la primaria y trabajó la mayor parte de su vida junto con su madre. Angélica trabajó hasta su vejez, con ello logró comprar su puesto en un mercado y una casa en Pamplona para que viviesen ella y su hijo. Siendo ya la segunda mitad del siglo XX, el Perú, país racista y lleno de prejuicios, el ambiente de compañerismo, el sacrificio y el valor del trabajo formaron al joven Saturnino como un hombre trabajador, habilidoso y solidario. Las circunstancias y el entorno fueron moldeando su personalidad y también su propia vida como la de un provinciano emprendedor que dio lo mejor que pudo a su madre hasta su último día. Le compró muebles, un televisor cuando este era poco común en el barrio y cuidó de ella en su enfermedad. A doña Angélica no le afectó la reforma agraria de 1969, ya que había abandonado su pequeña propiedad en la sierra; tampoco el periodo del conflicto interno, ya que para ese entonces ella ya no trabajaba, quien sí sintió este periodo crítico fue su hijo Saturnino; el periodo de la inflación tampoco dañó drásticamente su economía, ya que en el comercio siempre les fue bien. Esta mujer falleció en 1995, con su propia idea de progreso: confiaba en que el trabajo duro le permitiría a ella y a su hijo abrirse paso en

la capital. Su vida es la del nuevo ciudadano que aparecía ya desde tiempo atrás en la ciudad, el ciudadano emprendedor que asciende según sus posibilidades y esfuerzo.

La segunda representante de esta generación de los abuelos es la señora Rufina Amalia Arias Aguirre, nacida el 10 de julio de 1935. Ella vivió en la hacienda Vicentelo Alto, junto con su padre Santiago Arias, el hacendado. Esta hacienda se ubicaba en el distrito de El Agustino. El desarrollo urbano de Lima no llegaba aún hasta esta parte y la hacienda producía para el comercio y consumo familiar; se comía lo que producía la tierra. La dinámica social en la hacienda era muy distinta a la urbe, pese a estar tan cerca de la misma. Los hacendados en este distrito eran principalmente italianos y chinos; según el relato de la señora Rufina, su padre era el único peruano. Rufina Arias también refiere que se movilizaban trasladándose en carretas haladas por toros, los niños pescaban camarones en el río cercano y la medicina no estaba a la orden del día. Una anécdota que recuerda es que cuando su hermano se fracturó la pierna, su padre le puso unas hierbas medicinales ajustadas por piel de serpiente a manera de una venda.

La administración de la hacienda estaba dirigida por el hacendado, él trabajaba junto con sus hijos. De la vida rural se puede notar que, a diferencia de la urbe, el señor Santiago no dio tampoco tanta importancia a la educación de sus hijos, los acostumbró a ser personas trabajadoras, concebía la tierra como el medio de subsistencia suficiente y siempre estaba pendiente de cómo aumentar la cosecha. Es curioso notar que en este periodo de la historia, tan conflictivo y de exclusión popular, la generación que lo vivió prefirió el trabajo. Sus ambiciones iban acorde a lo que sus medios físicos y la organización les permitían, el progreso en este caso estaba en relación a la fuerza de trabajo y la posesión de la tierra; esta noción cambiaría con la aplicación de la reforma agraria de 1969. Ello modificaría todas las convicciones de esta generación.

La reforma agraria transformó las estructuras de dominación de toda la sociedad, la clase terrateniente desapareció frente a esta política pública. La hacienda desaparece como medio generador de acumulación de riqueza. Luego de la reforma agraria, las antiguas tierras que mantenía el hacendado fueron vendidas por sus hijos, el interés por mantener la vida de trabajo agrícola desaparecía. La renta se impuso al cultivo, los miembros de esta generación preferían arrendar sus propiedades heredadas y salían a trabajar por mantener y mejorar sus condiciones materiales de existencia. A la medida que mejoraban sus casas para tener mejores rentas también las iban levantando para ellos mismos. El panorama urbano aumenta, pero de manera informal.

Otra característica de la reforma agraria, según el relato de Rufina Arias, es que muchos peones, que apenas habían trabajado dos meses antes, argumentaban falsamente haberlo hecho por años para acceder de manera fraudulenta a las tierras redistribuidas. Otra característica de la dinámica social relatada es la forma como se ajusticiaba a los ladrones, ya que la policía no tenía presencia en las afueras de la ciudad. Los hacendados idearon la forma de deshacerse de los ladrones con métodos poco convencionales: al atraparlos, los emborrachaban y los amarraban a los rieles del tren, luego los desataban y parecerían solo borrachos que se durmieron y murieron aplastados. La organización comunal surgía en el sentido de que nadie delataba a quien ejercía esta medida, ya que era la única forma eficiente de reducir los robos de cultivo y ganado.

La reforma agraria fue vista como injusta por mi abuela, esto debido a que la hacienda de su padre la había comprado gracias a una vida dedicada al trabajo, aun así, la medida fue impuesta. Terminado este periodo, aparecieron las cooperativas y una oleada de invasiones en las que no solo llegaba gente desposeída, sino también personas de mal vivir; los enfrentamientos en la zona se dieron a punta de machetazos, fierros, querosene y vio-

lencia drástica, la lucha por la defensa de la propiedad se daba en un contexto de valoración del trabajo heredado en los bienes y de poder conservar la propiedad que les generaban ingresos para subsistir. Terminado este conflicto social, la señora Rufina dedicó su vida al trabajo en La Parada, se casó con el señor Tomas Limaylla Mallorca y tuvo tres hijas; sin embargo, el señor no era tan responsable y fue la señora quien terminó separándose y manteniendo sola a su familia. Al final, compró su puesto en un mercado cooperativo grande.

Doña Rufina trabajó y allí pasó el periodo de la inflación y del conflicto armado interno, este último le afectó más porque ella es cristiana y está en contra de la violencia política que se desató. Para ella, el gobierno de Alberto Fujimori es muy importante, ya que —según su opinión— acabó con el terrorismo y por ello sigue votando por el fujimorismo, aunque por su edad ya no tiene obligación de hacerlo. Sobre su personalidad, ella fue una persona un poco déspota y racista, con los años ha cambiado mucho, al menos es una persona muy distinta a la que conocí en mi infancia. La idea de progreso de la señora Rufina es distinta a la de su padre, ella, pese a vivir en la hacienda, decidió mandar a sus hijas a educarse. La reforma agraria hizo que el modelo basado en la agricultura desaparezca y ella notó que sus hijas tendrían mejores oportunidades si lograban tener educación; sin embargo, no supo orientar a todas ellas por la instrucción superior, por lo que dos se quedaron como amas de casa, mientras que su hija menor sí pudo estudiar en la universidad. Actualmente, la señora Rufina ya no trabaja y vive de las rentas de sus ahorros que una vida de trabajo le permitió acumular.

Tomas Limaylla Mallorca, abuelo materno, nació en 1924, fue un hombre provinciano originario de Tarma, Junín. Fue un poco despreocupado con sus responsabilidades familiares; sin embargo, sí trabajó para vivir y no ser una carga para los otros. Su esposa lo echó de casa por ser mujeriego y por no cumplir con sus

responsabilidades económicas; sin embargo, ello no significa que dejase de querer a sus hijas, pues cuando venía de viaje siempre les invitaba algo, pero no se preocupaba por su educación o por el sustento diario, dejando todo en manos de la señora Rufina. Ya que estuvo ausente gran parte de la vida de su hija, su relato es corto. Durante la juventud de mi madre, trabajaron juntos recogiendo basura y vendiendo gaseosas en Junín; sin embargo, la mayor parte de su tiempo lo dedicaba a sus chacras en Tarma. La reforma agraria no le afectó en gran medida, su idea de progreso no es tan clara, ya que él se conformaba con tener lo necesario para vivir y aunque poseía propiedades extensas, no las construía o las hizo aptas para el negocio, solo las arrendaba como espacios libres. Esta generación se caracterizó por estabilizar su vida económica, pese a que no conocieron la educación ni la belleza material de las cosas, siempre se esforzaron por tener asegurado un alimento para sus familias, con la convicción de que el trabajo era la fuerza transformadora que permitía al hombre sobresalir en una sociedad de carencias y desigualdades.

2. Los padres

Esta generación vivió en la segunda mitad del siglo xx, es en este periodo que se moldearon sus creencias, sus convicciones, sus ideales, etc., habiendo sido sus padres quienes consiguieron un lugar donde vivir y habiéndoles estos mismos enseñado las dificultades de la vida. Le corresponde a esta generación consolidar los logros que obtuvieron sus padres: terminar de construir sus casas, pagar deudas inconclusas, afrontar problemas sociales propios de la coyuntura, etc. Es precisamente esta generación la que vivió los periodos más álgidos de la coyuntura nacional. Durante sus infancias, viven el periodo de la reforma agraria que despojó a muchas personas de sus propiedades y ocasionó la aparición de

cooperativas y la migración del campo hacia la ciudad, también viven la guerra contra Ecuador, la hiperinflación del gobierno de Alan García y la guerra interna con grupos insurgentes como el PCP-SL y el MRTA. Para abordar esta generación trataré las vidas de dos personas que provinieron de zonas muy distintas del país y que terminaron viviendo juntas.

Comenzaré con la narración del señor Saturnino Quispe Villegas, mi padre, quien nace en 1961 en el pueblo de Vitama, provincia de Páucar del Sara Sara, región Ayacucho. Su infancia transcurrió junto con su madre Angélica Villegas y su padre Jacinto Quispe, ambos pastores y campesinos; sin embargo, siendo aún un niño debió abandonar el pueblo con su madre para huir de la violencia familiar, ya que el señor Jacinto era un hombre violento y alcohólico que golpeaba a su esposa. Tuvieron que atravesar cerros hasta llegar a Pausa y poder abordar un bus rumbo a Lima. Estando en la capital, Saturnino, aún niño, fue enviado a la escuela y en un trágico accidente mientras jugaba con sus amigos, al haberse hincado con un tenedor, pierde la visión del ojo derecho. Los niños de esta generación se divertían jugando a las escondidas, fútbol, canicas, etc., eran muy distintos a la siguiente generación, la mía, que conoce la tecnología de las primeras consolas de juego.

Mientras su madre trabajaba en el comercio ambulatorio de comida, Saturnino terminó la primaria, pero no así la secundaria, las dificultades económicas lo empujaron a trabajar junto con su madre y con esfuerzo lograron reemplazar la pequeña carreta por un triciclo. Tal cual la canción de Los Mojarras —vecinos agustinos como luego lo será don Saturnino— dice: «Empuja el triciclo ambulante llamado Perú». Justamente así transcurre la vida de mi padre Saturnino, empujando su triciclo de comida para que su madre pueda trabajar y ganar su sustento. La educación en esta generación sigue dos rumbos: aquellos que tienen una relativa posibilidad económica pueden dedicarse a ello; y los otros,

muchos provincianos que llegan a Lima, sin recursos, como mi padre, que deben trabajar arduamente para vivir con dignidad, sin poder completar su educación primaria ni secundaria.

Don Saturnino junto con su madre Angélica logran adquirir un puesto en el mercado cooperativo Ciudad de Dios, luego de que dicho lugar fue remodelado. Para poder pagar los gastos de esta remodelación, los socios debieron asumir una deuda que los llevó a vender muchas pertenencias, tal fue el caso también de don Saturnino. Este hombre tuvo que volver a su tierra ayacuchana para vender una vaca que su padre le había dicho que tenía en la sierra; sin embargo, al llegar se dio con la noticia de que dicha vaca había muerto desbarrancada y su ternerito había muerto también por falta de leche. Sin mayor dinero, volvió a Lima y tuvo que vender todo aquello que había comprado con una vida de trabajo; sin embargo, logró mantener su puesto y resurgir. Siguió trabajando hasta que su madre ya dejó de hacerlo, luego de ello, vivió el periodo de la hiperinflación; sin embargo, según relata, esto no le afectó mucho, ya que aunque la moneda valía menos, siempre había negocio. La reforma agraria de 1969 tampoco lo perjudicó, ya que las tierras que poseía su padre en la sierra ya no le eran de mayor interés, por otra parte prefirió trabajar para cuidar a su madre. El conflicto interno con el PCP-SI sí le afectó con más fuerza, ya que el partido hacía volar las torres de energía eléctrica y de ello resultaba no tener electricidad para los jugos, etc.; su negocio de comida, en esos años (1985, aproximadamente), disminuyó de manera drástica.

Esta generación vivió de distinta manera el conflicto armado interno, las personas de la sierra lo padecieron más que las de la capital. El señor Saturnino conoció a la señora Elizabeth Limaylla Arias, con quien terminaría formando su familia. En 1995, fallece la madre de don Saturnino, él ya tenía una relación estable con doña Elizabeth. Al año siguiente nace su hijo, Ángel Eduardo Quispe Limaylla. Desde esta etapa de su vida, las cosas

se estabilizan más. Unos años antes había comprado una casa en Pamplona para vivir con su madre; sin embargo, ahora que esta le heredó el puesto y tenía una familia, decidió salir de Pamplona e irse a vivir a El Agustino con su esposa. La casa de Pamplona quedó para sus hermanos y hermana, años después, la ambición de su hermana lo llevaría a un juicio contra ella por mantener su puesto. El señor Saturnino es un hombre trabajador, no profesa religión alguna, ya que todo lo consiguió con esfuerzo propio, tampoco posee alguna afinidad política, por el contrario cree que los partidos son una forma de manipular al pueblo; sin embargo, tampoco maneja alguna ideología clara. La situación de su madre y su esfuerzo constante lo convirtieron en un hombre muy capaz, siendo comerciante trabaja aún todos los días, gracias a ello ha podido educar a su hijo y levantar una casa en el distrito de El Agustino, esto lo hizo para ya no vivir con su suegra, pues, como se vio líneas atrás, la señora Rufina era una persona con prejuicios y, en cierto modo, hasta abusiva en sus acciones. Así, con tal de lograr dar a su familia la vida tranquila que él no tuvo, no encontró más remedio que limpiar el desmonte del terreno de su esposa y levantar su nueva casa.

Elizabeth Limaylla Arias, mi madre, nació el 8 de agosto de 1964, en la Maternidad de Lima. Hija de doña Rufina Amalia Arias Aguirre y don Tomas Limaylla Mallorca, la primera parte de su existencia transcurrió junto con su madre en la exhacienda Viéntelo de El Agustino, siempre se ocupó de atender la casa, sabía cocinar y nada le faltaba, ya que todo salía de la hacienda. Luego de la reforma agraria y de que sus tíos se repartieran los terrenos heredados, la hacienda terminó desapareciendo. Luego, la señora Rufina no tuvo más opción que salir a trabajar de lo que sea: lavar ropa, cocinar, coser y comerciar; mientras ella trabajaba todo el día, era su hija Elizabeth quien atendía a sus demás hermanas y cuidaba de la casa. Aun así, la señora Rufina pudo educar a sus tres hijas. Entre estas dos generaciones, la característica que se repite

es la profunda religiosidad, tal vez sin mayor ayuda que su propia fuerza, buscaron la ayuda de Dios y se aferraron a Él.

Según el relato de la señora Elizabeth, ella tenía deseos de ser maestra; sin embargo, al vivir en la hacienda, dedicada al hogar, este mundo rural y doméstico la atrapó y no supo cómo seguir los estudios más allá del colegio, no tuvo a alguien quien la pueda orientar; entonces, decidió seguir trabajando y no depender más de su madre. En 1983, le tocó vivir un periodo muy violento, se dio la ola de invasiones en el distrito de El Agustino, por lo que le correspondió a ella y a sus familiares defender sus propiedades de los invasores y estos luchaban con piedras, bombas molotov, machetes, fierros de construcción y demás armas blancas. Lo que marcó a la señora Elizabeth es la intención de los invasores, buscaban matar a su madre y a sus tíos, para que así, habiendo acabado con los herederos directos de la antigua hacienda, puedan asentarse permanentemente.

Luego de haber pasado ese periodo, la señora Elizabeth —en la adultez temprana— recuerda que su madre le sacaba en cara todo lo que le daba, por ello decidió irse a trabajar con su padre, con quien comenzó recogiendo basura para la Municipalidad de San Borja, en este punto de su historia la señora tiene entre 18 y 19 años. Mientras trabajaba con su padre, también entra al Partido Popular Cristiano (PPC), donde se dedicó a repartir volantes y hacer propaganda. Luego de un periodo de trabajo sin mayores problemas, su padre cayó preso, pues fue denunciado por una antigua amante que tuvo que pretendía quitarle su camión. La señora Elizabeth logró liberar a su padre a través de su contacto con un general y deciden irse a trabajar a Tarma.

Estando en Tarma, la señora Elizabeth se dedicó al transporte de productos agrícolas producidos en la chacra de su padre don Tomas, también trabajó repartiendo gaseosas. Durante este periodo, mi madre recuerda una anécdota, el camión de gaseosas tuvo un accidente y se perdió la carga. En ese momento, el señor Tomas

Limaylla entró en desesperación y empezó a llorar. Elizabeth, madre, mostró en ese momento su idea de progreso y le dijo a don Tomas que debía seguir trabajando para pagar sus deudas. Para la señora Elizabeth, el trabajo es la fuerza creadora que permite al hombre seguir adelante, incluso más que la posesión de tierra, la cual ya es solo un complemento antes que una fuente directa, como lo fue en la generación anterior. Como camionera le tocó arriesgar su vida muchas veces, incluso en una ocasión casi se la lleva el huaico.

Es en esos años de trabajo en la sierra en donde la señora Elizabeth vive el periodo del conflicto interno. La guerra popular del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso afectaba a todos los ciudadanos y, de manera especial, a los comerciantes. Doña Elizabeth, entre sus viajes, recuerda y me brinda el siguiente testimonio:

Yo había ido a dejar la mercadería de gaseosas a la distribuidora de Cerro de Pasco, pero la cochera de la distribuidora estaba llena, así que tuve que estacionarme afuera de la distribuidora y pasar ahí la noche. Y oyendo ruidos, yo decidí prender las luces del camión que daban justo frente a la comisaría de la zona. No le tomé importancia cuando los soldados me dijeron: «¡Ese camión, apague las luces!». Y las apague y seguí cuidando el camión, pero al día siguiente, habiendo ya salido del lugar, me entero que la noticia decía que esa comisaría había sido volada por los senderistas esa misma noche que yo estaba; pero era mentira ya que yo había estado toda la noche y la comisaría estaba bien. Desde ahí me di cuenta [de] que la prensa era mentirosa¹.

Otra anécdota que recuerda es la estrategia que ideó junto con su padre para evitar a militares y senderistas. Su padre le decía que

1 Entrevista a Elizabeth Limaylla Arias realizada por Ángel Eduardo Quispe Limaylla. 17 de mayo de 2017.

si los paraban los militares les dijera que se habían equivocado de ruta y buscaban orientación; pero si los paraban los senderistas, debía decir que llevaban productos para los compañeros. De esta forma, se puede ver cómo trataban de inventar mecanismos para salvaguardar su integridad en un momento en que la violencia política afectaba directamente las vidas de todos los ciudadanos.

De regreso a Lima vuelve a vivir en casa de mi abuela, doña Rufina, quien le permite ir a trabajar en su puesto del mercado cooperativo Ciudad de Dios, en el distrito de San Juan de Miraflores. En dicho lugar, se dedicó a la comercialización minorista de frutas. Del gobierno de Alan García, recuerda que las colas para comprar el pan eran inmensas, además, solo podía comprar un sol de pan, ya que estaba racionado así. Luego, los intis hicieron que su economía se vea duramente afectada, ella siendo vendedora de frutas, compraba sus frutas a un precio, pero todo subía al día siguiente y ella debía venderlo, ya que las frutas se malograban si las guardaba, entonces me dice que se «descapitalizó» y que ya no podía comprar la misma cantidad de frutas para vender, sino que compraba y ganaba menos. También me cuenta que una forma colectiva de combatir la inflación fueron las juntas, mecanismo colectivo a nivel de conocidos en el que cada miembro da una cantidad semanal de dinero y que en determinado momento cada uno de ellos se llevaba la junta de todos, lo cual permitía contar con una cantidad considerable cada periodo. También me cuenta que las polladas se iniciaron no como colecta de fondos para la salud, sino que su carácter inicial era juntar dinero para que los hijos puedan asistir a la escuela y pagar gastos educativos; antes del periodo de la inflación, me dice, las polladas eran escasas o no existían. En este periodo, conoce al señor Saturnino Quispe Villegas, él vendía jugos.

Luego de ello, tanto mi padre como mi madre dejan de trabajar en el mercado. Hacia 1996, nací yo, su hijo. Deciden vivir en El Agustino para dedicar más tiempo a su familia

y a mi educación. Estando en este distrito, levantan su casa en el lugar que antes fue el corral de la hacienda. Ya estando establecidos, ambos tienen la idea de progreso no tanto a modo del trabajo físico, sino que prefieren darme aquello que ellos no tuvieron, gastan en educación y en construir su casa, y siguen trabajando hasta la actualidad. La señora Elizabeth pasó de tener una existencia rural, donde no sabía cómo alcanzar un nivel profesional, por lo que tomó conciencia de que debía usar su fuerza de trabajo siempre que quisiese salir adelante. Así, su mentalidad fue cambiando conforme el antiguo modelo agrario, antes de la reforma, se transformaba en el de una ciudad más grande, que invertía más en las rentas.

3. Los hijos

Mi generación, pese a haber nacido a fines del siglo xx, se desarrolla en el siglo xxi y con el nuevo milenio también vienen nuevas relaciones sociales y un Perú inmerso en la inestabilidad política. Las tecnologías de la información y la comunicación, la difusión de la cultura extranjera a través de los medios, la menor exigencia de los padres y la sociedad poscrisis de paradigmas (socialismo o capitalismo) van formando personas con menos interés por la política. La juventud se ve entretenida en problemas triviales, las personas de esta generación se ven inmersas más tempranamente en problemas de alcohol, vicios o enfermedades de transmisión sexual. Todo ello puede deberse al distanciamiento familiar, a una violencia urbana generalizada. Los padres pasan más tiempo en sus trabajos, en reuniones con amigos, en compras, etc., ello genera que los jóvenes crezcan entre amigos o familiares distantes, como tíos, abuelos, etc.

Esta generación asume el estudio como un medio para mejorar su situación económica y ascender socialmente; sin embargo, la

educación parece desligada de un plan nacional de desarrollo, no genera una conciencia de retribuir algo a la sociedad. Yo, Ángel Eduardo Quispe Limaylla, nací el 12 de julio de 1996, soy hijo de padres de clase baja y constaté, desde pequeño, cómo la vida de mis padres, que se dedicaban al comercio, transcurría diariamente en el trabajo. El comerciante no tiene un sueldo fijo, debe trabajar todos los días para sacar su ganancia, esto provoca que los hijos tengan que crecer en ocasiones con otros parientes; sin embargo, el hijo también aprende la importancia del trabajo y valora el esfuerzo y sacrificio, ello es importante, ya que moldea una generación con miras emprendedoras.

A medida que avanza el nuevo milenio, voy entendiendo este cambio generacional en las actitudes de mis padres. Mi madre, por ejemplo, cuando renegaba, solía soltar palabras como «serrano de mierda» o «cholo terco», aunque ella lo decía por costumbre más que por convicción, a diferencia de su abuela Rufina, quien usaba frases como «indio tenías que ser». Estas expresiones eran empleadas desde sus ancestros por parte de su línea materna, tanto su tatarabuelo como sus tíos abuelos eran discriminadores. Por otra parte, mi padre, Saturnino Quispe, fue en cierto modo quien me dio un punto de vista diferente. Él es un hombre ayacuchano, trabajó desde niño y lo sigue haciendo, es una persona emprendedora que demostró con sus acciones el valor del trabajo y la comprensión. A diferencia de mis ancestros, quienes veían al racismo de manera tan natural como soltar una lisura al enojarse con algo, para mí, ya es un mal que debe ser erradicado. Otra característica de esta generación es su religiosidad, la mayor parte del país mantiene su catolicismo, claro que ello no incluye a toda la generación, pero sí es la mayor parte.

Mi generación también se caracteriza por su alienación, muchas veces prefiere los elementos culturales extranjeros antes que lo propio, incluso en las jergas utilizadas, como «wey», «nel», etc., o también al escribir en inglés en los muros de las redes

sociales; todo ello indica patrones conductuales de los miembros de una generación, quienes ya no se sienten tan nacionales, sino que se conciben más como «ciudadanos del mundo», una reacción provocada por vivir en una región más «estable» del planeta, habiendo ya superado la crisis política del siglo pasado. Yo, al ser parte de esta generación, también tengo una vida más tranquila. Terminé la secundaria e ingresé en 2014 a la escuela de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Mi idea de progreso también gira en torno a la educación, la sociedad del conocimiento exige que las personas tengan las capacidades necesarias para «sobresalir».

Hasta ahora en mi vida he conocido gobiernos de Alberto Fujimori, Valentín Paniagua, Alejandro Toledo; en esta primera parte, mi edad y desconocimiento me hicieron indiferente ante la realidad nacional. El interés por la historia comenzó durante el segundo gobierno de Alan García, cuando se hablaba mucho de la hiperinflación, también por el hecho de llamar a las comunidades nativas «ciudadanos de segunda categoría», el Baguazo y el etnocacerismo; estos factores fueron un momento de acercamiento a las ciencias sociales, ya que intentaba entender cómo se gestaban estos procesos. Luego de ello vino el gobierno de Ollanta Humala y el de Pedro Pablo Kuczynski.

Mi vida hasta este punto ha ido evolucionando, valorando sobre todo el esfuerzo de mis padres y todo lo que por mí hicieron. Ya dentro de la escuela de Historia, las teorías que he ido asimilando me llevaron a tener una percepción más global de la sociedad, de reconocer las contradicciones internas, la lucha de posturas antagónicas, el sistema económico, etc.; sin embargo, esta historia no termina aún, por ahora trabajo como practicante preprofesional del área de archivo en el Ministerio de Economía y Finanzas (MEF).

«El abuelo fue uno de los fundadores del distrito de Paccarectambo»

Sara Isabel Quispe Tacuse

Código: 14150156

Para Edward H. Carr (1978), la historia es un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado. Los hechos constituyen el cuerpo de la historia, son una suerte de materia prima para construir el discurso histórico. Leopold von Ranke¹ sostiene que los hechos hablan por sí solos; pero esto es falso, debido a que el historiador apela a ellos y los introduce en la historia a través de criterios selectivos. La relación que tiene el historiador con los hechos es del mismo carácter que la que debe tener con las causas. Es importante investigar las causas de los hechos históricos. La elaboración de presentación jerárquica y racional de las causas ayuda a la interpretación del proceso histórico. Asimismo, la idea de progreso se relaciona con la generación. Según Carr, la historia es el progreso por medio de la transformación de las habilidades obtenidas de una generación a la siguiente.

La familia es una institución que a lo largo de la historia ha sido concebida como núcleo de la sociedad. El desarrollo de la familia llevó a la constitución del mundo por generaciones. Pero el término «generación» no solo refiere a la familia, sino también al grupo de personas que se entremezclan, superponen y conviven.

1 Historiador de la corriente metódica científica.

En esta oportunidad, aplicaré algunos conceptos del análisis de la historia para explicar y estudiar la historia de mi familia.

Mi nombre es Sara Isabel Quispe Tacuse. Tengo dos hermanos mayores, Evelyn y Daniel. Mis padres son Timoteo Quispe Huallpa y María Dominga Tacuse Clemente. Mis abuelos paternos fueron Dionicio Quispe Quispe y Paula Huallpa Quispe. Mis abuelos maternos fueron Martín Tacusi Jaquehua y Raymunda Clemente Ccalloquispe. Todos naturales de Cusco.

1. La generación del abuelo

El acercamiento que tengo hacia el lado paterno es mayor que al lado materno. No he llegado a conocer a mis abuelos por parte de madre debido a que fallecieron por el año en que nació mi hermana mayor, solo sé que no fueron beneficiados con la reforma agraria, ya que las tierras que eran propiedad de mi abuelo Martín fueron expropiadas para dárselas a una comunidad en Tinta. Mi abuelo no era gamonal ni hacendado, tenía unas tierras de su propiedad que no eran extensas, pero sí eran de su familia. Estos terrenos le fueron quitados.

Dionicio y Paula nacieron en la década del 20, apenas empezado el gobierno provisional de Augusto B. Leguía. El abuelo fue uno de los fundadores del distrito de Paccarectambo, en la provincia de Paruro, Cusco. En 1963, un grupo de vecinos redactaron un documento para enviarlo al Congreso, en el cual solicitaban la separación del pueblo de Paccarectambo del distrito de Paruro, argumentando la importancia geográfica, demográfica e histórica del primero. Se dio la creación del nuevo distrito en el primer gobierno de Fernando Belaunde Terry. Posteriormente, el abuelo Dionicio fue encarcelado, en 1965, por apoyar un levantamiento por los derechos de la tierra contra algunos hacendados que se apoderaron de los terrenos de la comunidad. Estuvo preso



FOTO 1. Fernando Belaunde Terry (en la esquina inferior derecha) llega a Paccarectambo (agosto de 1963). Fotografía de Timoteo Sullca Llamocca.

Fuente: Archivo familiar Quispe Tacuse.

tres años en la cárcel de la Almudena, Cusco. Salió cuando se dio el golpe de Estado del general Juan Velasco Alvarado, el 3 de octubre de 1968. Mi papá dice que el abuelo le entregó a Belaunde Terry la vara de mando del pueblo, pero indagando en diversas fuentes encontré que más bien el que la entregó fue un vecino, Nicolás Orosco.

Mis abuelos fueron campesinos y solo mi abuelo paterno tuvo educación básica, sabía escribir, leer y hablar castellano, algo no muy frecuente en su pueblo. Mantenían sus costumbres ancestrales, junto con la religión católica, o sea, había sincretismo en su cosmovisión. El papel de la mujer en ese tiempo era pasivo, ya que mi abuela solo se desempeñó como esposa y madre. El progreso para mis abuelos era tener más cosecha en sus tierras, tener más ganado, poder mantener a su familia y vivir el día a día sin preocupaciones. Sus vidas giraban en torno a su comunidad, hasta que sus hijos los trajeron a Lima, en primer momento, de



FOTO 2. Mis abuelos Dionicio y Paula, durante la construcción de la casa en Villa María del Triunfo (1985).

Fuente: Archivo familiar Quispe Tacuse.

visita, pero luego a vivir ahí permanentemente. Las causas de su migración fueron de origen económico. Se mudaron en 1991. Sus vidas en Lima fueron tranquilas, en el distrito de Villa María del Triunfo. Murieron rodeados de sus hijos, nietos y bisnietos, Dionicio en 2007 y Paula en 2012.

2. Los padres

Mis padres nacieron en la década del 50, durante el gobierno de Manuel A. Odría. Mi papá es de Paccarectambo y mi mamá, de Tinta. Así como la mayor parte de jóvenes, ellos salieron de su hogar en busca de mejores oportunidades. El medio o el mecanismo para salir era el «encargo» a un profesor, profesora o una persona que se comprometía a cuidar y enseñar una profesión a otra persona. Se conocieron en la ciudad del Cusco, en una fiesta patronal.

Ya en Lima se establecieron juntos en San Isidro, en 1978, durante el gobierno de Francisco Morales Bermúdez, como vigilantes de un edificio. Ahí nací y nos desarrollamos como familia. Si bien Lima es una ciudad con oportunidades, no es fácil conseguir un trabajo y peor aun si eres migrante. Fue un reto para ellos sobrevivir en la capital, desde aprender a hablar castellano hasta tener que sobrevivir con lo que había, ya que a veces no tenían ni para comer.

Mis padres solo estudiaron primaria y así llegaron a Lima. Se desempeñaron como trabajadores del hogar y como comerciantes ambulantes. Quien tuvo oportunidad de aprender un oficio fue mi padre, sus amos lo ayudaron pagándole la carrera técnica de electricidad y mecánica. Mi madre, años más tarde, se inscribió en un curso de corte y confección para así poder solventar su vida en caso la despidieran del trabajo. Hasta el día de hoy siguen laborando de esa forma: mi padre como ambulante y mi madre como personal de limpieza en una oficina. Entonces, ella casi fue víctima de un atentado terrorista, en 1992. En ese tiempo vivíamos en San Isidro, por las avenidas Arequipa con Juan de Arona. Ella estaba regresando de trabajar por CORPAC, pasó por el Banco de Crédito y cuando se encontraba a dos cuadras de distancia explotó el coche bomba. No tuvo ningún daño, solo la sensación de miedo, de que algo puede suceder en el momento menos esperado. Desde esas situaciones (junto con lo de Tarata y el asesi-



FOTO 3. Mi padre Timoteo y mi abuelo Dionicio en la casa de Villa María del Triunfo (1998).

Fuente: Archivo familiar Quispe Tacuse.

nato de María Elena Moyano), creo yo, los limeños comenzaron a tener conciencia de lo que significaba realmente el terrorismo.

Algo que siempre les he reclamado a mis padres es el hecho de no enseñarme a hablar quechua, lo utilizaron como un medio de comunicación secreto entre ellos, pero nunca tuvieron la intención de que sus hijos lo hablaran. Al ser ellos cristianos adventistas, nos prohibían ser partícipes de bailes o danzas, ya que los consideraban como algo ofensivo para su religión, pues solo debe venerarse a Dios y no a «cosas paganas». Ahora ya no tienen esa actitud debido a mi constante crítica a eso, ya que no somos descendientes de judíos ni de hebreos como para ser tan estrictos en el culto a la religión, además, a causa de eso se está perdiendo nuestra identidad como país. Eso es algo positivo que estoy logrando en mi familia.

Entender el progreso para ellos me hace reflexionar en cómo la religión influye mucho en una persona, cómo logra cambiar su sistema de convicciones. Si bien todos los padres tienen como punto común el mantener a su familia sin sufrir necesidades y tener un trabajo estable, la diferencia es que ellos también buscan ser colaboradores de su Iglesia y mantener la paz y la gracia de Dios.

3. La generación de los hijos

Mis hermanos mayores nacieron en la década del 80, durante el segundo gobierno de Fernando Belaunde Terry y el inicio del terrorismo en el país. La infancia de ellos recorrió el primer gobierno de Alan García, el cual —bien sabemos todos los peruanos— fue algo desastroso. En ese contexto, mis padres habían ido a hacer cola en el colegio Melitón Carvajal (Lince) para comprar productos de la canasta básica y tanto fue el descontrol por los alimentos que mi hermano, que tenía tres años en ese entonces, se perdió entre la muchedumbre. Ante toda esa confusión, bajó solo al mercadito central de Lince, donde un casero lo reconoció y cuidó hasta dar aviso a mi mamá.

Yo nací en 1994, cuando el terrorismo ya estaba presente en Lima y se iniciaba el segundo gobierno de Alberto Fujimori. Mi infancia vio la caída del Gobierno más corrupto de la historia peruana. Si bien muchos sucesos se dieron en ese contexto, aún no tenía conciencia de las cosas. Mis padres quisieron darnos siempre la mejor educación y en mi caso pensaron que lo mejor para mí era alejarme de toda la maldad, de los pecados y de la inmoralidad enviándome a un internado cristiano. Estuve cuatro años en un colegio internado cristiano en Supe (Barranca), en el cual se daba más preferencia a la salvación espiritual que a la finalidad principal de un colegio: la enseñanza de conocimientos y la educación. La experiencia en ese colegio cambió mi forma

de ver la vida, si la comparo a la que tuve en una escuela laica. Pude ver la superficialidad de las personas que dicen ser «rectas» y entendí que no solo profesando una religión tengo derecho a ser catalogada como persona «buena».

Mis abuelos y mis padres no terminaron la educación básica regular, a lo mucho lograron aprender labores técnicas, como en el caso de mi abuelo, quien aprendió sobre tejido; mi papá, electricidad y mecánica; y mi mamá, corte y confección. Lo esencial para ellos era tener un trabajo. En mi generación, la de los hijos, la educación fue una consigna principal de vida. Mi hermana ingresó a San Marcos en 2000, a la carrera de Ingeniería Geográfica, estudió dos años y dejó la carrera al quedar embarazada y al final no la pudo retomar. Mi hermano postuló a San Marcos para estudiar Comunicación Social, pero no pudo ingresar, así que optó por la carrera técnica de Diseño Gráfico en IDAT, concluyéndola con méritos. Siendo la última, decidí por una carrera universitaria en San Marcos, a pesar de ir contra la voluntad de mi padre, debido a la mala experiencia de mi hermana.

Ahora bien, ¿por qué hago todo este recuento? Es porque mis padres salieron de Cusco muy jóvenes y al conocerse en Lima tuvieron que comenzar una nueva vida con muchas privaciones y dificultades. Al pasar los años, pudieron alcanzar mejores oportunidades de trabajo; por ejemplo, mi papá entró a una empresa de importación de motos y fue jefe de mecánicos a nivel general, mientras que mi madre fue guardiana de un edificio en San Isidro y tuvimos la facilidad de vivir ahí hasta que ingresé a la universidad, también pudo conseguir permiso para tener un pequeño quiosco afuera del edificio (aún mis padres trabajan ahí). Por su lado, mi hermana terminó la secundaria y pensaba en estudios superiores, mi padre ganaba en dólares y tenía un negocio de venta de repuestos para motos, por lo que tenía la posibilidad de pagarle la carrera que deseaba. Ella ingresó a la Universidad de San Martín de Porres para estudiar Ingeniería de Computación y



FORO 4. Mi fiesta de cumpleaños por mis cinco años.
En la fotografía aparecen reunidas la primera (abuelos),
tercera (hijos) y cuarta (nietos) generación.

Fuente: Archivo familiar Quispe Tacuse.

Sistemas, y estuvo estudiando dos años, aproximadamente, hasta que vinieron los problemas económicos y tuvo que dejar la carrera para postular a San Marcos. El negocio fracasó por mala administración y a mi padre lo despidieron del trabajo. Mi hermano pudo contar con el apoyo de un buen señor donde trabajaba, el cual le ayudó para que pueda concluir su carrera técnica. En mi caso, la situación económica ya estaba controlada, pero mi destino era un instituto o universidad pública, así que preparándome poco a poco y trabajando a la vez, logré ingresar a San Marcos.

El progreso en esta tercera generación, la mía, se puede reducir a tener o aspirar a una educación superior, una profesión, un trabajo de acuerdo a la profesión que se ha estudiado. Los ideales pueden haber cambiado, pero la esencia sigue siendo la misma en el caso de mi familia: siempre se ha buscado tener una buena vida, ser felices.

Los hombres son más hijos de su tiempo que de sus padres

Yoselin Jenny Rodas Alvites

Código: 12150012

El viejo proverbio árabe que gustaba mucho al medievalista Marc Bloch sentencia: «Los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres». ¿Qué relación puede existir entre el contexto histórico, el tiempo y las formas de existencia para que los hijos se parezcan menos a sus padres y más a su tiempo? ¿Cómo determinar esa relación? En este ensayo, a partir del análisis de tres generaciones (abuelos, padres y nietas), buscaré identificar esa relación.

En su estudio sobre Galileo, José Ortega y Gasset (1984) sostiene que las generaciones son un encuentro entre lo individual y el entorno colectivo. El drama de la vida aparece ligado tanto a un propósito que marca la trayectoria de la existencia como a un sistema de convicciones que forjan o mantienen la mentalidad, los gustos, las acciones, la idea de progreso, etc. Las generaciones no son fijas. Sufren variaciones de sensibilidad vital que definen su forma de accionar. La interrelación entre generaciones contemporáneas —generaciones que comparten el mismo espacio temporal, pero con diferentes edades vitales— muestra dos resultados posibles:

- a) La generación que precede crece en medio de la influencia y parámetros que establece la anterior. En este caso, se produce una acumulación, entre lo legado, las experiencias, los conocimientos y los elementos culturales, sociales y políticos.

- b) La generación nueva produce una ruptura. En este caso, la nueva generación refuta y contradice a la que la antecede. Esto se hace más evidente cada vez que la nueva logra generar un sistema de convicciones. Es una generación decisiva.

Considerando la dicotomía anterior, analizaré las tres generaciones de mi propia familia. La tercera generación (en forma ascendente) está representada en línea materna por Rogelio Alvites Villa (1951) y Brenilda Salazar Salazar (1957), en línea paterna por Isolina Vásquez Quiroz (1925) y José Wenceslao Rodas de la Paz (1905). En la segunda generación figuran Elizabeth Alvites Salazar (1976) y José Alejandro Rodas Vásquez (1973). La primera generación la integran Yessica Eiffel Rodas Alvites (1996) y yo (1994). Por la lejanía emocional y territorial, solo mencionaré a grandes rasgos los cambios sufridos en la línea paterna.

Las tres generaciones nacieron en Niepos, provincia de San Miguel, departamento de Cajamarca. Vale decir que el sistema de convicciones, valores, costumbres, gustos musicales y gastronómicos están íntimamente ligados a la cultura y al cosmos cajamarquino; sin embargo, a pesar de un punto de partida común y de espacios que representan puntos de encuentro, cada una vive tiempos vitales distintos, es decir, han variado ciertos elementos de generación en generación con respecto a la idea del progreso, de la vida, etc. Estas variaciones se mostrarán de forma más clara en los siguientes apartados.

1. Educación

Rogelio Alvites Villa inició sus estudios en 1957 en la Escuela Prevocacional de Varones n.º 80; posteriormente, en la escuela primaria n.º 82762. Llevó a cabo los estudios de transición «chi-

ca» y transición «grande» (los dos niveles que había), en donde adquirió los primeros conocimientos sobre las vocales, el abecedario, etc., es decir, los que en la actualidad se adquieren en la preparación inicial. Posteriormente, realizó estudios de primero a quinto año de primaria. Recibió los siguientes cursos: Niño a la Salud, Historia, Matemáticas, Lenguaje (también llamado Castellano), Agropecuaria y Carpintería.

El curso que llama la atención es Niño a la Salud. Le pregunté a mi abuelo en qué consistía y sostuvo: «En esa materia nos enseñaban sobre el cuerpo humano, los órganos y el aseo personal»¹. Este curso está relacionado con los objetivos que planteaba la política educativa por aquellos años. En el *Informe sobre los núcleos escolares, 1946-1958* (1959) se señala que «las actividades educativas predominantes en la escuela rural deberían dirigirse en primer término a formar hábitos higiénicos en los niños» (Díaz Montenegro, 1959, p. 140). Esto explica no solo el objetivo del curso, sino el motivo de los requerimientos que tenía el colegio hacia los estudiantes. Los alumnos tenían que llevar diaria y obligatoriamente un peine de bolsillo y un pañuelo. Se les revisaba el cuello de la camisa, el cuidado y limpieza de la vestimenta. El Estado aún tenía presente la perspectiva higienista como medio civilizador. El maestro no se limitaba a la enseñanza de conocimientos, también formaba a los estudiantes en valores, hábitos e incluso contribuía a modelar el comportamiento. En ese mismo sentido, la instrucción en agropecuaria y carpintería respondía también a los programas de enseñanza en ámbitos rurales. He ahí que, en la estructura de los núcleos escolares, otra actividad importante fuese el cultivo de huertos y almárgos.

La otra integrante de esta generación, Brenilda Salazar Salazar, no tuvo acceso a la educación. Sus padres no creyeron necesario

1 Entrevista a Rogelio Alvitez Villa realizada por Yoselin Jenny Rodas Alvites. 11 de octubre de 2017.

que estudie, después de todo, solo la imaginaban como madre de familia. Posteriormente, esa condición, esto es, la de habersele negado los estudios, la impulsó a educar a sus seis hijos, entre ellos Elizabeth Alvites Salazar, quien logró terminar secundaria. Elizabeth es coetánea de José Alejandro Rodas Vásquez, pues ambos nacieron a mediados de los años 70; sin embargo, comparten los parámetros educativos de la generación de Rogelio.

Para inicios de los años 90, se empezó a dar una perspectiva distinta, «más competitiva», enfocada en la inserción de los individuos al mercado (Trapnell y Zavala, 2013). Predominaba la visión empresarial. Este entorno arrastra a Elizabeth a estudiar cosmetología. Las ganancias que le generaban su trabajo y la mentalidad emprendedora le hacían imaginar a sus hijas eligiendo carreras cercanas a la suya e incluso la misma profesión. Sus deseos no se cumplieron.

Los miembros de la primera generación en línea ascendente, en la que nos encontramos Eiffel y yo, fueron a centros de estudios en la sierra de Cajamarca y en Lima, entre los últimos años del siglo xx y los primeros del XXI. El cambio y la relación centro-periferia (capital y «provincia») trascendieron la geografía. La educación era distinta. Por ejemplo, en Cajamarca aún se llevaban cursos de formación laboral en los que enseñaban a sembrar plantas, a usar el abono, a tejer, etc. A su vez, se estudiaba en doble horario, de ocho de la mañana a doce del mediodía y de dos a cinco de la tarde. Una cosa adicional es que la revisión del peine, pañuelo y el aseo de vestimenta aún era una práctica común entre 1996 y 2003. En cambio, al llegar al Lima esta generación se inserta en un sistema de convicciones diferentes. Las relaciones sociales se vuelven más impersonales. De vivir en un pueblo, Niepos, donde la mayoría de personas se conocen, pasaron a Lima donde todos son extraños. Además, la educación era distinta. Se dictaban cursos que en Cajamarca no existían, por ejemplo, Computación e Inglés; sin embargo, la calidad de la

educación era similar e incluso peor. Aun así, por estar en un ambiente más cosmopolita y por la influencia de personas externas, pero allegadas a la familia (algunos primos mayores con estudios universitarios), esta nueva generación siguió estudios superiores.

Al comparar la tercera generación, de Rogelio con estudios primarios y Brenilda sin estudios, con la segunda, de Elizabeth, que obtuvo una profesión técnica, y Alejandro, que terminó secundaria, y la primera generación de Eiffel y yo, con estudios universitarios, me pregunto si se puede decir que se ha dado un progreso. Si se concibe la educación como un factor de cambio social, esto es, como un medio que evidencia cierto desarrollo mediante el conocimiento acumulado de las generaciones anteriores (Carr, 1978), pues resulta innegable.

2. Migración

Entre los años 50 y 60, en el Perú se vivió un fuerte proceso migratorio de las periferias a las ciudades, principalmente a la capital limeña. En Cajamarca, se desarrolló un proceso migratorio particular. El destino no era Lima, sino Amazonas. Rogelio Alvites Villa decidió tomar esta ruta, así, con la finalidad de conseguir mejoras en su economía, viajó a Bagua en 1968. Un espíritu de progreso y ambiciones personales le movían como un mito cuyo desenlace sería la tierra prometida. Como buen campesino, Rogelio había puesto sus esperanzas en la obtención de terrenos y en el cultivo de café, cacao y frutas. Bagua parecía el paraíso terrenal. A pesar del calor infernal, las tierras baldías parecían un regalo divino. Como para espuelear su decisión final estaban las diferentes historias de paisanos que volvían de Bagua a Niepos con dinero. Pero había un factor adicional. La construcción de la carretera Marginal de la Selva (hoy Fernando Belaunde Terry) conectó Cajamarca con Amazonas y San Martín. Siguiendo la

Marginal, Rogelio se introdujo en la selva de Bagua por cinco años. Después de ese tiempo y motivado por nuevos objetivos, Rogelio regresó a Niepos: quería formar su familia. Los encantos de la selva no parecían llenar sus expectativas. Su Cajamarca querida le volvía a atraer cual canto de sirena. Allí le esperaba la musa de sus sueños.

La segunda y tercera generación, representada por Elizabeth Alvites Salazar y sus cuatro hermanas, además de Yessica Eiffel y yo, vivieron un proceso migratorio distinto. En 1996, viajaron de Cajamarca a Lima. Los factores que las motivó ya no eran los mismos que los de Rogelio. Si bien sus ambiciones económicas son semejantes, tiene un objetivo mayor: mejoras educativas y realización profesional.

Salir del entorno generacional implica cambiar de ámbito social, romper vínculos, mudar de lugar, etc. ¿Cómo repercute este proceso en las nuevas generaciones? Tanto para Elizabeth y sus hermanas como para sus hijas, el nuevo escenario significó un desafío. Los tiempos vitales son distintos. Estar en Lima implicó conocer nuevas costumbres, nuevos tipos de socialización. Fue un proceso de adaptación, pero también de ruptura de vínculos. Empezar a convivir con nuevas y distintas costumbres implicó mirar con otros ojos a las propias. Significó aprender a vivir en otros espacios. Claro está, cada una vivió este proceso de diferente manera y de acuerdo a su edad, pues las migrantes tenían distintas edades. Elizabeth tenía 23 años, en el 2000, cuando salió de Cajamarca; mientras que Yessica y yo salimos en 2005, teníamos once y ocho años, respectivamente.

3. Cultura

Los espacios culturales en Niepos aúnan a todas las generaciones que ahí residen. Los lugares de encuentro son múltiples; sin

embargo, el mercado es el preferido por los pobladores. Ubicado a la espalda de la plaza de Niepos, abre sus puertas los jueves y domingos. A él concurren pequeños agricultores que van desde los caseríos cercanos a vender sus productos. Con el dinero de la venta compran productos costeños.

Según relata Brenilda Salazar Salazar, era un lugar donde los jóvenes de su generación se enamoraban. El cortejo parecía sencillo, pero era altamente peligroso. Se miraban de lejos. Si la señorita asentía al saludo del joven, se establecía un romance implícito que les daba la oportunidad de iniciar tertulias por la tarde. Todo ello debía mantenerse en la complicidad de la clandestinidad y el secretismo absoluto, de lo contrario sus padres los obligaban a casarse o, si no estaban de acuerdo, tenían que emprender la fuga, luego de lo cual a los padres no les quedaba más que aceptar su relación. Para la generación de Elizabeth, el mercado se tornó en un espacio de diversión. Allí frecuentaban comerciantes de Chiclayo, La Florida, etc. Era un espacio de juegos y el centro de las artesanías, de los productos de belleza de la costa, etc.

Otro punto de encuentro eran las fiestas patronales, las cuales han variado mucho de generación en generación. Para la generación de José Wenceslao Rodas de la Paz e Isolina Vásquez Quiroz, las fiestas tenían un rol «sagrado». Eran un momento de encuentro y devoción a mediados de los años 40. Al escrutar en los recuerdos de Alejandro e Isolina, he podido encontrar un tipo de festividad que no se ha dado en las últimas generaciones: la fiesta de San Isidro, el santo de los agricultores. Eran cinco días de fiesta y, normalmente, tenía lugar en mayo; sin embargo, podían adelantarse para «llamar a las lluvias» si existía un extenso periodo de sequías. San Isidro era paseado por todo el pueblo, de casa en casa. En cada una de ellas, le ofrendaban productos, luego era regresado a la iglesia. Mediante los rituales se buscaba la bendición para las cosechas. San Isidro aún sigue en la iglesia de

Niepos, con una pala en mano, está presto para trabajar la tierra; sin embargo, hace mucho que nadie lo saca de la iglesia.

En la generación de Rogelio Alvites Villa y Brenilda Salazar Salazar, las fiestas aún mantienen el factor «sagrado»; sin embargo, resulta un aspecto secundario. En la actualidad es el pretexto perfecto para las ferias donde los comerciantes de la costa aprovechan en vender hasta lo inimaginable. La fiesta más importante para su generación es la de julio: la de Santiago Apóstol, el patrón de Niepos. Durante todo el mes se realizan campeonatos deportivos y otras competencias. El alcohol satura cada espacio del cuerpo y los «bailes sociales» se vuelven una competencia seria.

Para la generación de Elizabeth, las fiestas habían perdido el rol sagrado. Más bien son un espacio para encontrarse con los coetáneos. Es un momento en el que se puede socializar con los jóvenes de otros lugares (de La Florida, Pátapo, Cayaltí, Chiclayo, etc.) y entregarse a la posibilidad de una aventura furtiva. Pero julio no es solo un mes de bailes y aventuras, también es un tiempo donde se mide el prestigio social. La gente más adinerada muestra su estatus a través de las donaciones de reses, orquestas, premios y el ofrecimiento de comida gratis para toda la comunidad.

La fiesta de Santiago se ha vuelto también el lugar perfecto para dar rienda suelta a otro desenfreno: comprar ropa. Comprar demuestra poder adquisitivo y, por tanto, poder social. Pero la cosa no queda allí, trasciende al ámbito de la política. Las fiestas, como dice Norbert Elias, en *La sociedad cortesana* (1975), también marcan un equilibrio de tensiones. Los grupos de poder local que piensan postular a las elecciones tratan de dar el mayor espectáculo posible y quedar bien ante los distintos círculos sociales, para así ganar votos en las futuras elecciones.

Otro lugar de comunión entre las generaciones contemporáneas son las cosechas, donde se realizan fiestas familiares en las que generalmente se mata algún animal. Es el espacio en el que

se revive la reciprocidad entre los miembros del pueblo, principalmente la minga. En la generación de los abuelos, tanto como en la de José Wenceslao, Isolina y Rogelio, se invitaba a la familia extensa, además de los amigos cercanos que habían participado previamente en la siembra, para que ayudasen a cosechar los productos de la chacra. Se preparaban comidas, se servía aguardiente en abundancia para amenizar la cosecha, y, al finalizar, se otorgaba una ración de los productos. La segunda generación no ha vivido la minga a plenitud. Las redes de reciprocidad se debilitaron. Cuando cosechaban tenían que contratar mano de obra. En la actualidad, las siembras y cosechas son mínimas.

Otro aspecto importante en el ámbito de la cultura es el matrimonio. Para la generación de los abuelos había dos formas de contraer matrimonio. La primera era a través del pedido de mano por parte de los padres de una familia a otra. Esto podía ser con el consentimiento o no de los involucrados. Si no contaba con la aprobación de uno de los jóvenes, se denominaba «pedido de concierto». La segunda vía para establecer un compromiso implicaba un riesgo mayor, la fuga. Las parejas se escapaban. Al cabo de una semana, el novio tenía que dar a conocer a la familia de su novia el vínculo que quería tener. El desenlace, para evitar la vergüenza pública, era el matrimonio civil. Tanto Rogelio y Brenilda como Alejandro y Elizabeth se fugaron. Era la forma más efectiva de hacer prevalecer su elección.

En cuanto a las costumbres gastronómicas, se puede decir que han variado sustancialmente. Para la generación de los abuelos, la comida estaba hecha a base de los principales cultivos de Niepos, como el maíz, el trigo, la cebada y la papa. En la generación de los padres, esto empieza a cambiar. Se introducen los fideos, el arroz y otros productos de la costa. Para la última generación, que ha convivido más con los abuelos y bisabuelos, la dieta a base de granos y cereales aún es la principal. Este cambio de dieta se materializa, por ejemplo, en la sopa verde a base de

papa, huevo, abundante queso y hierbas como el paico, la hierbabuena y el chincho. Este es un plato que se mantiene en toda Cajamarca y en otros departamentos de la zona andina, como Áncash, Puno, etc. Otros platos son: la churumba con estofado de gallina, la sopa de plátano con pellejo de chancho, la cecina asada sobre brasa, etc.

4. Legado

Había partido del proverbio árabe. Llegado a este punto, vale reconsiderar la validez del proverbio. Cada generación está influenciada por patrones de la anterior generación que definen sus acciones. En el caso de la última generación, de Yessica Eiffel Rodas Alvites y yo, esta ha convivido en mayor medida con la generación de los abuelos y bisabuelos, la cual le ha legado las tradiciones, costumbres, formación como seres humanos y valores. Destaca el legado de la educación, un esfuerzo particular de Brenilda Salazar, quien, a pesar de no haber ido al colegio, impulsó con más ahínco la iniciativa para que la generación siguiente siga estudios superiores. Esto nos muestra que las generaciones legan a la siguiente un modo de vida, una cosmovisión y un mundo que la siguiente generación puede aprovechar, mantener o destruir. Así, por ejemplo, con la migración a Lima, la generación migrante desarrolló un nuevo sistema de convicciones producto de la ruptura que se dio con la migración. A su vez, propició una concepción distinta de progreso que definió su elección sobre la carrera universitaria, las posiciones sobre el comportamiento, los gustos, las metas, etc. Son generaciones contemporáneas que comparten similitudes, pero miran la historia desde perspectivas distintas.

La última generación está marcada por los episodios ocurridos entre finales del siglo xx y la primera década del XXI, por

el fortalecimiento de los movimientos sociales, principalmente el feminismo, y la repolitización tras las crisis económicas del nuevo siglo. Sin embargo, visto en perspectiva y en retrospectiva, se sigue transitando sobre las huellas dejadas por nuestras generaciones pasadas, muchas veces marcadas por sus taras y sus horizontes. No obstante, también es evidente que hemos roto con el pasado y muchas huellas las hemos borrado para no seguirlas más. Nuestro modo de vida ha cambiado mucho, así como nuestras formas de relacionarnos y hasta de sentir. Ha cambiado el pensamiento y, con él, nuestro modo de actuar.

«El que obedece a sus padres le va bien en la vida»

María Johanna Santivañez Rojas

Código: 15150020

En la presente investigación breve sobre mi familia, desarrollaré la historia de tres generaciones, abordando distintos temas, desde los clásicos de interés en las ciencias sociales, como la educación familiar, la economía, el trabajo, la migración, el arraigo regional, las tradiciones, la cultura y la religión, hasta temas de menor atención en las investigaciones sociales, pero no por ello menos importantes: la onomástica y la motivación de los nombres, así como el legado familiar. Además, a través de este caso, buscaré demostrar el impacto que ha tenido el proceso histórico nacional en la vida cotidiana de las personas de a pie.

Para ello emplearé las distintas herramientas y conceptos discutidos en las clases del curso Teoría de la Historia y en las lecturas proporcionadas por el profesor; aunque por falta de espacio no podré definir conceptos como «causalidad», «hecho histórico», «progreso», «generación», «contemporáneos», etc. También me he apoyado en textos clásicos de la historiografía nacional para no perder el contexto narrado que presentaré. Para la precisión en las fechas y lugares de nacimiento me he apoyado en la herramienta web FamilySearch.org, plataforma de organización de información genealógica operada por la Iglesia de los mormones y que ha recopilado los registros civiles y libros de bautizos de varios países, entre ellos, el Perú.

En cuanto a las fuentes que he utilizado, debo precisar la dificultad para entrevistar a mi familia. Sin embargo, el apoyo de mi

madre Giohanna Regina Rojas Vargas para entrevistar de manera breve a algunos de sus primos¹ me sirvió para completar ciertos vacíos que no pudieron ser resueltos en las primeras entrevistas. Mi padre José Luis Santivañez Chuitón me ayudó a completar la información familiar, aunque por falta de espacio no le dedicaré más páginas de las que se merece. Para las menciones de mi abuela Aída Vargas Grados, me he basado no solo en la información recogida en entrevistas, sino también en el recuerdo que tengo de las distintas conversaciones que tuvimos cuando estaba viva. A ella le dedico este trabajo.

1. Un preámbulo a la generación de los abuelos

Olaya es un caserío que pertenece al distrito de Mache, el cual pertenece —a su vez— a una de las ocho provincias que conforman el departamento de La Libertad, y se encuentra ubicado a 3000 m s. n. m., en la sierra de esta región. Poco se sabe sobre la historia de este caserío, aunque se puede afirmar que su creación como distrito se dio en 1964, décadas después de que mi familia abandonara este lugar.

Esta historia empieza con mi bisabuela Betzabé Grados Valderrama, quien nació en Lluín, un caserío limítrofe con Olaya. Fue la hija mayor del matrimonio entre Cipriano Graus y Francisca Valderrama Loyola². Su fecha de nacimiento es desconocida, ya que, según relataba, su partida de bautismo fue quemada por los chilenos durante la Guerra del Salitre (1879-1883).

1 Aunque su presencia en el texto no sea tan evidente, debo mencionar el apoyo de mis tías Nora Zavaleta, Betty Vargas Ávalos y Roxana Llerena.

2 Según ella contaba, su apellido original era Graus, así como el de su padre, el cual era de nacionalidad griega; sin embargo, con el pasar de los años empezaron a llamarle Grados, registrándose así en la documentación oficial y en los registros civiles. Salvo lo relatado por ella durante la juventud de mi madre, no hay forma de constatar dicha información. (Entrevista a Giohanna Regina Rojas Vargas realizada por María Johanna Santivañez Rojas. 20 de noviembre de 2017).

Ello coincide con sus primeros recuerdos, en los que junto con sus primas pequeñas huía hacia los cerros, escapando de los soldados chilenos. Por ello, se puede deducir que su nacimiento debió darse a fines de la década de 1870.

Al igual que la mayoría de las familias peruanas, la mía tiene una tradición cristiana muy fuerte. Quizás es parte de los ejes centrales de mi familia. Una tradición oral que se ha transmitido durante décadas es que mi tatarabuelo, Cipriano Graus, fue fundador de la capilla de Nuestro Señor de la Misericordia, patrono de Olaya, y que a diario levantaba a sus hijos a las tres de la mañana para rezar antes de ir a trabajar en el campo.

Aún hoy es habitual que en distintos lugares de la sierra peruana los niños ayuden a sus padres en las labores del campo, contribuyendo así en la economía familiar. Cada uno de los hermanos de mi bisabuela tenía una determinada tarea designada, a ella le correspondía ayudar en la preparación y venta de panes, mientras que sus hermanos pasteaban a las vacas, araban la tierra o tenían otras tareas. Labores que, como se ve, son parte de una economía tradicional y rural.

Mi bisabuela aprendió a leer y escribir en español en un colegio del caserío de Mache, aunque solo logró llegar hasta el tercer año de instrucción primaria. Tuvo su primer hijo a los quince años con un hacendado de apellido Llerena, quien firmó a su hijo, pero no llegó a casarse con ella. Betzabé siempre afirmó su negativa a casarse, mostrándose orgullosa de criar a su hijo único.

Tiempo después, mi bisabuela conoce a Samuel Vargas, quien logra convencer a la madre de Betzabé de que acepte un matrimonio entre él y su hija. La negativa de mi bisabuela fue tan fuerte que decidió huir con su pequeño hijo; sin embargo, su madre logró encontrarla y a través de una frase que forma parte de la memoria de mi familia, «El que obedece a sus padres le va bien en la vida», decidió aceptar el matrimonio con Samuel.

Producto de esta unión nacieron siete hijos: Ediberto, Rogelio, Lidubina, Graciela³, Corina, Aída⁴ y Walter⁵.

Al pasar los años, y con una familia conformada, su padre Cipriano decide regresar a su país y deja a Betzabé la responsabilidad de velar por el cuidado de la iglesia. A pesar de que durante años se encontró fuera de su pueblo, todos los años mi bisabuela regresó a hacerse cargo de la iglesia, organizando la fiesta del Señor de la Divina Misericordia. Así iniciaría una pequeña tradición familiar, que ella mantuvo hasta llegar a una avanzada edad y que sus hijos mantendrían a pesar de asentarse en Lima. Ello es una muestra del profundo arraigo que sintió esta generación de mi familia con el pueblo de Olaya, a pesar de que varios de los hijos vivirían gran parte de su vida en Lima.

2. Los abuelos

Al igual que su padre, Betzabé organizó a sus hijos en las labores del campo desde niños. Así, Rogelio trabajaba la tierra, Ediberto la ayudaba en la elaboración y venta de panes y queso mantecoso, Corina y Graciela criaban a las gallinas, y Lidubina se encargaba de cocinar para todos. Ellos, al igual que su madre, solo cursaron hasta tercero de primaria, aprendiendo a leer y escribir. Edilberto, Corina y Graciela se casaron entre paisanos, a partir de una suerte de endogamia regional que se estaba haciendo fuerte en la familia.

3 Nacida el 29 de noviembre de 1923, en San Martín de Porres, Lima. Ver: Registro Civil (Lima, Perú), 1874-1996, p. 22. Recuperado de <https://familysearch.org/ark:/61903/1:1:2C7G-7SM>.

4 Nacida el 23 de febrero de 1930, en Otuzco, La Libertad.

5 Nacido el 24 de setiembre de 1927, en Otuzco, La Libertad. Ver: Registro Civil (La Libertad, Perú), 1903-1998, p. 89. Recuperado de <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:Q24P-YS9J>.

En la década de 1920, la ciudad de Lima se encontraba dentro de un fuerte proceso de modernización y expansión demográfica, producto de la migración de población provinciana en busca de mejores condiciones de trabajo (Doering y Lohmann Villena, 1982). Sin embargo, Félix Llerena Grados, el hijo mayor de Betzabé, decide llegar a la capital en 1923 para estudiar y superar los límites educativos que le imponía su pueblo natal. Luego lo acompañarán sus hermanos, quienes se quedarán en Lima definitivamente.

Ellos se instalarán en el naciente barrio de La Victoria, en una quinta en el jirón Andahuaylas, cerca al cuartel. Luego de probar varios trabajos, Félix se asienta como fotógrafo en el parque Universitario. Betzabé, a pesar de viajar a Lima y tener a una de sus hijas acá, decide volver a Olaya, demostrando así el fuerte arraigo que tenía por su tierra. No obstante, en 1936, Félix convence a su madre de que se mude definitivamente a la capital. Pero, si el arraigo a su pueblo era tan fuerte en ella, ¿por qué dejar Olaya? Si bien la necesidad de una mejor educación para sus hijos era un motivo importante, ello solo explicaría la migración de los menores, quienes pudieron haberse quedado con su hermano mayor. Siguiendo a Edward H. Carr (1978), cuando se refiere a que una explicación causal debe poder ayudar a establecer modelos que puedan explicar otros casos, se podría precisar que una causa importante de la decisión tomada por Betzabé fue una epidemia de viruela que se desató en su pueblo en la década de 1930 (Quirós, 1996). Ello afectó a sus dos menores hijos: Walter y Aída. Esta última, mi abuela, sobreviviría a esta enfermedad.

En Lima llegan manteniendo sus costumbres, entre ellas las culinarias. En las que destaca la preparación de platos con oca, mashua, pan, queso mantecoso, rosquetes, mantequilla artesanal, entre otros. El picante de cuy sería el plato más imprescindible en los cumpleaños y celebraciones familiares, además de ello

se brindaba con copas de vino, en donde se colocaba el huesito de la cabeza del cuy, creyendo que atraía la buena suerte.

El arraigo en esta generación aún era fuerte y era motivado por la presencia de Betzabé. Por ejemplo, se manifiesta en la costumbre de volver a la tierra de origen en setiembre, fecha en la que se realizaba la festividad de Nuestro Señor de la Misericordia. Para hacerse una idea, dicha fiesta constaba de tres días: el primero se llama el «Día del Albero»⁶, en el cual pasa un vehículo como un camión trayendo frutas y dulces a los niños del lugar, también pasean a una vaca, la sacrifican y con su carne preparan la comida para los siguientes días, finalmente se acaba la jornada con la presentación de bandas; a la mañana siguiente se da el «Día del Mayordomo», en el cual este alimenta a todos los fieles con un desayuno donde sirve panes, quesos mantecosos y plátanos, tras ello se da un almuerzo y una cena, la noche se culmina nuevamente con bandas. En el tercer día se dan las oraciones hasta el anochecer.

A pesar de las intenciones de estudiar, la mayoría de los hermanos se dedicó a trabajar. Salvo Aída, quien fue matriculada en el colegio fiscal Santa Rosa de las Monjas, donde aprendió a leer y a escribir. En 1944, sus hermanas Graciela y Corina consiguieron trabajo como profesoras en Huánuco, por lo que tienen que viajar acompañadas por su madre⁷. Al poco tiempo, se desata una epidemia de tifus y aunque Aída cae enferma, logra sobrevivir. Es probable que estas enfermedades hayan sido uno de los motivos que la hayan empujado a estudiar la carrera de Medicina.

Mi abuela se dedicó a trabajar en una fábrica de globos, luego en una peluquería. Sin embargo, el maltrato que sufrió y las pocas oportunidades la empujaron a decidir estudiar una carrera universitaria. Si bien ella siempre sintió gusto en la actuación,

6 Referido a la salida de la luz del sol o el alba.

7 Se debe considerar que, para la época, era mal visto que dos mujeres solteras viajaran solas.



Foto 1. Graduación de mi abuela Aída (1966).

Fuente: Archivo familiar Santiviáñez Rojas. .

su madre le prohibió ser actriz por considerarla una «carrera pecaminosa», y aunque su padre le recomendó estudiar la carrera de Farmacia, Aída optó por postular a Medicina. Por ello es matriculada en una academia llamada Cruz Saco, ingresando a la carrera en el puesto 30, en 1956. Cuando aún era estudiante da a luz a Giohanna Regina Rojas Vargas⁸, mi madre, y a Gianinna Rojas Vargas⁹; ambas fueron criadas por Betzabé.

En 1965 logra terminar la carrera, tras diez años de estudios. Sin embargo, no fue nada fácil estudiar dicha especialidad, ya que era un campo en el que apenas empezaban a incursionar las

8 Nacida el 13 de setiembre de 1957, en Lince, Lima. Ver: Registro Civil (Lima, Perú), 1874-1996, p. 630. Recuperado de <https://familysearch.org/ark:/61903/1:1:2C3B-1VT>.

9 Nacida en 1959.



FOTO 2. Graduación de mi abuela Aída, junto con mi madre Giohanna y su hermana Gianinna.

Fuente: Archivo familiar Santivañez Rojas.

mujeres. Por ejemplo, su promoción constaba de 210 personas, en la que solo 19 eran mujeres (9% del total). Incluso, el censo de 1940 señala que, en Lima, de los 327 médicos, solo 47 eran mujeres.

Muchas historias me relataba mi abuela sobre el acoso y discriminación que sufría en la universidad. Mi madre confirma estos relatos y precisa que, por ejemplo, si un profesor se en-

teraba de que alguna de sus alumnas era casada y tenía (o no) hijos, la mandaba a su casa. Eran tratadas con mayor severidad y exigencias. Las mandaban a realizar prácticas en lugares remotos, siendo las últimas en decidir su plaza, y aceptando tareas que los hombres no querían desempeñar. Cuando era niña, estos relatos no me parecían importantes, pero al ingresar a la carrera de Historia noté con nuevos ojos este problema que sufrieron las primeras mujeres que se insertaron en carreras como esta. Por ello mi investigación de tesis está enfocada en la discriminación a las mujeres en la escuela de Medicina durante los años 50.

3. Los padres

Giohanna recibió el nombre de una de las mejores amigas de Aída. Ello es una motivación diferente a los nombres de la mayoría de mi familia, los cuales tienen una fuerte connotación cristiana: José, Luis, María, Graciela, etc. Mi madre recuerda que su educación estuvo marcada por el modelo velasquista, no solo en lo referido a la fuerte presencia de los símbolos patrios en las tareas asignadas, sino al modelo educativo de los últimos años de la secundaria¹⁰. El esfuerzo dedicado por Aída a su desarrollo educativo quiso ser replicado en sus hijas; sin embargo, Giohanna no quiso estudiar en la universidad, y a pesar de ser matriculada en una de las tantas academias que empezaban a surgir en la época, nunca ingresó a San Marcos¹¹.

Un hecho histórico del que tiene recuerdo ocurrió durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado: el paro de policías de febrero

10 En esa época, la secundaria se dividía en normal (para las personas que quisieran estudiar en la universidad), técnica e industrial (que incluía carreras como Cosmetología o Secretariado).

11 Ella cuenta que no estudiaba porque no quería ingresar a la universidad, sino que quería estudiar Secretariado Bilingüe. (Entrevista a Giohanna Regina Rojas Vargas realizada por María Johanna Santivañez Rojas. 20 de noviembre de 2017).

de 1975. En aquella ocasión, muchas de las tiendas que existían fueron saqueadas, en la madrugada se oían gritos y disparos. Al día siguiente se enteró de que las Fuerzas Armadas habían entrado a disparar a los policías que se encontraban amotinados en la comisaría de la avenida 28 de Julio, Radio Patrulla, la cual se encontraba a dos cuadras de su casa.

José Luis Santivañez¹², mi padre, fue el quinto hijo del matrimonio entre Antonio y María Donatila. Según narra, se muda en 1968 a Lima debido a que sus padres eran muy racistas y no querían que sus hijos terminen casándose con acobambinos. Ello a diferencia de sus contemporáneos —los de mi familia materna—, que preferían el matrimonio entre paisanos. Sin embargo, a ello se debe agregar otro motivo muy fuerte: la necesidad de acceder a una mejor educación. Esto se reflejaría, inmediatamente, al ser matriculado en un colegio apenas llegó a la capital. Aun así, la situación económica precaria lo llevó a trabajar en un sinnúmero de labores desde muy pequeño. Su padre había adquirido una deuda a raíz de la adquisición de una mina de arena en La Oroya, la cual no rendía lo suficiente.

Así, mi padre creció trabajando y estudiando, por lo que cuando llegó a la mayoría de edad ya había adquirido una moto. Esta facilidad para conseguir dinero en sus distintos trabajos lo desincentivó de estudiar en la universidad. Después de dedicarse a *taxear*, en los 80 adquiere un negocio de abarrotes. Él cuenta que no le chocó la hiperinflación generada durante el primer gobierno de Alan García, ya que al poseer una bodega podía disponer de los productos para su consumo personal, además de alzar los precios en diversas ocasiones. Este negocio se fue a la quiebra durante el gobierno de Alberto Fujimori, debido a la aparición de nuevas tiendas con precios más cómodos. Giohanna y José Luis se conocieron en 1989, a través del grupo católico neocate-

12 Nacido el 13 de enero de 1961, en Acobamba (Tarma, Junín).

cumenal, que tiene como una de sus sedes, en Lima, a la iglesia Nuestra Señora de las Victorias, frente a la plaza Manco Cápac; afianzando aún más su religiosidad.

4. Los hijos

Yo nací el 4 de julio de 1993, fui criada por mi abuela debido al trabajo que tenían mis padres. Dos años después, nació mi hermano José Luis, debido a lo cual mis padres deciden adquirir un terreno en la urbanización Las Praderas, ubicada en La Molina, creada para que los militares pudiesen tener tierras.

Al ser criada por mi abuela, sentí una fuerte convicción desde pequeña en ir a la universidad, ello a diferencia de mis padres, que no quisieron continuar ese camino. Pero, a diferencia de mi abuela, mi pasión no era la medicina y, a decir verdad, al inicio no estaba en mis planes estudiar Historia. Mi orientación iba a los estudios de contabilidad y negocios internacionales, y los quería cursar en una universidad particular en vez de San Marcos. Al reflexionar sobre ello, me doy cuenta de que esta decisión estaba influenciada por la presencia de mis amigos en estas carreras y universidades. En diciembre del 2013, fallece mi abuela y empiezo a reflexionar sobre mi vida en ese momento. Finalmente, decido ser sanmarquina y comienzo mi preparación para ingresar a la universidad. Objetivo que finalmente cumplí dos años después.

Mi hermano, al igual que mis padres, no ve la necesidad de estudiar en la universidad. Muchas investigaciones sobre la educación superior en los últimos años se han esforzado en señalar no solo el incremento de las universidades privadas, sino de un incremento de la población universitaria. Hay una mayor demanda para estudiar, así sea en las «universidades bamba». La historia de mi hermano me dice que realmente no todos quieren

acceder a este nivel educativo. Quizás por sentir cierta seguridad en la economía familiar. A diferencia de lo vivido por la generación de mis padres, el arraigo hacia la tierra de mi abuela ya no tiene vigencia en nuestra generación, no solo por no haber nacido en ese lugar, sino porque era mi abuela el eje central de esa tradición. Al fallecer, nadie continuó con la tradición y dicha costumbre familiar quedó estancada.

Estos tópicos: las costumbres, la economía y la educación, al ser abordados en el marco de la historia de las tres generaciones de mi familia, me hacen repensar acerca del progreso. Si consideramos a este concepto como una mejoría lineal y ascendente de manera permanente, considero que este no existe. Sin embargo, Carr (1978) decía que se debe considerar al progreso en el sentido de acumulación de experiencias humanas. Y puedo afirmar que en mi generación se han acumulado dichas experiencias. A pesar de que la generación de mis padres no accedió a la educación universitaria, yo he continuado ese camino, ponderando un poco la vida de estas dos generaciones, aunque debo admitir que recién reparo en ello de manera consciente. Asimismo, las distintas experiencias de las mujeres en mi familia me han mostrado casos de superación. Mis antecesoras han podido escapar de las limitaciones de una sociedad que ofrece pocas oportunidades y aunque mi madre prefirió no llevar una carrera universitaria, ella pudo tomar dichas decisiones y aun así continuar viviendo de manera estable. Creo profundamente que este es el legado que me deja mi familia.

Mi madre decidió dar educación a sus hermanos¹

Ángel Francisco Valle Villanueva

Código: 15150171

Pensar en las generaciones que nos han precedido no es una tarea fácil. Los sentimientos y las emociones que rondan el recuerdo de las personas con las que hemos compartido momentos o familiaridad están marcados, ya sea por el cariño o por algún resentimiento. La imagen de una persona puede ser transgredida luego de su deceso, en mi caso, mi madre tiene una tendencia a recordar a sus seres fallecidos con cariño, lo bueno es que sabe, conoce lo acontecido y por eso es que tiene autoridad para recordar y criticar ciertas acciones que en vida o en el pasado sus familiares realizaron.

Rosa Victoria Villanueva Zumaeta es la más importante fuente para este trabajo. La condición de vivir solo con ella y no tener un gran contacto con mi padre genera esa sensación de inestable distancia con mi familia paterna. Todo lo contrario a la materna, pero antes que pensarla como una luz en contraparte a esa oscuridad de la familia paterna, debo decir que esta es la parte de mi familia que conozco: no es buena, ni mala, es una con defectos y virtudes, como la de muchos otros.

1 Este texto cuenta con una mayor amplitud de información del lado materno de mi familia, línea de la que he podido conseguir más datos. Los momentos de ocio con mis familiares servían para indagar y para tener más contacto con los espacios maternos.

1. Los abuelos

La generación a la que pertenecen mis abuelos no se me presenta con claridad. Todos están fallecidos, solo quedan unos cuantos familiares que, *grosso modo* o sin afán de contar, recuerdan la condición pasajera de la vida al momento de hacer reflexiones sobre lo corto que es el tiempo que pasamos en este mundo y al momento de recordar a la mencionada generación.

Chachapoyas es la capital de Amazonas, es ceja de selva como fervientemente defienden sus habitantes ante las personas que dicen que queda en la selva; pienso que esta es una forma de revalorizar el pasado escondido, al cual la región ha sido relegada, actualmente con aires de esperanza. La revalorización de la fortaleza de Kuélap hace que Amazonas y Chachapoyas estén en el habla del peruano y del extranjero. Ambas ramas familiares de mi árbol genealógico pertenecen a la región Amazonas, la línea materna es del mismo Chachapoyas, a unos cuantos metros al lado de la ciudad, y la línea paterna es de un pueblo llamado Montevideo.

Bocanegra es un fundo que estaba ubicado a una hora de la ciudad de Chachapoyas, en 1930. Había que cruzar un amplio monte de composición variada de suelo² para llegar a este lugar. El campo era verde y productivo, uno de los productos que se producía mucho era la yuca, había eucaliptos que en las madrugadas inundaban de un agradable aroma el área cercana. Durante gran parte de la vida de mis abuelos, estas tierras fueron de la familia Bardales³. Las familias Villanueva y Zumaeta vivían como jornaleros en esta zona, lo cultivado era para la familia dueña, es decir, tenían una economía de subsistencia.

2 Aún es así. Bajar por esa peña es uno de los privilegios que más añoro. El área está compuesta de secciones arenosas y gredosas, además de desfiladeros rocosos.

3 Aunque en el pasado fueron de la familia Villanueva. Este problema se remonta a cinco generaciones atrás.

Mariano Villanueva Alva nace el 20 de abril de 1931, su padre Francisco Villanueva Alva y su madre Carmen Alva vivían en Bocanegra cuando él nació. Su niñez la pasó asistiendo a las labores del campo, cosa que intercambiaba con la escuela hasta que solo decidió trabajar, abandonando la escuela en cuarto año de primaria, luego de aprender a leer y escribir. Su padre Francisco era una persona respetuosa del antiguo sistema de creencias andinas, rezaba al *apu* y ofrendaba a la tierra⁴. Su madre cierta vez cayó enferma, automáticamente fue diagnosticada de brujería. Mi bisabuelo decidió tratarla con chamanería, el único sistema al que le tenía fe. Carmen murió poco tiempo después. Esta experiencia parece que lo alejó de estas creencias y se produjo un resentimiento con su padre que duró un largo tiempo.

A los 16 años comenzó su militancia en el APRA, esto con motivo de que los nietos de Mariano Bardales, dueño de las tierras de Bocanegra, José Antonio, Eduardo y Mario Peláez Bardales lo adentraron en la ideología. Con mi abuelo eran siete hermanos, de los que él se preocupó de cuidar. Entre los 17 y 18 años se dedicó a trabajar en el campo como jornalero, haciendo pastar al ganado de los propietarios de tierras aledañas. En la década de los años 50 conoció a Lorenza, de quien se enamoró, a pesar de que en la memoria de sus hijos, él decía que era un galán a quien las mujeres le *llovían*.

Lorenza Zumaeta García nació el 10 de julio de 1937. Su padre fue Juan Zumaeta y su madre María Cruz García. Lorenza experimentó una niñez complicada. No recibió educación⁵ y, cuando ella tenía cerca de seis años, fue vendida a la familia Rubio, residente en el distrito de Lámud, para poder costear los gastos del sepelio de su padre. Se vio en una situación de esclavi-

4 Rosa Victoria Villanueva Zumaeta recuerda que, cuando era niña, veía a su abuelo hacer pagos a la tierra.

5 En testimonio de Rosa: «Las mujeres no tenían derecho a estudiar». (Entrevista a Rosa Victoria Villanueva Zumaeta realizada por Ángel Francisco Valle Villanueva).

tud por cuatro años, luego fue rescatada por su hermano, que había sido notificado de la situación en la que vivía. Después de esa experiencia, continuó trabajando para poder pagar los perjuicios que había generado el que ella haya sido separada de la familia a la que había sido vendida. En Chachapoyas, trabajó para otra parte de la misma familia Rubio y, luego, con la señora Luda Santillán, a los 14 años de edad. A esa edad conoció a Mariano, en Bocanegra, donde se ubicaba su casa.

Para 1951, ambos se retiraron a un lado de Bocanegra. El primer hijo que tuvieron fue Miguel, cuando ella tenía 16 años y él, 22, en 1953. En ese momento, Mariano entró en una etapa de alcoholismo que duró ocho años⁶. En un incidente que sufrió junto con los tres hermanos Peláez Bardales, Mariano cayó en prisión, entre los 25 y 26 años. En aquellos años existía persecución a los militantes apristas, era 1956-1957. Los hermanos Peláez tuvieron una mejor suerte siendo enviados a Lima, Mariano reniega del tiempo en el que fue aprista.

En total tuvieron once hijos nacidos vivos. Uno de ellos murió a los días de nacer, para Mariano y Lorenza no fue una tragedia la muerte de uno de sus hijos. Ese era su mundo, en términos de José Ortega y Gasset (1984): para protegerse, en palabras de Rosa Villanueva, crearon una indiferencia hacia los hijos, esto provocó que los primeros hijos sean separados de la tutela y fuesen a trabajar desde niños. Cuando llega Juan Velasco Alvarado al poder y se inicia la reforma agraria, en 1969, se despierta en Mariano Villanueva una simpatía por el movimiento. La frase «¡Campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza!» y los tallados de Túpac Amaru II se podían apreciar en su casa y a lo largo de las tierras que ahora eran suyas. Pero no tuvo una idea de progreso, solo se dedicó a la subsistencia y a la venta de los exce-

6 Rosa afirma que él dejó de tomar cuando ella nació.

dentes en el mercado⁷. A los 35 años, desarrolló una arraigada fe cristiana católica. Siendo amigo del obispo de la ciudad.

Toda su vida Mariano se dedicó a la chacra y Lorenza, al mercado. Mariano falleció en 1998, en un accidente mientras trabajaba, y Lorenza falleció diez años después, en 2008, por cáncer al pulmón, provocado —según los médicos— por la excesiva inhalación de humo que aspiraba cuando cocinaba.

En lo que respecta a mi abuelo y abuela en la línea paterna, a tres o cuatro horas de la ciudad de Chachapoyas⁸ se encuentra el pueblo de Montevideo, actualmente un distrito. Altamente festivo, este poblado cuenta con fiestas importantes, como la de San Ildefonso y la de la Virgen de la Candelaria. Este será el lugar de nacimiento de Vidal Valle Damacén y de María Agripina Damacén López, ambos dedicados a la actividad agraria. Dieron educación a sus hijos hasta donde le alcanzó la vida a Vidal, quien falleció en 1981, a los 51 años. De ahí, Ángeles Valle Damacén veló por el desarrollo académico de sus hermanos. Vidal y Agripina tuvieron diez hijos. En 1986, María Agripina entabló una nueva relación, con la cual tuvo cuatro hijos más⁹. Se puede notar una tradición católica, puesto que los nombres de los hijos provienen del santo patrono del día en el que nacieron.

2. Los padres

Rosa Victoria Villanueva Zumaeta nació el 13 de julio de 1961. Es la cuarta hija del matrimonio entre Mariano Villanueva Alva y Lorenza Zumaeta García. Recibió educación hasta tercer año de primaria, momento en el que sus padres le dijeron que tenía que trabajar. A los ocho años empezó a hacer la labor doméstica

7 Vivía el día a día.

8 Actualmente, el recorrido demora alrededor de dos horas.

9 En este punto, los recuerdos de mi padre sobre sus papás no son muy claros.

de algunos residentes de la ciudad de Chachapoyas. A los 15 años de edad, viajó a Lima como empleada doméstica de la familia Bardales; era la segunda hermana que viajaba a Lima, su hermana Mercedes había viajado primero para laborar en la casa de la misma familia.

En Lima, Rosa fue empleada doméstica en la vivienda de los Bardales. A los 15 años aún sigue en la situación de egoísmo que menciona Ortega y Gasset (1984), pero curiosamente cuando ella solicita acceso a la educación se le es negada y decide, en sus palabras, «dar educación a sus hermanos»¹⁰. Lo que hizo fue aceptar la labor que se le dio, situación similar a la que sufrieron sus padres: uno de los hermanos debía hacerse cargo de la familia. Los hermanos nacidos después de Rosa alcanzaron educación superior no universitaria completa o inconclusa.

Rosa, en la familia Bardales, no solo tenía funciones de empleada doméstica, sino que como niñera accedió a la cultura que se les abría a los jóvenes de clase media emergente de Lima, en las décadas de 1970 y 1980. Llegó a un cambio de medio social muy importante que transformó sus concepciones, lo que más le costó fue el tránsito del campo a la ciudad, por lo que vio y fue parte de ambas posiciones sobre el velasquismo.

Su vida en la casa de Miraflores transcurrió asimilando la forma de pensar de la clase social con la que trabajaba. La crisis golpeó a todos y el ascenso del terrorismo se mostró frente a ella. Viajaba constantemente a Chachapoyas, por lo que la carretera se volvía el escenario perfecto para las acciones de Sendero Luminoso, así, fue testigo de la muerte de dos amigos policías de ella. Además, vivió un atentado al Consejo de Guerra de la EAP y sintió el remezón de la explosión que se produjo luego del atentado de Tarata. Esto promovió una visión de aprobación a las

10 Entrevista a Rosa Victoria Villanueva Zumaeta realizada por Ángel Francisco Valle Villanueva.

medidas tomadas por Alberto Fujimori, pues ella pensaba que la situación debía terminar, la crisis económica y el terrorismo. Su voto siempre fue para Fujimori.

En 1993, conoció a Ángeles Valle Damacén, con quien inició una relación luego de que terminara con Gilber Valle Yoplac¹¹. La relación con Ángeles Valle fue accidentada, pero concibieron a un hijo, Francisco, con quien él no tuvo una cercanía inicial. Ángeles Valle Damacén¹², hijo de María Agripina Damacén López y Vidal Valle Damacén, nace en Montevideo el 2 de octubre de 1968, un día antes del inicio del gobierno de Velasco Alvarado, aunque para aquel tiempo no se puede conocer cómo llegó la noticia acerca de este hecho. Para Ángeles, su infancia fue un tiempo de alegría mientras su padre estaba vivo. Luego del deceso de su padre, él tuvo que hacerse cargo de sus hermanos menores.

Terminó sus estudios secundarios en la escuela de Montevideo. En su testimonio explica que, por una ruptura amorosa, él terminó enlistándose en el Ejército, donde llegó a ser sargento primero. Terminó su servicio en 1991. Luego de esta experiencia, fue convencido por un amigo suyo de estudiar Mecánica Automotriz, carrera técnica que terminaría pagándose él mismo, haciendo labores de carpintería.

Lima se le apareció como un sueño, podría argumentarse que era el *American Dream*. Lima era ese espacio donde las personas podrían desarrollarse y crecer económicamente. Lo que encontró fue un monstruo de ciudad, un espacio altamente competitivo donde muchas veces los conocimientos aprendidos en provincia no son apreciados. Me cuenta que acá le preguntaban si conocía de inyección electrónica y él no conocía de eso. Como muchos otros, tuvo que laborar en donde encontró espacio, así es como

11 Gilber Valle y Ángeles Valle no son de la misma línea familiar.

12 Hago una línea separada, ya que ambos no tienen una continuidad en la relación más que en la mera mención.

empezó a dedicarse a trabajar en una empresa de producción de pintura.

En el 2000, conoció a su segundo compromiso, con quien sí llegaría a contraer nupcias y ambos tendrían un hijo llamado Cristian, mi hermano por lado paterno. Pero la relación no tuvo una larga duración, se divorciaron el año pasado. Ángeles ha conseguido estabilidad laboral y actualmente labora en una fábrica de pintura.

El ingreso al siglo XXI, para Rosa, no cambió sus concepciones acerca del rol de Fujimori. Después de 1990, los despidos que promovió el Gobierno fujimorista dejaron en una depresión a la familia Bardales, ya que el jefe del hogar solo vivió con su pensión bajo la ley n.º 19990 y la pérdida de sus ahorros en CLAE fue fatal. Rosa construyó y sigue su vida en la casa de la familia Bardales, junto con su hijo, en Miraflores. Actualmente cree en la imagen de Alberto Fujimori, pero ya no en el partido liderado por Keiko Fujimori. Conserva una activa fe cristiana católica. Solo tuvo un hijo¹³.

3. El hijo

Nací el 11 de octubre de 1995, mis padres son Rosa Victoria Villanueva Zumaeta y Ángeles Valle Damacén. Mi niñez la he pasado en la casa de Miraflores, donde reside y trabaja mi mamá. El contacto con mi padre ha sido limitado desde que este me aceptó como hijo. Mi nombre fue una elección interesante de mi madre: Rosa decidió que me llamaría Francisco por ser un nombre que le gustaba y Ángel por petición de su padre Mariano, y no por hacer referencia al nombre Ángeles, de mi papá.

13 No se puede establecer si en ella se plasmó la idea de protección del primogénito, como se puede observar con su madre Lorenza.

Mis estudios básicos los pasé en colegios nacionales, ambos ubicados en San Isidro. Primaria en el colegio El Olivar y secundaria en el colegio Alfonso Ugarte. Conozco muy bien los distritos populosos por visitar a mis familiares, una de mis tías reside en San Juan de Lurigancho y una de mis primas, en San Juan de Miraflores.

Aún continúo en una edad de egoísmo, según los tratados sobre generaciones de Ortega y Gasset. Con 22 años, soy estudiante de Historia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, situación que no alegró a mi madre Rosa, pero a la que tampoco se opuso. Dentro del espacio donde crecí, recibí apoyo, aunque por el lado familiar no tanto, pues les hubiera gustado que estudiase una carrera con mayor demanda.

En la actualidad, solo dos generaciones se encuentran vivas, mis abuelos fallecieron, pero aún se puede sentir su legado, aunque sea en los buenos recuerdos de ellos que albergan mis tíos. Se puede decir que mi mamá y mi papá han buscado la manera de poder financiar mis estudios, completando una parte de la idea de dejarme algo a mí como su heredero. Mi madre me vio como una forma de cumplir su antiguo anhelo de seguir estudios, no serán estudios de su mayor agrado, pero respeta mi opinión. Se puede decir que mi formación, tanto familiar como la asimilada en la casa de Miraflores, ha formado mi gusto por la historia. La familia ha ido añadiendo más personas y de forma reciente se pueden observar las internacionalizaciones de esa cultura extraña que es en la que se está volviendo Lima: una mixtura.



«El progreso hay que buscarlo en el mundo terrenal»

*María Inés Zonana*¹

Mi historia familiar es compleja. Es una mezcla de nacionalidades y religiones. En Mendoza, vivo con mi familia nuclear, es decir, con mis padres y mis diez hermanos, cinco mujeres y cinco varones.

1. Abuelas y abuelos

Por el lado materno, mi abuela es de origen portugués y mi abuelo es de origen italiano. La familia de mamá no es muy grande, ella tiene dos hermanos, de los cuales ninguno tiene familia; además, tiene pocos primos directos. Esta parte de mi familia es católica, pero no practicante. Por otro lado, la familia de mi papá es de origen turco, de religión judía, en tanto que su madre también es de esa religión, pero proviene de Rusia. Su familia también es pequeña, son solo dos hermanos y dos primos directos. La Primera (1914-1918) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) son los hechos históricos que, de alguna manera, explican la historia de mi familia en estas épocas. Por parte de mi mamá, sus abuelos emigraron de Italia y Portugal para escapar de las hambrunas que originó la Primera Guerra. Decidieron venir a Argentina a realizar lo que se conoce comúnmente como «ha-

1 Estudiante argentina de intercambio.

cer la América». Por el lado de su papá, su familia se dedicó a las labores de metalurgia, en tanto que por el lado de su madre, sus parientes se dedicaron a tareas comerciales.

Como comenté anteriormente, la familia materna de mi padre proviene de Rusia y vino a Argentina una vez que había comenzado la Segunda Guerra Mundial, en tanto que eran de origen judío y no musulmán, como podría suponerse dado el lugar de pertenencia, pues provenían de Constantinopla. Luego, en el periodo de entreguerras, emigraron a España y formaron una familia antes de trasladarse a Argentina. Decidieron huir de España cuando al abuelo de mi padre lo iban a obligar a hacer el servicio militar.

2. Mis padres

Volviendo un poco a mi familia nuclear, mis papás y mis hermanos profesan la religión católica. Todos son practicantes, asisten a misa los domingos y participan en las actividades de la Iglesia. Mis hermanos y mi papá asisten a una iglesia católica tradicionalista. Esta rama del catolicismo se separó de la Iglesia apostólica y romana luego del Concilio Vaticano II, que finalizó en 1965. Dentro de las características de la Iglesia tradicionalista o lefebvrista (en recuerdo al fundador de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, monseñor Marcel Lefebvre), las que más sobresalen son las que conciernen al rito que mantienen: misa practicada en latín, el cura de espalda al público y sus hábitos de sotana negra, etc. Además, esta sociedad internacional, reducida en número de feligreses, se caracteriza por mantener un lineamiento político y juicios de valor que podrían considerarse tradicionales, políticamente de «derecha».

Si bien mi familia ingresó a esta rama de la Iglesia católica una vez que esta ya estaba consolidada, creo que fue un hecho

histórico de relevancia la constitución de esta comunidad religiosa. El tradicionalismo se planteó frente a las reformas democráticas y liberales del Concilio Vaticano II, demostrando tener una concepción elitista y patriarcal del culto. Hay que tener en cuenta el contexto en el que se dio este Concilio: proceso de Guerra Fría, intentos de democratizar la sociedad en todos sus aspectos (religiosos, políticos, económicos, educativos, entre otros), expansión de las ideas comunistas, surgimiento de la teología de la liberación, entre otros. Y en un mundo altamente cambiante como en el que se vivía entonces, era lógico pensar en readaptar los preceptos de la Iglesia a la nueva sociedad de la posguerra, haciendo más democrático y participativo el rito (por ejemplo, dando la misa en el idioma moderno del lugar, permitiendo que los feligreses realicen las lecturas de la misa, haciendo esta última frente al público, entre otras cosas), modificando el rol que se le asignaba a la mujer dentro de la religión y eliminando, en la medida de lo posible, todo tipo de actitud discriminatoria hacia las otras religiones, como era la intención de Vaticano II.

Si se parte de una concepción determinista de la historia, podría decirse que mi familia profesa la religión católica tradicional, debido a que mi papá, siendo joven (tenía aproximadamente 17 años), decidió convertirse, desde el judaísmo al catolicismo, como consecuencia de sus amistades en el colegio, quienes pertenecían ya al tradicionalismo. Luego, una vez que conoció a mi mamá, ella también pasó a pertenecer a esta comunidad y formaron una familia, la cual insertaron en este rito.

Pero esta concepción determinista de la causalidad en la historia no permitiría explicar por qué, dentro de mi familia nuclear, mi madre y yo no somos practicantes. Ambas, debido a diversas circunstancias, decidimos alejarnos del tradicionalismo. Por otro lado, el determinismo histórico tampoco permitiría explicar por qué, en un contexto familiar en el que todos mis hermanos reci-

bimos la misma educación pública y laica, mis hermanos siguen profesando el rito católico tradicional y yo no.

3. Con mis hermanos en nuestro tiempo

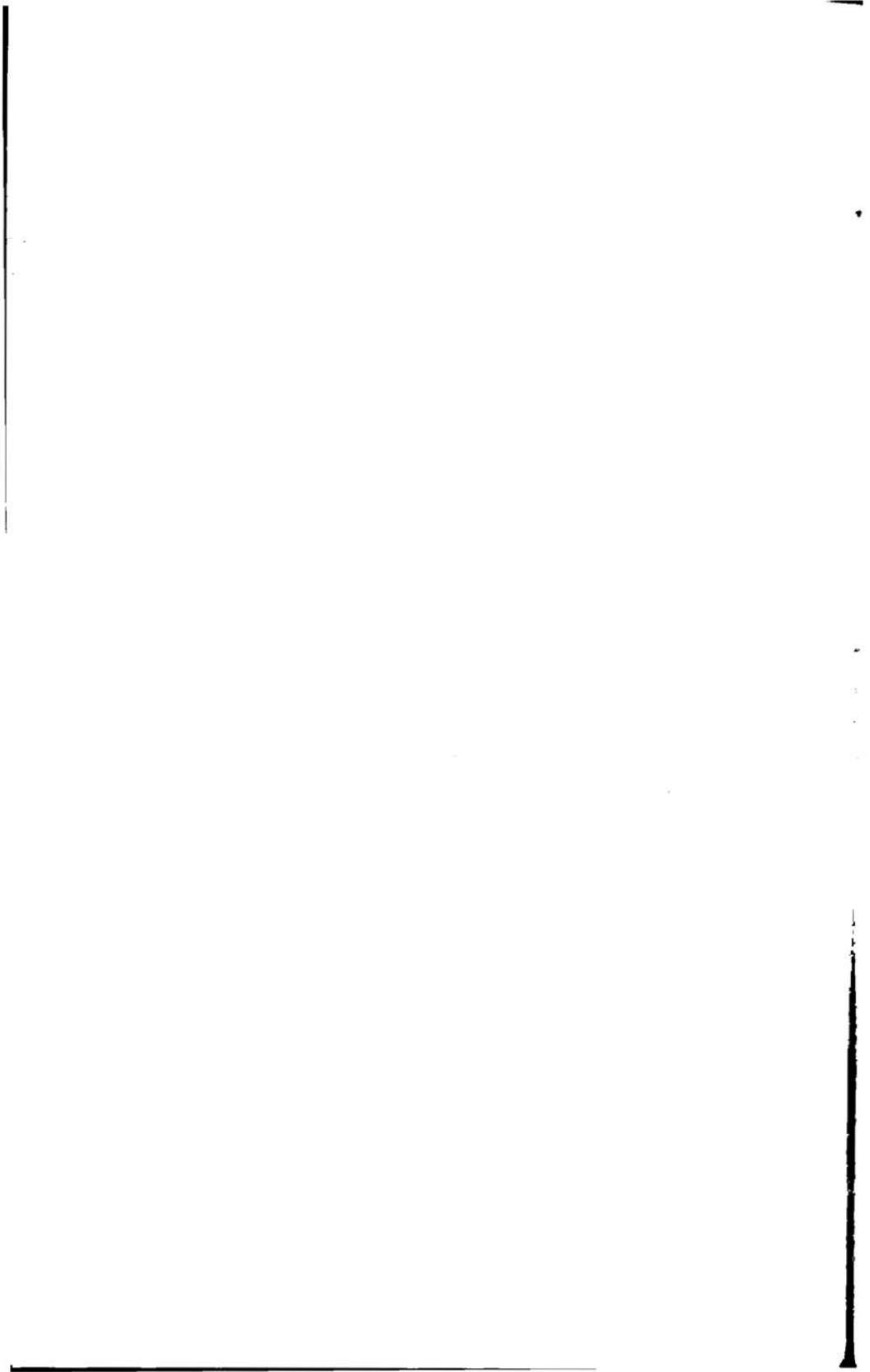
Por otro lado, la visión religiosa desde la que miramos al mundo mi familia y yo trae consigo distintas concepciones de lo que es el progreso. Mientras mis hermanos y mi papá podrían pensar que el progreso tiene como meta la salvación y el encuentro con Dios, yo considero que el progreso hay que buscarlo en el mundo terrenal. Creo que la meta de las personas debe ser el llevar una vida cívica y profesional honesta, dándose lugar a dialogar con las personas y ayudando al prójimo. Para mí, la historia tiene un sentido, que puede ser el de buscar la educación y el perfeccionamiento de las personas, en contraposición al sentido que le podría dar el resto de mi familia.

Volviendo a los acontecimientos históricos, creo que los mismos no deben limitarse a las hazañas realizadas por algunas pocas personas, sino que estos incluyen los procesos estructurales por los que pasan las sociedades. Por ello, revisando un poco mi historia reciente, podría considerar como un hecho histórico a la crisis que se vivió en Argentina, en 2001. Luego de la vuelta a la democracia en 1983, le sucedió en la presidencia a Raúl Alfonsín, Carlos Saúl Menem, quien presidió desde 1989 a 1999. Sus diez años de gobierno significaron para la Argentina la aplicación de políticas netamente neoliberales, de privatización de empresas estatales (teniendo presente los puntos del Consenso de Washington, que proponía un total abandono de la economía por parte del Estado y priorizaba la labor del mercado), como la empresa telefónica Entel y la empresa Aerolíneas Argentinas o los yacimientos petrolíferos, de precarización de la actividad laboral, sobre todo la docente, y de aplicación de nuevos lineamientos en

educación, los cuales redujeron el número de instituciones educativas y de empleados del Estado en el campo educativo, entre otros puntos.

Estos hechos, entre otros, dieron lugar a la crisis económica de 2001. Si bien la recesión ya se venía registrando desde momentos anteriores, lo cierto es que el detonante de la crisis fue el llamado «corralito», un dispositivo económico establecido por el ministro de Economía de esa época, Domingo Cavallo, que le impedía a la gente sacar dinero de sus cuentas bancarias. Asimismo, la crisis económica se registró en la hiperinflación que se dio en ese momento.

Producto de la inestabilidad política, económica y social, las personas salieron a protestar en las calles y a pedir la renuncia del presidente de ese entonces, Fernando de la Rúa. Si bien yo era chica en ese entonces, mi familia vivió este proceso con cierta dificultad, debido a que los productos en los supermercados escaseaban y su precio era muy alto. Finalmente, me parece importante rescatar de mi historia familiar las distintas maneras como se ha concebido el progreso en cada uno de nosotros y de qué ha dependido, no solo del entorno religioso y educativo, sino también de las amistades que tuvimos y que tenemos, y de los distintos eventos personales por los que hemos pasado.



Epílogo

La movilidad intergeneracional

En este breve epílogo, quisiera responder a tres preguntas fundamentales a las que, de alguna manera, llevan los veinticuatro testimonios reunidos en este libro, con el que se propuso dar la palabra a los estudiantes, para que aprendan Historia transmitiendo sus propias historias. No obstante, muy pronto caí en cuenta de que es imposible que el profesor no tome la palabra, así como su asistente, Carlos Paredes Hernández, para mirar de reojo a sus estudiantes y dejar que los mismos contenidos de los cursos, Metodología y Teoría de la Historia, se hagan presentes, con las ideas fundamentales analizadas en clase. Esto que acabo de decir espero que quede claro en este colofón. Las preguntas son las siguientes: ¿a qué generación en realidad pertenecen estos hijos de inmigrantes de San Marcos, con sus sueños, pesadillas y esperanzas? ¿Han experimentado una suerte de real movilidad intergeneracional en relación a las generaciones de sus abuelos y padres? Y, como tercera generación, que teóricamente se ha beneficiado de los esfuerzos de sus antepasados, ¿se sienten afortunados de ese legado y de la manera como perciben el futuro, libres de ataduras familiares y empoderados con sus propios potenciales? Estas son las tres preguntas fundamentales que quisiera responder de la mejor manera posible.

En primer lugar, solamente uno de los veinticuatro testimonios presentados por los estudiantes, el de Daniela Arauco Lozada, hace una alusión directa a que ella y todos sus compañeros de promoción, nacidos entre 1980 y 2000, aproximadamente, pertenecen a la conocida generación *millennial*, que muchos

han tratado de definir como una de carácter global, como si en todas partes se presentase con las mismas características, independientemente de las regiones y naciones donde han nacido, viven y crecen sus integrantes. Esta generación se halla marcada por grandes acontecimientos, como el fin de la Guerra Fría, el desequilibrio de los paradigmas, la desaparición de la Unión Soviética, la hegemonía del neoliberalismo, las dificultades financieras y el asedio de la crisis de la política, de los valores, del terrorismo internacional y del cambio climático; hechos que los sujetos viven diariamente, minuto a minuto, gracias al celular y a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, construyendo y deconstruyendo sus identidades. Todos ellos, *millennials* de alguna manera, están globalizados y, al mismo tiempo, probablemente, son más conscientes de su entorno por el hecho de vivir —en permanente interconexión— en su propio país, región y distrito, pues si bien habitan el mundo global, lo hacen desde una parcela en donde están arraigados.

El hecho de provenir de familias no muy afortunadas económicamente no les impide ser *millennials*. Si miramos la figura 1, «Distritos de residencia de los estudiantes de Teoría de la Historia (2017-II)»¹, se observa que el 45.45% vive en distritos como Ate Vitarte, Barranco, Chorrillos, Comas, El Agustino, Independencia y La Victoria, es decir, gran parte de ellos proviene de distritos de Lima norte, sur y este, zonas urbanas más bien pobres, sin buenos servicios públicos, cuyos residentes —en su mayoría— son abuelos/abuelas o padres/madres que ocuparon precariamente estos lugares en las décadas de 1950, 1960 y 1970, como «invasores» de terrenos, y que luego construyeron sus casas, convirtiéndose en propietarios. Casi podría decir, sin

1 Los veinticuatro textos pertenecen a estudiantes de los grupos de Teoría de la Historia 2016-II y 2017-II que autorizaron su reproducción. Sin embargo, la encuesta recién fue realizada con los alumnos del grupo 2017-II. Es por este motivo que solo se consignan 22 encuestados.

mucho temor a equivocarme, que en un 90% son descendientes de esos ocupantes informales de las zonas periféricas de la capital de aquella época. Incluso, tienen un origen similar, como el caso del 13.64% que vive en Los Olivos, distrito que se podría considerar de clase media emergente, salido de ese esquema anterior de asentamiento.

Esta condición social también se puede cotejar en la tabla 1, «Situación laboral de los estudiantes de Teoría de la Historia (2017-II)», la cual permite constatar que el 54.55% de los alumnos trabaja, muy probablemente en jornadas de ocho horas, hecho que les ocupa gran parte del día, si a ello se suma el tiempo que tardan en el transporte. Por otro lado, el 81.82% vive con su mamá, y si bien el padre es muy importante cuando está presente, la madre es a menudo la figura central de la familia, asumiendo —como tiende a ocurrir— la responsabilidad de la misma. Los tíos/tías están presentes en un 54.55% de los hogares, es decir, son frecuentes como acompañantes de la familia. Frente a ello, los abuelos y abuelas tienen una presencia secundaria.

Para responder a la segunda pregunta, quisiera referirme a una investigación organizada por el Banco Mundial (BM), conducida por expertos en desarrollo económico, pobreza y cambio intergeneracional, y que se encuentra en marcha, tomando un amplio universo de análisis que incluye países de ingresos elevados y en desarrollo, de muchas partes del mundo. En dicho estudio, jóvenes, hombres y mujeres, han respondido a algunas preguntas de manera voluntaria y espontánea dentro del marco de una consulta denominada #InheritPossibility, para conocer respuestas a interrogantes sobre cambios intergeneracionales. Este programa inició el 23 de abril de 2018 y me ha animado a responder a esa segunda cuestión, mirando no estrictamente lo que los testimonios dicen, sino interpretándolos; por eso aquí es posible encontrar de nuevo la voz del profesor, para plantear

otras preguntas a las historias familiares escritas por mis estudiantes e intentar formular respuestas originales.

El Banco Mundial ha propuesto, coincidentemente con lo que planteo en clase, en 2016 y 2017, indagar la percepción que tenían los alumnos de la movilidad intergeneracional en las familias de inmigrantes en Lima. En nuestro caso, lo hicimos como un ejercicio para que los estudiantes se entrenaran en técnicas de investigación histórica. Ahora quisiera, con nuevas preguntas, seguir pistas similares a las rastreadas por los expertos del BM cuando formularon interrogantes como la siguiente: si una persona ha nacido en una familia pobre, ¿cuáles son sus posibilidades reales de ascenso social? En un informe de la mencionada institución, cuyos resultados parciales fueron publicados el 9 de mayo del año pasado, se indica que

[l]a capacidad de ascender en la escala económica, tanto a lo largo de la vida como en relación con la vida de los padres, es importante para combatir la pobreza, reducir la desigualdad, e incluso para impulsar el crecimiento económico (párr. 1).

Es un estudio de percepciones: los consultados perciben y declaran si sienten que han ascendido socialmente por encima de la situación de los padres, reconocimiento que trae —según los especialistas— numerosas consecuencias en la conducta de las personas. El estudio del BM ha constatado que la movilidad intergeneracional, en los últimos años, se ha detenido en una gran parte del mundo; esto es lo que en realidad me interesa. Más aún, la siguiente cita me parece hasta dramática: «[...] la movilidad se estancó en los últimos años en muchas partes del mundo, y las perspectivas de numerosas personas en el planeta siguen aún muy vinculadas con la situación socioeconómica de sus padres más que con su propio potencial [...]» (párr. 1). Ello significa que las familias son una suerte de jaulas de las cuales no se puede

salir, por más esfuerzo y talento que uno ponga en la construcción de una nueva vida².

Les solicité a mis alumnos que indaguen, en sus entrevistas con los integrantes de las generaciones de sus abuelos/abuelas y padres/madres, en las ideas, actitudes o aspiraciones relacionadas al progreso, tal como lo definió Edward H. Carr (1978). ¿Qué entendían por progreso? Las respuestas se encuentran en los veinticuatro testimonios. Casi todos los que dejaron sus pueblos de origen lo hicieron buscando una vida mejor, un trabajo interesante y una educación de calidad, a los cuales no podían acceder en dichos espacios; todo ello para que sus familias progresen. Pero, en esa búsqueda, una vez llegados a Lima, luego de recurrir a muchas formas de sobrevivencia, como nuevos empleos (a los cuales optaban no porque estaban hechos para ellos, sino porque buscaban sobrevivir, ya que —vale resaltar— eran diferentes a los trabajos que tenían en sus lugares natales), descubrieron que el gran proyecto que tenían que enfrentar era tener un terreno, ganarlo, conquistarlo, no necesariamente comprarlo, en los nuevos distritos de asentamiento informal. Luchar por la propiedad, agruparse con otros vecinos, a menudo provincianos, sumar fuerzas, invadir tierras eriazas y volverlas urbanas, para luego legalizar su propiedad, construir una casa para la familia y demandar servicios públicos, como peruanos o más bien como ciudadanos peruanos.

Estos distritos, por ejemplo, San Martín de Porres, Independencia, Comas, San Juan de Lurigancho, San Juan de Miraflores y Villa El Salvador, comenzaron a ofrecer un panorama con multitud de casas, calles y parques en permanente e informal construcción. Viviendas incompletas, de paredes con ladrillos expuestos, con techos precarios, sin agua ni desagüe al

2 Esta cita parece tomada de los libros de Joseph E. Stiglitz (2012 y 2017), Thomas Piketty (2013) y Daron Acemoglu y James A. Robinson (2012), los cuales invitan a utilizar esa palabra: «fracasar» como países.

inicio, y que, poco a poco, en los últimos cincuenta o sesenta años, los habitantes fueron construyendo. Hay ahora, en Los Olivos, San Juan de Lurigancho o San Juan de Miraflores, urbanizaciones de clase media emergente que han alcanzado la meta de la casa propia, confortable y agradable. La generación de los abuelos/abuelas, padres/madres migraron a Lima, se instalaron, encontraron trabajos, a menudo informales, invadieron terrenos y edificaron la anhelada casa. Pero, ¿qué sucedió con la última generación, la de los hijos? Ellos viven con los padres, a veces con los tíos/tías y, en menor medida, con los abuelos. No es una situación muy cómoda para ellos, pareciese más bien que se han creado condiciones similares de existencia a las que hicieron migrar a Lima a los parientes de sus generaciones anteriores.

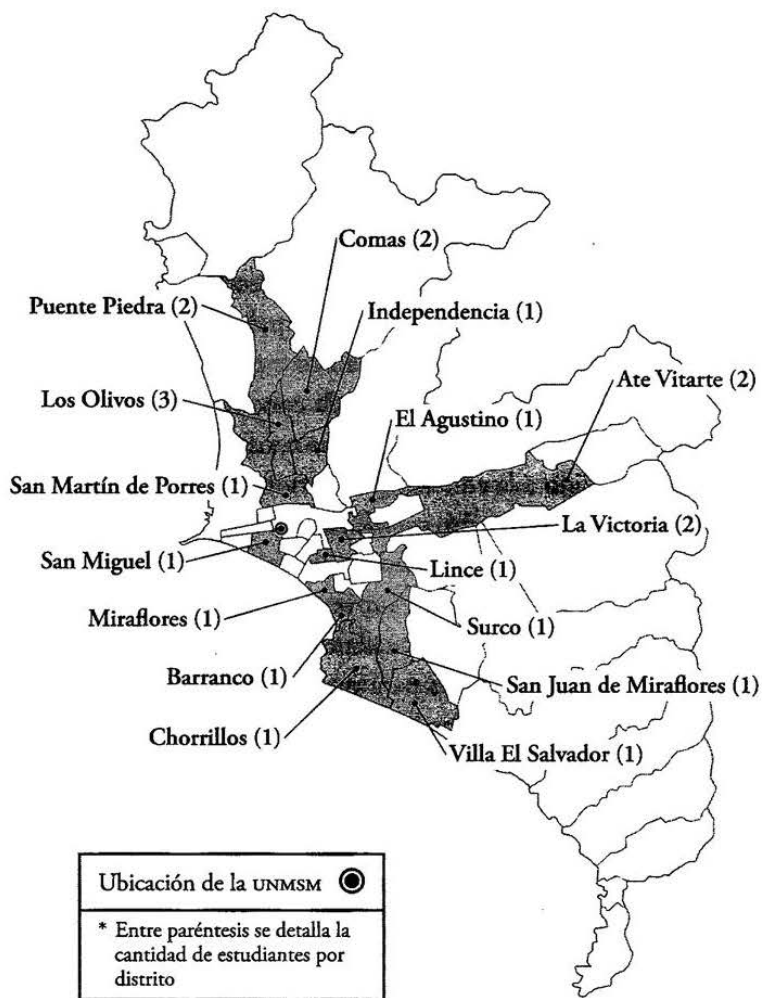
Esto finalmente me conduce a la tercera pregunta, la cual va más allá de la propuesta original de investigación y que se orienta en la misma ruta del Banco Mundial. Me pregunto si los integrantes de la tercera generación, los hijos, han logrado niveles de existencia mejores que los de sus padres y abuelos. Además, en esa misma línea de indagación, me pregunto si el peso de haber nacido en este tipo de familias podrían ser más bien ataduras a situaciones anteriores, impidiendo el despliegue de las potencialidades personales de los alumnos. Entonces, permítanme regresar, de manera muy rápida, al contenido de los cursos y, en particular, al libro de Jo Guldi y David Armitage, *Manifiesto por la Historia* (2016), que reclama con muy buenos argumentos el regreso a los análisis históricos a largo plazo de la historiografía francesa del siglo xx. Los estudiantes hicieron un trabajo adicional sobre los elementos fundamentales, en la actualidad, de este largo plazo: la desigualdad, la gobernanza internacional y el cambio climático. Los tres están muy articulados y cualquier alteración importante que se produzca tiene que ser en un contexto global. De esta manera, la historia no solo aporta metodologías para entender el pasado, sino también una teoría

para comprender que en un mundo globalizado, como el de hoy, las soluciones deben ser transformaciones globales donde se puede ser agente y agencia de esos cambios.

Esto lo tienen muy presente los estudiantes de Historia de la UNMSM, ellos mismos lo entienden mejor desde su condición de *millennials*. Entonces, estamos ante una situación en la que interesa preguntar por la movilidad intergeneracional, en este caso, de las familias de los hijos de inmigrantes, que no parece tan evidente ni convincente que se haya producido; solo dejaré planteada esa interrogante. Finalmente, parece de sentido común considerar que esta movilidad indudablemente puede ayudar a la reducción de la pobreza, la desigualdad e incluso la promoción del desarrollo económico. Solo queda concluir que si los abuelos conquistaron el terreno, los padres construyeron la casa, los hijos han accedido a la educación superior universitaria como la principal escalera de ascenso social, y esta podría ser una sucesión que se traduce en un cambio intergeneracional positivo, ya que lo que ellos buscan en nuestra universidad es el fortalecimiento de sus potencialidades, de sus talentos, y solamente dicha institución los podrá movilizar para que se conviertan en factores de lucha contra la pobreza, la desigualdad, convirtiéndolos en promotores del desarrollo humano en todas sus dimensiones. Es una responsabilidad que la universidad debería ineludiblemente aceptar, brindando una formación pertinente y de calidad.

MANUEL BURGA DÍAZ

FIGURA 1. Distritos de residencia de los estudiantes de Teoría de la Historia (2017-II).



| Distritos | Cantidad de estudiantes | Porcentaje (%) |
|------------------------|-------------------------|----------------|
| Ate Vitarte | 2 | 9.09 |
| Barranco | 1 | 4.55 |
| Chorrillos | 1 | 4.55 |
| Comas | 2 | 9.09 |
| El Agustino | 1 | 4.55 |
| Independencia | 1 | 4.55 |
| La Victoria | 2 | 9.09 |
| Lince | 1 | 4.55 |
| Los Olivos | 3 | 13.64 |
| Miraflores | 1 | 4.55 |
| Puente Piedra | 2 | 9.09 |
| San Juan de Miraflores | 1 | 4.55 |
| San Martín de Porres | 1 | 4.55 |
| San Miguel | 1 | 4.55 |
| Surco | 1 | 4.55 |
| Villa El Salvador | 1 | 4.55 |
| Total | 22 | 100.00 |

TABLA 1. Situación laboral de los estudiantes de
Teoría de la Historia (2017-II).

| Situación laboral | Cantidad de estudiantes | Porcentaje (%) |
|-------------------|-------------------------|----------------|
| Trabaja | 12 | 54.55 |
| No trabaja | 10 | 45.45 |
| Total | 22 | 100.00 |

TABLA 2. Familiares con los que viven los estudiantes de
Teoría de la Historia (2017-II).

| Familiar | Cantidad de estudiantes | Porcentaje (%) |
|-----------------|-------------------------|----------------|
| Madre | 18 | 81.82 |
| Padre | 16 | 72.73 |
| Tíos/tías | 12 | 54.55 |
| Hermanos | 5 | 22.73 |
| Otros | 5 | 22.73 |
| Abuelos/abuelas | 3 | 13.64 |

Bibliografía

- ACEMOĞLU, Daron y James A. ROBINSON (2012). *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Barcelona: Deusto.
- ANDERSON, Benedict (2006). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ARAUCO ALIAGA, Domingo (1963). *Ética de la docencia. Concordada con la filosofía de la educación*. Chupaca: La voz de Huancayo.
- ARAUCO ALIAGA, Domingo (1982). *Primeros estudios del castellano en la sierra central*. Chupaca: La voz de Huancayo.
- BANCO MUNDIAL (9 de mayo de 2018). «¿Progreso equitativo? Movilidad económica entre generaciones en todo el mundo». Recuperado de <https://www.bancomundial.org/es/topic/poverty/publication/fair-progress-economic-mobility-across-generations-around-the-world>.
- BGAZO VILLANUEVA, José D. y Walter FERNANDEZ BACA (2015). «Los *millennials* peruanos: características y proyecciones de vida». *Gestión en el Tercer Milenio. Revista de Investigación de la Facultad de Ciencias Administrativas*, 18(36), 9-15.
- CARR, Edward H. (1978). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Seix Barral.
- CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo (1994). «En pos de una revitalización lingüo-cultural». *Anthropologica*, 12(12), 193-223.
- CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo (2003). *Castellano andino. Aspectos socio-lingüísticos, pedagógicos y gramaticales*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Cooperación Alemana al Desarrollo.
- CHRISTIN, Anne-Marie (ed.) (2001). *El nombre propio. Su escritura y significado a través de la historia en diferentes culturas*. Barcelona: Gedisa.

- CONGRAINS, Enrique (1954). *Lima, hora cero*. Lima: Círculo de Novelistas Peruanos.
- CORAL, Isabel (1994). *Desplazamiento por violencia política en el Perú, 1980-1992*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Centro de Promoción y Desarrollo Poblacional. Recuperado de <http://repositorio.iep.org.pe/bitstream/IEP/911/2/documentodetrabajo58.pdf>.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1996). «Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrante en el Perú moderno». *Revista Iberoamericana*, 62(176-177), 837-844.
- DEUSTUA, José y José Luis RÉNIQUE (1984). *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú. 1897-1931*. Cusco: Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas.
- DÍAZ MONTENEGRO, Leopoldo (1959). *Informe sobre los núcleos escolares, 1946-1958*. Lima: Servicio Cooperativo Peruano-Norteamericano de Educación.
- DOERING, Juan Günter y Guillermo LOHMANN VILLENA (1982). *Lima*. Lima: Fundación MAPFRE América.
- EGUREN, Fernando (2006). «Reforma agraria y desarrollo rural en el Perú». En Fernando Eguren (ed.), *Reforma agraria y desarrollo rural en la región andina* (pp. 11-31). Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales.
- ELIADE, Mircea (1991). *Mito y realidad*. Barcelona: Labor.
- ELIAS, Norbert (1975). *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ESCOBAR, Anna María (1992). «El español andino y el español bilingüe: semejanzas y diferencias en el uso del posesivo». *Lexis*, 16(2), 189-222.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis (1984). *La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana*. México: SEP-CULTURA.
- GULDI, Jo y David ARMITAGE (2016). *Manifiesto por la Historia*. Madrid: Alianza.
- HUBER, Ludwig y Leonor LAMAS (2017). *Deconstruyendo el rombo. Consideraciones sobre la nueva clase media en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- JAQUETTE, Jane S. y Abraham F. LOWENTHAL (1986). *El experimento peruano en retrospectiva*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro (1945). *Las generaciones en la historia*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- MARÍAS, Julián (1949). *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente.
- MARZAL, Manuel M. (1988). *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la gran Lima. El caso de El Agustino*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- MATOS MAR, José (1984). *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- MATOS MAR, José (2012). *Perú: Estado desbordado y sociedad nacional emergente*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- NOVAK, Fabián, Sandra NAMIHAS y Jaime GARCÍA (2009). «Las otras regiones: Pasco, Loreto, La Libertad, Amazonas y Cajamarca». En *El mapa del narcotráfico en el Perú* (pp. 361-386). Lima: Instituto de Estudios Internacionales / Pontificia Universidad Católica del Perú. Recuperado de <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/39934>.
- ORTEGA Y GASSET, José (1984). *En torno a Galileo. (Esquema de las crisis)*. Madrid: Espasa-Calpe.
- PACHECO ÁLVAREZ, Mariano E. (2005). *500 años de fundación española de Anizo. Distrito Coronel Castañeda, Parinacocha, Ayachucho, Perú*. Lima: Lazgrafic.
- PIKETTY, Thomas (2013). *Le capital au XXI^e siècle*. París: Seuil.
- PUENTE-SCHUBECK, Elsa de la (1989). «Debilitamiento de lleísmo en la región andina del Perú». *Lexis*, 13(2), 251-262.
- QUIRÓS, Carlos (1996). «Historia de la viruela en el Perú y su erradicación: recuento histórico». *Revista Peruana de Epidemiología*, 9(1), 41-53.
- SÁNCHEZ AGUILAR, Aníbal (2015). *Migraciones internas en el Perú*. Lima: Organización Internacional para las Migraciones. Recuperado de <https://repository.oim.org.co/handle/20.500.11788/1490>.
- STIGLITZ, Joseph E. (2012). *El precio de la desigualdad. El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita*. México: Taurus.

- STIGLITZ, Joseph E. (2017). *La gran brecha. Qué hacer con las sociedades desiguales*. México: Penguin Random House.
- TODOROV, Tzvetan (2010). *La experiencia totalitaria*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- TRAPNELL, Lucy y Virginia ZAVALA (2013). *Dilemas educativos ante la diversidad. Siglos XX-XXI*. Lima: Fondo Editorial de la Derrama Magisterial.

Se imprimió en el mes de junio de 2019.
en los talleres gráficos del Centro de Producción
Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Jr. Paruro 119, Lima 1, Perú. Teléfono: 619 7000, anexo 6009.
E-mail: ventas.cepredim@unmsm.edu.pe
Tiraje: 500 ejemplares

**Publicaciones de la Facultad
de Ciencias Sociales y del
Fondo Editorial de la UNMSM**

Sociedad y Política (1972-1983).
Edición facsimilar
Aníbal Quijano (dir.)

Cajamarca, otras miradas etnohistóricas
Waldemar Espinoza Soriano
Haydée Quiroz Malca (comp.)

*La irrupción coculera. Movilización social
y representación política en los productores
de hoja de coca del Perú (2000-2008)*
Anahí Durand Guevara

*Mexicas e incas. Estudio comparado de los
gobernantes de Mesoamérica y los Andes*
Eduardo Matos Moctezuma y
Luis Millones

Etnografía. Alcances, técnicas y éicas
Eduardo Restrepo

Miradas etnohistóricas a Cajamarca
Waldemar Espinoza Soriano
Haydée Quiroz Malca y
Pedro Jacinto Pazos (comps.)

*Billinghurst, combatiente del
desierto salitrero*
Osmar Gonzales Alvarado

Populismo: ¿dictadura o democracia?
Nicolás Lynch

*Chinos en la sociedad peruana 1850-2000:
presencia, influencia y alcances*
Humberto Rodríguez Pastor

Este libro recopila veinticuatro testimonios de estudiantes de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fueron escritos, durante 2016 y 2017, como parte de los cursos Metodología y Teoría de la Historia, dictados por Manuel Burga Díaz, secundado por Carlos Paredes Hernández. En ellos, los alumnos relatan sus biografías y las de sus generaciones pasadas, describiendo las circunstancias históricas que sus familiares y ellos mismos enfrentaron durante la segunda mitad del siglo xx y los albores del xxi. Así, describen sus arraigos y desarraigos, la onomástica usada para bautizar a los vástagos, la difícil conquista del arenal limeño, las expectativas de la capital y las ilusiones y desilusiones que deben confrontar al preguntarse: ¿hemos progresado?, ¿vivimos mejor que nuestros abuelos, abuelas, padres o madres?

En sus escritos, los estudiantes plasman sus sorpresas frente al mundo contemporáneo, su cariño por el país, sus barrios y sus familias, y sus procesos de adaptación a la coyuntura actual. Todo ello es expresado con un tono intimista y —en algunos casos— crítico hacia la realidad peruana. Completan este volumen una introducción y un epílogo escritos por Burga Díaz, en donde, además de valorar las experiencias recopiladas de los estudiantes, sistematiza sus perspectivas en líneas temáticas, aportando a la comprensión del sujeto migrante peruano.

ISBN: 978-9972-46-652-6



9 789972 466526